MARIA ISABEL SALSENCH OLLÉ



Cenizas y Cristales

PASIONES LEGENDARIAS IV

Derechos de autor © 2025 Maria Isabel Salsench Ollè

Todos los derechos reservados

Los personajes y eventos que se presentan en este libro son ficticios. Cualquier similitud con personas reales, vivas o muertas, es una coincidencia y no algo intencionado por parte del autor.

Ninguna parte de este libro puede ser reproducida ni almacenada en un sistema de recuperación, ni transmitida de cualquier forma o por cualquier medio, electrónico, o de fotocopia, grabación o de cualquier otro modo, sin el permiso expreso del editor.

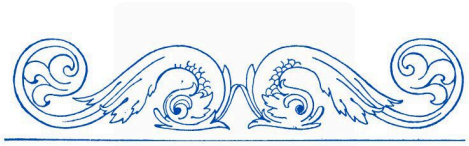
Número de registro: 2307114809634

Contenido

Derechos de autor
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20

Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo final
Epílogo

Capítulo 1



El viaje de regreso parecía más largo que nunca.

Sinderella observaba los campos difusos tras la ventanilla del carruaje, mientras los baches hacían crujir las ruedas. El día estaba cargado de humedad, y el cielo parecía a punto de desplomarse. Como ella.

Venía de Haversham Hall, la mansión ahora convertida en propiedad de la familia Haversham. Su amiga de la infancia, Aurora Ashcroft, era ahora la duquesa de Haversham, con un marido distinguido, una finca descomunal y una vida que olía a lino fino, tazas de té servidas por doncellas, y promesas cumplidas. Sinderella la había abrazado con sinceridad, le había entregado una bufanda bordada a mano como regalo de bodas, y hasta se había obligado a sonreír con entusiasmo... mientras por dentro sabía que jamás sería tan feliz como su amiga.

Porque ella ya no era Sinderella Glasswell.
Ni siquiera era Sinderella "de alguien". Era solo la hijastra de Lady Maevena, la señora del deber y las reglas. La carga familiar. La que limpia y barre, y sirve el té a sus hermanastras mientras éstas hablan de bailes a los que ella ya no será invitada.

Había tenido que insistir para viajar. "No te corresponde ir", había dicho su madrastra, con el ceño fruncido y las cuentas del mes entre los dedos. Pero Sinderella había ido. Porque necesitaba ver, con sus propios ojos, lo que pasaba cuando los sueños se cumplían para otras personas.

Y ahora volvía a su pequeño rincón de campo. A su mundo de platos sucios, faldas manchadas y trabajo sin fin. A la casita que su padre había legado, una casa que en el pasado había sido una propiedad próspera y rica. Pero que ahora solo era el recuerdo marchito de una vida mejor.

Cuando el carruaje se salió del camino y volcó, Sinderella ni siquiera gritó. Su cuerpo decidió que esa caída no era más que otra metáfora torpe de su propia vida. Y que no valía la pena oponer resistencia.

El mundo giró una vez, dos, luego todo quedó en silencio.

Sinderella permaneció unos segundos en la oscuridad, con la mejilla presionada contra la pared del carruaje y la falda atrapada bajo el peso de otro cuerpo. Escuchó quejidos, juramentos y un par de gritos auténticos de pánico. Pero ella no gritó. Se quedó muy quieta, respirando con dificultad, esperando a que su mente alcanzara a su cuerpo.

"Estoy viva", pensó. Y eso fue todo. Ni un lamento. Ni un rezo. Ni una súplica. Solo el reconocimiento seco y lúcido de que seguía allí.

Cuando por fin lograron abrir la puerta del carruaje de postas, una ráfaga de aire húmedo se coló en el interior y le devolvió el movimiento a los dedos. Una mano ruda la estiró por el brazo —el cochero, empapado y con la voz cargada de culpa— la ayudó a salir. El barro le llegó hasta los tobillos en cuanto puso un pie fuera, y eso que todavía no había empezado a llover.

Alrededor, el caos: pasajeros desparramados por la cuneta, maletas abiertas, gritos al viento. Una señora mayor chillaba por su equipaje. Un niño lloraba a berridos con la nariz llena de tierra. Y un hombre mayor, de bigote blanco y chaqueta de terciopelo marrón, se sujetaba el tobillo con expresión de dolor.

Sinderella avanzó hacia él sin pensarlo. Se arrodilló sobre la hierba mojada, ignorando el frío que le calaba las enaguas, y le ofreció su pañuelo aún seco.

—¿Puede mover el pie?

—A duras penas. Pero me temo que mi orgullo está más herido que mi tobillo —dijo el anciano, intentando esbozar una sonrisa bajo

el bigote.

Ella inspeccionó la articulación con cuidado. No estaba rota, pero el gesto del hombre al mínimo contacto le indicó que había una torcedura.

—Va a doler un poco —advirtió con suavidad.

Él asintió y se dejó hacer mientras ella rasgaba el borde de su falda interior —la de la tela ya deshilachada— para improvisar una venda. Sus dedos trabajaban con destreza, los mismos que pasaban horas limpiando, cocinando y remendando. Sujetó el tobillo con firmeza y lo inmovilizó como su madre le había enseñado mucho tiempo atrás, en tiempos más cálidos, más seguros.

—¿Cuál es su nombre, señorita? —preguntó el señor de bigote blanco tras unos segundos de silencio—. Yo soy míster Verdun.

—Un placer —sonrió ella con amabilidad—. Mi nombre es Sinderella.

—Bonito nombre. Poco común. ¿Y su apellido?

—Sin apellido —decidió mentir, sin ganas de entrar en detalles sobre su linaje, sobre su familia. Prefería ser una "don nadie".

Se concentró en ayudar a algunos viajeros más durante un buen rato, a calmarlos, a curar sus heridas, y luego volvió al tobillo del anciano para asegurarse de que estaba bien.

—Tiene buena mano, señorita. ¿Es usted curandera? —preguntó el caballero, observándola con renovada curiosidad. Quizá le sorprendía ver cómo una joven como ella había sabido manejar la situación con más temple y sensatez que ninguno de los presentes.

—No, míster Verdun. Ya quisiera tener una profesión que me hiciera sentir útil. Solo soy una sirvienta —dijo con una pizca de ironía. No lo era en el sentido estricto, pero a veces... así se sentía. Quizás era peor que una sirvienta, pues ni siquiera recibía un sueldo por sus horas de trabajo.

El hombre la miró con una mezcla de gratitud y ternura. Le puso una mano en el brazo, una caricia leve, casi paternal.

—Estoy convencido de que, algún día, se casará con un hombre que estará muy orgulloso de usted.

Ella se congeló por un instante, con los dedos aún sobre el nudo de la venda. Luego bajó la mirada, sin contestar.

"No lo creo", pensó. Y lo supo con una certeza amarga y absoluta. Jamás se casaría, su madrastra no lo permitiría.

El primer aviso no fue un grito, ni una exclamación. Fue un sonido sordo, rítmico, casi hipnótico: el golpeteo de unos cascos sobre el barro mojado, amortiguado por la niebla. Sinderella alzó la cabeza lentamente, como si el sonido la hubiera llamado a ella antes que al resto.

—¡Un jinete! —gritó alguien.

El murmullo se alzó entre los pasajeros como una ola: sorpresa, esperanza, ansiedad mal contenida. Las cabezas giraron al unísono, los cuerpos se incorporaron como pudieron, algunos aún tambaleantes, otros manchados de barro hasta las cejas. Y allí estaba él.

Entre la bruma espesa, apareció una silueta solitaria montando un caballo oscuro, alto y elegante como una sombra de otro mundo. La capa del jinete ondeaba con el viento, los cuartos traseros del animal relucían de humedad y fuerza, y cada paso resonaba con autoridad.

Sinderella lo vio antes que los demás, o eso le pareció. Y no supo decir por qué, pero algo dentro de ella cambió de ritmo. El mundo no se detuvo, pero sí se estrechó, como si todo lo demás se volviera ruido de fondo. Barro, gritos, heridas... nada importaba.

Solo él.

Algunos empezaron a llamarlo, agitando los brazos. Como si un solo hombre pudiera enderezar un carruaje, domar a los caballos, secar la tierra y devolverles su orgullo.

Sinderella no se unió al coro. Jamás lo haría, no era de esa clase de personas que pedían ayuda. Se limitó a observarlo con el ceño ligeramente fruncido.

"El de mis fantasías era más oscuro... más canalla", pensó con ironía. Y sin embargo, ese jinete tenía algo imposible de ignorar.

El caballo, negro como la tinta mojada, llegó al borde del grupo con un resoplido temible. Y su jinete... bueno, su jinete no era lo que Sinderella había esperado. No llevaba antifaz ni abrigo de bandolero. No parecía un salteador de caminos ni un príncipe encantador. Era solo un hombre, un hombre rudo y vulgar, con la

espalda recta, la mandíbula tensa, y esa clase de mirada que no pide permiso. Desmontó con la facilidad de quien domina el mundo desde la silla. Se quitó los guantes con lentitud. Luego alzó la voz, clara, segura, profunda:

—¿Algún herido de gravedad?

Sinderella sintió esa voz recorrerle la piel como una ráfaga. La hizo suya sin entender por qué. Era firme, potente... y peligrosamente difícil de ignorar.

Durante un segundo, nadie dijo nada. El silencio se extendió como una reverencia involuntaria, como si todos, al igual que ella, se hubieran quedado momentáneamente atrapados en aquella voz.

Después, casi al unísono, todos negaron con la cabeza. No porque no hubiera heridas, sino porque parecía impensable importunar a ese hombre, molestarlo. Él asintió una sola vez, como si hubiera anticipado exactamente esa respuesta.

—En ese caso, lo mejor que puedo hacer es cabalgar hasta el pueblo más cercano y enviar ayuda. ¿A cuánto está?

—A diez kilómetros, mi señor —respondió el cochero, agradecido.

Bastó un solo segundo de contacto visual entre el jinete y el cochero. No fue necesario que el recién llegado dijera nada: la desaprobación en su mirada fue nítida, afilada. Lo culpaba no solo por la maniobra torpe que había volcado el carruaje, sino también por obligarlo —aunque sin intención— a detener su camino. Porque ningún caballero con un mínimo de honor habría pasado de largo sin ofrecer ayuda.

Entonces se giró lentamente... y su mirada se detuvo en ella. En Sinderella.

Ella estaba aún arrodillada junto al anciano herido, con las manos sucias, el cabello suelto y el vestido salpicado de lodo. Y sin embargo, en esos ojos azules y gélidos del forastero, sintió que no era invisible. La miró como si, en medio de la niebla, hubiera descubierto algo inesperado.

Ese breve intercambio, en el que Sinderella osciló entre la indignación por su descarada mirada y el rubor inesperado que le

encendió las mejillas, duró apenas unos segundos... hasta que una voz se alzó detrás de ellos:

—Espere, si me permite, mi señor —intervino míster Verdun, incorporándose con dificultad—. Esta joven...me ha atendido, me ha curado el tobillo. No creo que sea seguro que continúe sola por este camino. La lluvia se acerca y no hay refugio a la vista. Si pudiera ofrecerle su ayuda... estoy convencido, por su porte y sus vestiduras, de que es usted un caballero, y que hará honor a su rango llevándola a un lugar seguro.

El caballero volvió a mirar a Sinderella. La recorrió de arriba abajo con una calma que rozaba la impertinencia, como si evaluara no solo su aspecto, sino también su estatus social. Y aunque ella sintió el impulso de cruzarse de brazos o ajustar la capa para cubrir su evidente pobreza, se obligó a mantenerse erguida.

—Esta joven se ha ocupado de nosotros tras el accidente —abogó alguien de entre los pasajeros—. Nos ha ayudado sin vacilar, sin pensar en ella misma. Si alguien de aquí merece llegar a un lugar seguro antes que nadie, es ella.

—Supongo —dijo el caballero, con una media sonrisa que parecía al borde de un pensamiento travieso—, que puedo llevar conmigo a una persona. Una dama que pese poco. Si esa dama me lo permite, por supuesto...

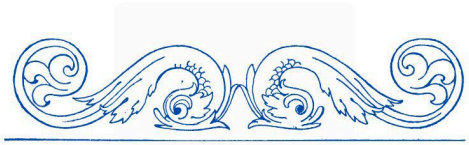
—Será mejor que vaya, hija —le dijo en voz baja míster Verdun —. No deje que este lodazal se le meta en los huesos. Algunas oportunidades no se repiten —añadió, con un matiz en la voz que Sinderella prefirió no interpretar demasiado—. Este joven es un caballero, y de alto rango, a juzgar por su porte. La llevará a un lugar seguro. Por honor, si no por otra cosa.

Sinderella respiró hondo. Sintió el rubor en las mejillas, el vértigo, el pánico. Y entonces, sin pensarlo demasiado, sonrió.

—Iré con usted, mi señor —dijo, mirándolo a los ojos con más atrevimiento del que jamás se había permitido tener con un hombre, poniéndose de pie.

Si su madrastra la hubiera visto... seguramente se habría desmayado en su silla de té. Un escándalo. Uno glorioso.

Capítulo 2



El "salvador" misterioso volvió a montar a su semental negro con una elegancia innata, como si la silla de montar fuera su trono desde la cuna. Alzó la mirada hacia Sinderella y, con un leve giro de cabeza, le tendió la mano. Llevaba guantes de cuero oscuro, más propios de un forajido que de un caballero... y sin embargo, el resto de su atuendo —la capa impecable, el chaleco bordado, las botas relucientes— no dejaba duda de que lo era. O al menos, alguien muy acostumbrado a parecerlo.

Ella dudó solo un instante. Luego, lo hizo.

Tomó su mano.

Su palma encajó en la de él con una naturalidad alarmante, como si lo hubiera hecho antes... en otra vida, tal vez. Sinderella casi creyó oír un crujido sordo, lejano, como si dos mundos hubieran colisionado. Pero no hubo tiempo para detenerse a pensar en escándalos ni en consecuencias.

En un solo gesto, firme y seguro, él la alzó. Su fuerza la dejó sin aliento. La falda se le enganchó brevemente en la silla, pero el impulso fue suficiente para elevarla por completo. Acabó sentada de costado, justo delante de él, envuelta por sus brazos, con la espalda contra su pecho.

¡Qué locura! ¡Ni en sus mejores fantasías —aquellas que se permitía tener mientras limpiaba Glasswell Grange— había imaginado algo así!

—Asegúrese de no soltarse, señorita —murmuró él—. El barro no perdona a las damas valientes.

—Intentaré resistirme a la tentación de caer —respondió ella, sin saber si hablaba del barro o de algo más peligroso, fingiendo no ser Sinderella. Inventando una nueva personalidad o, quizás, sacando a relucir una parte de ella que no sabía que existía.

—¿Alguna de esas bolsas de viaje es suya? —preguntó él, sin apartar la vista del camino.

—Sí... esa de lona oscura. Y el bolsito bordado —respondió, con una pausa medida—. Contienen mi único abrigo... y unas pocas monedas —añadió, con una voz más firme, más aguda, más segura de sí. No era su voz habitual. Era la de la mujer en la que fingía convertirse. La que se atrevía a hablar con aplomo, a mentir con elegancia... y a montar con un desconocido como si el escándalo no tuviera consecuencias.

—Tíreselo, por favor —ordenó Lord Ashforde con voz seca.

El cochero obedeció, lanzando el bolso que ella atrapó con manos tensas.

Una oleada de murmullos y carcajadas quedó atrás mientras el caballo negro avanzaba por el sendero. El trote era firme, constante. Sinderella sintió cada movimiento del animal, pero sobre todo, lo sintió a él. Su respiración, su calor, sus muslos que la flanqueaban como barrotes de seda y acero. Apenas se atrevió a mirarlo a la cara; a decir verdad, ni siquiera se giró para ver sus ojos. No quería enfrentarse a lo que estaba ocurriendo, todavía no.

Sinderella respiró hondo cuando se alejaron del grupo. El aire olía a cuero, a caballo y a él.

Él olía a algo caro, inconfundible, aunque no supiera ponerle nombre. Un aroma que le recordaba vagamente a los perfumes que llevaban los caballeros que visitaban a su padre en los tiempos antiguos de Glasswell Grange.Tiempos en que la casa brillaba con velas en cada ventana y risas en cada salón. Ahora solo quedaba el recuerdo de aquella grandeza, oculto entre la humedad del bosque y la costura deshilachada de sus enaguas.

Tenía la espalda apoyada contra su pecho, el cabello suelto ondeando, su corsé viejo apretando más de lo habitual. Su cuerpo

nunca había estado tan cerca del de un hombre. Y, por extraño que resultara... no quería apartarse.

¿Eso la convertía en una ramera, como diría su madrastra? ¿O simplemente en una mujer cansada de obedecer?

—¿Nunca ha montado así? —preguntó él, inclinándose levemente hacia ella, con la voz baja, muy cerca de su oído. Seguramente notaba su tensión.

—Solo con mi padre, de niña —respondió Sinderella, sin atreverse a mirarlo.

—¿Y qué hace una joven como usted viajando sola por este camino olvidado?

Sinderella tardó en responder. La verdad no era una opción. No podía decir que era la hijastra pobre de una señora cruel, ni que vivía a la sombra de sus horribles hermanas, ni que había cosido la bufanda de su amiga duquesa con los dedos entumecidos por el invierno.

Así que mintió.

—Soy cantante de ópera —dijo, tan convencida que hasta ella se lo creyó—. Acabo de terminar una pequeña gira por las Midlands. Me dirijo al norte. Hay un empresario en York interesado en contratarme.

—¿Ópera? ¿En el campo? Qué exótica.

—No todos los escenarios están en Londres, mi señor.

—Eso me agrada. Me cansan las ciudades grandes.

—¿Y usted? —inquirió ella, con más valentía de la que pretendía —. ¿Tiene nombre?

—Ash. Solo Ash. Y le diré que no canto. Apenas silbo.

—¿Y tampoco baila?

—Solo con mujeres que saben hacerlo.

—Entonces no bailaremos —susurró ella, aunque sabía perfectamente cómo hacerlo.

Pero no podía decírselo. Bailar bien era un arte reservado a las damas de alta cuna, y ella... ella ahora solo era una cantante de ópera. O al menos, eso era lo que había decidido ser.

El trote del caballo se mantenía constante, amortiguado por la humedad del sendero y el musgo que cubría los bordes del camino.

El bosque era espeso, las ramas cargadas de gotas, y el aire olía a tierra mojada y a algo indefinido que Sinderella no sabía como llamarlo, pero que la hacía desear más.

Le había preguntado qué hacía allí. No quién era. Pero, claro, no era de extrañar. En el mundo que ambos habitaban —aunque desde extremos muy distintos—, a menudo importaba más el rol de una mujer que su nombre. Su utilidad, su virtud o su escándalo. No su historia. No su identidad.

—Me llamo Lena —decidió tomar la iniciativa, siguiendo con ese personaje en el que se había metido desde que había tomado la decisión más disparatada de su vida—. Lena Marlowe, a veces solo ponen Marlowe en los carteles.

Notó los ojos azules y gélidos de Ash sobre ella. Había en su mirada una calma extraña, casi clínica, como si la estuviera evaluando pieza por pieza, sin urgencia, pero sin clemencia. Sinderella no tenía la menor idea de lo que pasaba por su mente. Sabía, en lo más hondo, que tentar a la suerte con un caballero desconocido en mitad de la nada era insensato. Pero algo —quizá su instinto, quizá la quietud en sus gestos— le susurraba que no era un hombre peligroso. No con ella. No esa noche.

Ashforde no respondió al nombre que ella le dio. Pero no lo olvidó.

Lena Marlowe. Una mentira, sin duda. Pero pronunciada con tanta elegancia que casi deseaba creerla. Tenía a una desconocida sentada entre sus brazos. No era la primera mujer que subía con él a un caballo, pero sí la primera que no se deshacía en disculpas o seducciones baratas.

Ashforde no se arrepentía.

O al menos, eso se repetía a sí mismo.

Podría haber seguido de largo. Podría haber ignorado el carruaje volcado, haber enviado ayuda desde el siguiente pueblo y haberse lavado las manos, como tantos otros habrían hecho. Pero no. Se detuvo. Se bajó. Y luego... la vio.

Una muchacha con barro en las mejillas y dignidad en la espalda recta. Con las manos llenas de tierra y aún así más elegante

que muchas de las damas que lo asediaban en las temporadas sociales de Londres. Una mujer rota, pero en pie. Como él.

Fue un impulso. Una forma de retarse a sí mismo. Una manera de recordarse que aún era un hombre libre.

Había dejado atrás su pasado bastardo. Había aceptado el título, el apellido, los modales que su padre ahora exigía como si fueran parte de su sangre desde el inicio. Se suponía que debía estar buscando esposa, una alianza conveniente. Damas educadas, herederas virtuosas, muchachas que sabían bordar y tocar el clavicordio. Todas con nombres elegantes y sonrisas prefabricadas.

Y sin embargo, ahí estaba él, galopando por un camino embarrado con una desconocida en el regazo.

Una "cantante de ópera", decía ella. Pero su piel no olía a perfume francés ni sus manos estaban libres de callos. Su voz no tenía impostura, pero sí determinación. No era una cortesana disfrazada ni una dama caída. Era algo más raro: una mujer que no fingía saber su lugar, porque ya no lo tenía.

Como él. ¿Se arrepentía? No.

Pero sabía que eso era una estupidez.

Era un escándalo esperando a ocurrir. Si alguien lo veía con una joven sin apellido cabalgando como si fuera su amante, se desatarían cuchicheos en los clubes y en los salones. Su madrastra le clavaría la mirada gélida y diría algo como *"te comportas como tu padre"*... y lo peor es que tendría razón.

Y aún así, no la había soltado. Ni lo haría. Porque había algo en ella que lo desconcertaba. Que lo calmaba y lo provocaba a la vez.

La lluvia no cayó, se desplomó.

Como una cortina repentina, los cielos se abrieron justo cuando el bosque se abría también en un claro: una vieja posada de tejado inclinado y humo saliendo de la chimenea. No era más que una taberna rural con establo y un par de habitaciones arriba, pero en ese instante, le pareció a Sinderella un castillo.

Lord Ashforde hizo detener el caballo con un leve tirón de riendas y desmontó primero. El gesto fue rápido, casi impaciente, como si llevarla entre sus brazos lo hubiera tensionado más de lo que admitía.

—Bájese con cuidado —ordenó suavemente, girándose para ayudarla.

Sinderella se dejó deslizar, sus botas chapotearon en un charco y el dobladillo de su falda quedó empapado en segundos. No importó.

—¿Está bien? —preguntó él, más bajo, casi en un susurro.

Ella asintió, incapaz de articular palabra mientras se resguardaban bajo el tejado.

Ashforde cruzó la entrada de la posada con una autoridad que no había aprendido en los libros. Su capa chorreaba, pero caminaba como si llevara un uniforme.

—Soy lord Ashforde. El carruaje de postas ha sufrido un accidente a diez kilómetros al sur. Hay pasajeros varados, uno herido, algunos niños. Les ruego enviar ayuda lo antes posible —dijo sin preámbulos.

El posadero, un hombre fornido de cara redonda, parpadeó. Luego asintió, como si algo en la voz de ese forastero no permitiera objeciones.

—Sí, mi señor. Enseguida.

—Y procuren enviar también mantas. Hay barro, lluvia y miedo. No todos sabrán pedirlo, pero lo necesitan.

Fue entonces cuando se giró hacia ella. Su expresión cambió: de mando firme a una mirada menos autoritaria, casi como si se sometiera a ella.

—Dos habitaciones, si son tan amables —dijo él al posadero, sin apartar los ojos de ella—. Preferiblemente contiguas. Mi acompañante y yo estamos empapados.

Sinderella abrió los labios, sorprendida. No sabía si estaba aliviada o decepcionada. ¿Qué esperaba exactamente? ¿Una propuesta indecente? ¿Un gesto galante? ¿Un adiós?

—¿Tiene nombre la dama? —preguntó el posadero, mientras anotaba.

Sinderella dudó un segundo. Luego, con voz firme:

—Lena Marlowe.

—¿Y es su esposa, mi lord?

Ashforde clavó los ojos en el fuego del hogar por un instante.

—No. Es una dama que ha tenido la desgracia de encontrarse en un camino equivocado.

Y sin decir más, se quitó los guantes con calma y se acercó a la chimenea, dejando que el vapor comenzara a desprenderse de su capa. Ella lo imitó, sin saber si calentarse o congelarse del todo. Se quitó lentamente la capa húmeda, la dejó sobre un banco de madera, y extendió las manos al fuego, con los dedos rojos y entumecidos. ¿Por qué se acercaba a él? ¿Por qué lo seguía? ¿Desde cuándo era tan descarada?

Durante un rato, ninguno dijo nada. Solo se oía crujido de la leña y el tamborileo de la lluvia en las tejas de la vieja posada.

—¿Le duelen los pies? —preguntó él al fin, sin mirarla.

—Más bien los hombros —respondió ella—. Están tensos desde... bueno, desde antes del accidente.

Él giró la cabeza. Sus ojos azules tenían ese brillo pálido que a veces da el fuego, como si pudiera ver más de lo que debía.

—¿De tanto cargar con el mundo? —preguntó, sin rastro de burla.

Ella rió por lo bajo. No era una carcajada. Era una risa de esas que te quitan un poco de peso de encima.

—De tanto fingir que no me importa cargarlo —dijo.

—No es mala estrategia —murmuró él—. Fingir. A veces es la única forma de avanzar.

Ella lo miró de soslayo.

—¿Y qué finge usted?

—Que soy el tipo de hombre que se detiene a ayudar. Que tiene tiempo para eso.

—¿Y no lo es? —preguntó ella, sin dureza.

—Hoy no tenía intención de serlo. Hoy tenía que entregar un mensaje. Uno que no quería dar. Pero me crucé con su mirada en mitad del barro... y ya no pude seguir recto.

Sinderella tragó saliva, No estaba acostumbrada a que los hombres reconocieran sus motivos. O sus debilidades. A lo largo de su corta vida, los caballeros que había conocido habían sido sombras educadas, distantes, ceremoniosos en exceso, o peor: crueles sin remedio. Nadie le había hablado así. Con verdad.

Y tampoco ella se había comportado así antes.

Lo sabía. Lo sentía en los músculos tensos de su espalda, en la forma en que no podía mantener las manos quietas, en el rubor que subía lento por su garganta. Su lugar no estaba ahí, en el salón cálido de una posada cualquiera, intercambiando confidencias con un desconocido como si fuera una mujer del mundo. Su lugar —según su madrastra, según la sociedad, según las reglas no escritas— estaba en una habitación cerrada, con el abrigo puesto hasta la barbilla y los labios apretados como sellos de cera. A salvo. Callada.

¿Qué estaba haciendo?

La verdad era simple y aterradora: se estaba descubriendo.

Era virgen, sí. Intacta no solo de cuerpo, sino de historia propia. Su vida había sido una secuencia de "no puedes", de "no debes", de "esto no te corresponde". Pero en aquel instante, frente al fuego, con el calor de las llamas subiendo por sus tobillos húmedos y la voz de ese hombre rondándole el pecho, sintió que algo se agrietaba. Que una Sinderella que no conocía, una que no pedía permiso, una que no quería volver a la sombra de Glasswell Grange, empezaba a desperezarse dentro de ella.

Y le gustaba. Dios, cuánto le gustaba.

Estaba teniendo una conversación con un hombre sin carabina. No conocía su apellido. Ni su linaje. Ni siquiera si era quien decía ser. Pero allí estaba ella, una dama caída de su carruaje —y casi de su lugar en el mundo—, sentada junto a un extraño, permitiéndose el atrevimiento de mirarlo como si le perteneciera el derecho.

Había desobedecido a su madrastra para ir a Haversham Hall. Había mentido sobre su nombre. Se había subido al caballo de un desconocido. Y ahora... estaba eligiendo no marcharse.

¿Era eso una locura?

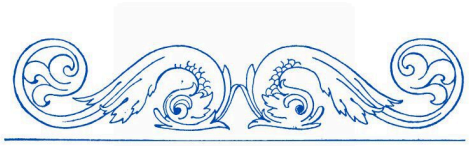
¿O era, por primera vez, libertad?

Ashforde se alejó hacia el mostrador. Ella lo siguió con la mirada, aún en silencio. Y comprendió que no quería volver a ser la versión obediente y muda de sí misma. Aunque ese fuera solo un paréntesis. Aunque mañana la devolvieran a la escoba, al hilo y a la resignación.

Esa noche sería otra mujer.

Aunque solo fuera por unas horas.

Capítulo 3



La lluvia seguía golpeando los cristales con la persistencia de una amenaza lejana.

Ashforde, desde el mostrador, giró ligeramente la cabeza.

No debería estar allí.

A esas alturas, ya tendría que haber llegado a Glasswell Grange, entregar el maldito mensaje —ese sobre la deuda, la propiedad, la viuda que no querría leerlo—, y estar de camino a su alojamiento temporal en Leicester. Eso, o beber en paz en algún club de caballeros aburridos, soportando comentarios sobre matrimonios ventajosos y duquesas sin moral.

Pero no.

Allí estaba.

En una posada rural, empapado hasta los huesos, pidiendo té caliente para una desconocida... y un trago fuerte para sí mismo.

La miró.

Y la razón se desvaneció.

Ella no encajaba con nada. Ni con ese carruaje, ni con esa historia de cantante de ópera en las Midlands. El vestido, aunque limpio, tenía remiendos evidentes. Las costuras del corsé asomaban como huellas de una prenda usada y rehecha más veces de las que debía. No olía a perfume. No tenía anillos. Sus botas estaban agrietadas, no por la moda, sino por el uso.

No. Esa muchacha no era una cantante. Ni siquiera una actriz. Era una sirvienta, quizá una limpiachimeneas venida a más. O peor:

una muchacha escapando de algo... o de alguien.

Pero, aun así, era lo más fascinante que había visto en semanas.

Quizá en años.

Tenía la piel tan pálida como la porcelana fina que su madrastra coleccionaban con obsesión, el cabello entre rojo y dorado, lleno de matices que ninguna doncella de sociedad habría osado llevar suelto así, empapado y desordenado. Y sus ojos... Dios. Esos ojos eran grandes, azules, llenos de una emoción que no terminaba de descifrar: una mezcla entre orgullo y desesperación, entre deseo y miedo.

Tenía un cuerpo fino, sí. Frágil a simple vista. Pero no tanto como para no haber sujetado tobillos ajenos, curado heridas y repartido palabras serenas entre los pasajeros del accidente como si fuera la hija bastarda de una baronesa y un soldado. Era una mezcla curiosa entre una dama de la alta sociedad y una sirvienta de bajo rango. Era preciosa. No había visto mujer así en años, ni siquiera la esposa de su medio hermano era tan hermosa como esa "don nadie".

Volvió con pasos firmes, dos copas en las manos.

Una con té oscuro, humeante, servido en una taza desportillada. Otra, de cristal grueso, con brandy. De ese que quema por dentro y devuelve la lucidez... o la destruye del todo.

—Para usted —dijo, tendiéndole la taza, observando esas manos pálidas, pero llenas de cicatrices, marcadas por un trabajo arduo.

—Hubiera preferido algo más fuerte —soltó ella sin pensar, intentando sonar atrevida, experimentada.

Él no respondió. Solo alzó una ceja.

Sinderella bajó la mirada. Había intentado parecer segura, como una mujer que no se dejaba impresionar por la bebida ni por los hombres que la ofrecían. Pero lo cierto era que no había probado nunca nada más que un sorbo de champán en alguna fiesta donde estaba de pie, sosteniendo bandejas, no brindando.

Ashforde se sentó a su lado sin apartarse demasiado, dejando que sus hombros se rozaran apenas. Estaban casi solos, salvo por el

posadero y una señora encorvada al fondo, adormilada. El fuego crepitaba.

—¿Quiere probar? —preguntó él, levantando su copa.

Sinderella lo miró como si fuera un reto.

Y, por supuesto, lo aceptó. Esa noche no era Sinderella, era Lena.

Se inclinó, tomó con decisión la copa y dio un sorbo rápido, corto. Lo justo para que el líquido le rozara la lengua y le prendiera la garganta como una cerilla encendida. No hizo mueca. No tosió. Solo tragó, con un leve parpadeo que delató su falta de costumbre.

Él no dijo nada. Pero en sus labios se dibujó algo parecido a una sonrisa torcida.

Lo había notado.

Lo había visto todo.

Y no se burlaba.

Sinderella le devolvió la copa y apoyó la taza de té sobre su regazo, intentando recomponerse.

—¿Está mejor? —preguntó él, con voz grave, atravesándola con sus ojos azules.

—Mucho —mintió. El calor del brandy le quemaba el pecho y le estaba provocando arcadas.

Un silencio cómodo los envolvió. Afuera, la lluvia seguía cayendo con fuerza. Dentro, el tiempo parecía detenido. Como si esa noche no existiera en ningún calendario.

—Puedo pedir una comida caliente —dijo él sin mirarla—. Pan, carne, algo para recomponerse.

—Estoy bien así. Solo... estoy. Aquí. Respirando —dijo ella, con una pausa. Luego, más tensa—. Dígame cuánto le debo por la habitación y el té.

Se incorporó un poco, con el mentón en alto, y rebuscó en el pequeño bolso de tela negra que llevaba atado a la muñeca. El ridículo. Aquel saquito de tela deshilachada contenía apenas unas monedas de cobre y el último atisbo de su dignidad.

—¿Está intentando pagarme? —preguntó Ash, en un tono tan seco que casi cortaba el aire—. ¿De verdad cree que permitiría eso?

Ella no supo qué responder. Se quedó con el ridículo entre los dedos, como una niña atrapada haciendo algo indebido.

—No tengo intención de... aprovecharme —dijo, con más orgullo que seguridad—. Esto no es una invitación. Ni un favor que no pueda devolver.

—Le he ofrecido refugio, no un trato. No soy un hombre que cobra por proteger a una dama en apuros —espetó, bajando un poco la voz—. Y, por el amor de Dios, guarde ese ridículo antes de que me sienta tentado a lanzarlo al fuego.

Sinderella lo hizo. Con manos temblorosas, lo dejó y volvió a tomar bien la taza de té, sin saber si estaba más avergonzada o más agradecida. Tal vez ambas.

Ashforde se levantó despacio. Dejó la copa sobre la mesa de madera y se giró apenas.

—No vuelva a ofrecerme dinero, Lena Marlowe. Me ofende —añadió—. Y no me gusta sentirme ofendido cuando estoy haciendo lo correcto.

Y sin más, se dirigió a hablar con el posadero. Ella lo siguió con la mirada, el rubor ardiéndole en las mejillas y algo nuevo latiendo en el pecho: una mezcla explosiva de humillación, respeto... y una atracción que no quería confesar ni a sí misma.

Ella bajó los ojos, sonrió, y por primera vez pensó que tal vez no estaba fingiendo ser otra. Tal vez esa mujer —Lena Marlowe, la que bebía brandy, hablaba con hombres desconocidos y no pedía perdón por existir— ya vivía dentro de ella desde siempre.

Solo necesitaba una excusa para despertar.

Ashforde regresó sin ceremonia. Sin ningún gesto innecesario. Sin dramatismos. Pero a los ojos de Sinderella, no necesitaba más.

Era el hombre más guapo del mundo.

No por simetría perfecta, ni por esa belleza que se luce en los retratos colgados de los salones. No. Él tenía otro tipo de atractivo. Uno que no pedía permiso. Uno que se sentía más que se observaba. Alto, con hombros anchos como murallas antiguas, la espalda recta como si cargara su linaje sin esfuerzo.

Su cabello, oscuro como la tinta derramada, caía con un desorden perfectamente calculado sobre la frente. Y sus ojos... oh, sus ojos. Azules. Fríos como el acero en apariencia, pero con un

resplandor tenue, como brasas cubiertas de ceniza. Había en ellos un secreto. Tal vez varios.

La mandíbula marcada, los labios rectos, y ese andar contenido, casi silencioso, como si pudiera deslizarse por cualquier escenario sin romperlo. No era galante. No era cortés. Y, sin embargo, cada uno de sus movimientos tenía el peso de alguien que ha tomado decisiones difíciles.

Su ropa, mojada por la lluvia, no ocultaba nada. El chaleco le ceñía el torso, las botas altas estaban salpicadas de barro, pero aún así... parecía un retrato sacado de una leyenda antigua. Un caballero que no necesitaba armadura para imponer respeto.

Sinderella no lo deseaba como las jóvenes desean al héroe del baile. Lo deseaba como se desea una respuesta. Como se desea un porqué.

¿Quién era ese hombre que la miraba como si no le importara su vestido remendado ni su apellido? ¿Por qué ella —que nunca había sido una de esas mujeres que soñaban con el amor a primera vista— sentía que todo en su interior giraba hacia él?

Ashforde no era un príncipe.

Era algo peor.

O mejor.

—He pedido una mesa —dijo—. Y algo caliente. No pienso dejar que vuelva a la cama con el estómago vacío. Vamos.

No la invitó. Lo ordenó, como si comer con ella no fuera un acto de cortesía sino una obligación lógica. Y, por alguna razón, eso hizo que ella se levantara sin dudar.

La mesa estaba colocada junto a una pequeña ventana empañada por la humedad. Un par de velas apenas lograban perforar la penumbra, pero el calor que subía desde la cocina prometía algo más reconfortante que el fuego: sopa caliente y silencio compartido.

Se sentaron frente a frente.

Y, durante un rato, no dijeron nada.

El posadero regresó con una olla humeante, pan de centeno recién cortado y dos platos hondos. También dejó una pequeña jarra

de cerveza negra y otra más pequeña de sidra dulce. Para ella, supuso Sinderella. Y no se equivocaba.

—No sé si prefiere el vino, pero esta sidra está hecha aquí mismo, con manzanas del bosque. Tiene menos pretensión —comentó el posadero, mientras servía en las copas.

—Me parece perfecta —dijo ella con una leve sonrisa, sin tener la menor idea de qué estaba aceptando. Aun así, alzó la barbilla como si nada, como si fuera una mujer del mundo, acostumbrada a cenas tardías y conversaciones bajo la lluvia. Mentir era más fácil de lo que imaginaba. Sentirse libre... mucho más difícil.

—A su salud, entonces, señorita Marlowe —dijo Ash, una vez el posadero los dejó a solas.

—Y a la suya... señor Ash.

Chocaron ligeramente las copas. La suya tembló un poco, pero él no pareció notarlo. O fingió no notarlo.

La sopa era espesa y sabrosa, hecha con tubérculos, algo de caza —quizás liebre— y hierbas del bosque. Sinderella no recordaba la última vez que había comido algo así. Un sabor de verdad. Un plato humeante que no había preparado ella, ni servido para otros antes de servirse a sí misma.

—¿Cuántas mentiras cree que hemos dicho esta noche? —preguntó de pronto, sin mirarlo, con los ojos fijos en la cuchara que giraba lentamente entre sus dedos.

Había bebido más de lo que pensaba. Esa sidra suave, que sabía a zumo de manzana con un toque de otoño, le había subido a la cabeza sin saberlo. Se sentía ligera. O quizá, solo menos pesada. Ash levantó una ceja.

—Contando solo las suyas, o también las mías.

—Incluyamos las suyas, por justicia.

—En ese caso... al menos cinco. Y las más elegantes son las que todavía no he dicho.

—¿Piensa decirlas?

—No —respondió él, bebiendo un sorbo de cerveza y con un amago de sonrisa traviesa—. Me gusta más la ambigüedad. Mantiene el mundo en equilibrio.

—Yo no sé mentir del todo —dijo ella, con tono confesional, sin mirarlo—. Pero esta noche, sentada aquí, parece más fácil. Fingir que no soy quien soy.

—¿Y quién es? ¿Si no es Lena Marlowe?

Ella dudó. Y no respondió.

Pero él no insistió. El silencio entre ellos no era incómodo, todo lo contrario.

Fuera, la tormenta había arreciado. El tambor de la lluvia golpeaba el techo. Dentro, la vela oscilaba. Las sombras bailaban por las paredes. Los demás huéspedes se habían retirado a sus habitaciones, poco a poco, hasta que quedaron ellos dos. Solos en el comedor.

La última cucharada se enfrió en su plato, pero Sinderella no tenía hambre. Tenía otra cosa. Una mezcla de expectativa, miedo y deseo que jamás había experimentado.

Ashforde se inclinó un poco hacia adelante, jugando con su copa ya vacía.

—¿De qué huye, señorita Marlowe?¿De un marido que la pega? ¿De un trabajo humillante?

Ella lo miró fijamente. Y luego, bajando la voz:

—De una vida que me quedaba demasiado ajustada.

Él asintió. Sin juicio. Como si lo entendiera. Como si, en realidad, él también estuviera huyendo. Se recostó ligeramente contra el respaldo, con esa mezcla de desenfado y observación que tanto desconcertaba a Sinderella.

—¿Sabe qué haría esta noche aún más insensata? —dijo de pronto, con tono casual.

—¿Qué propone?

—Bailar.

—¿No había dicho que solo bailaba con mujeres que sabían hacerlo?

—Y usted me dijo que no bailaría conmigo... Así que estamos en empate. Además, tengo una extraña debilidad por los retos —añadió mientras se ponía de pie y extendía una mano hacia ella, como si el lugar fuera un salón de baile, no una taberna medio vacía.

—No hay música —lo miró ella con los ojos brillantes por la sidra y las mejillas enrojecidas.

—Oh, pero eso sí tiene arreglo —dijo él con una sonrisa sesgada, una que decía *"te tengo"* sin necesidad de palabras—. Usted es cantante de ópera, ¿no es cierto?

Sinderella lo miró fijamente. Era una provocación. Un reto. Una puerta. Y, contra todo sentido común... la cruzó.

Ella se levantó despacio, sin apartar la mirada de él. Era Lena, Lena Marlowe. Aceptó su mano. Y sin dejar que sus nervios se interpusieran, empezó a tararear muy bajo, luego a vocalizar... y por fin, a cantar.

No eligió una estrofa rebuscada ni una canción de salón. Eligió una balada antigua, una melodía melancólica que su madre solía cantarle cuando era niña. Su voz no era la de una gran diva entrenada, pero era clara, pura, vibrante. Tenía el temblor de la emoción y la fuerza de quien ha guardado silencio demasiado tiempo.

Ashforde se quedó completamente inmóvil.

La tomó entre sus brazos y empezó a girar con ella, con lentitud. No al ritmo de un vals, sino al de su voz. Era un baile sin partitura, sin reglas. Solo pasos sencillos, en un salón de madera que crujía bajo sus botas mojadas.

Pero para él, fue más íntimo que cualquier baile de sociedad.

Esa voz. No era perfecta. Era real. Llena de algo que no sabía nombrar, pero que lo desarmó.

Y ese cuerpo... cálido entre sus brazos, con el cabello aún húmedo cayéndole por la espalda, con los ojos entornados por la emoción...

Ashforde, recién nombrado duque por Su Majestad la Reina, bastardo redimido, jinete de caminos sin destino, quedó embelesado.

No solo por su voz. Por ella.
Por lo que despertaba.
Por todo lo que no era y aún así... lo hacía sentir más cerca de sí mismo que cualquier otra mujer en su vida.

El silencio que siguió a la última nota fue tan denso como la niebla afuera. Sinderella dejó caer la voz con suavidad, como si no quisiera perturbar lo que acababa de crear entre ellos.

Ashforde la seguía sujetando.

No como un caballero sujeta a una dama para cumplir con un paso. No como un salvador sujeta a una rescatada. Sino como un hombre que sostiene algo que no está seguro de poder volver a encontrar.

Sinderella lo miró. La luz de las velas dibujaba sombras doradas en su mandíbula. Su pecho subía y bajaba con una lentitud concentrada. Pero lo que la hizo estremecer fue la forma en que él la miraba. Como si no fuera real. Como si, si la dejaba de mirar, desapareciera.

Ella bajó la vista, con un rubor que le subió desde los tobillos hasta la nuca.

Y fue entonces cuando sucedió.

Ash no dijo nada. Solo alzó la mano, con la lentitud que uno reserva para cosas frágiles, y rozó con el dorso de los dedos la línea de su mandíbula. Una caricia apenas visible. Una pregunta muda.

Sinderella no se apartó.

—No debería —murmuró ella, con una voz que apenas le salía del pecho.

—No —respondió él—. No deberíamos.

Y entonces, la besó.

No fue un beso impetuoso. No fue una invasión ni una rendición.

Fue algo más sutil. Más tembloroso.

Un roce de labios, suave y lento, como si los dos quisieran recordar la textura exacta del momento.

Sinderella no sabía cómo reaccionar. Su primer beso. El primero de verdad. El primero que no formaba parte de una fantasía nocturna o de un sueño que se desvanecía con el amanecer.

Y, sin embargo, su cuerpo sí lo sabía. Respondió.

Sus dedos se cerraron, casi sin querer, en la solapa del chaleco de Ash.

Y fue ella quien lo besó de nuevo, esta vez un poco más segura. Con la certeza de que no era una niña.

Un golpe de viento azotó la puerta. Y no fue el viento solo. Fue la llegada de voces, de pasos apresurados, de exclamaciones empapadas y agotadas.

El sonido de los pasajeros del carruaje irrumpió como un recordatorio cruel.

—¡Han llegado! —gritó el posadero desde la cocina, y el crujido de botas embarradas sobre la madera no tardó en llenar la estancia.

Ashforde y Sinderella se separaron de golpe. Fue un gesto instintivo, torpe, casi culpable. Él retrocedió un paso.

Ella... huyó.

Como si algo invisible la empujara, alzó un poco las faldas y echó a andar con pasos ligeros, pero urgentes, hacia la escalera.

Ash intentó detenerla con la mirada, pero no con la voz. Ella no lo miró. No se atrevió.

El eco de los nuevos huéspedes llenó la estancia: quejas, agradecimientos, algún que otro sollozo de alivio. Entre ellos, la voz cálida y algo afónica de míster Verdun resonó sobre las demás.

—¡Espero que haya una habitación libre! Y que alguien me traiga té, por todos los cielos... ¡y una manta para la señora Ellingham!

Sinderella oyó a míster Verdun en la espalda como una bofetada. No podía quedarse. No podía permitir que él —ese anciano amable y agradecido que le había prometido a todos que ella era una joven buena y responsable— la viera así: con los labios hinchados, con el cabello suelto, escapando por las escaleras de una posada donde había pasado la noche junto a un desconocido.

Llegó al final del tramo y se detuvo un segundo, respirando hondo, apoyando una mano en la pared para no flaquear.

El beso aún le ardía en la boca.

Y la verdad... también.

"No soy Lena Marlowe. No soy cantante. No soy nada." Pero era demasiado tarde para confesarlo.

Detrás de ella, abajo, Ashforde no se movió.
Ni la siguió.
Ni la detuvo.
Porque él tampoco era lo que decía ser.

Capítulo 4

El corazón le retumbaba como un tambor de guerra, cada latido la sacudía de forma violenta. La respiración le raspaba la garganta y las mejillas le quemaban como si toda la vergüenza acumulada en su vida se hubiera concentrado allí, en ese instante, en esa piel encendida. ¿Qué acaba de ocurrir? ¡Un beso! ¡Su primer beso!

El zumbido de las voces llenando la posada le confirmó que los pasajeros rescatados habían llegado. El murmullo de pies mojados, el crujido de capas empapadas, el tono exasperado de míster Verdun pidiendo una silla. Y ella, escondida, en su habitación.

Escapando no del peligro, sino del deseo. De la vergüenza, de la deshonra.

Cerró la puerta de la habitación con manos temblorosas. Se apoyó en ella con la espalda y bajó lentamente hasta quedar sentada en el suelo. El beso aún le pesaba en los labios. El roce de sus manos, la firmeza con la que la había rodeado... la forma en que Ash la había mirado justo antes de inclinarse. ¡Un desconocido! Pero, ¿de qué se quejaba? ¿Acaso no era lo que había estado deseando? Sentir, vivir.

No había sido un beso ladino ni torpe. No había sido codicioso. Había sido... intenso. Grave. Como si él también hubiera sentido esa electricidad absurda que a ella le había traspasado los huesos. Y justo cuando pensó que iba a decirle algo más —algo que pudiera cambiarlo todo—, llegaron.

El ruido, la realidad, el hechizo quebrado.

Abajo, Ashforde no se movió de inmediato. No necesitó verla correr para saber que lo había hecho. Lo había sentido. El vacío repentino entre sus manos, su perfume casi extinto.

Se recompuso. Dio media vuelta con la elegancia de quien sabe fingir indiferencia. Caminó hacia el posadero con paso firme. Era su escudo. Su manera de no parecer tocado. Afectado. Pero lo estaba. Mucho más de lo que estaba dispuesto a admitir.

—¿Todo en orden, mi lord? —preguntó míster Verdun desde una de las sillas cercanas a la chimenea con la pierna vendada en alto y una manta sobre las rodillas—. ¿Y la joven Sinderella?

Ashforde no respondió de inmediato.

El nombre —*Sinderella*— le cayó encima como una gota helada en la nuca. No hizo mueca. No frunció el ceño. Solo dejó la copa sobre la mesa con un leve tintineo y alzó la vista hacia la escalera por donde ella había desaparecido minutos antes, como si esperara verla asomarse para negarlo... o para confirmarlo todo.

Sinderella.

No *Lena Marlowe*. No la diva itinerante con voz de cristal y mirada de guerra. Sino una mujer que había mentido, sí... pero no del todo. Porque ahora lo entendía: no había fingido ser más. Solo había fingido ser libre. Ash apretó la mandíbula, pero no de enfado. Lo que sentía no era traición.

Era otra cosa.

Interés. Confusión. Y, sobre todo... una peligrosa fascinación.

—¿Está bien? —insistió míster Verdun—. Esa muchacha merece algo mejor que el barro y las malas lenguas, se lo aseguro.

Ashforde se obligó a asentir, casi en automático. Pero en su interior, todo se agitaba. Sinderella. Parecía el nombre de una dama de alta cuna. El nombre ya le quemaba en la lengua, y eso que todavía no lo había pronunciado.

Ashforde permaneció en silencio mientras los demás tomaban asiento, pedían mantas, y comentaban el estado del camino con voz grave y preocupada. La posada se llenó de ruido, de humo húmedo, de olor a barro, cuero mojado y sopa. Y aun así, nada de eso lo tocaba realmente. Todo en su mente seguía girando alrededor de ese nombre..

Volvió a tomar la copa, pero esta vez no bebió. Solo la sostuvo entre los dedos, mientras la lluvia seguía golpeando el tejado.

Arriba, Sinderella se obligó a incorporarse. Las piernas le temblaban como si hubiera corrido kilómetros. El espejo del cuarto, deslucido y manchado, le devolvió una imagen borrosa: cabello en desorden, labios aún húmedos por el beso, el corsé torcido. No se reconocía. Y, sin embargo, nunca se había sentido tan viva.

¿Y si bajaba de nuevo?

¿Y si lo enfrentaba?

¿Y si lo besaba otra vez...?

No. Era una locura.

Un segundo después, se obligó a soltar el pasador de su cabello y comenzó a desvestirse con movimientos rápidos. Debía calmarse. Recordar quién era. Recordar que las mujeres como ella no protagonizaban historias de amor.



Sinderella despertó antes del amanecer, con el cuerpo tenso y la mente aún empapada en el recuerdo del beso. Por un instante, pensó que había soñado todo aquello. Pero el leve ardor en sus labios y el calor persistente en su pecho le confirmaron que no. Que había ocurrido.

Se incorporó, encogida aún en la cama rústica de la posada, cubierta por una colcha áspera pero limpia. Afuera, la lluvia seguía cayendo con furia. Las gotas golpeaban las ventanas con insistencia, como si el cielo quisiera advertir que la tormenta no había terminado. ¿Cuánto más iba a durar todo aquello?

Con pasos firmes, se vistió con el mismo vestido del día anterior, que ya estaba seco. El corsé seguía húmedo, pero se lo ajustó como pudo, apretando los cordones con rabia contenida. Ató su cabello en un moño bajo y tosco, y recogió el bolsito de lona negra: su "ridículo". Aún pesaba poco. Muy poco.

Bajó las escaleras con la esperanza de no cruzarse con él.

—Buenos días, señorita —dijo el posadero, asomando la cabeza desde el fondo del pasillo—. ¿Va a salir tan pronto?

—Sí —respondió ella, con voz firme—. Necesito el primer coche de postas que pase por aquí.

El hombre la miró con expresión de compasión.

—Me temo que no será posible, señorita —dijo el posadero, con gesto grave—. Los caminos están anegados. El que lleva al norte está completamente intransitable, y el otro... con suerte, podrá usarse mañana. O pasado. Ya vio lo que ocurrió con el carruaje de ayer. Nadie quiere tentar al destino con otro accidente.

Sinderella cerró los ojos un segundo. Trató de respirar hondo. Pero el aire olía a madera húmeda, a tierra atrapada, a resignación.

—Gracias —murmuró, tragándose la frustración—. Me quedaré hasta que pase el próximo entonces.

—Puede quedarse en la misma habitación. Su señor reservó hasta mañana al menos.

—Quiero pagarla yo —dijo de pronto, con un tono más brusco del que pretendía—. Y el desayuno también. ¿Puede decirme cuánto es?

El posadero se encogió de hombros y mencionó una cifra modesta.

Sinderella abrió el ridículo con dedos tensos. Contó mentalmente las monedas antes de tocarlas. Le alcanzaría... pero apenas. Y después de eso, ¿qué?

Sus dedos tocaron una moneda de cobre, pero no la sacó. Se quedó quieta, inmóvil, como si el pequeño saquito de tela pesara una tonelada. Entonces lo cerró.

—En realidad... gracias. Ya está pagado, ¿verdad? —añadió, bajando la mirada.

El posadero no dijo nada. Solo asintió con la cabeza, como si no fuera la primera vez que una dama orgullosa aceptaba ayuda con la misma dignidad con la que se encaja un corsé apretado.

Con el mentón en alto, entró en la sala común. Algunos de los pasajeros del carruaje volcado desayunaban entre mantas y rostros aún agotados. Míster Verdun levantó la mano en señal de saludo.

—Señorita Sinderella —la llamó—. Nos preguntábamos si volvería a aparecer. Le hemos guardado sitio.

Ella sonrió débilmente y se acercó. Se sentó entre ellos con cautela, aceptó el pan y el té caliente que le ofrecieron, y por un momento dejó de pensar. Solo comió.

El niño que el día anterior lloraba con la nariz llena de barro estaba ahora sentado junto a su madre, con las mejillas limpias y el cabello peinado.

—¿Quiere jugar? —le preguntó el niño, con una sonrisa grande como un día de verano—. Hagamos una carrera de carruajes. Usted puede ser la dama que grita "¡más rápido!" Yo soy el cochero, ¿vale?

—Bueno... —respondió, con un amago de risa—. Pero solo si mi carruaje es el más rápido de todos.

—¡Lo es! ¡Lo juro! Pero tiene que gritar muy fuerte, o no corre.

Ella rió. De verdad. Bajó al suelo junto a él sin preocuparse por la falda arrugada ni por el suelo frío.

—¡Más rápido, cochero! ¡Más rápido! —gritó con fingida desesperación, moviendo las manos como si llevara riendas de verdad.

El niño trotaban alrededor de ella, dando vueltas, haciendo ruidos de cascos con la boca. Ambos estallaron en carcajadas cuando él se lanzó al suelo fingiendo que el carruaje había volcado.

—¡Ay no! ¡Mi carruaje ha chocado contra un árbol invisible! —dijo ella, llevándose la mano a la frente.

—No pasa nada. Podemos escondernos en la posada mágica —susurró el niño.

—Pero solo si tienen pan caliente —respondió Sinderella muy seria—. Yo sin pan no viajo.

Y rieron otra vez.

Fue entonces cuando él apareció en la puerta.

Lord Ashforde se detuvo en seco.

Ella no lo vio de inmediato, pero él la vio a ella: con la espalda recta, el rostro encendido por la risa, y los ojos tan vivos que le dolieron. El mundo, por un momento, dejó de girar.

Allí estaba ella, en el suelo de una posada modesta, con la falda recogida y el cabello recogido en un moño imperfecto. Con los ojos

brillantes, las mejillas rosadas por la risa... y una sonrisa real. No de compromiso, no de cortesía. Una sonrisa libre. Pura.

Ash no había visto nunca a nadie así. No solo hermosa. Sino viva.

Sinderella se giró al notar el cambio de atmósfera. Lo vio. Y su risa se apagó con lentitud, recordándole el bochorno de la noche anterior.

—Mi lord... —dijo, poniéndose de pie con rapidez.

Pero era tarde. Él ya la había visto.

Lord Ashforde no llevaba la capa. Solo una camisa blanca y el chaleco oscuro, las botas impecables, y el cabello algo más ordenado, aunque aún con ese aire de hombre que no se disculpa por ser observado. Su sola presencia hizo que todos enmudecieran.

—Señorita —respondió, sin decir su nombre. Ni Lena. Ni Sinderella. Como si aún estuviera decidiendo cuál creía.

—Ha llegado temprano —intentando aparentar normalidad.

—Demasiado tarde, me temo —replicó él con suavidad—. Me he perdido una carrera de carruajes, al parecer.

El niño rió, pero los adultos no dijeron nada. Sinderella forzó una sonrisa.

—Fue una contienda feroz. Casi perdemos al cochero en una curva imaginaria.

Ash la observó unos segundos más. Sus ojos no la juzgaban, pero tampoco la soltaban.

—Confío en que la dama no resultara herida.

—Solo el orgullo —dijo ella—. Pero eso se cura.

En ese momento, míster Verdun intervino desde su rincón junto al fuego.

—Tiene usted una presencia extraña, mi lord. Entra y parece que baja la temperatura —bromeó, con un guiño—. Aunque diría que nuestra joven Sinderella sabe devolver el equilibrio con su gracia natural. Esta joven tiene nobleza en la sangre, aunque diga que no.

Sinderella se tensó. Ash se quedó inmóvil.

Ella rió, aunque sin alegría.

—Míster Verdun es demasiado generoso —dijo ela, fingiendo desinterés, volviendo a sentarse para tomar su taza de té y dejar de

ser la protagonista.

Pero Ash se quedó con ese comentario. "Nobleza en la sangre". Su mente, acostumbrada a leer entre líneas, empezó a armar piezas. No preguntó más. No aún.

El posadero anunció que el desayuno caliente estaba servido, y los comensales se movieron hacia las mesas. Ash se acercó un paso más.

—¿Le apetece tomar algo?

—Supongo que no me he ganado el pan con esa carrera —negó ella.

—Puede ganárselo en la revancha —replicó él, sin sonreír, mirándola fijamente.

—Aunque... —añadió ella, volviendo la mirada al niño— creo que por hoy me retiro. No me encuentro del todo bien —mintió, colocándose una mano en el estómago con delicadeza—. Tal vez sea el frío... o el susto de ayer.

Ash la observó con detenimiento. La expresión seria, la excusa impecable... y sin embargo, supo que era mentira. Otra más. Lo supo en cuanto vio cómo evitaba el pan recién servido, cómo sus dedos se cerraban con fuerza en torno al borde de su vestido.

Pero no la contradijo.

—No le vendría mal un poco de pan —dijo entonces la señora Pembridge, una dama alta de cuello largo y trenza gris, que había viajado con ellos—. La muchacha necesita fuerzas. Ayer la vi curando tobillos como una enfermera del ejército.

—Es muy amable, señora —respondió Sinderella con una sonrisa breve—. Pero mi estómago no se ha despertado aún.

—Pues el mío lleva despierto desde anoche —murmuró el señor Buckley, un hombre bajo y robusto con una cicatriz en la ceja—. Señorita, si no quiere ese pan, páselo pa'ca.

—Pues el mío lleva despierto desde anoche —murmuró el señor Buckley, un hombre bajo y robusto con una cicatriz en la ceja—. Señorita, si no quiere ese pan, yo puedo darle buen uso.

—No le haga caso, siempre está bromeando —rió Miss Lettie, una joven algo parlanchina, con acento del sur y la voz aguda—.

Pero yo sí creo que un poquito de sopa no le vendría mal, señorita... , ¿cómo se llama?

—Sinderella —intervino míster Verdun con tono indulgente, mientras se arropaba con su manta—. Se llama Sinderella.

Ella tragó saliva, intentando disimular el nudo en su garganta. Luego forzó una sonrisa que no llegó a los ojos y desvió la mirada hacia Ashforde. Él no respondió. Ni una palabra, ni un gesto... pero el leve endurecimiento en su mandíbula lo delataba. No era enfado. Era algo más sutil. Tensión. Incomodidad.

—Señorita —dijo míster Verdun finalmente, con voz grave—. El pan está caliente. La sopa también. A veces, aceptarlos es lo más sensato cuando el camino es largo.

—Y a veces, lo más sensato es no alargar más el camino —respondió ella sin elevar el tono, pero con la dignidad justa para marcar una distancia—. Permítanme. Necesito aire.

Se inclinó, recogió su pequeño bolso con delicadeza y se giró. Caminó erguida, con paso firme hacia la galería exterior, donde la lluvia golpeaba las vigas de madera.

—Las mujeres así no se ven todos los días —dijo Buckley, mientras se sacudía las migas de la chaqueta,

Ash no respondió. No podía. Porque lo único que sabía con certeza era que ella no se alejaba de la lluvia. Se alejaba de él. Y eso, por alguna razón, lo irritaba mucho más de lo que habría querido.

Sinderella se apoyó en la columna de madera que daba al exterior. El aire estaba húmedo, cargado con el olor de la lluvia y la madera vieja, le gustaba ese olor. A lo lejos, los árboles parecían susurrarse cosas que nadie más oía. Cerró los ojos un instante, permitiéndose un suspiro que no era del todo resignado. No sabía si quería huir... o quedarse.

—¿Haciendo las maletas con la mirada? —preguntó una voz tras ella.

Ash.

Ella no se giró de inmediato. No podía.

—Pensaba en si es prudente seguir esperando aquí. A veces, el tiempo no es garantía de nada.

—Y otras, es lo único que tenemos —dijo él, y avanzó un poco. No demasiado. Apenas lo justo para que su presencia la envolviera, sin tocarla.

No dijeron nada, pero no fue incómodo. Era el tipo de silencio que se da entre dos personas que ya han dicho demasiado... o están a punto de hacerlo.

—¿Ha venido a regañarme por rechazar el pan? —preguntó ella al fin, forzando una sonrisa sin mirarlo.

—He venido a entender de qué está huyendo.

—¿Y si le dijera que no huyo? —se giró para mirarlo a los ojos, aunque la mirada de ese hombre era difícil de sostener.

—Le diría que miente mejor cuando canta.

—No soy quien usted cree —susurró ella.

—Lo sé. Sinderella.

—No tengo nada que ofrecerle —dijo ella, con una sonrisa que no le llegó a los ojos.

—Lo sé también.

—Entonces, ¿por qué está aquí?

Ashforde se acercó un paso más. La lluvia seguía cayendo delante ellos.

—Fue su mirada. Esos ojos azules, enormes, decididos... Desde entonces, no he logrado apartarla de mi mente.

—Eso es un problema.

—Sí. Pero me temo que no quiero resolverlo.

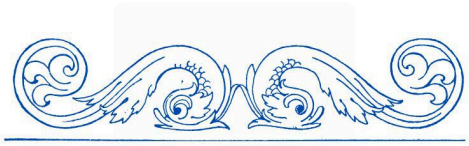
Se quedaron allí, frente a frente. La galería era estrecha, la madera crujía bajo sus pies, y el mundo entero parecía reducirse a ese instante. Ella fue quien bajó la mirada primero. Pero él alzó una mano, y con la yema de sus dedos, le tocó apenas la mejilla. Un roce. Un segundo. Suficiente.

—Podríamos cometer una imprudencia —susurró ella, más para sí que para él.

—O podríamos cometer una verdad —replicó él.

Ella no contestó. Pero tampoco se alejó.

Capítulo 5



La lluvia persistía, suave pero decidida, marcando con constancia el tejado de la galería. A su alrededor, el mundo parecía reducido a ese espacio estrecho entre dos columnas de madera húmeda. Y a él. A Ash.

Sinderella permanecía de pie, con las manos entrelazadas frente al regazo y el corazón tan agitado que temía que se le notara en el cuello. No lo miraba directamente. No era necesario. Sentía su cercanía con una claridad que le resultaba casi insoportable.

—¿Y a dónde se dirige, señorita? —preguntó él al fin, rompiendo el silencio con esa voz grave que la había perturbado desde el primer instante.

—Al norte —respondió tras una pausa breve—. Me espera una... tía. En Leeds. Creo que puedo ayudarla en su tienda de telas. Aunque no sé coser más que con torpeza.

—¿Y canta? —replicó él, mirándola con diversión.

—Solo cuando nadie escucha. Las paredes del norte son gruesas, tengo entendido.

Él asintió, aceptando otra verdad que sabía que era falsa. Sinderella mentía con demasiada elegancia como para contradecirla.

—¿Y usted, mi lord? ¿Tiene algún destino urgente? —preguntó ella, ladeando el rostro, mirándolo de reojo.

—Tengo que llegar a una propiedad en decadencia —dijo al fin, con un deje de resignación—. Una casa que alguna vez debió tener cierto esplendor, pero ahora solo es una carga. Me han enviado para

cobrar una vieja deuda. Una herencia, dicen. Aunque lo que hereda uno a veces no es más que peso, barnizado de deber y apariencia. No es un lugar al que uno vaya con esperanza, señorita. Solo con obligación.

—Ah —murmuró Sinderella, con la mirada perdida más allá de la galería, hacia la lluvia que no cesaba—. Las herencias... suelen presentarse envueltas en promesas, pero pocas veces traen fortuna.

No lo miró. No era necesario. Bastaba con cerrar los ojos y evocar los pasillos silenciosos de *Glasswell Grange*, la tapicería deshilachada, el retrato torcido de su difunta madre en el salón principal... Todo encajaba con la descripción que él acababa de hacer. Pero era imposible que se refiriera a su casa. Que ella supiera, Glasswell Grange pertenecía a su madrastra, no a ningún noble desconocido.

—¿Su tía... la espera?

—No exactamente.

—¿Y se alegrará de verla?

Sinderella no respondió, sabía perfectamente que lo último que sentía su madrastra, Lady Maevena, era alegría al verla.

—¿Y usted, milord? ¿Tiene familia? —preguntó ella, cambiando de tema con delicadeza, como si deseara desviar la conversación de sí misma sin parecerlo—. ¿Cuál es su nombre completo? ¿Solo Ash?

Él no respondió de inmediato.

Ashforde se apoyó en la barandilla, mirándola fijamente.

—"Ash" suele bastar —dijo al fin, con una sonrisa leve, tan poco sentía que no alcanzó a tocarle los ojos—. Pero si prefiere las formalidades... Lord Ashforde. Hijo de un vínculo irregular, reconocido recientemente por deber más que por afecto, y educado con más reglas que ternura, por no decir que jamás recibí muestra de afecto alguna.

Ella bajó la vista. No por sumisión, sino porque algo en su pecho se agitó al reconocer la idea. Ambos habían aprendido, de formas distintas, a moverse entre nombres prestados y verdades a medias.

Dos extraños. Dos máscaras. Una noche. Y, sin embargo, había algo allí. Algo que los desnudaba a ambos más que cualquier

confesión.

La lluvia no cesaba, pero ya no era tormenta. Caía con ese ritmo melancólico que parecía no querer molestar, solo recordar que el mundo seguía girando, húmedo y obstinado.

Ashforde no habló al apartarse de ella. Solo caminó directo hacia el perchero, donde colgaban las capas aún húmedas de ambos, dentro de la posada. Tomó primero la suya, y luego la de ella. Sacudió ambas con un movimiento firme y sin prisa.

—¿Qué hace? —preguntó ella, sin moverse de su sitio.

—Estoy reclamando un poco de aire —dijo él, girándose con ambas capas dobladas sobre un brazo—. Y pensé que no le vendría mal hacer lo mismo.

Ella lo observó. Estaba de pie en el umbral, alto, con la camisa ligeramente abierta al cuello y la expresión seria, pero no severa. Había en él una calma tensa, una decisión contenida. Y una invitación clara: a caminar, a hablar... a sentir. A alejarse más de todos.

—¿Debo preocuparme? —dijo ella con una sonrisa ladeada—. No es habitual que los caballeros rapten a las damas antes del almuerzo.

—Le prometo que esta vez no habrá caballos. Solo barro. Y si acaso, un poco de sinceridad mal disimulada.

Ella se enderezó. El rubor tiñó sus mejillas sin que pudiera evitarlo.

—¿Y si no estoy de humor para sinceridades?

—Entonces solo será un paseo.

Le tendió la capa, y ella la tomó despacio. La tela seguía húmeda, pero el gesto tenía algo cálido, íntimo. Caminaron juntos hacia la parte trasera de la posada. El cielo seguía gris, pero no amenazante. La lluvia era ahora apenas un murmullo sobre las hojas, y el aire fresco traía el olor a tierra mojada y a madera antigua. Era una escena sencilla. Tan sencilla, que casi dolía.

Caminaron en paralelo, bajo la lluvia leve que no calaba aún, pero sí envolvía el aire con su perfume de tierra mojada y hojas aplastadas. La posada quedó a sus espaldas, reducida a un

resplandor cálido y lejano. Delante, solo el sendero de barro, bordeado de árboles tristes y colinas en penumbra.

Ash la observó con disimulo.

Su cabello, recogido de cualquier manera, había comenzado a soltarse en mechones que se enredaban con la brisa húmeda. La capa oscura contrastaba con la rojez de su cuello y el rubor aún persistente en sus mejillas. No era una belleza perfecta. Pero tenía ese tipo de hermosura que se descubre lentamente, como una carta escrita a mano con tinta antigua.

Y había algo más.

Una fuerza.

Una dignidad hecha de silencios.

—¿Qué ve? —preguntó ella sin mirarlo, al notar su atención.

—Una mujer que camina con la cabeza alta, aunque lleve el corazón en los talones —respondió él, despacio.

Ella se detuvo por un segundo. No por las palabras, sino por el tono con que fueron dichas.

—Quizá sea la única forma de seguir andando —dijo, retomando el paso—. Fingir que no se está a punto de quebrarse.

Él no respondió de inmediato. Bajó la vista al camino.

—A veces el quebrarse... es lo único que nos vuelve humanos —dijo al fin, como si hablara más consigo mismo que con ella.

Sinderella se permitió una mirada fugaz. El viento agitó la capa de él y por un momento, pareció más joven, más vulnerable, menos el hombre de hombros anchos que había enfrentado al mundo la noche anterior.

—¿Nunca quiso dejarlo todo? —preguntó ella en voz baja.

—Lo he hecho. Pero siempre hay alguien dispuesto a recordarme mi lugar.

—¿Y usted lo recuerda?

—A veces. A veces no. Y cuando no lo recuerdo... soy peligroso.

Ella se detuvo. Lo miró. De frente. Él también la miró.

En ese instante no eran lord ni sirvienta. No eran hombre ni mujer. Eran algo anterior a todo eso, dos almas. Algo inevitable.

La lluvia se volvió más densa. No torrencial, pero sí suficiente para empaparlos si se quedaban allí demasiado.

—¿Tiene frío?

Ella negó. Pero se estremeció. Él se quitó la capa sin pedir permiso y la colocó con suavidad sobre los hombros de ella, por encima de la suya.

—No es necesario —susurró Sinderella, sin moverse.

—Ya lo sé.

Ashforde no retiró las manos tras cubrirla con la capa. Las dejó allí, apoyadas levemente sobre los hombros de Sinderella, como si no se atreviera a soltarla. Como si al hacerlo, pudiera perder algo que no sabía que había encontrado. Ella tampoco se movió.

El mundo entero parecía haberse detenido a su alrededor. Ya no existían la posada, ni los carruajes, ni los demás pasajeros. Solo la lluvia, cayendo en gotas gruesas sobre sus cabellos, empapando el dobladillo de sus ropas. Y ese instante.

—Deberíamos volver —murmuró ella, sin convicción.

—¿Por qué?

—Porque... —tragó saliva—. Porque alguien podría vernos.

—No hay nadie —dijo él. Y aunque era mentira, en su voz sonaba a verdad. ¿Qué más daba una mentira más o una menos?

Ash la miró. No al vestido, ni al cabello enredado. La miró a los ojos. A esos ojos enormes, azules, claros como el río que cruza un bosque aún virgen. Jamás se había sentido tan expuesto con una mujer. Y, paradójicamente, tan en paz.

No se lo pensó más.

Se inclinó.

Y la besó.

Sin urgencia, sin artificio. Un beso que empezó despacio, como si buscara permiso. Pero que, al notar cómo los labios de ella respondían, se volvió más firme. Más honesto. Un beso sin títulos, sin promesas, sin pasado. Solo presente. Solo hambre. Solo reconocimiento.

Sinderella no lo empujó. No lo rechazó.

Se aferró a su abrigo, se alzó un poco para alcanzarlo mejor, y se perdió en él. El calor de su boca, el olor de su piel mojada, la fuerza medida de sus manos... todo era nuevo. Todo era abrumador.

La lluvia empapaba sus cabellos, sus hombros, las orillas de sus enaguas. Pero ya no le importaba. El beso se volvió más profundo. Más cierto.

Ash se separó un poco y la miró.

Jamás había hablado tanto con una mujer sobre sí mismo. No así. No desde la piel, ni desde el alma. Lo más curioso era que no lo estaba haciendo realmente. No le contaba detalles, no confesaba nombres, ni lugares, ni fechas. Y, sin embargo, sentía que se estaba desnudando más de lo que había hecho nunca.

Ashforde había sido muchas cosas. Un hijo ilegítimo criado sin ternura. Un instrumento.
Un brazo ejecutor al servicio de una mujer a la que había llamado madre solo porque la sangre lo decía. Había cobrado vidas por orden suya, con la frialdad de quien no tiene elección. No había sido un asesino. Había sido un arma. Una sombra que cumplía órdenes.

Hasta que dejó de hacerlo. Hasta que se rompió.

Hasta que comprendió que matar no lo hacía fuerte. Lo vaciaba. Lo desfiguraba. Y nadie, ni siquiera ella —esa madre cruel con alma de reina vengativa—, había intentado salvarlo.

Y sin embargo, ahora... una mujer sin apellido, sin posición, sin historia clara... lo estaba salvando. Sin saberlo. Sin buscarlo.
Solo *siendo*.

Sinderella. Sucia, herida, altiva, orgullosa, llena de ternura y de miedo. Un ser humano con los bordes rotos. Como él. Él no se lo merecía. Eso lo sabía. Pero aún así, deseaba tocarla. No con deseo carnal. No solo con deseo. Sino con necesidad.

Como se toca el agua cuando uno ha cruzado un desierto demasiado largo.

Nunca antes había sentido algo así. Nunca antes había querido huir *menos*. Y lo que era aún más grave: Nunca antes se había sentido *visto*.

Él no sabía qué haría al día siguiente, cuando la lluvia cesara y el mundo le recordara sus obligaciones. Pero sabía que en ese instante —solo uno—, la había *elegido*.

Y eso...

Eso dolía y deslumbraba por igual.—No sé qué me ha hecho, señorita Sinderella —murmuró con la voz áspera, sin apartar la frente de la de ella—. Pero lo está haciendo muy bien.

Ella cerró los ojos, con una sonrisa temblorosa en los labios aún húmedos.

—Yo tampoco lo sé —susurró—. Pero no quiero detenerme.

No sabían hacia dónde iban. Pero en ese momento, se tenían. Y eso era suficiente.

Ash no dijo nada más.

Solo la miró. Su respiración era pesada, sus pupilas oscuras de deseo. Y sin embargo, seguía siendo él mismo: contenido, firme, respetuoso. Como si esperara que ella diera la señal. Que ella decidiera.

Y Sinderella... decidió.

Fue ella quien alzó la barbilla, quien buscó su boca de nuevo, quien borró con un beso cualquier duda. Él la atrapó con los brazos al instante, con una necesidad feroz y honesta. Y esta vez no hubo calma. No hubo contención.

Hubo hambre.

Sus labios se encontraron con una urgencia distinta, como si cada segundo sin tocarse hubiera sido un error. Se besaron con furia contenida, con años de soledad y silencios acumulados. Las manos de Ash se deslizaron por su espalda, atrayéndola con fuerza, recorriéndola con devoción.

Sinderella se aferró a él, hundiendo los dedos en la tela húmeda de su camisa, sintiendo la firmeza de su pecho bajo la ropa mojada. La boca de él descendió por su mandíbula, hasta su cuello, y ella se arqueó hacia él con un jadeo leve, vulnerable, real.

—Dios... —susurró él contra su piel—. ¿Qué me está haciendo?

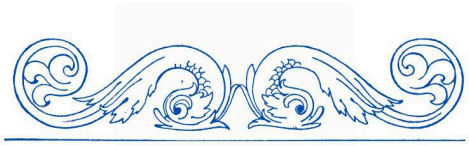
Ella no respondió. Solo se dejó tocar. Sentir. Vivir. Por primera vez, sin miedo a lo que eso significara.

Ash la levantó del suelo, sin esfuerzo, y ella se dejó hacer, las piernas temblorosas, los labios hinchados de besos. Su espalda se apoyó en el tronco húmedo de un roble cercano, y allí, bajo las ramas empapadas, la besó como si fuera la única mujer que hubiera existido jamás.

Y para él... lo era.

Su mano bajó por la cintura de ella, temblando, hasta la cadera. La acarició con reverencia. Como si su cuerpo fuera un mapa y él, por fin, hubiera encontrado el lugar donde podía quedarse.

Capítulo 6



La lluvia seguía cayendo, pero ya no importaba. Bajo aquel árbol, con las ropas empapadas y los corazones acelerados, Ashforde y Sinderella se habían besado como si el mundo se acabara esa misma tarde. Pero no se acabó. No todavía.

—Si seguimos aquí... —Sinderella fue la primera en hablar, con la voz temblorosa aún, no de frío, sino de algo más hondo—: terminaré por olvidar quién soy.

—Quizás eso no sea tan terrible —murmuró él—. Olvidarlo todo, solo por hoy.

Ella sonrió levemente y luego se apartó con suavidad. —Vamos. Nos estamos empapando.

Ash asintió, recogiendo su capa y colocándosela él también. Mientras caminaban de regreso a la posada, el silencio entre ellos fue cómodo. Cómplice. El tipo de silencio que no pesa, sino que arropa. Como si no fueran dos extraños.

Como si ya se hubieran conocido en otra vida.

¿Cuándo fue la última vez que no se sintió observado, juzgado, armado hasta los dientes de control? Esa joven, mojada hasta los huesos, con las manos heladas y el alma temblando... lo había desarmado más que ningún duelo, más que ningún reproche de su madre o mirada de la nobleza. Y lo peor —o lo mejor— era que no se sentía en peligro. Se sentía libre.

Había tenido amantes, claro. Había bailado con debutantes, conversado con duquesas, soportado elogios de conveniencia y

besos que sabían a estrategia. Pero eso... eso era distinto. Era real, a pesar de las mentiras, ambos estaban siendo más auténticos que nunca.

Sinderella no jugaba a ser deseable. Simplemente lo era. Y eso lo golpeaba. Como el agua que desgasta la piedra, no con violencia, sino con constancia.

A su lado, ella tampoco hablaba, pero no porque no hubiera palabras. Sino porque, por primera vez, no las necesitaba.

El corazón aún le latía con fuerza y cada paso que daba sentía cómo la humedad del suelo le recordaba que aquello no era un sueño. El beso había sido real. Su cuerpo lo sabía, lo reconocía, lo archivaba entre los momentos que no olvidaría aunque pasen cien inviernos.

"Si vuelvo a mirarlo, me desarmo," pensó ella. Por eso mantenía la vista al frente. Pero lo sentía. Su calor, su contención, su mirada intensa.

Sinderella —la muchacha invisible, la que limpiaba copas rotas en Glasswell Grange, la que cosía con los dedos heridos por el hielo — se sentía deseada. Válida. Vista.

Y Ash —el hombre de silencios firmes, de deberes heredados, de culpa y reputación— se sentía, por fin, humano. No hablaron más. No hizo falta.

La posada apareció ante ellos como un farol en la niebla: sencilla, imperfecta, tibia. Y por primera vez en mucho tiempo, ambos sintieron que podía ser suficiente.

Solo por un día.

Solo por una noche.

Dentro, el ambiente era cálido y humeante, no necesitaban nada más. El aire olía a madera envejecida por años de historias, a lana mojada y brasas vivas. Pero por encima de todo, un aroma delicioso a pan horneado se colaba desde la cocina, envolviéndolo todo con un ambiente familiar y hogareño. Las ventanas empañadas dejaban pasar apenas la luz gris del exterior, mientras las velas encendidas y el fuego chispeante de la chimenea dibujaban sombras doradas sobre los rostros de los viajeros, que ya no parecían tan cansados ni irritados.

Los pasajeros del carruaje accidentado estaban ya repuestos en cuerpo, si no en alma. Algunos charlaban en voz baja, otros reían con un alivio que solo llegaba tras el susto superado. Míster Verdun, en su sillón habitual junto al fuego, mantenía en alto una taza de porcelana desparejada mientras contaba alguna anécdota de juventud que hizo reír incluso a la señora Ellingham, que solía mantener la mandíbula tan apretada como su moño.

Miss Lettie, con su risa cantarina y su vestido modesto pero alegre, tejía algo con hilos de colores chillones y narraba sin parar cómo había sido su primer viaje en carruaje, que no terminó tan bien como el que ahora compartían.

El señor Buckley, con su chaqueta ya casi seca y la eterna cicatriz en la ceja, enseñaba a un par de niños a hacer pequeños caballos de servilleta, gruñendo entre dientes pero con ternura evidente.

Sobre la larga mesa central, tazas humeantes, cestas con pan y mantequilla espesa pasaban de mano en mano. En un rincón, una joven tocaba una flauta dulce. No lo hacía del todo bien, pero a nadie parecía importarle. Era música. Era vida.

Una de las criadas colocaba velas nuevas sobre los candelabros, y otra servía más sopa en cuencos de barro. No había lujos, pero sí calor. Compañía. Refugio.

Y en medio de todo, Ash y Sinderella entraron, aún envueltos en la humedad de afuera, pero con los ojos llenos de algo que no se podía disimular. Nadie preguntó. Nadie juzgó. Solo hubo miradas cómplices, sonrisas escondidas y el sonido acogedor de una posada que, por un día, parecía haber sido tomada por la magia.—¡Ah, ahí están! —exclamó míster Verdun, con una sonrisa pícara desde su sillón—. Ya pensábamos que se habían fugado a Gretna Green.

Sinderella soltó una carcajada que hizo reír también a Ash. Fue breve, honesta, desarmante. La primera que oía Ash desde que la había conocido, y se enamoró un poco más, como un jovencillo inexperto.

—Solo una caminata —respondió ella, aún ruborizada.

—¡Pues más vale que se sequen! —añadió Miss Lettie, acercándoles unas mantas—. O terminarán estornudando hasta el

jueves.

La señora Pembridge propuso entonces hornear pan con los niños, y sin saber cómo, Sinderella se vio rodeada de harina, risas, dedos pegajosos y una extraña ligereza que hacía mucho que no sentía.

Ash la miraba desde una mesa cercana, donde jugaba a las cartas con Buckley, Lettie y Verdun. Fingía interés en el juego, pero sus ojos la buscaban constantemente. Verla así —con las mejillas encendidas, riendo mientras enseñaba a amasar una forma extraña de pan— lo desarmaba.

Era hermosa. Pero no por la simetría de su rostro, ni por la curva de su cuello.

No era la clase de belleza que uno encuentra en los retratos colgados en los salones nobles, ni la que exige maquillaje caro o joyas relucientes. Su hermosura estaba en lo inesperado.

En la forma en que sus ojos, enormes y azules, absorbían el mundo con una mezcla de desafío y vulnerabilidad.

En la manera en que se reía sin pretensión, echando ligeramente la cabeza hacia atrás, como si por un segundo olvidara el peso que llevaba encima, fuera cual fuera.

En el rubor que le subía por las mejillas cuando alguien la elogiaba —no por coquetería, sino por honestidad, como quien no está acostumbrada a ser vista de verdad.

Era hermosa porque no lo intentaba. Porque su vestido remendado no lograba apagar la dignidad con la que se sentaba a la mesa, ni el cabello suelto ocultaba la inteligencia que brillaba detrás de cada silencio. Porque no se sabía hermosa, y eso... eso la hacía aún más inolvidable.

Ash no lo entendía del todo, pero sí sabía que no podía dejar de mirarla. Porque cada vez que lo hacía, descubría algo nuevo. Un gesto, un matiz, una verdad.

Y se estaba quedando sin defensas.

Ya entrada la tarde, una lluvia más suave empezó a tamborilear en los cristales. El posadero encendió un par de lámparas de aceite y sacó una vieja flauta de madera que Miss Lettie —al parecer, aprendiz de muchas cosas— tomó con gusto.

—Un poco de música para animar la espera —anunció míster Verdun.

—Y quizás... ¿un baile? —añadió la señora Pembridge, mirando a Ashforde con una ceja arqueada.

Él no dudó. Se levantó con la serenidad de quien no suele pedir permiso, y se acercó a Sinderella, que en ese momento intentaba quitarse la harina de la falda sin mucho éxito.

—¿Me concede este baile, señorita de las manos blancas?

—Solo si promete no pisarme.

—No puedo prometer nada —respondió él—. Pero puedo hacer que lo olvide.

Rieron. Y bailaron.

No con técnica. No con pasos aprendidos. Sino con una naturalidad desconcertante. Ash la sostenía con una firmeza elegante, sin invadirla. Ella giraba con él como si nunca hubiera hecho otra cosa.

Los presentes aplaudieron entre risas y exclamaciones. Incluso se añadieron algunas parejas más.

Fue Miss Lettie quien lo dijo en voz alta:

—¡Qué pareja tan peculiar... y tan hermosa hacen!

Sinderella se sonrojó. Ash simplemente la miró. Como si ya lo supiera.

La cena fue servida poco después, y Sinderella se permitió, por primera vez en mucho tiempo, no pensar en el dinero.
No contó mentalmente cuántas cucharadas de sopa valdría su dignidad, ni si el pan caliente que sostenía entre los dedos sería el último por días. No hizo cálculos, no pensó en deudas, no sopesó la culpa. Simplemente comió.

El estofado humeaba en su cuenco de barro, con ese aroma profundo a carne cocida lentamente, a especias humildes pero bien usadas. El pan tenía corteza crujiente y una miga suave que se deshacía con el calor del caldo. Y la sidra tibia —nada elegante, pero reconfortante— le caldeaba el pecho.

A su alrededor, los otros pasajeros comían con idéntica entrega. Nadie parecía tener prisa. Nadie hablaba del accidente. Era como si, en esa mesa, durante ese rato, todos hubieran decidido suspender la

realidad. Dejarla fuera. Con el barro. Con la tormenta. Con las obligaciones.

Sinderella cerró los ojos un instante mientras tragaba. Su estómago agradeció el gesto, pero fue su alma la que más sintió alivio. Por una noche, se permitía no ser la sirvienta de nadie. No ser la hija de un muerto. No ser la carga de una madrastra.

Solo... ser. Sentada junto a personas que no le pedían nada, que no le recordaban lo que no tenía. Personas que reían sin saber su historia. Que le ofrecían una porción más de estofado solo porque sí. Porque sí.

Y entonces miró a su derecha.

Ash también comía. Despacio. En silencio. Pero sin esa tensión en los hombros que había llevado al llegar. Él también parecía dejarse estar. Y cuando sus miradas se cruzaron, no hubo juicio. Solo complicidad.

Como si ambos se dijeran, sin palabras:

"Solo por esta noche, olvidemos quiénes somos."

El salón principal de la posada se llenó de voces bajas, del clink de las cucharas en los cuencos de barro, del olor a pan recién hecho y a sopa humeante. Afuera, la lluvia seguía golpeando el techo, constante pero no amenazante. Como si ya no quisiera asustar, solo marcharse poco a poco.

Sinderella estaba sentada entre Miss Lettie y míster Verdun. A su izquierda, Ashforde. No demasiado cerca, pero lo suficiente como para que sus rodillas se rozaran bajo la mesa si alguno se movía apenas. No hablaban mucho entre ellos, pero cuando lo hacían, se miraban con un respeto nuevo. Como si el recuerdo del beso —de los besos— fuera una especie de compromiso.

—¿Y qué es lo más extraño que han visto durante un viaje? —preguntó de pronto Buckley, con la boca medio llena y una sonrisa amplia—. Yo una vez vi a una señora noble sacar una escopeta por la ventana del carruaje. A su propio marido. ¡Y no erró!

Las carcajadas estallaron.

Miss Lettie habló de un pretendiente que se desmayó al verla bailar. La señora Pembridge confesó haber viajado disfrazada de hombre durante la guerra, y míster Verdun —más sobrio— contó

una historia real de naufragio en el canal de la Mancha. Todos escucharon con ojos brillantes.

—¿Y usted, señorita Sinderella? ¿Algún recuerdo memorable? —preguntó Buckley.

Ella se mordió el labio, pensó unos segundos... y luego dijo:

—Una vez... vi una libélula posarse en la mano de un niño que estaba muriendo —dijo ella en voz baja, como si el recuerdo aún le doliera—. Yo trabajaba en una casa de campo. Él apenas tenía fuerzas para respirar. Pero esa libélula... se posó allí. Tan quieta. Como si hubiera elegido acompañarlo.

El silencio fue inmediato. No incómodo. Solo respetuoso. Ash la miró como si acabara de decir la cosa más valiente que había oído en su vida. Miss Lettie rompió el momento con una risa nerviosa.

—¡Ay, esto se está poniendo muy sentimental! —exclamó, levantándose de golpe—. ¡Cantaré algo!

Y lo hizo. Una tonadilla sencilla, popular, de taberna. Con voz aguda, pero afinada. Buckley la siguió con palmas. El niño dio vueltas riendo, y en un segundo, Sinderella fue arrastrada al centro de la sala.

—¡Baile, señorita! ¡Vamos, que aún no he visto sus pasos de libélula! —gritó Buckley entre carcajadas.

Ella dudó. Pero solo un segundo.

Rió. Se soltó.

Y bailó.

Primero con el niño, luego con Buckley, y cuando parecía que todo terminaba... Ashforde se levantó. No preguntó. Solo ofreció su mano.

Ella la tomó.

Y bailaron, otra vez.

No al ritmo de la canción. Al ritmo de ellos. De su respiración. De su pausa. Nadie dijo nada. Nadie se atrevió.

Y en ese instante, la belleza de Sinderella se volvió absoluta. Porque no venía de su figura, ni de su risa, ni de la tela gastada de su vestido. Venía de cómo lo miraba él. Y de cómo él la miraba a ella.

La canción terminó con aplausos tímidos y sonrisas cansadas. Miss Lettie hizo una reverencia exagerada que arrancó una última risa general, y luego, poco a poco, la sala se fue vaciando como se vacía una copa de vino bien compartida: con satisfacción y cierta melancolía.

Los niños fueron llevados a las habitaciones por sus madres, los mayores empezaron a recoger sus bufandas, a frotarse las manos frente al fuego por última vez. El señor Buckley bostezó como un oso, y míster Verdun murmuró que necesitaba elevar la pierna. Las conversaciones se tornaron en susurros, las velas se redujeron a pocas luces titilantes.

Y entonces ocurrió.

Se quedaron solos.

Sinderella, aún con las mejillas encendidas por la danza, estaba sentada frente al fuego, con una manta sobre las piernas y los dedos enlazados sobre el regazo. Ashforde no estaba muy lejos. De pie, apoyado en la repisa de la chimenea, con los brazos cruzados, observándola. El silencio entre ellos era ahora otro. No el de antes. No el cómodo. No el inocente.

Era un silencio denso.

Lleno de cosas no dichas.

Todos se han ido a dormir —murmuró ella, sin mirarlo directamente.

—Sí —asintió él—. Ya no queda nadie.

—Supongo que... yo también debería subir —dijo ella, apenas audible.

Ash no respondió de inmediato. Solo la miró.

—¿Y por qué no lo haces? —preguntó él. La tuteó sin pensarlo. Tal vez ya lo venía haciendo desde antes, pero solo entonces fue consciente de ello.

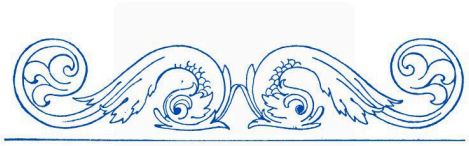
Sinderella giró lentamente el rostro hacia él. Tenía la mirada limpia, vulnerable. Sin máscaras.

—Porque no quiero estar sola esta noche.

—Ven conmigo —dijo él al fin, con la voz baja pero firme. Luego extendió la mano, y cuando ella la tomó, la condujo escaleras arriba,

sin prisa, como si cada peldaño solo confirmara que ambos lo deseaban, que ambos lo querían, pasara lo que pasara.

Capítulo 7



La puerta se cerró detrás de ellos con un clic suave, casi reverente. Ash soltó su mano solo para encender la lámpara de aceite y avivar el fuego. Sinderella se quedó de pie en medio de la habitación, las manos cruzadas frente al pecho, el aliento contenido.

No había más que una cama. Una silla. Una alfombra deshilachada. Y sin embargo, nunca se había sentido tan expuesta. Tan consciente de su piel. De su respiración. De lo que estaban a punto de hacer.

Ash la miró con una mezcla peligrosa de decisión y ternura.

—¿Quieres que me detenga?

Ella negó lentamente, tragando saliva.

—No. No esta noche.

Él asintió. Y solo entonces, caminó hacia ella. Y con cada paso que daba, Sinderella sintió cómo se le encogía el estómago. No por miedo. Ni siquiera por inseguridad. Era una especie de vértigo... como si estuviera al borde de algo demasiado hermoso para ser cierto.

¿Cómo podía desear tanto y al mismo tiempo sentirse tan expuesta?

Su primer impulso fue cruzar los brazos, cubrirse el pecho con las manos. Pero no lo hizo. Permaneció ahí. De pie. A merced de su mirada. Con el corazón bombeando como si hubiera corrido a campo traviesai.

Había crecido creyendo que no era hermosa.

No con la belleza de las otras jóvenes: piel de porcelana, caderas suaves, cabellos domesticados. Ella era toda ángulos. Sus costillas sobresalían a veces. Su pecho le parecía desproporcionado. Tenía marcas en las rodillas de cuando se caía jugando en el jardín antes de que su mundo se quebrara.

Y, sin embargo, allí estaba él.

Acercándose como si fuera la única mujer que había visto en su vida.

La observaba con una mezcla de deseo y ternura que le estremecía el alma. Como si cada centímetro de su cuerpo mereciera ser descubierto. Como si sus defectos no fueran imperfecciones, sino mapas hacia algo más profundo.

Cuando Ash levantó una mano —solo una mano, abierta, suave — Sinderella contuvo el aliento.

El calor empezó en su cuello. Descendió por su pecho. Por la columna. Entre las piernas, la tensión crecía, sorda, líquida, irremediable. El deseo no era una ola que arrollaba. Era un río subterráneo que llevaba años queriendo salir a la superficie. Y ahora, por fin, encontraba cauce.

¿Podía alguien tocarla y no quebrarla?
¿Podía alguien mirarla y hacerla sentir deseada, no por compasión, sino por necesidad?

Ash no la rozó de inmediato. Solo acercó su frente a la de ella. Respiraban el mismo aire. Ella cerró los ojos. Sintió su aliento, cálido, profundo. Entonces sus manos, grandes, firmes, se posaron en sus mejillas.

No dijo "eres hermosa". No hizo falta.

Porque la forma en que la miraba le decía cosas mucho más profundas.

"Me gustas así. Con la ropa arrugada. Con el cabello húmedo. Con el alma temblando."

Y Sinderella, que siempre se había sentido invisible... esa noche empezó a verse a través de los ojos de él. Y se gustó.

Ash empezó por levantar una mano con cuidado, como si le pidiera permiso al silencio. Y luego, con la yema de los dedos, trazó

el contorno de su hombro, hasta llegar al lazo deshecho que sujetaba la parte superior del vestido.

Sinderella contuvo el aliento.

El gesto era simple. Pero ella tembló.

El vestido, aún húmedo por la lluvia, cedió despacio. Primero un hombro, luego el otro. La tela cayó por sus brazos como un suspiro, arrastrando con ella los miedos de toda una vida.

Se quedó en corsé, camisola y enaguas. Tres capas que en cualquier otro momento habrían bastado para cubrirla. Pero no ahora. No frente a él. La mirada de Ash no era rápida ni invasiva. Era profunda. Como si no la desnudara para tomarla, sino para entenderla.

Ella bajó la vista. Sentía cómo el rubor se extendía por su pecho. No solo por el deseo. También por esa otra emoción, más antigua, más honda: la vergüenza.

Pensó en sus caderas, demasiado marcadas. En sus pechos, sensibles y tensos bajo la camisola fina. Pensó en el pequeño lunar que odiaba, cerca de la clavícula. En la cicatriz leve de su muslo derecho.

Y sin embargo, él no apartaba la mirada.

La contemplaba como si fuera una joya antigua rescatada del barro. Como si cada rincón de su cuerpo contara una historia que él ansiaba escuchar con las manos.

—Eres... tan bella —murmuró él.

Y Sinderella quiso creerle.

Porque lo decía sin urgencia. Sin hambre. Con devoción.

Sus dedos, firmes pero pacientes, buscaron las cintas del corsé. Ella tragó saliva, cerró los ojos. El sonido de los nudos deshaciéndose llenó el cuarto con un tipo de música íntima, íntima y arrolladora. Sentía la presión del corsé cediendo, como si por fin pudiera respirar entera.

Cuando él retiró la prenda, rozándole apenas los costados, su cuerpo tembló. De frío. De emoción. De deseo.

Las enaguas siguieron después, bajadas con respeto, con una lentitud casi reverente. Ash las dejó caer al suelo, y por un instante,

ella solo escuchó su respiración y el chasquido suave del lino acariciando la madera.

Allí estaba. En camisola fina. Con el corazón desbocado. La piel viva. Y los ojos llenos de una mezcla salvaje de miedo y anhelo.

—Dímelo tú —susurró él—, si quieres que me detenga.

Pero en realidad, Ash no quería que ella lo hiciera.

No quería detenerse. No ahora que la tenía así, frente a él, tan real, tan vulnerable y tan hermosa que dolía mirarla.

El deseo le latía en todo el cuerpo.

No era esa urgencia voraz y ciega que había sentido otras veces. Era algo más hondo. Algo que nacía en su pecho, se arrastraba por su garganta y le bajaba como fuego lento hasta el vientre.

No por su cuerpo, aunque su cuerpo lo enloquecía.

Le ardían las palmas de las manos. Quería tocarla. Quería besar cada parte de ella que alguien hubiera llamado "impropia".

La curva pronunciada de sus caderas. Las formas generosas que el camisón revelaba. Quería decirle, con la boca y con el cuerpo, que no había ni una sola parte de ella que no mereciera ser adorada.

La erección le tensaba los pantalones sin pudor, pero no dio un paso. No todavía.

Porque aunque su cuerpo ardía por hacerla suya, su alma estaba aún más encendida por hacerla sentirse elegida. Vista. Tocada con respeto.

Era deseo. Sí. Pero también era ternura.

Y eso lo desarmaba por completo.

¿Ella era virgen?

Lo dudaba.

No por prejuicio. No por orgullo masculino. Sino por la forma en que había subido con él, sin temblar del todo, sin detenerse. Como si ya conociera el camino.

¿Había amado antes? ¿O al menos, lo había hecho creyendo que lo amaba? ¿Había confiado en alguien que no lo merecía? ¿Un desalmado, quizás, que le prometió más de lo que cumplió, que la tocó sin cuidado, que la despojó de algo precioso y luego la dejó con la piel rota?

¿Y si había un hombre?
Uno real. Esperándola. ¿Un marido? ¿Un dueño legal de su cuerpo, de su tiempo, de su voluntad? ¿Un maltratador oculto bajo el apellido de esposo?

La idea lo enfureció sin medida.
Sintió cómo se le tensaban los dientes. Cómo la respiración se le aceleraba, no solo por el deseo, sino por el instinto salvaje de protegerla incluso del pasado.

"Si ese hombre existe, si alguna vez te hizo daño, si te obligó, si te humilló... te juro que te lo voy a borrar del alma."

No le importaba cuántos la hubieran tocado antes. Le importaba solo una cosa: que ninguno lo hubiera hecho como él pensaba hacerlo esa noche.

Con reverencia. Con lentitud. Con la delicadeza de quien ha encontrado algo tan frágil y tan valioso que no se atreve a romperlo.

Sinderella no le pidió que se detuviera. En lugar de eso, lo besó.

Se arrojó a sus labios como si con ese gesto pudiera ahuyentar el miedo, borrar todas las dudas.
Le rodeó el cuello con sus brazos delgados, aferrándose a él, y en el movimiento, sus pechos —firmes, suaves, palpitantes de deseo— se presionaron contra la tela húmeda y tibia de su camisa blanca.

Ash gimió suavemente, apenas un suspiro entre los labios de ella, y la abrazó por la cintura.

Sus manos grandes y calientes se cerraron sobre ese talle estrecho, frágil bajo la camisola, y lo sintió: la curva exacta donde su cuerpo parecía pedir ser sostenido. Como si estuviera hecha para caber entre sus brazos.

Luego, sus dedos descendieron con reverencia hasta sus caderas. Eran anchas. Llenas. Femeninas. Y Ash las acarició como si cada centímetro fuera un tesoro. Las rodeó, las apretó, las sostuvo con firmeza mientras su aliento se volvía más irregular.

Sinderella sintió entonces el bulto duro que se formaba entre ellos, rozándola, insistente, vivo.
Un jadeo involuntario escapó de su garganta. No de miedo.
De sorpresa. De excitación. De hambre.

Nunca había visto a un hombre desnudo. Nunca había sentido algo así contra su vientre, tan claramente, tan inevitable. Pero no sintió temor.

Sintió... deseo.

Lo quería todo.

Cada caricia. Cada descubrimiento. Cada parte de él.

No quería que la cuidaran como si fuera de cristal. Quería romperse. Pero romperse de placer.

Por un instante, ninguno de los dos se movió más allá de los besos húmedos y sonoros.

Y entonces fue ella quien rompió el hechizo.

Con manos temblorosas pero decididas, comenzó a desabotonarle la camisa.

Uno.

Dos.

Tres botones.

Ash no la detuvo. No dijo nada. Solo la miró, como si no pudiera creer lo que estaba ocurriendo.

Como si verla así —con la frente ligeramente fruncida, concentrada en desnudarlo, en descubrirlo— fuese un privilegio imposible.

Sinderella tragó saliva.

Su pecho era firme, ancho, cubierto por una capa leve de vello que le rozó los dedos.

No sabía bien qué esperaba. Tal vez algo tosco. Desordenado. Inquietante.

Pero lo que encontró fue belleza en bruto. Era un hombre fuerte, cada centímetro de su piel era dura, tersa.

Un cuerpo de hombre. Deslizó la camisa por sus hombros, sintiendo cómo los músculos se contraían bajo sus dedos, y la dejó caer al suelo. Luego bajó la mirada, y sus mejillas ardieron al notar el bulto tenso que su pantalón ya no lograba disimular.

Había algo primitivo en él.

—Nunca... he hecho esto —susurró, sin atreverse a alzar la mirada.

—Lo estás haciendo perfectamente —Ash la sostuvo con una dulzura feroz.

Ella cerró los ojos solo un segundo. Respiró hondo.

Y continuó. Aflojó el cinturón. Deslizó los botones del pantalón.

Y cuando por fin le bajó los pantalones hasta los muslos, no se echó atrás. No huyó. Lo observó con la respiración contenida, como si frente a ella se revelara una verdad antigua, de esas que no se dicen en voz alta. Aquella parte de él no la asustaba. No era grotesca ni intimidante. Era solo una extensión más de su fuerza, de su virilidad, de su hombría contenida y palpitante.

Estaba erguido, marcado por las venas, tenso como si estuviera al borde del descontrol. Casi parecía que le doliera. Pero Sinderella no lo creyó. No él. Él era demasiado contenido, demasiado templado, demasiado hombre. No era dolor eso que ardía en su mirada. Era hambre. Era deseo. Era necesidad. Y Sinderella se sintió capaz de saciarlo.

Acarició con la yema de los dedos su cadera, subiendo lentamente por el contorno de su abdomen, y él gimió. Ella lo sintió, como si toda esa fortaleza se agrietara un poco bajo su carícia femenina. Y ese poder... ese vértigo de saberse deseada hasta la pérdida del control... la encendió. Sinderella nunca había visto a un hombre desnudo. Nunca había sabido lo que era tener uno ante sí, tan real, tan tangible, tan vulnerable en su intensidad. Pero no tenía miedo. No ahora. No con él. Y lo quiso todo, por eso lo acarició a pesar de sentirse sudada, roja y completamente torpe.

Ash no pudo más. Algo en él —su contención, su autocontrol, incluso su sangre bastarda— se quebró de pronto. La tomó por la cintura con una fuerza medida pero innegociable, y la alzó en brazos como si no pesara nada. Sinderella soltó una exclamación sorprendida, pero no de protesta. Era una risa entrecortada, nerviosa, deseante.

En dos pasos, Ash la llevó hasta la cama y la dejó caer suavemente sobre el colchón, quedando él inclinado sobre ella. Su mirada ardía. No con lujuria impersonal, sino con una mezcla intensa de adoración y deseo apenas contenido. Sus dedos se deslizaron hasta el borde de la camisola y comenzaron a subir, despacio, sin brusquedad, pero sin detenerse. Cuando por fin se la quitó, dejándola completamente desnuda ante él, Ash no se movió durante

unos segundos. Solo la contempló. Como si la visión fuera demasiado para procesar de golpe. Como si nunca antes hubiera visto algo tan bello. Y luego la tocó.

Colocó la palma abierta sobre uno de sus pechos, explorando la suavidad, la calidez, la textura. Los pezones, ya duros, reaccionaron al instante al roce de sus dedos. Sinderella contuvo el aliento, estremeciéndose, jadeando. Entonces él se inclinó y la besó en el hombro, con una ternura tan inesperada que la desarmó. Siguió bajando, dejando un rastro húmedo de besos por su clavícula, su pecho, su vientre. Cada contacto era una promesa, una súplica, una reverencia. Cuando su mano se deslizó por sus muslos y llegó a su intimidad, ella ya no pensaba, solo sentía. Abrió las piernas con timidez y entrega, y él, con los dedos seguros y atentos, comenzó a tocarla como si buscara memorizar cada respuesta de su cuerpo, como si hacerla gozar fuera su único propósito. Y la encontró completamente empapada.

Sinderella sintió el rubor subirle como fuego hasta las mejillas. Su cuerpo, traidor y sensible, reaccionaba con una intensidad que jamás habría imaginado. Y cuando los dedos de Ash se deslizaron entre sus pliegues húmedos, un temblor involuntario la recorrió entera. La vergüenza, súbita y punzante, le hizo intentar cerrar las piernas, como si pudiera esconderse, como si aquel calor, aquella humedad que la delataba, fuera algo que debía ocultar. Pero él no la dejó. Con suavidad, firmeza y deseo contenido, posó una mano sobre su muslo y la sostuvo abierta para él.

—No —susurró con voz ronca, inclinándose sobre ella—. No te escondas de mí. No tienes nada de qué avergonzarte. Eres hermosa. Así. Así de abierta. Así de húmeda. Así de viva.

Sinderella cerró los ojos, luchando contra el impulso de protegerse, de taparse, de negar lo que sentía. Pero sus palabras, la forma en que la miraba —con adoración, con hambre, con asombro —, la hicieron temblar de un modo distinto. Ash se inclinó aún más y le besó el vientre, los muslos, los bordes de su vergüenza. Y cuando volvió a acariciarla, esta vez con movimientos más lentos, más profundos, Sinderella se rindió. Porque no era solo deseo lo que él le

ofrecía. Era aceptación. Era pertenencia. Era la promesa, aunque fuera solo por esa noche, de ser tocada y deseada sin juicio.

Ash continuó tocándola con esa precisión instintiva que parecía hecha solo para ella. Sus dedos se movían con una devoción casi reverente, explorando cada pliegue, cada rincón húmedo, cada estremecimiento. El cuerpo de Sinderella vibraba bajo su tacto, cada músculo temblando entre el pudor y la entrega, cada jadeo escapándosele sin permiso. Era como si él supiera leerla sin palabras, como si sus caricias fueran la respuesta exacta a una necesidad que ella nunca había aprendido a nombrar.

Se arqueó ligeramente, sin pensar, buscando más, queriendo más. Y cuando Ash deslizó el pulgar sobre su punto más sensible, con un movimiento rítmico y paciente, el placer estalló dentro de ella como un fuego contenido demasiado tiempo. Su cuerpo se sacudió, su respiración se hizo errática, y un gemido quebrado salió de su garganta mientras se aferraba a sus hombros, atravesada por una ola caliente de gozo que la dejó sin aliento.

Ash la sostuvo mientras temblaba. La miró con esos ojos azules que parecían peligrosos y luego, con el pulso acelerado, sus cuerpos se rozaron y se reconocieron. Ash se sostuvo sobre los codos, rozando con la punta de su miembro su centro ya cálido y preparado, hasta que ella lo sintió, apenas, apenas, en la entrada. Él la miró.

—¿Estás lista?

Sinderella no respondió con palabras. Solo asintió, los ojos ardiendo, el corazón en la garganta. Ash la besó, profundo, como si quisiera entrar primero por la boca, y luego se deslizó en ella. Despacio. Con cuidado. Con un gemido gutural al notar cómo lo recibía.

No hubo dolor. O al menos, si lo hubo, quedó ahogado por la marea de placer y deseo. Sinderella sintió su cuerpo abrirse, expandirse, llenarse. Él la colmaba. Literalmente. Físicamente. Emocionalmente. Y ella lo aceptaba todo.

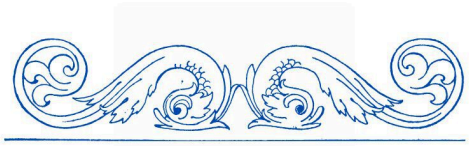
Comenzó a moverse dentro de ella, lento, firme, con una cadencia que parecía escrita en las estrellas. Sinderella se aferró a sus hombros, se dejó llevar por el ritmo, por la fricción que encendía

cada fibra de su ser. El placer volvió a crecer, a enroscarse como una espiral cálida en su vientre, y esta vez no fue sola. Ash también jadeaba, se perdía en ella, la besaba entre embestidas, con los labios, con la piel, con el alma.

Y cuando el clímax llegó —brusco, violento, infinito— fue compartido. Él la miró justo antes de perderse, y ella lo sostuvo con la mirada, sintiendo su cuerpo sacudirse, su calor derramarse, su alma tocar la suya por un segundo que duraría toda la vida.

Y luego, silencio. Respiraciones entrecortadas. El roce de la piel sudada. La lluvia afuera, más suave. Como si el mundo, por fin, respirara con ellos.

Capítulo 8



Las primeras luces del amanecer se filtraban por la ventana, tiñendo de azul y oro las arrugas de las sábanas. Ya no llovía. Ash dormía aún, con el cuerpo desnudo enredado entre las mantas, el rostro en paz. No quería despertarlo. No quería verle los ojos. Porque si la miraba, quizás no podría irse.

Y tenía que irse. Porque si se quedaba un poco más, si lo miraba de nuevo, si oía su voz pronunciar su nombre como lo hizo anoche —suave, ronca, casi reverente—, terminaría por entregarle no solo el cuerpo, sino el alma.

Y no podía permitírselo.

Ashforde era un hombre hecho para otro mundo. Un mundo de candelabros dorados, de salones en mármol, de compromisos con apellido largo y fortuna asegurada. Sinderella, en cambio, solo tenía una bolsa medio vacía, cicatrices en los dedos y un apellido que nadie recordaba.

Había sido un sueño, sí. Una noche robada al invierno, a la miseria, a la soledad. Pero eso era todo: un instante que no podía prolongarse sin hacerle más daño. No quería sufrir.

Y además, tenía miedo. Miedo de que la ternura que él había mostrado no sobreviviera al amanecer. Miedo de que, al despertar, él también la viera como lo harían todos los demás: una sirvienta sin cuna, sin corona, sin defensa.

Así que se fue.

No porque no lo amara —o al menos no estuviera empezando a

hacerlo—, sino porque lo amaba demasiado como para quedarse esperando a que cambiara de opinión.

Se deslizó fuera de la cama, recogió su vestido, se lo puso con manos torpes. El suelo crujió bajo sus pies descalzos cuando salió de la habitación. Nadie la vio. Nadie la detuvo.

El carruaje de postas partía en una hora, y ella consiguió un asiento. Solo uno. Junto a Mr. Verdun.

—¿Tan temprano, señorita? —preguntó él, con esa voz amable.

—El camino es largo —mintió ella. Y él no pidió más.

Detrás, la posada se empezó a desdibujar entre la neblina.
Como un sueño.
Uno de esos que se tienen justo antes de despertar, cuando todo es posible, cuando el mundo parece amable y los finales felices no son solo cuentos de hadas. Pero también como esos sueños que, al desvanecerse, dejan una punzada de dolor en el pecho.

Sinderella no miró atrás. No porque no quisiera, sino porque sabía que si lo hacía, no tendría la fuerza para seguir adelante. La posada se alejaba, y con ella, la única noche en que se había sentido una mujer deseada, admirada. Una noche sin barro bajo los pies ni platos por fregar. Sin el peso de ser siempre la sombra de alguien más.

Ash se despertó con una sensación desagradable de pérdida. Extendió una mano sobre la cama y tocó el vacío. El lugar donde ella había estado ya no conservaba su calor. Solo una mancha tenue en las sábanas, un rastro rojo que lo dejó helado.

Se quedó inmóvil. Luego se incorporó bruscamente.

—Dios mío...

Lo supo. Lo comprendió todo en un instante.
Lo ingenuo que había sido. Lo arrogante. Lo estúpido.
Se había comportado como un hombre acostumbrado a tener el control, a leer el deseo como si fuera una fórmula, a suponer que las mujeres acudían a sus brazos con la misma ligereza con la que acudían a una copa de vino. Pero ella no era como las otras.

Sinderella no había jugado. No había fingido jadeos ni usado palabras dulces para seducirlo. No había buscado ganarse su favor, ni su apellido, ni su fortuna.

Lo había seguido hasta su habitación con un temblor en las manos y una llama en los ojos. Lo había amado por una noche con el corazón expuesto, con el alma abierta. Y él... él había sido demasiado ciego para verlo.

¡Virgen!

Había confundido su dulzura con experiencia, su entrega con libertad. Pero la mancha en las sábanas —mínima, roja, cruel— le gritaba la verdad como un latigazo: había sido su primera vez.
Y ella no se lo había dicho.

¿Fue porque confiaba en él? ¿Porque, quizás, había querido sentir —aunque solo fuera una vez en su vida— lo que era ser deseada sin condiciones, sin miedo, sin precio?
Entonces no había habido un hombre anterior. Ni un amante cruel. Ni un marido maltratador al que olvidar.
Ella era libre.
Libre... y aún así lo había elegido a él. Con su cuerpo tembloroso, su mirada honesta, su coraje desnudo.
Y él, ciego, no lo había visto. No como debía.

El fuego seguía crepitando en la chimenea, lanzando destellos cálidos sobre la sábana arrugada y manchada. Pero para Ashforde, todo se había vuelto frío.

—Maldita sea... —susurró, con los puños cerrados.

La imagen de ella, envuelta en el calor de su piel, de su cama, de su cuerpo... lo golpeó como una bofetada. Y ahora no estaba. Había huido. Como si él fuera alguien a quien temer.

Se incorporó de un salto, enfurecido. Se puso la camisa con movimientos bruscos, los botones mal abrochados. Los pantalones le parecieron un estorbo. Las botas, un castigo. Pero no importaba. Se los calzó con furia, como si cada prenda pudiera descargar un poco de la rabia que lo consumía.

Rabia. No contra ella. No del todo.

Contra sí mismo.

¿Cómo no lo había visto? ¿Cómo no había entendido lo que significaba aquella entrega, ese temblor, esa forma de abrirse sin barreras? Él, tan experto, tan curtido en mujeres que sabían jugar, no supo leer a la única que había sido sincera.

Ella había confiado en él. Le había regalado su primera vez. Su inocencia. Su ternura. Y él no había hecho nada más que tomarla con ansia, como un idiota, como un... animal. ¿Y qué hizo después? Se quedó dormido. Como un crío satisfecho. Como si nada. Como si no acabara de pasar algo que le cambiaría la vida a esa mujer para siempre.

Bajó las escaleras con el ceño fruncido, los pasos firmes y torpes a la vez. En la taberna, algunos de los pasajeros desayunaban en silencio. El posadero limpiaba un vaso con un trapo. Todos lo miraron cuando irrumpió en la sala.

—¿Dónde está? —bramó, sin preocuparse por las miradas—. ¿La muchacha que venía conmigo? ¿Sinderella?

El posadero levantó las cejas, acostumbrado a clientes temperamentales pero no a lord empapados de culpa y furia.

—Se ha ido temprano —respondió, encogiéndose de hombros—. Con el primer carruaje de postas. El señor Verdun también iba con ella. Salieron antes del alba.

Ash apretó la mandíbula. Sostuvo la mirada del tabernero como si quisiera encontrar otra respuesta. Pero no la hubo.

—¡Maldita sea! —gruñó, y golpeó la mesa con el puño, haciendo saltar una cuchara.

No estaba seguro de qué le dolía más: que se hubiera ido... o que lo hubiera hecho sin decirle nada. Sin una nota. Sin una mirada. Como si todo lo de la noche anterior no hubiera significado nada.

Ash se llevó las manos a la nuca, se giró sobre sí mismo, respirando hondo. Quería romper algo. Correr tras ella. Gritarle que había sido un estúpido. Suplicarle que lo escuchara. Quizás hasta pedirle matrimonio, aunque su madrastra no la aceptara.

Pero primero tenía que aceptar algo.

Había perdido.

Y lo peor era que no sabía si quería recuperarla por orgullo... o porque, maldita sea, ya no podía imaginar su mundo sin ella.



—No parece muy dispuesta a conversar esta mañana, señorita —dijo Mr. Verdun, acomodándose en el banco de madera con un leve quejido y las manos firmes sobre el bastón.

—No he dormido bien —respondió Sinderella, sin apartar la vista del camino húmedo.

—¿La lluvia? —inquirió él, tras un breve silencio.

—Entre otras cosas.

El anciano asintió con gravedad, como si comprendiera más de lo que decía.

—La juventud rara vez duerme bien cuando hay asuntos del corazón en juego —musitó él, casi para sí, con la mirada perdida en el paisaje grisáceo.

Sinderella lo miró de reojo, desconcertada al principio. Pero luego comprendió que, por más que hubiera querido ocultarlo, todo en ella lo había delatado: el silencio, la palidez, la prisa.

—¿Y usted, Mr. Verdun? ¿A dónde se dirige? —cambió de tema.

—A Bath, si Dios lo permite. Una vieja amistad me ha escrito desde allí... y uno a cierta edad aprende que no se debe posponer lo que puede ser la última visita.

—¿Y usted, jovencita? —inquirió entonces él, sin dureza—. ¿A dónde lleva su equipaje... y su silencio?

Sinderella dudó. Tenía una mentira a medio formar, una evasiva a punto de ser dicha. Pero algo en la voz del anciano —o quizás en la forma en que su bastón descansaba junto a su pierna— le hizo cambiar de idea.

—A Glasswell Grange —confesó, bajando la voz, volviendo a la realidad—. Es... donde vivo. Donde nací, en realidad. Mi padre era lord Glasswell. Murió hace tres inviernos.

Mr. Verdun no respondió enseguida. Solo asintió, como si esa pequeña confesión le bastara para entender muchas otras cosas.

—Glasswell —repitió con tono meditativo—. Tierra húmeda. Recuerdo haber pasado por allí, hace mucho. Un lugar hermoso. Árboles de corteza plateada. ¿Aún están?

—Sí —respondió ella con una sonrisa leve y nostálgica.

—Tu padre era un buen hombre, ¿verdad?

—El mejor —dijo ella de inmediato, con una pequeña sonrisa que no logró disimular del todo el nudo que le subía por la garganta —. Me leía en voz alta cuando llovía, con la voz baja y profunda, como si las tormentas no tuvieran permiso de entrar en casa. Me enseñó a leer las estrellas. Me lo enseñó todo. O... casi todo.

Hizo una pausa, como si una segunda presencia se sentara en el recuerdo.

—Mi madre... ella era distinta. Más silenciosa. Más fuerte. Se llamaba Lady Eleanor de Glasswell, pero no era como las otras damas de su clase. Durante una fiebre terrible que arrasó los pueblos vecinos, ayudó personalmente a cuidar a los enfermos. Bajó de su carruaje, se arremangó el vestido y se metió en las casas pobres. Aprendió de las curanderas y las parteras. Decía que una mujer no era menos noble por usar sus manos, sino más. Fue ella quien me enseñó a hacer vendajes, a distinguir entre el dolor que pasa y el que deja marca. Murió joven, cuando yo apenas recordaba cómo era su voz... pero aún me acuerdo de su tacto cuando me raspaba las rodillas, de cómo olía a lavanda. Murió de alguna de esas fiebres que había ido a curar, no la culpo. Su bondad me marcó.

Por un momento, todo lo que se oyó fue el traqueteo de las ruedas sobre el barro. Pero cuando Sinderella levantó la vista, notó algo distinto en la expresión de Mr. Verdun: el rostro le había cambiado. Estaba pálido, casi emocionado.

—Lady Eleanor —murmuró el anciano, con una voz cargada de recuerdos—. Dios mío... claro que la recuerdo. Ayudó a mi mujer cuando nadie más quiso hacerlo. El médico no llegaba, y el parto era difícil. Pensé que las iba a perder a las dos. Y entonces... ella llegó. No sé cómo, ni por qué. Pero llegó. Se arrodilló en el suelo de mi cabaña, sin importarle la sangre ni el frío. Salvó a mi esposa. Salvó a mi hija.

Se pasó la mano por la barba con un gesto torpe, y los ojos se le empañaron. Luego la miró con otra luz, como si acabara de descubrir un tesoro olvidado.

—Tú eres su hija —susurró, como si el nombre, el rostro, todo hubiera encajado al fin—. Eres Lady Eleanor, en carne y hueso. Más joven, más triste... pero igual de hermosa, ahora entiendo por qué me resultabas tan familiar y bondadosa. ¡Claro! Ahora tiene sentido que supieras curarme el tobillo... gran mujer, lady Eleanor.

Sinderella no supo qué decir. El silencio se llenó de algo cálido, inesperado.

Mr. Verdun le tomó la mano, y no como un caballero, sino como un viejo aliado sellando un juramento.

—Tienes un amigo para siempre, jovencita. Yo estoy en la aldea de Bramblehill, a dos millas de Glasswell Grange. Si alguna vez necesitas un techo, una palabra, o un bastón que golpear contra alguna injusticia... cuenta conmigo. Para lo que sea.

Sinderella no quiso llorar. Pero unas lágrimas se le escaparon, finas y cálidas, como hilos de algo que ya no podía contener.

Porque por primera vez en muchos años, alguien más recordaba a su madre.

Alguien más la había visto. La había conocido no como un retrato polvoriento colgado en el salón familiar, sino viva, respirando, haciendo el bien con las manos manchadas de sangre y tierra. No era una invención de su memoria infantil, ni un consuelo que se contaba a sí misma por las noches para no sentirse sola. No, Lady Eleanor había existido. Había dejado una huella en el mundo, y en ese hombre frente a ella.

Y eso... la emocionó.

Porque a veces, cuando todo se borra —los rostros, los olores, la voz de quien amaste— uno empieza a temer que tal vez también la infancia fue un sueño. Que todo aquello que una vez fue cálido y cierto, ya no fue real. Que nunca hubo cuentos junto al fuego, ni risas en los jardines, ni manos suaves que la cubrieran en mitad de la noche.

Pero ahora lo sabía: su madre había vivido. Y había sido buena. Tan buena que aún quedaba alguien en el mundo que hablaba de

ella con los ojos brillando.

Sinderella bajó la mirada. Se enjugó los ojos con el pañuelo que Mr. Verdun le había tendido. Y por dentro, una parte de su alma —esa que siempre había temido estar loca por extrañar tanto a alguien que casi no recordaba— se alivió un poco.

Y justo entonces, tras una curva del camino, entre los robles húmedos y los prados aún cubiertos de neblina, la vio.

Glasswell Grange.

Su hogar. O lo que una vez fue.

La silueta de la casa se alzaba imponente en la colina, con sus torretas cubiertas de hiedra, su tejado de pizarra oscuro y ese aire de nobleza olvidada que solo tienen las casas donde alguna vez hubo felicidad... y ya no quedaba ninguna. Las ventanas estaban cerradas, como párpados cansados. Y sin embargo, allí estaba: su infancia, su historia, su herida.

El carruaje redujo la marcha.

—Debo bajarme aquí —dijo, sin mirar a Mr. Verdun, mientras tomaba su bolsa con manos aún temblorosas.

—Que Dios bendiga tu camino, hija.

Sinderella asintió. Saltó del carruaje justo cuando las primeras gotas comenzaban a caer otra vez desde un cielo de ceniza.

El camino hacia la mansión era largo, embarrado, y el viento le revolvía el cabello como si quisiera disuadirla. Pero ella caminó. Paso a paso. Y con cada paso, los recuerdos comenzaron a volver: el sabor de las moras robadas del seto, las carreras con su padre por los campos, la voz cantarina de su madre, perdida entre las hojas.

Y luego, al final de la colina, cuando ya estaba frente al portón oxidado de Glasswell Grange, todo aquello se esfumó.

Porque allí, de pie en el umbral de la casa, con la espalda erguida como un cuchillo y los labios tensos como una cuerda, estaba Lady Maevena.

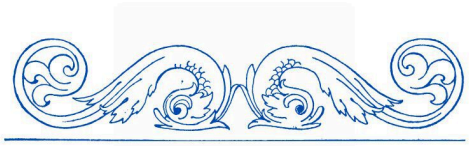
Y a su lado, las dos hermanastras.

La realidad, dura y fría, la estaba esperando.

—Oh, qué sorpresa... —dijo su madrastra con una sonrisa que no alcanzó sus ojos grises y fríos—. Has decidido volver. Y sin previo aviso. Qué poco considerado. ¿Te has detenido a contemplar todas

las flores del camino, o simplemente has olvidado que aquí aún esperábamos tus manos para fregar los suelos?

Capítulo 9



El sonido de sus botas mojadas resonó sobre el mármol, invocando fantasmas que aún no habían abandonado la casa. Nadie se movió para quitarle el abrigo. Nadie preguntó si venía cansada. Solo estaban allí, en formación hostil, erguidas y tensas como estatuas rotas: las tres mujeres que ahora llamaban "hogar" a lo que una vez había sido su refugio.

Lady Maevena fue la primera en hablar, como siempre.

—¿Nada que decir? —inquirió con su voz afilada, aquella que siempre la había asustado—. No traes modales, pero al menos podrías haber traído una disculpa.

—Buenos días, madrastra. Siento el retraso, la lluvia...

—No me interesan tus excusas —dijo, haciendo un gesto con la mano.

A su lado, Clarisse —la mayor de sus dos medio hermanas— soltó una risa breve y venenosa. Tenía la misma belleza cruel de su madre, con ojos de cristal y labios pintados para herir. Imogen, más pálida, más silenciosa, no reía. Pero sus ojos oscuros escrutaban a Sinderella como quien estudia un insecto.

—Tu cuarto sigue en el desván —añadió Lady Maevena, dándose la vuelta sin esperar respuesta—. No esperes que hayamos encendido el fuego. Y empieza por la cocina. La señora Rigg ha vuelto a hervir la leche y la manteca se ha echado a perder.

Sinderella asintió. No por obediencia. No por sumisión. Sino porque, en ese momento, no tenía otro lugar al que ir. Porque el

mundo fuera de esas paredes le resultaba aún más incierto que el encierro. Porque había aprendido que, a veces, la libertad duele más que la jaula. Y porque, aunque le ardiera la garganta de tanto callarse, aún no tenía las palabras para gritar.

Pasó entre ellas lo más rápido que pudo, sin bajar la cabeza. Su falda mojada rozó los muebles que una vez habían sido suyos, los tapices que recordaban otras risas, otros pasos. Las paredes ya no la conocían. Los retratos, cubiertos de polvo y olvido, no parecían reconocerla.

Pero ella caminó, recta. Como si aún llevara el apellido de su padre cosido al alma.

Pero ella caminó erguida. Como si aún llevara el apellido de su padre cosido al alma.

Aunque la casa que alguna vez fue suya perteneciera ahora, legalmente, a Lady Maevena —la viuda reconocida—. Aunque el testamento original hubiera desaparecido misteriosamente tras la muerte de su padre, y un nuevo documento, fechado apenas unos días antes del final, hubiera sido aceptado sin objeción por los abogados del condado.

Las tierras, las rentas, incluso los retratos familiares: todo había pasado a manos de una mujer que no llevaba su sangre.

Lady Maevena, junto a sus dos hijas, le hacían un favor permitiéndole permanecer bajo aquel techo. Pero no gratis. A cambio, debía trabajar. Como sirvienta. Como una sombra tolerada en lo que una vez fue su hogar.

Subió las escaleras lentamente, con el cuerpo empapado y la garganta hecha un nudo. Cada peldaño crujía como si también protestara por su regreso. ¿A dónde podía ir? Al llegar al desván, empujó la puerta con el hombro: seguía igual que siempre. Frío, angosto, con manchas de humedad en el techo y una ventana que apenas dejaba pasar la luz.

El baúl donde guardaba sus cosas seguía allí, pero estaba abierto. Vacío. Alguien había revuelto su interior y no se había molestado en fingir lo contrario.

Se quitó el abrigo mojado, lo colgó en un clavo oxidado y se sentó en el camastro. El colchón había encogido aún más. O tal vez

era ella quien había crecido. Quién sabe. Cerró los ojos unos segundos, solo para respirar. Para no pensar. Para no romperse.

Pero no podía quedarse allí mucho tiempo. El reloj de la cocina era cruel con los silencios, y Lady Maevena nunca toleraba la lentitud. Así que bajó. Bajó con la cabeza alta, con el rostro lavado y un vestido viejo, pero seco.

La cocina la recibió con el hedor de la leche quemada y el lamento de la madera vieja. La señora Rigg, encorvada sobre la mesa, alzó la vista con una mezcla de resignación y piedad.

—Al menos traes cara de no haber dormido —murmuró—. Eso ayuda. Aquí nadie duerme.

Sinderella no contestó. Se arremangó el vestido, recogió la olla chamuscada y empezó a frotar. El jabón le mordió los dedos, igual que antes. La ceniza se le pegó a las uñas, igual que antes. Pero algo había cambiado. Algo imperceptible.

Él.

Ashforde. Su recuerdo. Su pequeño acto de rebeldía.

Intentó alejarlo de su mente, pero no pudo. Su imagen acudía con la misma claridad que el agua limpia. Su voz. Su peso. La manera en que la había tocado, no con ansia, sino con cuidado. Como si hubiese temido romperla.

Se mordió el labio. Aún le dolía. No solo el cuerpo, sino esa parte de ella que él había desnudado sin pedirlo. Que le había entregado sin calcular. Su alma.

Y, sin embargo, no se arrepentía.

Había huido. Sí. Pero no por vergüenza. No por miedo a él. Sino porque sabía que era imposible y no quería hacer sufrir a nadie, sobre todo a ella misma.

—Han pedido pastel de carne para la cena —anunció la señora Rigg desde el fogón—. Y que no sea como el del martes, porque Clarisse escupió el suyo en la servilleta. Dice que la carne tenía nervios.

—Los nervios los tiene ella —respondió Sinderella, sin pensar.

—Eso. Que no se te muera la lengua, niña.

Sinderella sonrió, pero no por fuera.

Tal vez no podía recuperar lo que le habían quitado. Ni su casa. Ni su apellido. Ni su infancia.
Pero tal vez aún le quedaban las palabras.
Y un recuerdo. Uno que, pese al barro y el humo y el silencio de aquella cocina, siempre brillaría en su mente.

Y pensaba usarlos a ambos para aliviarse.

—La olla está perdida —dijo Sinderella tras un rato, rascando lo último del fondo con el estropajo áspero—. El hollín se ha quedado a vivir aquí.

La señora Rigg gruñó una afirmación y se dejó caer pesadamente en una silla junto al hogar. Tenía las manos apoyadas en las rodillas y el cuerpo encorvado como si cada hueso le pesara el doble de lo que debía. Sus ojos la seguían, atentos, pero sin juicio.

—¿Te vas a romper, niña? —preguntó al cabo de un rato, sin alzar la voz.

Sinderella no respondió enseguida. Se enjuagó las manos en el cubo de agua fría, se secó con el delantal empapado y la miró. A esa figura que había estado allí desde siempre. Que la había visto con coletas, con rodillas raspadas, con voz temblorosa la primera vez que dijo "mamá".

—No hoy —dijo al fin, con una sombra de sonrisa—. Tal vez otro día. Pero hoy, no.

La señora Rigg no sonrió. No era de gestos fáciles. Pero se inclinó hacia un lado, tomó una silla desvencijada y la arrimó con el pie al lado de la lumbre.

—Entonces siéntate. Calienta esos huesos. No sirve de nada estar viva si una se queda fría por dentro.

Sinderella obedeció. Por primera vez en mucho tiempo, obedeció sin sentir que se traicionaba. Se sentó cerca del fuego, abrazándose las rodillas, y dejó que el calor le mordiera los tobillos mojados. Durante unos minutos, nadie habló. Solo se oyó el chisporroteo de la leña húmeda y el leve crujido del viento colándose por las rendijas.

Pensó en él.

En su voz, profunda y grave, En su tacto, firme y tembloroso a la vez. En cómo la miró después, como si hubiera encontrado algo

que no sabía que había estado buscando.

Y pensó, por un instante apenas, que tal vez, si volvía a encontrarlo... no huiría esa vez. Tal vez hablaría. Tal vez diría su nombre en voz alta. Tal vez...



El corsé era nuevo, pero igual de incómodo.

Sinderella lo sujetaba con dedos hábiles pero cansados en la habitación de Imogen, ayudando a ajustar los lazos de un vestido color lavanda que la joven aún no sabía si luciría con arrogancia o apatía. Había estado en esa tarea durante más de una hora, en silencio, hasta que el crujido de la puerta rompió la atmósfera espesa.

Lady Maevena entró sin anunciarse, con paso firme y la expresión de quien trae noticias que deben obedecerse, no discutirse. Andaba con un bastón de marfil, más por vanidad que por necesidad.

—Deja eso, Sinderella —ordenó, sin siquiera mirarla—. Escucha bien: esta noche asistiremos a una recepción en Highmoor House. Han llegado noticias desde Bramblehill.

Sinderella se incorporó lentamente, el nombre no le era ajeno. Highmoor House era la mansión del duque de Meriden, la más rica de toda la región, con jardines que tocaban el horizonte y columnas de mármol que su padre había admirado en su juventud.

—¿Y qué ocurre allí, madre? —preguntó Clarisse desde el tocador, aún peinándose frente a un espejo de tres cuerpos.

—Ha llegado un invitado muy especial desde Londres —anunció Lady Maevena con una sonrisa afilada—. Recién titulado por el consejo del rey. Lord Ashforde.

Sinderella dejó caer la cinta que sujetaba entre los dedos y su madrastra la miró con desdén.

—Dicen que es hermano del príncipe William de Hanover. Y cuñado de Blanca de Erthal. Se hospedará en Highmoor House,

como invitado del duque de Meriden.

El mundo pareció encogerse en torno a Sinderella.

Ashforde.

Hermano del príncipe.

Cuñado de Blanca.

No. No podía ser. Su Ash. El hombre que había montado un caballo entre la niebla, que le había ofrecido su capa, que la había mirado como si no importara su apellido... ¿era ese Ashforde?

Sintió que el aire se le hacía más espeso. La cabeza le latía. No había imaginado volver a verlo...

Nunca lo había mencionado. Nunca se había presentado con un título, ni con escudos de armas ni con esas fórmulas altivas que tanto gustaban a los nobles. Para ella, simplemente había sido *Ash*. Un hombre libre. Sincero.

Y ahora descubría que era parte de la realeza. Un nombre que llenaba los salones con promesas, que podía sellar alianzas con un apretón de manos, que hacía a las madres de provincia soñar con bodas de estado. ¡No podía creerlo! ¡A él! ¡A él se había entregado!

Clarisse parloteaba sobre colores y sedas. Imogen ya planeaba en qué ángulo luciría mejor su perfil. Lady Maevena daba instrucciones con precisión militar.

Pero Sinderella... solo escuchaba el eco de un nombre.

Ashforde.

Y por primera vez, sintió miedo. No por saber que él era noble —eso lo había sospechado desde el primer momento en que lo vio montar, hablar, moverse como si el mundo fuera suyo—, sino porque ahora ya no era una posibilidad lejana.

Era real. Estaba allí. Cerca.

Invitado en Highmoor House. Hermano del príncipe William de Hanover. Cuñado de Blanca de Erthal, su amiga de la infancia, aquella que le enseñó a trepar árboles con el corsé torcido y a reír con la boca llena de moras robadas. Blanca... a quien no veía desde hacía años, pero que había formado parte de su niñez.

¿Y ahora qué?

Iban a verlo. A encontrarse. En un salón iluminado por candelabros, entre sedas y valses y conversaciones educadas.

El corazón le golpeó el pecho como un tambor de guerra.

¿La reconocería? ¿La miraría como la muchacha que compartió su cama y su silencio? ¿O solo vería a la criada mal vestida de una familia venida a menos? Y si lo hacía... ¿le importaría?

Lady Maevena se acercó al espejo de tocador, midiendo con atención la caída de un collar de perlas sobre su escote aún altivo. Su voz, afilada como la hoja de unas tijeras bien templadas, cortó el silencio de la habitación.

—Acaban de llegar las invitaciones —anunció con aire triunfal—. La familia Glasswell ha sido convocada esta noche a la velada de Highmoor House. Una recepción íntima, pero muy exclusiva.

Imogen dejó caer una peineta de nácar del asombro.

—¿Highmoor House? ¡Pero si allí se hospedan solo los invitados de mayor rango!

—Exactamente —asintió su madre—. Y esta noche... esta noche estará presente Lord Ashforde. El nuevo duque, hermano del príncipe William. Y según dicen, aún sin compromiso. Es una oportunidad que no podemos dejar pasar.

Clarisse se llevó una mano al pecho, teatral.

—¿Y si se fija en mí?

—Entonces no habrá vestido que no merezca la pena —sonrió Lady Maevena con veneno dulce en la voz—. Luciremos nuestras mejores galas. Que preparen el carruaje. Y que los caballos sean cepillados a conciencia, no quiero una brizna de polvo.

Sinderella, que había estado terminando de rematar el vestido lavana de Imogen, sintió cómo algo se agitaba dentro de ella.

Él estaría allí.

Ash.

Ashforde.

Tan cerca. Tan... alcanzable.

Sin pensar, las palabras se escaparon de sus labios, apenas un susurro ilusionado:

—¿Entonces... yo también debo preparar mi vestido?

Las tres mujeres se giraron al mismo tiempo. Primero silencio. Y luego, la risa.

No una risa alegre. No una carcajada compartida. Sino esa risa hueca, venenosa, que corta como el hielo.

—¿Tú? —se burló Clarisse—. ¿Con qué vestido, querida? ¿Con ese trapo gris que huele a sopa?

—¿O piensas que Highmoor House recibe a mendigas? —añadió Imogen con voz cantarina, pero cruel.

Lady Maevena no rió. Solo la miró con la misma expresión con la que uno observa una cucaracha subida a un mantel limpio.

—Podrías ir —dijo, con una sonrisa lenta, venenosa—. Pero con una sola condición.

Sinderella se enderezó de golpe.

—¿Cuál?

—Deberás fregar el suelo de toda la casa antes del anochecer. De rodillas. Y sin que quede ni una mancha. ¿Podrás con eso, Sinderella? Ya sabes que me cuestas muy cara.

Las hermanastras rieron de nuevo. Pero Sinderella, a pesar de la humillación, asintió. No por orgullo. No por testarudez. Sino porque había una llama encendida en su pecho, la misma que nació en aquel bosque mojado, bajo la lluvia. Le gustaría volver a verlo, a pesar de todo...

—Sí —dijo con voz temblorosa, pero firme—. Lo haré.

Pasó la tarde fregando. Con las manos enrojecidas por el jabón, con los codos sucios, con la falda remangada. Cada baldosa, cada rincón, cada escalón fue restregado con esmero. El sol comenzó a caer y el piso brillaba. La esperanza, aunque herida, seguía viva.

Hasta que oyó el ruido.
El ruido de una pala.
El ruido del desprecio.

Lady Maevena apareció con un cubo de cenizas y lo volcó lentamente en el centro del salón. Las dos hermanas hicieron lo mismo desde las habitaciones. Ceniza. Polvo. Restos de fuego muerto.

—Oh —dijo Lady Maevena con fingida sorpresa—. Qué torpeza. Supongo que tendrás que empezar de nuevo, ¿no?

Las risas. Otra vez.

Y Sinderella... no dijo nada. Solo se quedó en silencio. Con los ojos en el suelo. Con las rodillas doloridas. Con el corazón apretado como un pañuelo mojado.

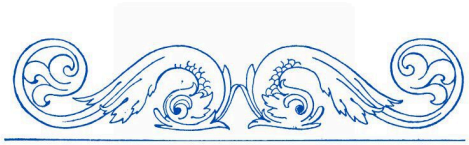
Y esa noche, mientras el carruaje de las Glasswell se alejaba entre risas, perfumes y promesas, Sinderella se quedó sola. De rodillas. En medio de un salón cubierto de ceniza.

Y lloró.

No como una niña caprichosa. Sino como una mujer cansada de ser invisible.

Como una muchacha que, por un instante, había creído que también podía brillar.

Capítulo 10



Lord Ashforde estaba de pie en mitad del salón. Highmoor House resplandecía con ese tipo de esplendor contenido propio de la nobleza rural: sin las excentricidades ostentosas de la capital, pero cargada de abundancia. Las mesas rebosaban de comida bien preparada, las lámparas de aceite lanzaban destellos dorados sobre los terciopelos y encajes, y cada rincón parecía perfumado con promesas de alianzas provechosas y matrimonios aún por cerrar.

Él estaba allí por negocios. O, más precisamente, para cobrar una vieja deuda que le había sido heredada junto con el título y las obligaciones del nuevo ducado. Los Carver, siempre atentos a las oportunidades sociales, habían sido los primeros en invitarlo a Highmoor House apenas se supo de su presencia en Bramblehill, el pequeño pueblo donde se hallaba temporalmente hospedado. Tal vez creyeron que una velada elegante y unas copas de vino bastarían para ganarse su favor... o su apellido.

Por supuesto, el salón estaba lleno de madres deseosas de encontrar algo mejor que un noble local sin fortuna, y de jóvenes encandiladas por la mera idea de un duque llegado desde la capital. Porque no era cualquier duque: Lord Ashforde era medio hermano del príncipe William de Hanover —bastardo, sí, pero eso había dejado de importar desde que la reina Margaret, en un gesto inusitado de bondad, decidió reconocerlo oficialmente. El escándalo se había desvanecido entre vestidos caros, reverencias forzadas y

convenientes olvidos. Ahora, Ashforde era el sol en torno al cual orbitaban todos los sueños de la sala.

Y no había nada que Ashforde odiara más que eso: los salones repletos de miradas calculadoras, las risas falsas, la competencia disfrazada de elegancia. Él había sido muchas cosas en su vida —un libertino, un provocador, un hombre que no se engañaba a sí mismo —, pero jamás había pretendido ser lo que no era. Y entre las sombras doradas de ese salón, no podía dejar de pensar en ella. La pelirroja de la posada, aquella que lo había hechizado bajo la lluvia, entre el barro y el olor a pan recién hecho. Todavía podía notar su piel contra la suya, su perfume tenue, el temblor honesto de sus labios.

Si la viera ahora, en ese mismo salón...

Pero no. Era imposible. Dudaba que ella tuviera cabida en un mundo como ese, tan cargado de pretensiones y apariencias. Ella no era así. Y si por algún giro cruel del destino estuviera allí... quizás incluso se sentiría decepcionado. Como si la magia de aquella noche —la honestidad cruda, la dulzura inesperada— hubiera sido solo eso: una ilusión que no sobreviviría al terciopelo ni al candelabro.

—Su Gracia honra esta casa con su presencia —entonó el señor Carver, inflando el pecho a su lado, sin duda orgulloso de tenerlo allí —. No es poca cosa contar con el hermano del mismísimo príncipe William entre nosotros. ¡Y además con tan impecable porte!

—Y con tan nobles intenciones, por supuesto —añadió la señora Carver, mostrando todos los dientes en una sonrisa que bordeaba la desesperación—. ¡Qué alegría que haya encontrado tiempo para venir a visitar nuestras humildes tierras!

—No se preocupen —respondió con voz amable, aunque el filo se adivinaba debajo—. No he venido a juzgar la humildad de nadie. Solo a asegurarme de que las deudas de mi predecesor no hayan sido olvidadas entre tanto entusiasmo por las cenas y los lazos de encaje.

El señor Carver palideció apenas. La señora Carver dejó de abanicarse, y por un instante, en la sala solo se escuchó el crujido de una silla cuando alguien cambió de postura. Ash tomó un sorbo

de vino, como si la conversación no hubiera tenido más peso que el clima.

—Por supuesto —añadió la señora Carver, que apenas podía sostenerle la mirada a Ash, esforzándose por mantener una sonrisa que se deshacía en la comisura de sus labios—, el trabajo de un hombre es siempre lo primero. El señor Carver también está siempre ocupado, ¿no es así, querido?

—Oh, sí, sí —asintió él con un entusiasmo forzado—. De hecho, he iniciado un negocio que quizás podría interesarle, Su Gracia. Una propuesta de inversión rural: tierras de pasto, trigo selecto, vínculos con comerciantes de Gales... muy prometedor.

Ashforde entrecerró los ojos, y durante un segundo pareció considerar la oferta. Luego ladeó la cabeza y murmuró, con esa suavidad que siempre precedía a la ironía:

—Interesante —dijo al fin—. Siempre me ha fascinado cómo algunas ideas pueden ser tan... sólidas sobre el papel.

El señor Carver soltó una risa algo forzada. La señora Carver parpadeó dos veces, rígida. Ash no añadió más. No hacía falta. La conversación se disolvió en un incómodo silencio.

Justo entonces, se escuchó el tintineo de los adornos y las voces contenidas de los criados anunciando a los nuevos invitados. Lady Maevena entró al salón con toda la teatralidad de quien sabe que debe impresionar. A su lado, Clarisse e Imogen. Vestidas con sus mejores galas, cada una intentando —a su modo— parecer más noble, más bella, más casadera.

Los Carver enderezaron las espaldas, sonrientes.

—Ah, justo a tiempo —murmuró la señora Carver, bajando la voz—. Lady Maevena de Glasswell Grange. Viuda, por supuesto, pero con un apellido respetable. Y esas son sus hijas, Clarisse e Imogen. La mayor... muy aplicada. La menor, una belleza peculiar.

—Dicen que hace unos años había una tercera —dijo el señor Craver a modo de confesión, en voz baja—. Una hija del primer matrimonio, la verdadera Glasswell. Pero parece que no quedó nada para ella. Una lástima

Ash apenas escuchó. Sus ojos, de pronto, se fijaron en algo más allá de las palabras. *Glasswell*. Ese era el nombre que figuraba en los

documentos, la propiedad cargada de deudas que ahora él debía reclamar. Sabía que existía un compromiso financiero sin resolver, pero nadie le había mencionado que la familia estuviera compuesta solo por mujeres. Sin un varón que las protegiera, el asunto tomaba un matiz inesperado.

Su atención se afiló. Observó a Lady Maevena con su elegancia afilada como una daga, a Clarisse con su sonrisa medida y a Imogen, que parecía más interesada en no estorbar que en destacar. Había rigidez en sus gestos, algo ensayado. No encontró lo que buscaba, aunque aún no sabía del todo qué esperaba ver.

—¿Sabía usted, Lord Ashforde —intervino la señora Carver con voz azucarada—, que los actuales residentes de Glasswell Grange son solo mujeres? Una viuda, Lady Maevena, y sus dos hijas. Pobres criaturas... sin un varón que vele por ellas.

—No, no lo sabía —respondió, con una frialdad medida—. Mis informes hablaban de una deuda. No de sus ocupantes.

—¡Pero no pensará en echarlas! —exclamó entonces el señor Carver, con una risa nerviosa, como si intentara cubrir el desconcierto—. Seguro que encontrará una solución... apropiada. Después de todo, usted es un hombre de mundo.

Ash no respondió de inmediato. Sus ojos se clavaron en la distancia, en una figura que no terminaba de distinguir. Pensaba. Calculaba. No sobre cifras. Sobre principios. Sobre lo que implicaba esa deuda. Y sobre quiénes podrían estar detrás del apellido "Glasswell".

—Ya veremos —dijo al fin, con una voz baja, casi seca. Clavando sus ojos azules e impenetrables en el señor Craver como si fuera un insecto indigno.

Porque después de haber servido durante años como la mano invisible de Lady Grimhilde —la amante del rey Adolfo y su verdadera madre—, después de ejecutar órdenes que solo una mente calculadora y despiadada podía concebir, no se veía a sí mismo en el rol de tutor benevolente de mujeres olvidadas. Había crecido como una herramienta más que como un hijo, afilado en la oscuridad para ejecutar venganzas, silencios y desapariciones. Y lo había hecho todo sabiendo, incluso desde joven, que su medio

hermano —el actual príncipe William— no era fruto de la pasión entre Grimhilde y Adolfo, sino el verdadero hijo de la reina Margaret. Un niño robado. Un secreto encubierto con sangre.

No. Ashforde no había navegado entre traiciones dinásticas, ni sobrevivido a los caprichos de una madre ambiciosa —Lady Grimhilde, la amante del rey Adolfo—, para acabar ahora administrando la ruina sentimental de un linaje menor. Había sido su instrumento durante años, su sombra eficiente. Había ejecutado misiones que no se discutían en salones, ni se escribían en memorias oficiales. Sabía secretos que podían hacer temblar tronos, entre ellos, que su medio hermano —el príncipe William— no era hijo de Grimhilde, sino el verdadero heredero de la reina Margaret, robado por una mujer que confundía maternidad con poder.

Y ahora... ¿debería convertirse en el protector de tres mujeres sin fortuna, una viuda con cara de arpía y dos hijas cuya belleza, según los murmullos, era tan escasa como su virtud? No. No entraba en sus planes. No había vivido entre pólvora, mentiras y traiciones para acabar como el salvador rural de damas desahuciadas.

Escribiría a la reina. Le expondría la situación. Solicitaría su autorización formal para reclamar la deuda sin contemplaciones ni juicios morales. Estaba en su derecho legal de exigir lo adeudado, imponer un plazo... y embargar la casa y las tierras en cuanto no cumplieran. Porque la justicia debía cumplirse. Y él, que había vivido de la maldad, no iba a desenvainarse ahora por sentimentalismos, por mucho que el señor Craver pusiera el grito en el cielo.

—¿Le gustaría que se las presentara? —sugirió la señora Carver con una sonrisa forzada, casi sin saber cómo hablar con él.

Ashforde se limitó a negar con la cabeza, seco pero cortés. No necesitaba más presentaciones, y mucho menos con deudores envueltos en brocados y perfumes rancios. No quería contacto personal.

Pero no tuvo opción.

Lady Maevena, ajena aún al motivo real por el que Lord Ashforde estaba allí, avanzó entre la multitud como si su sola presencia bastara para eclipsar el salón. Iba erguida como un pavo real en cortejo, con un vestido de brocado color vino que había

conocido tiempos mejores y costuras más generosas. A su estela venían sus hijas: Clarisse e Imogen.

Clarisse, la mayor, se pavoneaba con un intento de gracia que solo lograba realzar su nariz aguileña, perfilada con orgullo como si fuera una joya familiar. Su cabello, tan negro y opaco como el de su madre, estaba recogido en un moño tan tenso que parecía a punto de estallar. Llevaba un vestido color mostaza, decorado con encajes y lazos en lugares estratégicamente equivocados, que resaltaban más sus caderas anchas y su espalda curva de lo deseable.

Imogen, más delgada pero igual de deslucida, caminaba dando pequeños saltitos, como si tuviera miedo de que sus zapatos —demasiado pequeños o demasiado nuevos— le estallaran en cualquier momento. Su vestido rosa empolvado tenía volantes hasta en las mangas, y un sombrerito ladeado le daba el aspecto de un ave exótica y confundida. Su piel era pálida, casi verdosa bajo la luz de las lámparas, y su sonrisa parecía más un tic que un gesto natural.

—Lord Ashforde —entonó Lady Maevena con voz empalagosa, como si fuera un título que se saboreaba—, qué honor tenerlo en nuestra querida región. Permítame presentarle a mis hijas, Clarisse e Imogen, dos joyas aún sin engarzar —añadió, con una risa aguda que hizo girar algunas cabezas... no por admiración, sino por incomodidad.

Clarisse hizo una reverencia tan exagerada que casi se cae. Imogen la imitó con un chillido ahogado cuando su falda se le quedó atrapada bajo el tacón.

Ash, que hasta ese momento había considerado dar una oportunidad al diálogo, se mantuvo firme. Observó la escena con la misma expresión que uno reserva para un animal disecado: curioso, pero ligeramente perturbado. Si alguna duda quedaba sobre la urgencia de la familia o sobre la naturaleza de sus anfitrionas, acababa de disiparse por completo.

Ash, que no era precisamente un amante de los protocolos ni de los saludos ceremoniosos, contempló la escena con una mezcla de hastío y repulsión. Podía tolerar la hipocresía, incluso el falso decoro, pero aquello... aquello era otra cosa. Que tuvieran la osadía de venir

a presentarse ellas solas —sin invitación, sin mediador, sin pudor alguno— no solo era poco elegante, era patético. Un intento desesperado de hacerse notar, de atrapar con desesperación lo que creían que aún podían cazar.

Clarisse, con su perfume empalagoso y sonrisa desbordada, parecía una caricatura de sí misma. Imogen, atrapada en su propio vestido, apenas lograba contener el temblor de su abanico. Y Lady Maevena, rígida y altiva, sonreía como si no advirtiera que estaban siendo evaluadas... y descartadas.

Ash se limitó a inclinar levemente la cabeza.

—Encantado, milady. Señoritas.

Y giró sobre sus talones con toda la frialdad de un juez que ya ha dictado sentencia.



La casa estaba en silencio, pero no era un silencio apacible. Era un vacío áspero, como el que deja una carcajada cruel cuando ya nadie ríe.

Sinderella, de rodillas en medio del gran salón, recogía las cenizas esparcidas por el suelo. Tenía las manos ennegrecidas, las uñas llenas de polvo gris, y las lágrimas le surcaban el rostro como si quisieran abrirse paso entre tanta mugre. El vestido, una vez digno, ahora estaba manchado, remendado, humillado como ella.

No era la primera vez. Recordaba otras noches iguales: cuando Lady Maevena le volcó la sopa caliente por no haberla servido lo bastante caliente. Cuando Clarisse la hizo dormir en el establo por una disputa absurda sobre un peine. Cuando Imogen cortó su único lazo de raso y lo usó como adorno en un sombrero ridículo.

¿Cómo podían ser tan crueles? ¿Cómo podía la maldad caber en gestos tan cotidianos? ¿Qué les había hecho ella para merecer tanto desprecio?

Recogió otro puñado de ceniza, y el polvo se le metió en la nariz, en la garganta, en los ojos. Tosió. Lloró más. Pensó —no por

primera vez— que quizás no merecía nada mejor. Que tal vez ese era su lugar. Que eso era lo que quedaba cuando ya no tenías madre, ni apellido, ni amor.

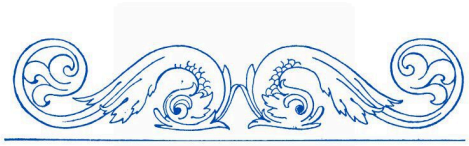
Entonces lo recordó a él.

A Ash.

Su voz grave, su mirada intensa, sus manos templadas. Su risa breve, casi robada. El modo en que la había mirado... como si ella valiera algo. Como si pudiera ser deseada, escuchada, tocada sin miedo. Y por un instante, en mitad del polvo, ese recuerdo la calentó más que el fuego que jamás encendieron para ella.

Se acurrucó sobre sí misma, agotada, temblorosa. Con las manos aún sucias, se envolvió con los brazos. El suelo estaba frío, y el aire olía a hollín y traición. Pero los párpados se le cerraban. Y antes de que pudiera evitarlo, se quedó dormida allí, entre cenizas, con el nombre de Ash en los labios y un sueño roto en el pecho.

Capítulo 11



Lady Maevena hojeaba las cuentas con el ceño fruncido y las uñas tamborileando sobre el escritorio lacado. Los números no cuadraban, pero eso no era nuevo. Lo verdaderamente alarmante era el plazo. Quince días. Quince. Y si no encontraban el dinero, Glasswell Grange pasaría a manos del acreedor. Aún no sabían quién era. El nombre del nuevo duque no aparecía en las cartas oficiales, solo un sello con la insignia real y una advertencia clara: *El nuevo propietario se reserva el derecho de reclamar la propiedad si no se cancela la deuda pendiente.*

Lady Maevena apretó los labios.

Lord Henry Glasswell. Su difunto marido. El último romántico idiota de Inglaterra.

Se casó con él por necesidad, no por amor. Él, viudo reciente, con una hija pequeña y una casa noble venida a menos. Ella, lista, sin título propio pero con ambiciones más afiladas que una daga. Fingió ternura, prometió cuidados, incluso llegó a decir que criaría a su hija como si fuera suya. ¡Qué gran actuación! El pobre hombre la creyó. Siempre fue fácil de engañar, tan sediento de dulzura que confundía astucia con cariño.

Lady Maevena soltó una risa seca. "Cuidar de su hija", había dicho. Qué ironía. Cuidarla... como se cuida una piedra en el zapato.

Y para colmo, el idiota había muerto joven. Dejándole una finca con tejados que goteaban, una administración desastrosa, y una deuda absurda que ni siquiera se había dignado a esconder. Lady

Maevena pensó que se casaba con un señor de fortuna, y lo único que obtuvo fue una hipoteca, una niña molesta y un apellido manchado.

Por supuesto, intentó mejorar su situación. Apostó por sus hijas. Les compró vestidos, las llevó a salones, intentó casar a Clarisse con un comerciante... pero todo se volvía ceniza.

Y ahora, quince días.

Quince días para encontrar el dinero o perderlo todo.

Lady Maevena inspiró hondo, conteniéndose. No. No iba a perder. Ni esta vez ni nunca. Si hacía falta, usaría hasta la última sonrisa falsa, la última lágrima fingida, la última camisa escotada de Clarisse.

Porque Glasswell Grange era suyo. Y nadie —ni la corona, ni un nuevo duque, ni una hija que no era suya que lloraba en las esquinas— iba a arrebatárselo.

—Absurdo —murmuró, cerrando el libro con un golpe seco.

—¿Mamá? —canturreó Clarisse desde el diván cercano, donde jugaba con un pañuelo perfumado—. ¿Has dicho algo?

—Nada que tú puedas solucionar, Clarisse. A no ser que te cases de una vez por todas —respondió Lady Maevena sin alzar la vista.

Pero Clarisse no escuchaba. Tenía la mirada perdida en el espejo, ensayando una sonrisa que creía irresistible.

—Estoy segura de que Lord Ashforde me miró más de lo necesario anoche —dijo con tono soñador—. Casi me sonrió. Lo vi. ¡Y eso que me había salido un granito en la barbilla!

—Yo no sé... —intervino Imogen, acomodando los rizos que su doncella le había apretado como resortes—. Me dio un poco de miedo. Tiene esa manera de mirar... como si supiera cosas que nadie más sabe.

—Eso se llama elegancia, Imogen —replicó Clarisse con desprecio—. Tú no entiendes de hombres. Ashforde es un caballero. Un duque, incluso. Seguro que me escribe esta semana. Quizás ya ha preguntado por mí. Quizás...

—¡Basta ya! —interrumpió Lady Maevena con tono cortante—. No quiero oír más fantasías. Tenemos una deuda que pagar y ni un penique a la vista. Y vosotras, en lugar de buscar soluciones, solo

sabéis peinaros y soñar con vestidos de novia. ¡Lo que debéis hacer es cazar un marido ya!

Abajo, en la cocina, la escena era distinta.

Sinderella fregaba las últimas ollas del desayuno. La cocinera la había encontrado dormida junto al hogar, con la cara sucia y los ojos hinchados, como una muñeca olvidada.

—No deberías dejar que te traten así —refunfuñó la señora Rigg, dejándole el cuenco sobre la mesa.

—No pasa nada, señora Rigg. Solo fue una noche larga —dijo Sinderella, forzando una sonrisa.

Vestía una falda marrón remendada y una camisa blanca algo gastada. Tenía el pelo recogido sin esmero y el cuerpo dolorido, pero no pensaba quejarse. No serviría de nada.

Había decidido olvidar. Olvidar la humillación de ayer, el baile que nunca ocurrió, el suelo sucio y las risas crueles. Y, por supuesto, a Ash.

Seguramente ya estaría de vuelta en la capital. O partiendo hacia su siguiente misión noble y peligrosa. Él no pertenecía a ese mundo gris y estrecho.

Lady Maevena se alejó del libro de cuentas con un chasquido brusco y llamó a una de las criadas con voz cortante.

—Ve al cuarto del desván y dile a la señorita "Cenizas" que baje de inmediato. Que se ponga algo decente —si es que puede— y vaya al pueblo. Necesitamos harina, velas, y hilo del número cinco. Que se dé prisa. Y que no gaste más de lo necesario.

La criada obedeció sin rechistar. Poco después, Sinderella salía por el portón de Glasswell Grange con una lista arrugada, una cesta vacía y los pasos arrastrados. Llevaba una falda de lana gastada, un abrigo de otro invierno y el cabello recogido sin forma. Sentía los ojos hinchados, las mejillas tirantes, la espalda dolorida. Pero no podía detenerse.

En el pueblo, los murmullos eran más gruesos que el barro.

—Dicen que si no pagan, los echan —susurró una mujer a su amiga, cerca del mercado—. El nuevo duque es un militar, uno de esos que no tiene paciencia para viejas deudas ni excusas de viudas.

—¿Y quién vive allí ahora? —preguntó la otra.

—Tres mujeres. Feas, dicen. Y sin dinero. No me extrañaría que él mismo las desalojara con su caballo.

Sinderella tragó saliva y bajó la cabeza. Sabía que hablaban de Glasswell Grange. De ella. De su "familia". Pero, ¿de qué Duque hablaban?

—¡Señorita Glasswell!

La voz grave y amable de Mr. Verdun le llegó desde la sombra de una tienda de telas. Estaba apoyado en su bastón, con la chaqueta bien abrochada y los ojos atentos. Cuando la vio de cerca, su expresión cambió.

—Dios mío... ¿qué te han hecho? —murmuró el anciano al verla.

—Nada que no me hayan hecho antes, señor Verdun.

—Esto no puede seguir así.

Sinderella asintió con un leve movimiento, y entonces lo vio. A lo lejos, cruzando la plaza, Lord Ashforde bajaba de su caballo negro como la tinta, ese al que ella había montado fingiendo ser una cantante. Vestía con sencillez, pero algo en su porte, en su gesto firme, hacía que todos lo miraran.

Sinderella se tensó como una cuerda. —Por favor, no le diga que me ha visto. No le diga que estoy aquí. No quiero que me vea... así.

—Pero...

—¡Por favor!

Y sin darle tiempo a más, se dio la vuelta. Caminó deprisa, luego corrió, desapareciendo entre los callejones, con la cesta golpeándole la cadera y el corazón latiéndole como si quisiera salírsele del pecho.

Justo cuando Ash reconoció a Mr. Verdun y se acercó con una leve sonrisa:

—Míster Verdun... qué grata sorpresa. No esperaba encontrarle aquí...

Mr. Verdun le respondió con una leve inclinación de cabeza, pero en sus ojos quedó suspendido el reflejo de una joven que se había escurrido entre los callejones como un suspiro roto. No dijo su nombre. No reveló su presencia. Solo apretó un poco más su bastón y desvió la mirada hacia los adoquines húmedos.

—La vida da vueltas extrañas, milord —dijo al fin, con voz quedamente filosófica—. A veces, lo que uno busca está más cerca de lo que cree... y aún así, parece inalcanzable.

Ash lo miró con una leve extrañeza, pero no insistió. El aire de la mañana olía a lluvia, humedad y pan mal cocido. Todo en aquel pueblo le resultaba deprimente: las calles embarradas y angostas, los techos de paja inclinados como si se disculparan por existir, los escaparates mediocres con telas raídas y maniquíes que daban lástima. La gente —rosácea, encorvada, de modales torpes y ojos escrutadores— parecía parida por la tierra misma, por ese barro denso que todo lo manchaba.

Algunos hombres fumaban en silencio junto al abrevadero, como si no tuvieran nada mejor que hacer que mirar pasar los días. Las mujeres cuchicheaban en grupos, con las manos ásperas y las bocas apretadas. Ni un atisbo de elegancia, de ambición. Solo rutina, miseria y ese olor constante a gallina húmeda y leña mojada.

Detestaba Bramblehill. Detestaba Glasswell Grange. Y detestaba aún más saber que tenía que permanecer allí al menos hasta recibir la respuesta de la reina Margaret. Su solicitud, redactada con toda la cortesía y el peso legal de su nuevo título, ya debía estar camino de la corte. Solo era cuestión de días.

Días que le parecían una condena.

Porque lo único peor que administrar una finca ruinosa... era hacerlo entre aldeanos que le miraban como si fuera una leyenda caída del cielo o un enemigo vestido de terciopelo. ¿Qué clase de justicia podía esperar en un sitio donde aún se creía en supersticiones, en el "honor de las familias" y en la obligación de proteger mujeres incapaces de mantenerse en pie por sí mismas?

Quería irse. Cuanto antes.



Sus párpados recorrieron las líneas cuidadosamente redactadas:

"Mi estimado recién duque de Ashforde,
Transcurrido el plazo que ordena el Acta para Protección de Familias Nobles sin Títulos (Año 1792), debe usted hacerse responsable del bienestar y el resguardo de los miembros femeninos de la familia adeudada —mujeres solteras y viudas—, actuando como tutor legítimo dentro de su nuevo ducado. La palabra de un noble debe mostrar más que su poder económico: debe revestirse de decoro y justicia real.
Fielmente,
Margaretha R."

Ash dejó caer la carta sobre la mesa con un leve crujido. Se detuvo un segundo. Y luego apretó los puños.

—Así que... —murmuró para sí, sin acritud—. Debo hacerme cargo de tres mujeres —viuda y dos jóvenes— que no sólo no han pagado su deuda, sino que, según el veredicto legal de 1792, requieren mi protección, no mi látigo.

Una oleada de furia lo recorrió al pensar en lo que venía: no solo tendría que cobrar, sino encargarse de organizar la vida marital de Clarisse, Imogen y de la viuda Lady Maevena si no podían liquidar la deuda. Y todo bajo la mirada vigilante de la corona. Era un golpe cruel: sus días como Silas Brookstone, el sicario despiadado, parecían dignos de nostalgia comparados con la humildad que ahora se le exigía.

Aun así, mantenía su espalda recta. William, su hermano —medio hermano según la ambivalencia de la corona— le había pedido aguantar. Y era hora de demostrar que su vida podía tener dos facetas: la fuerza implacable que lo salvó y la decencia que el mundo necesitaba, un mundo más digno que su pasado.

Ash recogió la carta, la guardó en el bolsillo interior de su levita y se miró al espejo.

—No perderé el ducado... Tampoco perderé mi honor —se dijo —. Aunque me obliguen a cuidar de feas maleducadas y de una arpía con deudas.

Una voz aguda interrumpió su silencio.

—Tres días, milord —dijo la señora Craver desde la entrada del salón, aún con su abanico cerrado entre los dedos—. ¡Y por fin una

respuesta de la Reina! Debe haber sido algo importante.

Ashforde se giró lentamente. No le sorprendía que la mujer estuviera espiando detrás de las cortinas. Siempre lo hacía. Tenía un talento innato para estar donde no la llamaban.

—Importante, sí —respondió, con la voz medida—. Definitivo, en realidad.

—¿Y...? —intervino el señor Craver, entrando también, con un tono de falsa indiferencia—. ¿Boletín de guerra o bendición matrimonial?

Ash clavó en él una mirada seca, casi divertida.

—Una encomienda —dijo al fin, sin adornos—. La Reina ha confirmado que debo hacerme cargo de las actuales habitantes de Glasswell Grange.

La señora Craver abrió los ojos como platos.

—¿Se refiere a la viuda Maevena y sus hijas?

—Exactamente —respondió Ash—. Al parecer, antes de ejecutar la deuda, debo ejercer como tutor legal de las mismas. Guiarlas, corregirlas, casarlas... en fin, salvarlas o arruinarlas.

El señor Craver no supo si reír o compadecerlo.

—Buena suerte con eso, milord. Si puede hacer que Clarisse cierre la boca durante un minuto, ya se habrá ganado el respeto de la comarca entera.

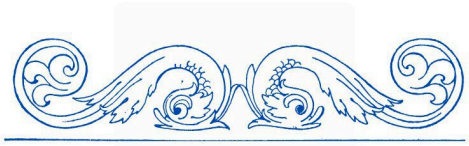
—No busco respeto —dijo con la calma cortante de quien ya ha tomado una decisión—. Solo cumplir con mi deber. Parto hoy. No tiene sentido seguir aplazando lo inevitable.

Hizo una leve inclinación de cabeza.

—Les agradezco su hospitalidad, señores Craver.

Y con eso, dio media vuelta, dejando atrás la comodidad prestada de Highmoor House para enfrentarse, por fin, al reto que lo esperaba en Glasswell Grange.

Capítulo 12



El carruaje negro con herrajes dorados se detuvo frente al portón oxidado de Glasswell Grange, levantando una nube de polvo y hojas secas. El ruido de los cascos sobre el empedrado resonó en el aire húmedo del mediodía.

Lord Ashforde descendió con elegancia austera. Su capa oscura ondeó con el viento y el bastón que llevaba —más símbolo que apoyo— tocó el suelo con un golpe seco. Levantó la vista hacia la fachada: vetusta, agrietada, pero aún orgullosa.

Dentro, el caos fue inmediato.

—¿Quién es? —preguntó Clarisse, incorporándose con desgana del diván donde había pasado la mayor parte de la mañana soñando despierta.

—Es Lord Ashforde —respondió Lady Maevena con voz baja, aunque cargada de tensión. Llevaba ya varios segundos observando por la ventana, desde que el sonido de los cascos sobre el empedrado la había hecho girar el rostro como un resorte.

—¿Qué? —exclamó Imogen, sobresaltada—. ¿Qué querrá ahora?

—¡Tonta! —bufó Clarisse, alisándose el escote con ansiedad—. ¡Viene por mí! ¿No es evidente?

—Parece que tenemos visita —comentó la señora Rigg, asomándose brevemente por la rendija de la puerta que daba al pasillo principal.

—¿Visita? —repitió Sinderella, dejando el trapo sobre la mesa de la cocina—. No recuerdo la última vez que alguien vino por voluntad propia a esta casa.

¿No oyes los gritos de Clarisse? —añadió la señora Rigg, rodando los ojos con resignación.

Desde el piso de arriba, la voz de Clarisse descendía con estridencia:

—¡Os lo dije! ¡Viene por mí! Me miró durante mucho tiempo, ¡lo sentí! Seguro que ha venido a pedir un cortejo. ¡Me voy a casar con lord Ashforde! —vociferaba Clarisse, mientras su voz retumbaba por toda la casa como un gallo presuntuoso en celo.

Sinderella suspiró, llevándose una mano al pecho, justo donde el corazón latía con una mezcla de incredulidad y anhelo. Como si, al presionarlo, pudiera acallar ese latido tembloroso que no debía sentir. No por él. No otra vez.

¿Era cierto? ¿Acaso en la velada de los señores Craver, Lord Ashforde y Clarisse habían congeniado? La sola idea le resultaba absurda. No imaginaba nada más disparatado. Lo poco... no, lo mucho que había llegado a conocer de Lord Ashforde no combinaba, ni por asomo, con la frivolidad y el ego inflado de Clarisse.

Pero... ¿y si se equivocaba? ¿Y si él era solo eso, un hombre encantador que iba de casa en casa coleccionando atenciones femeninas como quien colecciona rosas marchitas? ¿Y si lo que vivieron en aquella posada no había sido más que un juego, una anécdota más para su cartera de conquistas?

Un nudo le subió por la garganta.

Porque ella... ella sí lo había sentido. Demasiado.

El sonido del aldabón resonó en la entrada principal, profundo y autoritario. Clarisse casi tropezó con su propio dobladillo en su carrera por bajar las escaleras. Imogen la siguió, más por inercia que por convicción, mientras Lady Maevena descendía con un gesto estudiado de serenidad, aunque sus nudillos estaban blancos de la tensión.

—¡Abrid! —ordenó Maevena a una criada, una de las pocas a las que todavía podía pagar, como si estuviera a punto de recibir a un emisario de la corte y no a un acreedor camuflado de aristócrata.

La puerta se abrió, y Lord Ashforde cruzó el umbral con una calma letal. Su silueta oscura contrastaba con la luz grisácea que inundaba el vestíbulo. Se detuvo un momento a observar el lugar: los suelos sin encerar, los cuadros torcidos, el leve olor a humedad y flores marchitas.

—Milord —saludó Lady Maevena con una reverencia medida—. Qué... inesperada sorpresa.

—No para mí, señora —replicó él con suavidad gélida—. Vengo por un asunto que no puede seguir esperando.

Clarisse se adelantó con un movimiento dramático, desplegando su abanico con un gesto que pretendía ser elegante y acabó pareciendo torpe.

—Lord Ashforde, qué honor tenerlo en nuestro humilde hogar. Espero que haya venido con hambre, queremos invitarle a comer, ¿verdad, madre?

Ashforde la miró brevemente, con una cortesía casi distraída. Luego posó sus ojos en Maevena.

—¿Podemos hablar en privado?

La viuda palideció levemente, pero asintió con un gesto que intentó mantener firme. Lady Maevena sabía lo suficiente del mundo —y de los hombres— como para no creerse el cuento de hadas que su hija tejía con tanto fervor. Lord Ashforde no era un joven impresionable, ni parecía el tipo de aristócrata que caía rendido a los pies de una doncella con rizos apretados y risa chillona. No. Ese hombre venía por algo concreto. Y lo más probable era que ese algo se llamara deuda.

No se engañaba.

No se permitía hacerlo.

El porte del duque, su silencio contenido, su mirada cortante... todo hablaba de una misión, no de un cortejo. Y por más que Clarisse se pavoneara como una pava en celo, Maevena sabía que ningún hombre entraba a una casa en ruinas si lo único que buscaba era amor.

No. Él venía a cobrar.

Y lo haría con o sin galanterías.

Mientras tanto, desde la penumbra de la escalera de servicio, Sinderella observaba en silencio, medio oculta tras los balaustres astillados. Su primer impulso fue retroceder, desvanecerse entre las sombras como tantas otras veces... pero sus pies no obedecieron. Se quedaron anclados al peldaño de madera, como si sus huesos reconocieran algo que su mente aún no se atrevía a nombrar.

Lo miró.

Lo bebió con los ojos, con el alma. Estaba allí, de verdad. De carne, hueso y porte noble. No era una aparición de su memoria febril ni una fantasía remanente del baile que no fue.

Y no venía por Clarisse.

No con esa intención. No con esa expresión grave, cargada de otro peso.

Ella lo supo. Lo sintió en los dedos, en el estómago, en el pecho.

¿Entonces... por qué estaba allí?

¿Se lo habría contado Mr. Verdun?

¿La habría reconocido entre la niebla del pueblo? ¿Venía por ella?

Una punzada de esperanza, tan aguda como peligrosa, se abrió paso en el pecho de Sinderella. Pero la ahogó de inmediato. No. No podía permitirse soñar. No con él. No en ese estado. Bajó un peldaño más, apenas un susurro de movimiento, y se ocultó tras la columna del corredor, lo suficiente para ver... sin ser vista.

Lady Maevena conducía al duque al salón principal, con ese andar suyo que parecía deslizarse más que caminar, como si el suelo no mereciera el roce de sus zapatos. Clarisse los seguía de cerca, con el abanico aún abierto y una sonrisa que forzaba las comisuras hasta parecer una mueca. Imogen iba rezagada, murmurando algo sobre el clima y tropezando con la alfombra.

Ashforde no las miraba. No de verdad. Cada gesto suyo era preciso, medido. Como si en vez de entrar en una casa, estuviera cruzando las líneas de batalla de su propia paciencia.

—No se preocupe por el té ni los pasteles, señora —dijo de pronto, deteniéndose en mitad del salón—. No he venido por cortesías. He venido por deber.

—¿Y en qué consiste ese deber, milord?

Ashforde se metió la mano en la levita y sacó un documento. El sello real brillaba con un destello de autoridad inquebrantable.

—He recibido instrucciones de la Reina Margaret. Tengo autorización plena para asumir la tutela legal de esta casa hasta que la deuda sea saldada... o la propiedad reclamada.

Un silencio cayó como un telón.

Clarisse dejó de sonreír.

Imogen dio un paso atrás.

Lady Maevena, sin embargo, se irguió más. Su voz, cuando habló, fue un susurro helado:

—Entonces... no ha venido por amor.

—He venido por ley —respondió él—. Y por mandato.

Desde la escalera, Sinderella apretó los dedos contra la baranda. Su cuerpo entero parecía suspendido en un solo pensamiento: él no había venido por Clarisse. Pero tampoco por ella.

No aún.

La conversación apenas había comenzado a enraizarse cuando un segundo golpe de aldabón interrumpió el tenso intercambio entre Lady Maevena y Lord Ashforde. Esta vez, no fue la criada quien corrió a abrir; fue la propia Maevena, alertada por la puntualidad perturbadora de una visita no anunciada.

En el umbral apareció un hombre enjuto, de rostro afilado y mirada inquisitiva, vestido con ropas formales de paño oscuro y un maletín de cuero en la mano. Llevaba el cuello de la camisa almidonado hasta la rigidez y las gafas colgando de una cadena de plata. No parecía un vecino, ni un cobrador común.

—¿Quién es usted? —preguntó Lady Maevena, aún sujetando el picaporte, el ceño fruncido y los ojos grises como cuchillas clavados en el hombrecillo del umbral.

Era una mujer de porte imponente, incluso en la decadencia. El cabello negro, recogido en un moño alto y tirante, dejaba ver con claridad las vetas de plata que surcaban sus sienes, como cicatrices del tiempo. Su rostro, aún afilado por la belleza pasada, estaba marcado por una severidad que no admitía debilidad. Llevaba un

vestido oscuro, sin adornos, que entallaba su figura con rigidez casi militar.

Su mirada no titubeó. Pero la tensión en sus nudillos, que se aferraban al picaporte como si fuera una daga, delataba lo que su voz no dijo.

—Soy el señor Godfrey Wilton, abogado y notario, enviado por orden del duque de Ashforde para certificar la validez de los documentos relativos a la deuda heredada y la aplicación de su derecho a tutela bajo la Ley de Deudas y Propiedad de 1792 — anunció el hombre, con voz clara y perfectamente medida.

La sangre se le heló.

Lord Ashforde, que hasta entonces se mantenía en el salón, se acercó con calma. Extendió una mano para tomar los documentos que Wilton ya había extraído de su cartera con eficacia profesional.

—Como usted misma intuirá, señora, no vine solo a hacer una visita social —dijo Ashforde, desplegando el pergamino ante ella, sobre la mesa del salón. Su voz, suave pero firme, llenó la estancia —. Aquí tiene el escrito de herencia, el mandato de la reina Margaret y la asignación temporal de tutela sobre sus bienes y personas mientras persista la deuda. Todo conforme a la ley.

Maevena no se movió.

Wilton, mientras tanto, añadió con precisión:

—Este documento ha sido sellado por el notariado del Condado de Yorkshire y refrendado por la Secretaría del Lord Canciller. Según lo estipulado, el nuevo propietario tiene derecho a instalarse en la residencia y ejercer funciones de administración y tutela para evitar la confiscación inmediata de la propiedad.

—¿Tutela? ¿Sobre mí? ¿Sobre mis hijas? —La voz de Lady Maevena tembló, más por furia que por miedo—. ¿Qué clase de vergüenza es esta?

Ashforde la miró, imperturbable.

—La clase de vergüenza que genera vivir por encima de las posibilidades y dejar una casa sin defensas, señora —respondió Lord Ashforde con la frialdad de quien no buscaba ser cruel, solo exacto —. No me pida compasión cuando la ley exige responsabilidad.

Hizo una pausa. Su mirada recorrió los muros agrietados del vestíbulo, el papel despegado, la lámpara sin pulir. Luego volvió a posar sus ojos sobre ella, sin arrogancia, pero con una determinación que no admitía réplicas.

—Créame, Lady Maevena, a mí tampoco me hace ninguna gracia esta situación. No vine a este rincón del mundo para ejercer de tutor forzado, ni para resolver los errores financieros de un esposo muerto —su voz descendió una nota, cargada de sinceridad helada—. Pero me ha sido impuesto. Por la ley, por la corona y... por conciencia. Así que lo haré. Pero no pretenda que me guste.

Ella palideció. Clarisse e Imogen, que habían estado escuchando desde el pasillo, intercambiaron miradas, sin comprender del todo el alcance del desastre.

Wilton tomó su pluma, como si ya estuviera listo para empezar un inventario.

—La propiedad no pasará a ningún otro —añadió el abogado, su voz fría y precisa resonando en el salón—. La titularidad está pendiente de cumplir con la deuda adeudada al señor Ashforde. Si en quince días el monto principal más intereses no es saldado, los derechos reales se transferirán directamente a Lord Ashforde. En ese momento, él se convertirá en el nuevo dueño legal de Glasswell Grange.

Boucles aclaró aún más:

—Durante este plazo de gracia, la señora Maevena conserva el derecho de posesión —la casa sigue siendo su hogar por ahora—, pero Lord Ashforde ostenta desde ya la tutela legal de todas las responsabilidades derivadas: administración, representación legal, acciones de venta, arrendamiento. En caso de incumplimiento, él podrá registrar el título a su nombre. Así lo establece la legislación vigente sobre deudas hipotecarias y transferencias de finca raíz.

El mensaje fue inequívoco: Ashforde no era un protector temporal, ni un simple acreedor lejano. En quince días, la balanza se inclinaría irrevocablemente a su favor.

Lady Maevena enarcó una ceja sin articular palabra. Detrás de ella, Clarisse e Imogen intercambiaron miradas nerviosas. En ese

instante, quedó claro que el futuro de Glasswell Grange y el destino de su propia familia pendían de un hilo.

Maevena, por un instante, pareció perder el aliento.

Ashforde no se inmutó. Su mano, enguantada en cuero negro, apretó el pomo del bastón contra el suelo con un golpe seco, medido. El gesto no era agresivo, pero sí definitivo. Como un punto final en una oración incómoda.

Su porte seguía siendo el de un hombre de mando: la espalda recta, los hombros anchos bajo la capa oscura de viaje, y la cabeza ligeramente inclinada hacia adelante, como si cada palabra que dijera pesara exactamente lo justo. Tenía el cabello castaño oscuro, ligeramente revuelto por el viento, con algunos hilos más claros en las sienes que lo hacían parecer aún más autoritario. Su barba, perfectamente recortada, dejaba entrever una mandíbula firme, marcada por años de silencio, decisiones difíciles y algún que otro duelo no confesado.

Lady Maevena lo observó detenidamente, con ese instinto felino de quien ha vivido entre máscaras, tratos sucios y falsas sonrisas durante años. Supo leer en sus gestos, más allá del silencio elegante y de la autoridad fría que lo envolvía como una segunda piel.

Lo primero que notó fueron los ojos. No eran grises como había creído de lejos, sino de un azul profundo, casi metálico, como el hielo que se forma en la orilla de los lagos cuando nadie mira. Y ese azul no traía consuelo. No brillaba por emoción ni se empañaba por piedad. Era el azul de alguien que había enterrado sus emociones en alguna campaña militar lejana, o peor, en las mazmorras de la política real. Al fina y al cabo, era un bastardo. Un bastardo reconocido, pero un bastardo.

Ashforde no tenía compasión. No tenía espacio para el drama, ni para súplicas. Eso lo comprendió al instante.

Lady Maevena entendió que no podría manipularlo como había hecho con otros hombres. Las lágrimas no surtirían efecto, ni los encantos de sus hijas. Ese hombre no miraba el mundo con deseo ni debilidad, sino como quien evalúa el daño antes de lanzar un ultimátum.

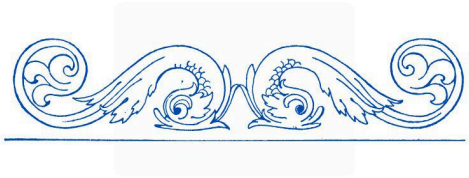
Y lo que más la inquietó fue que esa clase de hombre... nunca cedía.

Su mirada se endureció. Comprendió que, mientras Lord Ashforde ocupara esa casa, ella estaría en jaque. Ya no sería dueña del tablero. Y para una mujer como Maevena, acostumbrada a fingir fragilidad mientras movía las piezas, no había condena más dura.

—Hoy empezaré por instalarme. Mañana, revisaré el estado del patrimonio. Luego... iniciaremos las medidas necesarias para asegurar un futuro para sus hijas. En todos los sentidos posibles.

Y con un leve gesto, dejó claro que la conversación había terminado. La aristocracia no necesitaba gritar. Solo mandar.

Capítulo 13



El día amaneció con un cielo pálido, sin gloria, como si el mismo sol dudara de su deber. Glasswell Grange parecía aún más mustia bajo esa luz desganada. Aun así, las criadas corrían por los pasillos con paños y cubos, las alfombras eran sacudidas por primera vez en semanas, y hasta el reloj del vestíbulo fue dado cuerda. No por respeto. Sino por miedo.

Lord Ashforde llegaría a vivir. Oficialmente. Como tutor legal, como sombra de la ley, como recordatorio de una deuda que mordía más cada día.

—¡Que nadie nombre a Sinderella! —ordenó Lady Maevena en voz baja, pero con una firmeza que heló el aire de la cocina.

Vestía un vestido de tafetán oscuro con encajes antiguos y un moño tirante que no lograba ocultar los mechones grises que le nacían en las sienes. En su rostro, el maquillaje ocultaba los estragos de una noche en vela.

—Si ese hombre llega a verla... si sospecha... —continuó, girando hacia la señora Rigg, que la observaba con los labios apretados—. ¿Está claro?

—Tan claro como el polvo que barre mi escoba cada mañana, milady —respondió la cocinera con un tono agrio, pero obediente.

Sinderella, en silencio, había escuchado todo desde el umbral del lavadero. Su pecho subía y bajaba lentamente, como si el aire pesara más de la cuenta. No se sorprendía. No, no esta vez.

Para ella, no era nuevo que Lady Maevena la escondiera. Lo había hecho tantas veces antes: en las visitas, en los bailes, incluso cuando llegaban cartas del exterior. Era como si su existencia fuera una mancha que no debía tocar la porcelana rota de la familia Glasswell.

«No quiere que forme parte de nada», pensó, apretando los dedos contra el delantal húmedo. «Ni de las deudas, ni de la solución.»

No imaginaba que, esta vez, lo que su madrastra quería ocultar... era mucho más que una cara sucia o una falda remendada. Era su propio nombre. Su linaje. Y el peligro que eso suponía para los planes de todos.

Mientras tanto, en el exterior, el carruaje de Lord Ashforde se detenía ante la puerta. Esta vez no había drama. Solo determinación.

Ashforde bajó con paso firme, sin necesidad de bastón. Llevaba un abrigo largo de lana azul marino, y el viento agitaba levemente sus cabellos castaños, oscuros como la corteza húmeda. Su expresión era sobria, impenetrable, pero sus ojos —azules como el hielo profundo— ya evaluaban la casa como quien mide un campo de batalla.

Clarisse lo vio desde la ventana y chilló como una niña en plena feria.

—¡Está aquí! ¡Está aquí! —gritó Clarisse, bajando los escalones como si fueran una pasarela—. ¡Imogen, trae mi collar del medallón! El dorado, el que me resalta el cuello. ¡Rápido!

Imogen apenas tuvo tiempo de parpadear antes de que su hermana la empujara hacia el dormitorio.

Clarisse, alta y angulosa, tenía la mandíbula pronunciada y la nariz ligeramente aguileña, que trataba de disimular con peinados altos y abundantes rizos negros, idénticos a los de su madre. Había teñido algunas mechas de un castaño rojizo que no terminaban de convencer a nadie. Llevaba un vestido ajustado de color lila con volantes innecesarios y un corsé tan apretado que la hacía caminar como un ave asustada.

Imogen, en cambio, era más baja, de rostro redondo y expresión eternamente desconcertada. Su cabello negro, liso y sin gracia, le caía en bucles artificiales que su doncella insistía en moldear con azúcar y papel. Tenía las mejillas pecosas y los ojos grandes, aunque siempre medio ocultos por el flequillo que nunca se decidía a apartar. Su vestido, un verde pálido con bordados torpes, parecía prestado y ligeramente torcido.

Clarisse tenía los ojos de un verde grisáceo, de esos que parecían buscar constantemente su reflejo en los espejos, ansiosos por verse más bellos de lo que realmente eran. Sus pupilas eran inquietas, rápidas, como si siempre estuviera calculando su próxima frase o su próximo movimiento seductor.

Imogen, por su parte, tenía los ojos marrones, grandes y de un tono cálido, aunque opacados por una mirada temerosa y una perpetua sombra de duda. No eran feos, pero vivían escondidos tras su flequillo y su costumbre de mirar al suelo. Si alguna vez brillaban, era por pura timidez, no por picardía.

Entre ambas ofrecían el espectáculo de un cuadro mal colgado: uno llamativo por exceso, el otro apagado por descuido. Pero ambas compartían una misma ilusión —esa que, en Clarisse, se transformaba en ambición desmedida, y en Imogen, en una angustia que no sabía nombrar.

—No pienso rendirme, Imogen. Ese hombre... —Clarisse se detuvo frente al espejo del pasillo, ensayando una sonrisa que pretendía ser sofisticada y parecía una mueca mal contenida— ...ese hombre es el futuro. Es el duque, es guapo, es frío, ¡es justo lo que me gusta! Voy a conquistarle, y todos nos salvaremos. Mamá dejará de estresarse, tú podrás seguir tocando el pianoforte mal, y yo... yo seré la señora de esta casa.

Se giró bruscamente hacia su hermana, con esa risa suya aguda y hueca.

—Aunque claro... tú probablemente acabarás como la hermana solterona. Podrías irte a vivir con Sinderella. Seguro que ella también termina sola y con gatos. Dos perdedoras, en una cabaña, hilando calceta.

Imogen frunció el ceño, a punto de replicar, pero Clarisse la interrumpió con una exclamación melodramática:

—¡Ah no, qué tontería! A Sinderella la echaré. No pienso permitir que arruine mi reputación de duquesa con su cara de sirvienta triste. ¡Este es mi momento, Imogen! ¡Y no pienso dejar que nadie me lo arruine!

Imogen obedeció sin hablar. Su estómago se revolvía cada vez que miraba al duque. No por deseo. Por una mezcla extraña de respeto... y miedo. Lady Maevena bajó las escaleras justo cuando la sirvienta abría la puerta, no tenía mayordomo, no podía permitírselo. Y Ashforde entró.

—Milord —dijo ella, inclinándose apenas—. Bienvenido, aunque lamento decir que no podremos ofrecerle todo el esplendor que merece.

—Puede ahorrarse los halagos —dijo con calma, aunque su voz no admitía réplica—. No estoy aquí por eso.

Lady Maevena alzó la barbilla con aire feroz, ocultando el temblor en sus manos:

—Lo importante es que actúe con justicia, Lord Ashforde. Aquí encontrará el trato acorde a su rango, pese a nuestras circunstancias.

Clarisse apareció en la galería como si emergiera de una nube de perfume barato, con el vestido más entallado que había encontrado y un moño que prometía dolor de cabeza. Bajó los escalones con una sonrisa ensayada, la misma que usaba para los retratos imaginarios donde ya firmaba como "duquesa de Ashforde".

—Milord —dijo con voz melosa, haciendo una exagerada reverencia—, estamos encantadas de tenerlo en Glasswell Grange. Si desea conocer la propiedad... estaría más que feliz de enseñársela personalmente. Conozco cada rincón.

Ashforde, que acababa de dar su abrigo a la sirvienta y se desabrochaba los guantes con gesto pausado, levantó la mirada con una calma que contenía la impaciencia.

—No será necesario, milady. Creo que seré capaz de ubicarme.

—Oh... claro, pero si necesita ayuda con las habitaciones, o con la servidumbre, me complace asumir ciertas... responsabilidades.

Ashforde volvió a observarla. Esta vez su mirada fue más larga, no por interés, sino por puro análisis. Como quien evalúa la superficie de una mesa antes de apoyar un libro valioso.

—Estoy seguro de que sabré manejarme.

Y con un leve asentimiento, se giró hacia Lady Maevena.

—Mi habitación, si no le importa.

Lady Maevena, que había presenciado la escena entera como una estratega en pleno campo de batalla, apretó los labios.

—Por supuesto, Lord Ashforde. Le mostraré personalmente el ala este. Era el despacho de mi difunto esposo, pero creemos que le ofrecerá la privacidad que necesita.

Mientras subían las escaleras, Clarisse se quedó atrás, con la espalda rígida y el gesto desencajado. Imogen apareció a su lado con cautela.

—¿Qué ha pasado?

—Nada —escupió Clarisse—. Solo está fingiendo. Esos hombres disfrutan haciéndose los fríos antes de rendirse.

Pero en el fondo, su orgullo había recibido la primera grieta. Se quedó plantada en el salón, falda agitada, ojos desorbitados; Imogen, a su lado, respiraba con una mezcla de alivio y espanto. Sinderella, en el umbral de la escalera, se cubrió el rostro con la mano, conteniendo las ganas de huir o llorar.

Sinderella permaneció en silencio, apenas sosteniendo el aire en sus pulmones, mientras el murmullo de los pasos de Lord Ashforde ascendía por la escalera. Un temblor la recorrió desde los pies hasta la nuca. Le temblaban las manos, clavadas contra el respaldo del pasamanos; sintió un peso en el pecho como si cada latido suplicara por escapar. Aquella noche en la posada rebrotó en su mente: el calor de su cuerpo, la solidez de sus manos recorriendo su cintura, el sabor de su aliento rozándole el cuello. Y también la prohibición encarnada en la mirada de su madrastra: no debía acercarse a él.

Quiso gritarle, detenerlo, pedirle que no subiera, pero se hizo pequeña, se hundió en sí misma. El orgullo se le encogió ante la vergüenza de lo vivido, pero más aún ante la certeza de lo que podía perder: su esperanza, su voz, su corazón. ¡Si la viera en esas condiciones! La única oportunidad de confrontarlo, de decirle todo,

se encogía cada vez más, ahogada por el miedo y la culpa. Sus ojos le ardieron, a punto de llorar. Se sentía impotente.

A solas, en la habitación que había pertenecido al difunto Lord Glasswell, Lord Ashforde se permitió un instante de respiro. Dejó el sombrero sobre la cómoda, se deshizo del abrigo con un movimiento pausado y, justo entonces, algo lo detuvo.

Un aroma.

Dulce. Tímido. Persistente.

Era como si la brisa hubiera traído consigo un susurro de flores silvestres y pan recién horneado. Un perfume cálido, limpio, que no pertenecía a esa casa de muros húmedos y telas rancias. Era ajeno al presente... y sin embargo, tan vívido que dolía.

Familiar. Íntimo.

Sinderella.

La imagen de ella se deslizó en su memoria como una llama persistente. La muchacha de la posada, la desconocida de ojos llenos de lluvia, la mujer que —sin quererlo— le había robado algo más que un beso. Su aliento. Su juicio. Su paz.

Ese recuerdo, tan vivo y punzante, parecía pertenecer a otro universo. Y, sin embargo, apenas habían pasado unos días. Días que ahora se sentían siglos. Ashforde se quedó inmóvil, con los ojos entrecerrados, como si el aire mismo le hablara.

—Imposible... —murmuró.

Pero el recuerdo fue más rápido. Aquel aroma no pertenecía a Lady Maevena. Ni a sus hijas. Lo había sentido antes... en una noche de lluvia. En una posada. En la piel de una muchacha pelirroja que había besado sin saber su nombre.

Y por un momento —solo uno— sintió que el pasado estaba demasiado cerca.

"Ya es absurdo", se dijo, "debo concentrarme". Estaba en esa casa por una misión de Estado: cobrar, tutelar, salvar —o condenar— el destino de aquella familia en apuros. Nada más. Cobrar una vieja deuda de su recién heredado ducado.

Terminó de limpiar con la palma de la mano el polvo acumulado en el respaldo de la silla —una de tantas reliquias olvidadas en

aquella habitación que alguna vez perteneció al difunto señor Glasswell— y se sentó frente a la chimenea apagada.

Con una fantasía afilada, su mente dibujó el retrato que no dejaba de perseguirlo: Sinderella, con su melena pelirroja, el rostro perfecto, los ojos grandes y tristes que no sabían mentir. ¿Era casualidad que aquel perfume —a flores silvestres y pan recién horneado— se hubiese colado hasta allí, como una presencia sutil, pero innegable?

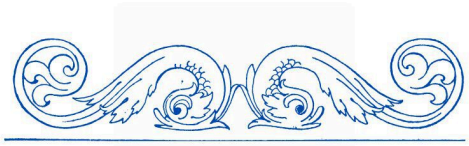
Se desabrochó la levita y desenvainó su espada ceremonial. No era un arma de guerra, no en ese contexto, pero seguía siendo símbolo de su posición y, más aún, de su antiguo yo. La dejó junto a la cama con gesto automático. Luego encendió una vela y observó cómo la llama bailaba, frágil, como si dudara si quedarse o huir.

Sabía que no dormiría bien esa noche. No por la cama dura. No por las deudas que debía gestionar ni por las tres mujeres que ahora caían bajo su tutela. No.

Era por ella.

Por ese nombre sin apellido, por esa presencia sin derecho, por ese perfume invisible que había cruzado las puertas cerradas para recordarle que no todo estaba bajo su control.

Capítulo 14



El desván era una celda de madera y polvo. Un presidio sombrío, más cruel aún que la estrecha habitación donde antes la habían recluido. Sinderella se dejó caer sobre la colcha raída, mirando sin mirar el tragaluz empañado. El aire olía a encierro, a lino envejecido y a un silencio que parecía prohibido. En las esquinas, algunos ratones correteaban: eran su única compañía, y les había tomado un extraño cariño.

Llevaba días sin cruzarse con él. Sin espiarlo siquiera. No había visto su rostro ni escuchado su voz de cerca, aunque a veces la alcanzaban voces lejanas: órdenes a los criados, preguntas sobre la finca, conversaciones con Lady Maevena, etc.

Cada palabra suya, incluso a través del suelo, despertaba algo en su pecho. Un temblor. Lo seguía deseando con todas sus fuerzas.

Su voz, su olor, sus manos. Todo lo que era él. Aquel hombre que, en una posada, le robó el aliento... y la inocencia. Aún lo sentía, como una huella sobre la piel, en el pecho, en lo más hondo de su cuerpo. ¿Cómo podía ser?

No podía hablarle. No debía verlo. Lady Maevena cuidaba con celo que sus horarios no coincidieran: Sinderella bajaba solo cuando él no estaba, y subía antes de su regreso. Era un fantasma deslizándose por la casa. Una indeseada.

Y sin embargo...

Lo deseaba con una urgencia que dolía: al nuevo señor de esa casa, al hombre que ahora tenía todo el control sobre su madrastra

y sus hermanas, o parte de él.

Quería verlo. Solo una vez más. Saber si su mirada seguía siendo la misma, si su boca aún podría pronunciar su nombre con ternura. Pero el miedo la contenía.

Nadie debía saber lo que había ocurrido entre ellos. Ella había cometido un error impensable: entregarse sin promesas, sin nombre. Y ahora él vivía bajo su techo. ¿La recordaría? ¿La olvidaría?

Ambas opciones la aterraban. Fue ella quien huyó sin despedirse. ¿Qué derecho tenía ahora?

Abrazada a sí misma, intentaba encoger el corazón bajo la manta remendada, como si pudiera esconder también el temblor que la invadía por completo. Cada vez que escuchaba sus pasos firmes o su voz grave atravesando la casa, se debatía entre salir de su escondite o seguir siendo un fantasma. Nunca antes había desobedecido directamente a su madrastra. Desde que aquella mujer se quedó con todo, a Sinderella solo le había quedado el silencio... y las migajas de su compasión.

Un golpe suave en la puerta la sobresaltó.

—Señorita... puede bajar —susurró desde el otro lado la voz cálida de la señora Rigg—. El duque ya se ha retirado; puedo acompañarla a la cocina si lo desea.

Sinderella asintió sin palabras. Su voz se quedó atrapada en los tendones del cuello. Se puso en pie, intentando recomponer la espalda curvada, alisó la falda remendada y descendió por la escalera, compuesta y en silencio.

Ya en la planta baja, Sinderella cruzó discretamente el umbral hacia la cocina. Caminaba con la mirada baja, concentrada en el trabajo que Lady Maevena le había encargado: pulir la plata. Pero antes de llegar siquiera al salón, una silueta interrumpió su paso en el pasillo: Clarisse, recostada con estudiada negligencia contra el marco de una puerta, vestida con una bata de satén malva que claramente no era para tareas domésticas.

—Ah, aquí estás —dijo Clarisse, con una sonrisa entre cruel y divertida—. Estaba segura de que bajarías en cuanto el duque se fuera a dormir. Como un ratoncito. Siempre esperando a que la casa esté vacía para merodear por los rincones.

—Solo vengo a cumplir con lo que Lady Maevena me ordenó —replicó Sinderella, mirándola a los ojos. No tenía miedo de su medio hermana. Nunca lo había tenido. Siempre había considerado a Clarisse más altanera que peligrosa, más ruido que filo. Una niña malcriada.

—¿Ah, sí? —dijo Clarisse, alzando una ceja con teatralidad—. Qué devota. Qué obediente. ¡Tanto que dan ganas de aplaudirte!

Se cruzó de brazos, bloqueando por un momento el paso.

—Te lo diré una sola vez, Sinderella. En esta casa estorbas, ¿me oyes? —dijo Clarisse, con una sonrisa tensa que no le llegaba a los ojos. Su voz descendió a un susurro venenoso—. Esta casa, esta ruina, se salvará por mí. Él se fijará en mí. Y cuando eso pase, tú no tendrás lugar aquí.

Sinderella la sostuvo con la mirada, sin retroceder. No dijo nada. Porque no tenía sentido. Porque las palabras con Clarisse se las llevaba el viento... igual que los favores. Clarisse avanzó un paso, lo justo para que su perfume dulce y empalagoso la envolviera.

—Mi madre ha sido ridículamente buena contigo —murmuró—. A pesar de que padre no te dejó nada. Ni nombre, ni herencia. Solo cenizas. Y aún así, aquí estás, respirando el mismo aire que nosotras, las verdaderas herederas de Glasswell Grange. Así que empieza a pensar... dónde vas a meterte.

Con un giro brusco, Clarisse se alejó pasillo arriba, con la bata ondeando. Sinderella la observó irse sin pestañear, el corazón le golpeaba las costillas con fuerza.

No lloraría. No esta vez.

Se agachó, recogió el cubo que llevaba, y entró en la cocina en silencio.

La cocina estaba en penumbra. La señora Rigg ya se había retirado, pero había dejado una jarra de agua y un plato con pan sobre la mesa. Sinderella se sentó en silencio, con las manos frías apoyadas sobre el mantel áspero. No tenía hambre. Solo un hueco en el pecho que ninguna comida podía llenar.

Clarisse era cuatro años menor. Imogen, tres. Ambas hijas de Lady Maevena. Y ella... ella era la primogénita. La hija de Lord Henry

Glasswell. El fruto de su primer matrimonio. El inicio de todo, y al parecer, el estorbo para el nuevo orden de la casa.

"La hija sin madre", solía decir Clarisse con sorna.
"La carga anterior", según su madrastra.
"La sombra", en boca de Imogen cuando se creía fuera de su alcance.

Pero su padre la amó. Eso lo sabía. Había sido distinta la manera: no grandilocuente ni efusiva, pero constante. La abrazó sin prisas, la dejaba sentarse en su estudio aunque no hablara. Le enseñó a leer antes de los cuatro años, le recitaba versos de Milton al caer la noche.

Y cuando Lady Maevena llegó, todo eso cambió.

Clarisse, con sus rizos de porcelana y su risa fingida, se convirtió en la favorita. Imogen, más callada, más temerosa, imitó a la hermana mayor por supervivencia. Y Sinderella... quedó a un costado. Poco a poco. Día a día.

Recordaba noches en las que escuchaba las risas de ellas bajando por la escalera, envueltas en capas nuevas, rumbo a cenas o recepciones. Y ella, vestida con ropas heredadas, debía apagar las velas antes de la medianoche.

Nunca las odió.
Solo aprendió a vivir con esa ausencia de amor.
Como quien se acostumbra al frío.

Y ahora, mientras sus hermanas soñaban con títulos y cortejos, ella estaba allí. En la cocina. A escondidas, como siempre. Humillada por una familia que había borrado su existencia letra por letra, voluntad por voluntad.

Y sin embargo... Él estaba allí. Lord Ashforde. El hombre que no conocía su historia, pero había visto su alma. El hombre que podía acabar de romperla... o rescatarla.

¿Y si todo era un sueño mal contado? No lo sabía. Pero dolía.

Un leve crujido de madera anunció el regreso de la señora Rigg, que se asomó con discreción a la cocina.

—Señorita Sinderella —susurró, con la voz suave—. Lady Maevena ha dicho que puede volver a sus labores, que se olvide de la plata. El duque ya duerme.

Sinderella asintió, inclinó la cabeza y se levantó. Los dedos aún le temblaban al rozar la copa, pero respiró hondo. No podía permitirse derrumbarse. No ahora.

Subió las escaleras acompañada por la cocinera, que con una mirada de compasión la condujo de vuelta a su tarea: limpiar la biblioteca. Polvo, montones de libros antiguos y estanterías carcomidas. El trabajo era tedioso, pero lo recibió como un refugio. Ordenar tomos le daba una ilusión de control.

Mientras desempolvaba, su mente volaba a otra noche, en otro lugar. Veía de nuevo a Ashforde encendiendo una vela con su mano firme, la llama reflejada en sus ojos... y aquel roce involuntario entre sus dedos cuando él la desnudó. Sintió un calor en el pecho que la hizo apretar con más fuerza el plumero.

Un ruido la sacó de la ensoñación: la puerta se abrió tras ella. Un ruido la sacó de la ensoñación: la puerta se abrió tras ella.

Sinderella giró la cabeza apenas unos centímetros, alerta. Esperaba la figura menuda de la señora Rigg o el rostro ceñudo de Lady Maevena, pero lo que apareció fue una silueta alta, oscura, perfectamente erguida contra el marco de la puerta.

«Lord Ashforde».

Su presencia llenaba el umbral como si perteneciera a él desde siempre. Llevaba la camisa de lino ligeramente desordenada por el paso del día. Su cabello oscuro caía sobre la frente en mechones suaves, como si el viento hubiese querido peinarlo a su antojo. Tenía el ceño fruncido, pero no de enojo: más bien de leve sorpresa. Y sus ojos —esos ojos— buscaron algo en la habitación antes de detenerse en su espalda.

—Disculpe —dijo él, con voz baja, grave—. No sabía que habría alguien aquí. ¿Es... parte del servicio?

Sinderella se quedó inmóvil. Sentía la sangre golpearle las sienes, como si toda su piel hubiese recordado de golpe quién era él. Su voz. Su olor. El calor de su cuerpo sobre el suyo. Pero ahora... ¿la había olvidado? ¿O simplemente no la reconocía desde atrás? Cierto era que en la biblioteca había poca luz.

Una parte de ella quiso girarse de inmediato, encarar su destino, sus ojos, su juicio. Pero otra, más asustada, más rota, se

aferró a la idea de seguir siendo solo una sombra en su vida. Una criada más.

—Discúlpeme —insistió Ashforde, dando un paso dentro—. Buscaba un poco de paz, no podía dormir.

Su tono era cortés, medido... pero con esa gravedad que empleaba con todos.

Con todos, excepto con ella. Excepto aquella noche en la posada, cuando su voz se volvió baja, cálida, íntima. Cuando cada palabra que le decía parecía rozarle la piel, no el oído. Cuando ella no era una criada ni una sombra, sino la única mujer en el mundo.

Y ahora, él la miraba sin verla. Y hablaba como si no la conociera.

Sinderella apretó los labios. Sentía cómo la garganta se le cerraba en un nudo de hierro y deseo. Sabía que si hablaba, si decía una sola palabra, él lo sabría. Su voz era su condena. Su huella. Pero más peligroso aún sería girarse.

Su cuerpo entero parecía congelado, como si el menor movimiento pudiera romperla en mil cristales. Las palmas de sus manos temblaban sobre la tela rugosa de su falda, pero no se permitió llevarlas al pecho ni al rostro. No debía parecer débil. No debía parecer *ella*.

Y sin embargo, cada célula le gritaba que se diera la vuelta. Que lo mirara. Que se permitiera, una vez más, caer en esos ojos azules que la habían desvestido con más ternura que cualquier caricia. Que le dijera: *"Soy yo. Aquella noche fue real. No lo imaginaste"*.

Pero no se movió.

Su espalda permaneció recta, rígida como una tabla, y sus piernas temblaban apenas, contenidas. Las sentía arder desde dentro, el calor empezando en el estómago, bajando por sus muslos, subiendo al cuello como un incendio.

No podía verlo. Porque si lo hacía, su cuerpo lo recordaría todo.

La forma en que él la había besado, con hambre contenida, como si morder su boca fuese la única manera de respirar. Cómo le había acariciado los muslos bajo las enaguas, con una reverencia casi feroz, hasta hacerla gemir contra su oído. Cómo le había abierto las piernas con un solo susurro, un solo roce, y la había tomado

como si el mundo se fuera a acabar esa noche.
El peso delicioso de su cuerpo sobre el suyo, su piel caliente rozando la suya, el vaivén profundo y tembloroso de sus caderas, el jadeo en su cuello justo antes de que ella se rompiera por dentro, de placer, de ternura, de locura.

Había sido su primera vez.

¿Cómo mirar ahora ese mismo rostro, esa misma boca... y no querer perderse otra vez?

Sus muslos se presionaron con fuerza, como si su cuerpo buscara inconscientemente el recuerdo de él. El corazón latía con tal violencia que dolía. Y todo por un hombre que ahora estaba detrás de ella, sin saberlo —o quizá sí. ¿Quizá solo fingía no saber?

Contuvo un suspiro que amenazaba con convertirse en sollozo. No ahora. No así.

Solo pronunció, con voz ronca, rota, irreconocible:

—Puedo marcharme, milord... No era mi intención molestarle.

Ashforde no respondió de inmediato. Su mano aún estaba en el picaporte de la biblioteca, el otro brazo descansando sobre el marco como si sostuviera más que su peso: su frustración, su cansancio, su desvelo constante.

Había ido hasta allí buscando paz, un libro tal vez, una excusa para respirar lejos de las paredes sofocantes de Glasswell Grange. Lady Maevena lo acechaba desde que salía el sol, hablándole de cuentas, de herencias, de obligaciones legales disfrazadas de cortesía. Y luego Clarisse... siempre Clarisse.

Clarisse era ruido. Demasiado perfume, demasiada tela, demasiadas carcajadas fingidas. Lo perseguía por los corredores como un ramillete de flores secas: bonita a la vista, pero sin alma ni fragancia verdadera.

No le interesaba. En absoluto.

Y lo peor no era su insistencia, sino su convicción. Esa manera en que lo miraba como si el destino ya los hubiera unido en una comedia romántica mediocre, como si bastaran un apellido y un escote para atraparlo.

Ashforde apretaba los dientes cada vez que ella abría la boca.

Tenía que encontrarle un marido cuanto antes. Un nombre decoroso, una renta modesta, un título suficiente. Algo que la alejara de Glasswell Grange y lo liberara de sus teatrales aspiraciones. Cuando cada una de esas mujeres estuviera *colocada*, casada o enviada a otra parte, entonces sí —podría quedarse con todo sin más dolores de cabeza.

Sin dramas.
Sin abanicos.
Sin risas forzadas.

Solo tierra, silencio... y control.

—¿Desea que le prepare una taza de leche caliente, milord? —había susurrado Clarisse aquella noche, apareciendo en el umbral del comedor, envuelta en una bata tan traslúcida que habría escandalizado a una actriz de cabaret parisino.

Ashforde no había respondido nada.

La había mirado una sola vez. Y había vuelto la vista al fuego, impasible.

No tenía paciencia para teatros vacíos.
Nunca la había tenido. Desde el primer día, aquellas mujeres le habían parecido más falsas que la porcelana barata. Tal vez Imogen merecía una mínima excepción, con su timidez temblorosa y sus silencios incómodos. Pero aun ella parecía arrastrada al fango por los juegos turbios de su madre y su hermana.

Juegos de seducción sin alma, sin fin, sin sentido. Y él no jugaba. No con muñecas. No con farsas.

Ahora, en el pasillo silencioso, frente a aquella figura encorvada junto alas estanterías. El cabello rojo, trenzado con sencillez, brillaba como fuego apagado en la penumbra. Una melena que le recordaba otra: más salvaje, más suelta, más viva.

La joven —una sirvienta, sin duda— tenía los hombros tensos, los dedos crispados en el delantal. Había algo en su quietud que lo hipnotizaba. No le ofrecía leche. No reía. No se giraba. Solo estaba allí, contenida, como si su misma presencia fuera una herida.

Y entonces, habló.

—Puedo marcharme, milord... No era mi intención molestarle.

La voz no era la misma. Era otra, más grave, más sumisa. Pero algo familiar vibró en su nuca. Algo que lo sacudió sin permiso.

«No puede ser ella. No aquí. No como una criada».

La joven de la posada —la pelirroja de ojos verdes y grandes que decía ser cantante, que había reído y llorado con él en la misma noche— no encajaba con esa sombra.

Aquella había sido valiente, descarada incluso. Había mentido con arte y se había entregado con fuego. Le había dejado la piel marcada, y el alma inquieta. Le había arrancado algo más que placer. Le había dejado una ausencia. Una condena.

Y sin embargo... El cuerpo le traicionaba la lógica.

Ver esa espalda curva, esa trenza roja, ese gesto casi infantil de vulnerabilidad... le estremeció el vientre. Su miembro palpitó, traicionero, recordando la calidez de aquel cuerpo entre sus brazos. A Sinderella. Recordando los gemidos ahogados contra su boca, las uñas en su nuca, el temblor de una primera vez que no había entendido que era suya.

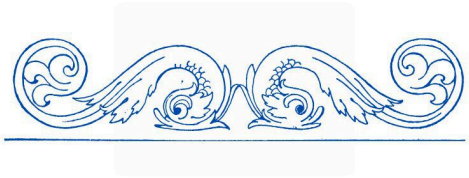
Ashforde cerró los ojos un instante. Sintió el deseo clavarse entre las costillas como un reproche.

—No —dijo, al fin, con voz profunda—. No se marche.

Luego dio un paso hacia ella. Solo uno. Pero fue suficiente para que su sombra la cubriera.

—¿Cuál es su nombre? ¿Quién es usted?

Capítulo 15



—¿Cuál es su nombre? —preguntó él, con la voz grave.

Sinderella sintió que el mundo se reducía al sonido de esa pregunta. A esa voz. A ese instante que se estiraba como una tela tensa a punto de desgarrarse. Su espalda seguía rígida, sus manos cerradas sobre la falda. Si respondía... si decía la verdad...

—Adela —dijo al fin, con una que no le pertenecía, más grave, no estaba preparada para enfrentarlo—. Me llamo Adela, milord.

Hubo una pausa.

Pero ella sintió —con certeza, con terror— que no la creía. Lo percibió en el leve cambio de su respiración, en la forma apenas perceptible en que sus botas se anclaron al suelo de madera, como si algo dentro de él dudara. Lo había sentido así antes.

Como aquella noche.

Cuando ella, envuelta en las sombras de una posada desconocida, le dijo que era cantante.

Y él —con esos mismos ojos— no la creyó del todo.

Pero no la cuestionó.

Había aceptado sus palabras con una cortesía que dolía más que cualquier burla. Con esa *amabilidad distante* que empleaban los hombres nobles cuando decidían no confrontar una mentira que les convenía ignorar.

"¿De verdad?" —le había preguntado entonces, mientras el fuego crepitaba en la chimenea y el mundo se estrechaba entre el vino y el deseo.

"Sí", había respondido ella.
"¿Canta usted baladas o arias italianas?"

Ella no había sabido qué decir. Había murmurado algo vago, algo bonito, algo falso. Él lo supo.
Y aún así... la besó. No por lo que era. Sino por lo que había decidido no preguntar.

Y ahora... otra vez. Otro nombre falso. Otra mentira envuelta en silencio.
Y otra vez, él no la contradijo. No porque la creyera. Sino porque —una vez más— decidió no saber la verdad.

Ese gesto, tan contenido, tan elegante, fue como un cuchillo que no sangraba. Porque ella comprendió: aún la recordaba. No con el nombre.

Pero sí con el instinto.—Disculpe entonces —dijo él—. Me voy. La dejo trabajar.

Su tono fue perfectamente educado. Impecablemente neutral. Y, sin embargo, había algo más. Algo casi... dolido.

El paso que dio hacia atrás fue tan leve como su respiración. No se despidió.

—Milord. Qué curioso encontrarle aquí. Pensaba que ya estaba durmiendo.

Aquella voz sonaba suave, casi afectuosa. Pero Sinderella, que la había escuchado en todas sus formas —en suspiros, en órdenes, en silencios afilados—, sabía que no era verdadera. Nunca lo había sido.

—No podía dormir.

—¿No? Qué lástima. Las noches en esta casa suelen ser... tranquilas. Si me permite, puedo enviarle una infusión caliente.

—Gracias, pero no será necesario.

Hubo un breve intercambio de miradas. Un instante donde nada se dijo y todo se intuyó. Él asintió una vez, y abandonó la biblioteca.

Lady Maevena no se movió de inmediato. La quietud fue su primer castigo.

—¿Qué creías que estabas haciendo?

Sinderella no respondió.

—¿Vas a mirarme al menos?

Ella se giró lentamente, y enfrentó los ojos acerados de su madrastra. Sabía lo que vería allí: el juicio sin clemencia, la furia helada, la humillación contenida tras una máscara de compostura. Lady Maevena se acercó un paso.

—¿Pretendes arruinarlo todo? —susurró Lady Maevena apenas la puerta se cerró—. ¿Con una palabra fuera de lugar?

Sinderella no respondió. Sabía que cualquier defensa solo empeoraría la condena. Lady Maevena avanzó un paso. Su rostro, perfectamente maquillado, no mostraba ira abierta. Pero sus ojos sí.

—¿Acaso no comprendes aún, después de tantos años? No eres una hija. No eres una señorita. Eres... una carga. Una complicación innecesaria que toleramos por mera conveniencia. Y si Lord Ashforde llegara a saber que, además de las deudas, esta casa oculta *otro* secreto... una boca más que alimentar, una hija sin dote ni nombre... —hizo una pausa breve, como si le diera asco decirlo— ¿Crees que no se complicarían más nuestras vidas?

Sinderella apretó las manos contra la falda, en silencio.

—Lo primordial ahora es asegurar el futuro de mis hijas legítimas —continuó Lady Maevena con voz serena—. Clarisse *debe* casarse con él. Es la única oportunidad que nos queda de salvar lo poco que aún poseemos. Y tú... tú no debes interponerte. Te damos techo, comida, un lugar donde esconderte. No exijas más. Ni nombre. Ni ternura. Ni futuro. Aprende a ser invisible. Ya deberías saber cómo hacerlo.

Y con una última mirada —no de furia, sino de superioridad resignada—, Lady Maevena se volvió, ajustando con precisión teatral el broche de encaje en su muñeca—. No eres nadie —prosiguió Lady Maevena, de cara a la puerta—. No llevas su nombre. No tienes su fortuna. Eres una consecuencia. Un error al que esta casa ha tolerado por pura conveniencia. Pero si el duque llega a sospechar lo que tú y yo sabemos... si alguna vez te reconoce... No me temblará la mano. Lo juro.

Sinderella permaneció de pie durante unos segundos más, mirando la puerta cerrada. No sabía qué dolía más: las palabras de Maevena o el hecho de que no le sorprendieran. Estaba acostumbrada.

Se sentó en el banco de madera. Apoyó los codos sobre las rodillas y se cubrió el rostro con ambas manos. Le ardía la garganta. No iba a llorar, se prometió. No ahora. No por ella.

Solo necesitaba... respirar. Un poco de aire. Un poco de espacio.

Pensó en lo que el duque había dicho. "¿Cuál es su nombre?"

Y ella había mentido.

Otra vez. Como aquella noche.

Le había dicho que era cantante, que viajaba sola por placer, que venía del sur. No sabía por qué había elegido esas mentiras, ni por qué él no las había desmontado allí mismo. Solo supo que él la había escuchado con atención, sin burlas, como si por una vez no tuviera que justificarse.

Y, aun sabiendo que mentía, no la había hecho sentir una impostora.

Tal vez por eso se entregó. Por eso se dejó caer en esos brazos. Por eso no huyó cuando cerró la puerta. Fue la primera vez que no sintió que tenía que pedir permiso para existir.

Se frotó los brazos. Estaban fríos, aunque la sala no lo estuviera tanto. Tal vez era la soledad. Tal vez era que nunca sabía cuánto tiempo más podría sostener todo aquello: el silencio, la obediencia, el estar siempre al margen.

"No eres una hija. No eres una señorita."

Se quedó quieta un largo rato. Luego, sin pensar demasiado, recogió los libros que había dejado fuera de su sitio y los colocó con cuidado en el estante. No porque creyera que alguien lo notaría. Sino porque sí. Porque era suyo hacerlo bien.

Eso era lo único que aún sentía como propio: lo que hacía con sus manos. Las cosas que tocaba. Lo poco que podía ordenar. Esa silla alineada. Ese lomo de libro libre de polvo. Su mundo se había reducido a gestos diminutos, pero eran suyos.

Mientras alisaba con la palma un trozo de encuadernación desgastada, sintió un nudo crecerle en el estómago. No de tristeza, sino de algo distinto. Más firme. Más sólido.

Rabia.

¿Por qué tenía que aceptar todo eso? ¿Por qué ella debía esconderse, callarse, resignarse... solo por haber nacido antes, de una madre sin fortuna?

¿De verdad ese era su lugar para siempre?
¿Esconderse cuando él caminaba por el pasillo? ¿Escuchar desde el desván cómo otros decidían su destino?

Apretó los labios y tragó saliva. Estaba cansada. Cansada de fingir que no sentía, que no quería, que no merecía. Cansada de los silencios impuestos, de tener que agradecer migajas.

Lady Maevena hablaba como si fuera una intrusa en su propia historia. Como si todo lo que había vivido junto a su padre —las tardes de lectura, los paseos por el jardín, las canciones al piano desafinado— no hubieran valido nada.

Pero sí valieron. Valieron para ella. Y eso bastaba.

Se obligó a tomar aire despacio. Si había aprendido algo en esa casa, era a no romperse cuando la empujaban. Y ahora mismo... No iba a romperse. No hoy. Pero empezaba a estar harta de aguantar.



Lord Ashforde no logró dormir.

El silencio en aquella casa no era paz. Era vacío, como si los muros se hubieran tragado años de conversaciones a medias. Caminó por el pasillo alfombrado hasta el ala este, donde el despacho del difunto Lord Glasswell había sido preparado para su uso. Agradecía tener ese rincón a solas, lejos de los perfumes dulzones de las hijas y de las miradas cargadas de Lady Maevena.

Se sirvió una copa de brandy sin encender más luz que la lámpara de aceite sobre el escritorio. Recorrió con la mirada los estantes, los papeles apilados, los libros cubiertos de polvo.

Lo hacía para distraerse, o eso quería creer. Pero sabía que en realidad buscaba algo que no sabía nombrar.

Adela.

No. No se llamaba así.

La voz no era la misma, pero sí la pausa al respirar, la forma de mentir. Y ese perfume... no uno comprado, sino algo más simple.

Más real. No, no podía ser ella. Estaba obsesionado con Sinderella y cualquier mujer que se le pareciera lo enloquecía.

Sin saber por qué, empezó a revisar los cajones. El primero cedió sin dificultad: contenía escrituras antiguas, anotaciones sobre arriendos, un par de plumas secas. El segundo, en cambio, estaba cerrado con llave.

Ashforde lo examinó con calma. La cerradura era antigua, de las que no resistían a alguien con práctica. Sacó un pequeño estilete de la funda de su bota —un gesto automático, aprendido en años que ya no mencionaba— y lo introdujo con cuidado.

No forzó. Persuadió.

El clic fue limpio.

Dentro, había un único objeto: un sobre amarillento, cerrado con cera rota y el sello deshecho por el tiempo. Lo tomó. No era reciente. El papel, sin ser frágil, llevaba la marca de los años. Lo desplegó con precisión, como si algo pudiera romperse incluso en el acto de mirar.

A efectos del testamento, se reconoce la existencia de una hija mayor, nacida del primer matrimonio, sin título ni dote asignados...

Ashforde no se movió. Ni siquiera parpadeó. El silencio de la habitación se hizo más espeso, como si el aire mismo se hubiese suspendido alrededor del papel abierto sobre el escritorio. Una hija mayor. No Clarisse. No Imogen. Otra. Una que no figuraba en ninguna conversación, en ningún retrato, en ninguna anécdota compartida por Lady Maevena en sus muchas y cuidadas intervenciones. El nombre no aparecía en el documento, solo esa línea seca y definitiva: "una hija mayor, nacida del primer matrimonio, sin título ni dote asignados". Nada más. Como si no hiciera falta. Como si, con ese escueto reconocimiento, el tema quedara zanjado para siempre.

Apoyó los dedos sobre el borde del escritorio y se obligó a leerlo de nuevo, despacio, deslizando la mirada sobre la tinta que había resistido el paso de los años. No había error posible. Estaba allí, en el testamento. No era una interpretación ambigua ni una nota al margen. Era una presencia oculta, amputada de la historia oficial que le habían contado sobre Glasswell Grange. ¿Por qué? ¿Qué

había pasado con esa muchacha? ¿Había muerto? ¿Había sido enviada lejos, encerrada, repudiada tal vez por alguna razón que aún desconocía? Y si realmente había fallecido... ¿por qué ni una sola palabra de duelo? Ni una alusión, ni una mención piadosa, ni siquiera una discreta lápida familiar entre los documentos que había recibido de los abogados.

No. No parecía muerta. No en ese tono. No en ese lenguaje. Aquel testamento hablaba de ella como se habla de algo incómodo pero persistente, de algo que no se desea tener presente pero que no puede borrarse por completo. Y eso lo inquietaba más que si la hubiesen descrito con afecto. Porque esa omisión, esa forma de borrarla del relato que Maevena le había ofrecido desde el principio, no era fruto del descuido. Era deliberada. Calculada. Como todo en ella.

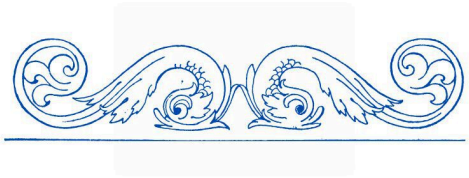
Volvió a cerrar el sobre y lo dejó exactamente donde lo había encontrado. Cuando aceptó su papel como tutor de Glasswell Grange, pensó que su tarea se limitaría a revisar cuentas, contener pretensiones y buscar salidas elegantes para un linaje en decadencia. Pero ahora comenzaba a sospechar que no estaba tratando con una mujer simplemente desesperada por casar a sus hijas. Había algo más.

Lady Maevena. Siempre tan correcta. Tan controlada. Tan diestra en sus palabras. Le había ofrecido todas las respuestas que él no necesitaba, y había silenciado justo las que ahora más deseaba conocer.

Se levantó despacio, sin ruido, y caminó hasta la ventana cubierta por una cortina pesada. Corrió un poco la tela y miró hacia los jardines oscuros. La casa dormía. O fingía hacerlo. Y él empezaba a entender que Glasswell Grange no era solo una propiedad endeudada ni un hogar que había perdido el lustre de otros tiempos.

No había terminado de entender qué, pero ahora sabía que algo le estaban ocultando. Y lo iba a descubrir.

Capítulo 16



Sinderella no había comido en todo el día.

No por falta de apetito, sino por una mezcla extraña de malestar y desasosiego que le subía por el estómago. Le dolía la cabeza, y un sabor metálico le quemaba la lengua. Al principio pensó que era el cansancio o la tensión. Pero al inclinarse para limpiar una olla, un mareo repentino la obligó a apoyarse contra el estante. Le temblaban las manos.

Respiró hondo. Debía ser un resfriado. O el ayuno involuntario. O la tensión vivida de los últimos días.

Pero en el fondo... algo no encajaba.

—Tienes mala cara, niña —le dijo la señora Rigg sin rodeos, como solo lo hacía ella—. ¿Te ha sentado mal algo?

Sinderella negó con la cabeza mientras se dejaba caer en el banco de madera junto al fuego.

—No... solo... estoy cansada.

—No es solo cansancio. Te estás consumiendo. Desde que ese duque puso un pie en esta casa, no comes, no duermes y pareces un alma en pena. ¿Por qué tienes que darle tanta importancia, niña?

Sinderella apartó la mirada. Las llamas del hogar chisporroteaban, como si quisieran dar voz a lo que ella callaba.

—Es por los días que estoy pasando —murmuró al fin—. Desde que él está aquí... todo se ha vuelto más tenso. Más difícil. Estoy harta de esconderme como si fuera un fantasma en mi propia casa.

¿Por qué tiene tanto miedo mi madrastra? ¿Qué teme que él vea? No puedo más, señora Rigg. Ya no soy esa niña asustada que se dejaba encerrar. No puedo seguir fingiendo que no existo. No quiero hacerlo. No lo aguantaré mucho más.

La señora Rigg se limpió las manos con el delantal, se acercó despacio y le puso una mano firme sobre el hombro.

—Entonces no lo hagas —dijo la anciana que había servido fielmente a Glasswell Grange durante décadas—. Da un paso, aunque sea pequeño. Pero da ese paso. No por rabia, ni por orgullo. Hazlo por ti. Porque se lo merece, señorita. Porque ya va siendo hora.

—¿Y si todo se viene abajo? —susurró Sinderella, empapando sus ojos verdes.

—Entonces lo reconstruiremos —respondió la mujer, sin dudar —. Pero esta vez, con tu nombre donde debe estar.

La señora Rigg se marchó a revisar el horno, y Sinderella se quedó sola un momento, con una infusión entre las manos y el pecho más revuelto que antes.

No sabía si era la fiebre o la impotencia lo que le quemaba por dentro. Tal vez ambas cosas. Pero algo se removía en su interior. Algo antiguo. Algo que ya no quería quedarse callado.

Había soportado demasiado. Años de silencios, de migajas, de puertas cerradas a propósito. Años en los que su voz era un estorbo, su presencia un error a disimular, su existencia algo que solo se aceptaba si no se notaba. Había aprendido a esconderse, a obedecer, a desaparecer entre las rendijas de la casa. Mientras las otras niñas reían, ella fregaba. Mientras las damas bordaban, ella recogía lo que nadie quería tocar.

Y sin embargo, nunca se rindió del todo. Siempre guardó algo dentro: una pequeña llama, una dignidad tozuda que ni los desprecios más hábiles de Lady Maevena lograron extinguir.

Recordó la noche anterior.
La biblioteca en penumbra.
Él.

Ashforde.

Cómo deseó —aunque fuera solo por un momento— girarse hacia él, que la llamara por su nombre verdadero, que le dijera *"te recuerdo"*, o al menos *"te veo"*.
Y cómo, en cambio, fue Lady Maevena quien llegó. Y la destrozó con palabras suaves como cuchillas, con esa sonrisa venenosa que usaba siempre que quería recordarle su lugar. Su nada.

Sinderella había querido responder de una vez por todas. Pero se tragó las palabras como se tragó los gritos en la infancia: con dolor y con rabia. Esa rabia que ahora despertaba, furiosa, cansada de estar agazapada, algo bullí dentro de ella. No sabía qué era, pero se veía incapaz de controlarse por mucho más.

¿Por qué debía seguir aguantando? ¿Por qué debía seguir fingiendo que no sentía, que no merecía, que no dolía?

No era ya esa niña con miedo a romper el silencio.
Era una mujer herida. Una hija olvidada.

Y ese hombre —el único que alguna vez la había mirado sin desprecio— merecía saberlo.

Al cruzar el umbral de la cocina, un sonido familiar la detuvo en seco: pasos firmes sobre la tarima y, después, esa voz grave, profunda, inconfundible. Venía del salón.

No importaba cuánto tiempo pasara: él siempre sonaba igual... como una promesa que no se había cumplido.—He leído el testamento —dijo él—. Habla de una hija mayor...

El corazón de Sinderella dio un vuelco. Se acercó, en silencio. Y se quedó quieta. Muy quieta, tras la pared contigua al salón.

—¿Una hija mayor? ¿Está seguro de lo que ha leído, milord? Tal vez fue un error del escribano. O una nota antigua sin relevancia.

—No estaba en una nota. Estaba en el cuerpo del testamento, sellado y fechado. No hay duda. Una hija mayor. Nacida del primer matrimonio —replicó Ash con frialdad y Sinderella se lo agradeció, le agradeció que no se dejara manipular por esa mujer, que la reconociera de algún modo.

—Ah... ya recuerdo —musitó Lady Maevena con malicia—. Fue hace tanto tiempo... una criatura difícil, milord. Por eso prefería no traerla de vuelta a la memoria. Rebelde desde la cuna, altiva sin motivo, completamente ajena al decoro que esta casa siempre ha

exigido. ¿Para qué remover un pasado que solo nos ha traído deshonra?

Sinderella sintió cómo la rabia se le acumulaba en la garganta, seca, sin salida. ¿Así hablaba de ella? ¿Así intentaba enterrarla, no solo con mentiras, sino con ese tono dulzón que usaba para disfrazar el veneno? ¿Así la había pintado siempre, cuando la obligaba a esconderse tras las puertas, a bajar la mirada, a fingir que no existía?

No era solo una humillación: era una negación de todo lo que era, de todo lo que había sido. Un intento de borrarla de forma cruel y despreciable, ni todas las migajas de pan podían compensar esos insultos.

—No me interesa revolver —oyó contestar a Ashforde—. Me interesa saber. ¿Qué pasó con esa niña?

—Se marchó. Hace años. Con un comerciante ambulante. Un hombre sin nombre ni moral. Uno de esos que van de feria en feria vendiendo frascos vacíos y promesas peores. Ya sabe cómo son esas muchachas cuando no se les pone freno a tiempo... fáciles de seducir, incluso más fáciles de... ofrecerse.

El cuerpo de Sinderella se tensó y clavó las uñas en el marco de la puerta que daba el salón. Le dolían. Pero no tanto como dolían esas palabras.

—Y no lo digo con gusto —prosiguió su madrastra—. Pero la verdad debe ser dicha. Ya corrían rumores sobre su madre, incluso antes de morir. Historias de puertas que se abrían a deshoras... de visitas discretas. Lord Glasswell se empeñó en no escucharlas, por supuesto. El amor ciega. Y la vergüenza... se hereda.

A Sinderella se le heló el pecho. Le costó tragar saliva. ¿Eso creían? ¿Que su madre...? ¿Que ella...? ¡Eso ya era inadmisible! Podía soportar que la humillara de todas las maneras, pero no que hablara de lady Eleanor, de su madre, de la persona que recordaba con tanto amor.

—¿Está sugiriendo que fue... una prostituta? —preguntó Ashforde con cierta incredulidad.

—Solo repito lo que se decía. Yo no estuve allí. Pero donde hay humo...

Sinderella cerró los ojos. No podía más. Le zumbaban los oídos. El rostro se le ardía.

«Su madre».

Su madre, que curaba a los pobres sin pedir nada a cambio. Que le enseñaba canciones mientras le lavaba el cabello con agua tibia. Su madre, que lo había dado todo sin pedir nada a cambio. ¿Y ahora era reducida a esto? ¿A un recuerdo manchado?

La voz de Maevena continuó, dulce como arsénico.

—Hay asuntos que es mejor no desempolvar, milord. Por el bien de todos... y especialmente por el suyo. No querrá ver su nombre vinculado a viejas historias que solo traerían escándalo y murmullos innecesarios. Esta familia ya ha cargado con demasiadas habladurías. Lo más sensato ahora sería enfocar nuestros esfuerzos en preservar la reputación de mis hijas legítimas, Clarisse e Imogen. Ellas son el futuro de esta casa, y merecen una oportunidad justa. De hecho, hay un baile la próxima semana en Higmoore House. Quizá sea el momento perfecto para que se presenten en sociedad como corresponde. Estoy segura de que, si lo hacen del brazo de usted, su posición quedará más que consolidada y las propuestas de matrimonio serán acordes a lo que esta familia necesita desesperadamente. Olvidémonos de fantasmas y de errores del pasado —añadió con voz suave, mientras alisaba el encaje de su manga—. Al fin y al cabo, ¿qué puede esperarse de la hija de una cualquiera, más que lo mismo que de su madre? Una criatura quizás bastarda, sin dote ni linaje, educada ya en el calle y moldeada por la miseria. No hay lugar para eso en esta casa, ni en ninguna otra que conserve un mínimo de decoro.

El silencio que siguió a esas palabras no fue largo. Fue brutal.

Porque entonces se abrió la puerta. De golpe. Sin aviso. Sin permiso.

Sinderella entró como si la empujara una oleada de fuego. Las mejillas encendidas por la fiebre y por la furia, las manos crispadas a los lados del cuerpo, y los ojos —esos ojos grandes, verdes, intensos — clavados en Lady Maevena con una fuerza que ninguno de los presentes le había visto antes.

—Retírelo —dijo. No alzó la voz. No le hizo falta. Su tono era bajo, pero firme, con esa clase de temblor que anuncia el derrumbe de una represa.

Lady Maevena se volvió con lentitud, como si la presencia de Sinderella fuera un espejismo. Frunció el ceño, con la compostura herida de quien no tolera que se rompan las reglas que ha impuesto durante años.

—¿Cómo te atreves a entrar sin que te llamen? ¿Qué clase de...

—Cállese —la interrumpió Sinderella, sin gritar, sin vacilar, más fuerte que nunca. Harta de tantos insultos—. Cállese de una vez. Porque yo llevo años callando. Años escondiéndome detrás de las puertas, tragando sus humillaciones, soportando sus mentiras. Años agachando la cabeza mientras usted se permitía reescribir la historia de esta casa a su antojo. Pero ya no. Hoy no. La he descubierto. No lo hace por mí, no me esconde por mi seguridad. No voy a quedarme detrás del muro mientras pisotea la memoria de mi madre con esas palabras suyas tan bien decoradas, tan cargadas de veneno. ¡Basta ya!

Se detuvo en medio del salón, sin preocuparse por la impropiedad de su presencia, ni por el desorden de su cabello, ni por el temblor apenas contenido en su barbilla. Ni siquiera logró pensar en Ash.

—Mi madre no fue una cualquiera. Fue una mujer valiente. Una mujer buena. Ayudaba al pueblo cuando usted ni siquiera sabe cómo se llaman sus criadas. Curaba a los enfermos sin pedir nada a cambio. Cantaba a los niños huérfanos cuando nadie más lo hacía. Y aún así murió haciendo lo que más amaba, cuidando de los demás. Y ahora usted, tan adornada, tan perfecta, tan pulida por fuera... se permite hablar de ella como si fuera barro en sus zapatos —Lady Maevena abrió la boca, pero no dijo nada. No pudo. Sinderella respiró hondo, y su voz tembló al final, pero no de miedo. De coraje —. No soy invisible. No soy un error. Soy hija de una gran mujer, lady Eleanor. Y usted no tiene derecho a ensuciar su nombre ni a silenciar el mío.

Ashforde no se movió. Permaneció donde estaba, como si el tiempo se hubiese quebrado en torno a él. Durante un instante, no

oyó a Maevena, ni al tic tac del reloj sobre la repisa, ni el crujido del fuego. Solo la vio a ella. A la muchacha que ahora hablaba con la voz firme de quien lleva demasiado tiempo callando.

Y en ella reconoció, sin lugar a duda, a la joven de la posada. A Sinderella. A la mujer que le había robado el aliento.

No por el nombre que no quiso darle. No por el disfraz que entonces eligió ponerse. Sino por la mirada. Por esa mezcla de fragilidad y furia. Por la manera en que se mantenía erguida aun temblando por dentro. Por la luz cruda y sin filtros que parecía emanar de ella cuando hablaba con el alma abierta, sin máscaras.

Era ella.

La mujer que lo traía loco cada noche, la que aún lo visitaba en sueños como un fantasma dulcísimo que se colaba entre las sábanas con el recuerdo de un perfume que no sabía nombrar. La única, después de tantas, que había conseguido instalarse en su pensamiento con la insolencia de lo imborrable.

La criada silenciosa del día anterior.
La cantante de la posada.
Su mentirosa. Su Adela, Su Sinderella, su locura.

Y, aun así, jamás había conocido a nadie más sincero. Más verdadera. Más desnuda de artificios incluso cuando se ocultaba tras un nombre falso. Ella no se había ganado su respeto con modales ni títulos. Se lo había ganado con silencio, con fuego contenido, con esa manera de existir sin pedir permiso. Y ahora lo entendía todo. Por qué su voz le sonaba como una herida vieja. Por qué su mirada le desordenaba el pecho. Por qué no había podido dejar de buscarla, aunque no supiera qué buscaba.

Era la hija olvidada, la mujer silenciada, el secreto que le habían obligado a ignorar. La pieza que faltaba. La injusticia encarnada. Y lo supo con una claridad que le golpeó en el pecho como un puño.

Sintió algo desgarrarse por dentro. Rabia. Una rabia nueva, distinta, dirigida a la mujer que tenía al lado y que durante días le había ofrecido té y sonrisas vacías mientras escondía, en los rincones de su casa, a la persona más valiente que él había conocido. A la única mujer capaz de remover todos sus cimientos.

Sinderella sintió la mirada de azul de Ash sobre ella. Sintió sus ojos clavados en ella.

Y por un segundo, el corazón le falló. No por miedo, sino por algo peor: vergüenza. No por lo que había dicho, sino por lo que él pudiera pensar. Por haberse mostrado así, en carne viva, rota y furiosa, sin el escudo del silencio que siempre la protegía, vestida como una criada.

Pero esa vergüenza no duró. Porque la mirada de él no era de burla, ni de juicio. Era otra cosa. Algo que no se atrevía a nombrar.

Y entonces volvió a sentirlo: la rabia. Más honda, más antigua. No solo contra Maevena. Sino contra todas las veces que tuvo que fingir que no pasaba nada. Contra el hambre. Contra los desprecios disfrazados de caridad. Contra el miedo de haber sido menos... solo por ser ella.

Pero aun así, no se atrevió a mirarlo. Sabía que él la estaba observando. Lo sentía en la nuca. Pero no podía. No después de todo lo que acababa de estallar. No con el corazón latiéndole así, como si fuera a salírsele por la garganta. No con la vergüenza ardiéndole en la piel.

—Sinderella —dijo Lady Maevena entonces, recuperando su tono helado, su compostura agresiva—. Retírate. No tienes nada que hacer aquí. Y ya has hablado más de la cuenta.

Sinderella no se movió.

—He dicho que te retires —insistió Maevena, con esa voz suya tan perfectamente modulada que parecía más ofensiva que cualquier grito—. ¿Lo olvidas, querida? Vives aquí por caridad. Deberías estar agradecida. Podría haberte echado hace años, y sin embargo, te perdoné. Incluso cuando huiste como una ramera con aquel buhonero de rostro sucio y modales vulgares. Cerré los ojos, milord, por piedad. Pero ella jamás ha sabido respetar ese gesto.

Se volvió hacia Ashforde con la expresión compungida de una víctima injustamente tratada.

—Le dimos un techo, y lo pagó con deslealtad. Con mentiras. Con deshonra. Y aún así la mantuvimos bajo este techo. Porque soy mejor de lo que ella merece. Créame si le digo que lo que ha hecho ahora... no es nuevo.

Ashforde frunció ligeramente el ceño.
Dudó.
Solo por un segundo.
Porque la escena se volvía confusa, demasiado viva. Porque recordó aquella noche en la posada. Cómo ella había entrado en su alcoba con la timidez de quien no espera nada. Cómo se entregó entre sus brazos, sin exigencias, sin explicación. Rápido, sí.
Demasiado rápido.

Y esa duda, leve como un susurro, cruzó su mente como una sombra.

Pero entonces lo recordó. La forma en que la tocó. El temblor de su cuerpo bajo sus manos. El miedo en su respiración. La manera en que lo miró cuando fue suya, completamente suya, por primera vez. No había mentira en eso. No había experiencia. No había nada fingido. Vio la sangre en las sábanas la mañana siguiente.

Había sido virgen antes de entregarse a él.

Y eso lo desmoronó todo. La versión de Maevena. La duda. La historia de la fuga. La imagen de la descarriada.

Todo se vino abajo.

Y por primera vez, Ashforde habló. Ya no como un invitado educado, ni como el administrador de una propiedad endeudada. Sino como un hombre que, de pronto, entendía todo lo que le habían querido ocultar.

—Eso no es cierto —dijo el duque de Ashford, con una calma que helaba—. Nada de lo que usted acaba de decir es cierto.

Maevena pestañeó, confundida.

—Milord, ¿cómo puede saberlo?

—He escuchado su versión. He tolerado sus insinuaciones. He sido paciente con su manera de conducirse... hasta ahora. Pero no vuelva a referirse así a ella —dijo, señalando a Sinderella con un gesto breve pero firme, sin apartar la mirada de Maevena—. No delante de mí. No si pretende que siga cumpliendo con lo que Su Majestad, la reina Margaret, me encomendó: velar por esta casa con discreción y decoro. Porque créame, señora, si no fuera por ese mandato, por esa única razón, ya habría seguido mis impulsos más

bajos y estaría gritándole a usted misma todas sus vergüenzas desde la escalinata hasta el último rincón del pueblo.

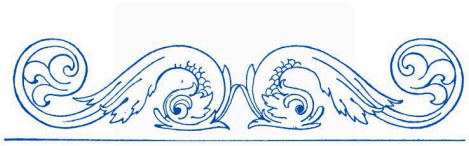
El tono fue cortés.

Las palabras, no.

Lady Maevena palideció. No porque le gritaran —Ashforde no lo hizo—, sino porque nunca, jamás, nadie le había hablado así. Y menos un hombre al que ella había creído poder llevar por su camino de un modo u otro.

Sinderella sintió un vuelco en el pecho. No por la defensa. Ni por la rabia. Sino por algo más hondo: la certeza de haber sido, por fin, reconocida.

Capítulo 17



Nadie se movió.

Ashforde mantenía la mirada fija en Lady Maevena, pero no dio otro paso. La furia inicial se le había endurecido en el rostro como hacía tiempo que no le sucedía. Sinderella seguía de pie, pero temblaba, y ese temblor no era solo de rabia. Era algo más antiguo. Más peligroso. Miedo. Miedo a haber dicho demasiado. Porque, aunque era una mujer ahora, en lo más profundo de sí seguía habitando la niña que había soportado en silencio los desprecios, los gritos y los castigos de su madrastra. Aquel maltrato se le había colado tan hondo en el alma que, incluso ahora, enfrentarse a ella despertaba un extraño dolor y doloroso que le recordaba que siempre podía volver a ser la niña insignificante a la que nadie creía ni defendía.

Y Lady Maevena lo percibió. Se alisó el puño del vestido con un gesto casi casual, como si acabara de recuperar el control. Luego alzó la barbilla, y sonrió.

—¿Has terminado? —preguntó a Sinderella—. ¿Ya has soltado todo ese rencor que has guardado durante años? Porque supongo que ahora toca la parte en que nos arrodillamos y te pedimos perdón, ¿verdad? Qué conmovedor. Qué práctico. Una sirvienta, una don nadie, una pobrecita limosnera... y de pronto todos deben inclinarse ante ti porque has gritado lo suficiente.

Ashforde dio un paso hacia ella.

—Ya basta, señora. No toleraré más insultos en mi presencia.

—No —dijo Maevena sin mirarlo—. Aún no he terminado, muy señor mío. ¿Quiere saber por qué nunca mencioné a Sinderella en los documentos? ¿Por qué no aparece en el reparto? Porque no hay nada que repartirle. Lord Glasswell no le dejó un solo penique. Ni una línea, ni una cláusula. Solo nos legó esta casa... y lo hizo a nombre de su esposa y de sus hijas legítimas dentro de ese matrimonio. Las únicas reconocidas en su testamento. Las únicas cuya dote fue prevista. Porque Sinderella, aunque nacida bajo el apellido Glasswell, era hija de su primer enlace, y por tanto, fuera del nuevo linaje que él deseaba proteger. En tiempos como los que vivimos, un hombre puede hacer eso sin más. Y él lo hizo, a pesar de todas las deudas que nos dejó con ello —Se volvió lentamente hacia Sinderella, como quien clava el último clavo— Y tú lo sabes. Sabes que no tienes dote, ni herencia. Sabes que no puedes probar nada más allá de lo que recuerdas. Todo esto que has dicho ahora... ¿de qué sirve? No eres nada. No legalmente.

Sinderella bajó la vista. Sentía la piel helada, como si le hubieran tirado un balde de agua sucia encima. Era verdad. Su nombre no aparecía en ningún lado. No tenía derechos. Ni un centavo que le permitiera salir por la puerta y reclamar algo. Solo tenía su voz y su apellido. Y ya los había usado.

—No tendré nada material —replicó Sinderella con la voz temblorosa, pero firme—, pero tengo algo que usted jamás podrá arrebatarme: dignidad. He soportado su desprecio, sus silencios y sus mentiras porque sabía que no tenía nada, que no debía esperar nada. Pero no puedo quedarme callada cuando intenta mancillar lo único que aún me queda: el recuerdo de mi madre. Ella no fue una mujer indeseable ni una cualquiera. Fue noble, generosa, y mucho más digna que quienes se esconden detrás de títulos y herencias. Yo lo sé. Y usted también.

—Eso es lo que tú crees, niña —dijo Maevena con voz suave, afilada como una daga—. Porque eras pequeña. Porque solo viste lo que quisiste ver. Esos cuentos sobre cómo la antigua señora de la casa ayudaba a los pobres y cuidaba de los enfermos... ¿de verdad te los creíste? Eran solo eso: cuentos. Historias para encubrir lo que en realidad era una mujer caprichosa, voluble, más amiga del

escándalo que del deber —Maevena esbozó una sonrisa helada—. Tal vez tú no huiste con un bucanero, como he tenido el mal gusto de insinuar... pero tampoco puedes presumir de una reputación intachable. ¿Y sabes por qué tu padre no te dejó nada? No fue por descuido. Fue deliberado. Fue su manera de borrar un capítulo incómodo de su vida. Algo que nunca debió existir —Se inclinó apenas, como si le confiara un secreto—. Te he ahorrado esta verdad durante años. Por compasión. Pero si ahora eliges desafiarme, no me dejas más remedio que decírtela.

Ashforde no respondió de inmediato. Pero el leve giro de su rostro, la forma en que apretó la mandíbula y dejó caer la mirada hacia el suelo, habló más que cualquier palabra.

Sinderella palideció al instante, como si le hubieran arrancado el suelo bajo los pies. La sangre pareció huirle del rostro y las palabras se le quedaron atrapadas en la garganta. No sabía qué creer.

Su corazón se aferraba a los recuerdos difusos de una madre dulce, de manos cálidas, de risas suaves al atardecer. Pero las palabras de Maevena, afiladas y llenas de veneno, habían sembrado una duda cruel. ¿Y si había algo de verdad en todo aquello? ¿Y si su madre no era la santa que su memoria había inventado con los años?

Sinderella bajó la mirada, muda, incapaz de responder. Maevena estaba mintiendo. Tenía que estar mintiendo. Pero... ¿cómo contradecirla? ¿Con qué pruebas, con qué voz, si todo lo que tenía eran recuerdos y un nombre borrado de un testamento?

—¿Eso es todo? —preguntó Lord Ashforde finalmente, con frialdad. Lady Maevena no respondió. No le hacía falta. Su sonrisa bastaba: satisfecha, venenosa, segura de su victoria—. Porque si lo es —prosiguió él en voz baja—, entonces no necesito escuchar nada más. Ya me ha demostrado exactamente quién es usted, aunque lo sospechaba desde el principio, por supuesto.

Sus ojos, azules y profundos, se desviaron hacia Sinderella. Y lo que vio en ella le dolió más de lo que habría querido admitir: duda. No abierta, no dicha, pero presente. En la palidez de su rostro. En la forma en que sus labios temblaban sin pronunciar palabra. Y eso fue lo que más lo desarmó.

Ver la duda en sus ojos. Que dudara de su madre, de su legitimidad, de su propia persona.

Ashforde dio un paso hacia ella. Abrió la boca, queriendo decir algo—cualquier cosa—, pero las palabras no le salieron. Se le quedaron atrapadas en la garganta, pesadas como plomo.

Era una joven extraordinaria que había aprendido a esconder su valor bajo el miedo. Una muchacha valiente, pero marcada. Atemorizada por una mujer que llevaba años doblándole el alma con la experiencia de quien sabe exactamente dónde apretar para silenciar. Una mujer anulada, sí... pero no rota.

Y eso fue lo que más lo conmovió.

Que, a pesar de todo, siguiera de pie.

Que tuviera el coraje de mantenerse entera cuando llevaba una vida entera hecha de pedazos. Que hubiera sido valiente en su soledad, inventándose un nombre, una historia, una versión de sí misma en la que ser cantante era más digno que ser invisible.

Que lo hubiera seguido hasta su alcoba no por descaro, sino por necesidad. Por hambre de algo que no sabía nombrar. Tal vez buscaba un poco de vida. Tal vez solo quería sentirse real, aunque fuera por una noche.

Y él, sin saberlo, había sido testigo de esa valentía. Había tenido entre sus brazos a una mujer que, aunque rota, aún era capaz de elegir el deseo antes que la resignación.

Sinderella, sin embargo, lo ignoró. Se giró y se marchó sin pronunciar una sola palabra.

Esta vez ella no corrió. No lloró.

Caminó con paso lento, firme, la espalda recta y la mirada al frente. Había dicho lo que tenía que decir. Todo lo que su corazón podía soportar. Y ahora... solo deseaba alejarse de aquel lugar, de su madrastra.

Ashforde la observó irse. No la llamó. No en ese momento.

—No voy a discutir con usted —dijo, volviéndose hacia Lady Maevena una última vez—. Pero puede estar segura de esto: me encargaré personalmente de revisar todos los documentos. Cada uno. Con lupa. Y si encuentro una sola laguna, una sola injusticia

redactada con astucia... no descansaré hasta corregirla. Aunque tenga que apelar al Parlamento.

Y sin esperar respuesta, salió tras ella.



Sinderella no supo a dónde iba. Solo caminó.

Sus pasos la guiaban más por instinto que por voluntad. Atravesó el corredor principal sin mirar a nadie, aunque sintió todas las miradas sobre ella. Las criadas bajaban los ojos con rapidez, no por respeto, sino por incomodidad. Porque sabían quién era. Porque habían escuchado, murmurando en los pasillos, que era *la pobrecita*. *La niña olvidada*. *La niña sin apellido, sin fortuna, sin futuro*.

Apretó los labios, luchando contra la humillación, contra el temblor que amenazaba con traicionarla frente a todos. Llegó hasta la puerta trasera, la que daba al invernadero abandonado, y la empujó con ambas manos. La madera cedió con un quejido, y el aire frío de la noche la golpeó en el rostro como un latigazo, helado y brutal, como si la propia oscuridad del mundo le recordara su sitio.

Pero no lloró. No aún.

Se quedó quieta un instante, con el corazón palpitando a un ritmo irregular, entre rabia, vergüenza y un dolor antiguo que no sabía cómo arrancarse. ¿Y si Maevena tenía razón? ¿Y si toda su vida no había sido más que una mentira piadosa? ¿Y si incluso el recuerdo de su madre era un espejismo construido para soportar la soledad?

No. No.

Negó con la cabeza, una, dos veces, como si pudiera ahuyentar con ese gesto todo lo que acababa de escuchar. Pero el nudo en la garganta seguía ahí, creciendo, ocupándolo todo.

Solo entonces respiró.

Se apoyó en la pared de piedra del invernadero. No lloró. No podía. Todo en ella estaba agotado. El alma, los músculos, hasta el

corazón parecía latir con desgano. Tenía fiebre, estaba segura, pero no era solo eso. Era otra cosa. Algo más hondo. Como si, al hablar en ese salón, hubiese entregado lo último que le quedaba.

El frío le calaba los huesos, pero no volvió adentro. Se quedó ahí. Porque adentro ya no había refugio posible.

Y entonces lo oyó.

El crujido leve de pasos sobre la grava húmeda. No se sobresaltó. Sabía que era él.

Ashforde apareció desde el lateral, con la capa sobre los hombros y el rostro tenso, como si hubiese tardado demasiado en encontrarla. No dijo nada al principio. Solo la miró.

—¿Sinderella?

Cuando oyó su nombre en esa voz, Sinderella se quedó quieta. No se volvió de inmediato. Sintió el calor ascenderle por la nuca-

Porque él la estaba viendo. Ya no como la criada silenciosa. Ni como la muchacha sin nombre. Ni como Adela. La veía a ella.

El corazón le dio un vuelco, absurdo y traicionero. Porque en medio del temblor, de la fiebre, de toda esa confusión que aún le martilleaba el pecho, una parte suya —una que había querido reprimir por años— se alegró. Se alegró de oír su nombre en sus labios. De que la hubiera seguido. De que no la hubiera dejado sola.

Vergüenza. Por haber perdido el control. Por haberse desbordado así, sin medida, justo frente a él. Por no haber sabido morderse la lengua cuando tal vez el silencio habría sido su único escudo. Y una vergüenza más íntima, más ardiente, al recordar lo que habían hecho esa noche.

La forma en que lo había seguido, temblando de deseo y de miedo, cómo sus dedos habían buscado los suyos a oscuras, y cómo, una vez juntos, no hubo espacio para la duda. Su piel contra la de él, su cuerpo rindiéndose sin palabras, como si durante ese instante hubiera querido olvidar quién era y qué mundo la rechazaba. Porque no fue solo pasión. Fue necesidad. Una entrega desesperada. Y ahora, con cada recuerdo, le ardían las mejillas... no solo por lo que le había dado, sino por todo lo que aún deseaba dar.

Y también sentía culpa. Esa mordedura sorda, inevitable, que regresaba desde el fondo de la memoria. Por aquella noche. Por

haberlo dejado solo al amanecer, sin despedidas ni notas, solo con el recuerdo de una mentira mal contada.

Y aun así... por dentro, se rió. Una risa pequeña. Como si Dios hubiera decidido recordarle que no se huye de ciertas verdades por siempre.

Se volvió al fin, despacio.

Y lo miró.

—No tienes que decir nada —murmuró él cuando ya estaba a escasos centímetros de ella.

Su tono ya no era el de antes. No había rastro de juicio ni de autoridad.

Era más bajo, más íntimo. Le hablaba como aquella noche en la posada, cuando solo eran ellos dos y el mundo se quedaba fuera.

—No sé por qué he venido hasta aquí —confesó ella, sin saber muy bien qué decir—. Solo quería... salir. Respirar. Dejar de oírla —Ashforde asintió. Luego se quitó la capa y, sin decir nada más, se la puso sobre los hombros. Fue un gesto simple. Casi torpe. Pero ella lo permitió—. No quiero que me vea como una víctima, milord —añadió, bajando la mirada—. No lo soy. No quiero su compasión. Ni la de nadie.

—No la tengo. Y, por favor, no me llames *milord* —dijo él, con la voz grave, rozando a un susurro que enloquecía a Sinderella—. Lo que siento por ti no tiene nada que ver con rangos ni con deberes —Se detuvo un instante, como si buscara las palabras exactas—. Te lo habría dicho... si no hubieras huido aquella mañana. Pero tú... no me advertiste de lo que significaba para ti. De que era la primera vez. Y cuando lo comprendí... me sentí como un canalla. Como si hubiera cruzado una línea que no me correspondía.

Sinderella bajó la mirada, y durante un instante pareció que no iba a responder. Sus dedos se entrelazaron nerviosos frente a su falda vieja y raída, como si intentara contener algo que la desbordaba por dentro.

—No sabía cómo decirlo —susurró al fin, sin alzar los ojos—. Pensé que... que lo entendería. Que lo notaría —Hizo una pausa, respirando hondo, como si necesitara valor para seguir—. No fue una trampa, ni un juego. No buscaba atraparle ni despertar su

compasión. Solo... quería sentirme libre. Por una vez. Sentirme dueña de algo que nadie pudiera arrebatarme. Y cuando estuve con usted, pensé que lo hacía por mí. Pero luego... cuando vi su rostro al amanecer, supe que no era tan fuerte como creía. Que no quería comprometerlo, no me debe nada, milord.

Alzó por fin la mirada, y en sus ojos brillaban la vulnerabilidad y el orgullo.

Esos malditos ojos verdes.

Ashforde los reconoció al instante: eran los mismos que lo habían perseguido cada noche desde aquella en la posada. Los mismos que lo habían desarmado sin una sola palabra, que lo habían hecho desearla con una urgencia que rozaba la locura.

Y allí estaban otra vez, mirándolo, abiertos solo para él. Verdes, intensos, desafiantes.

Y él... él habría vendido su alma por un solo suspiro más entre sus labios.

Porque la deseaba. Con una necesidad que le quemaba bajo la piel, que le tensaba el cuerpo como un hilo a punto de romperse. No era solo el recuerdo de su piel entre sus manos, ni el temblor de su aliento aquella noche, ni el gemido ahogado que aún le atormentaba en sueños.

Era ella. Entera. Con su fuerza, su fragilidad, su maldito orgullo.

Y si la tocaba ahora... si siquiera la rozaba, sabía que no habría retorno. Porque no la quería solo desnuda en su cama. La quería en su vida. En su nombre. En su condena.

—Sinderella, daría mi nombre, mi título, mi sangre entera, por ser el hombre que merezca lo que tú me entregaste aquella noche. Porque desde entonces, por Dios, no he sido el mismo. Me dejaste vacío de todo lo que creía importante... y lleno solo de ti.

Hubo un silencio largo.

De esos que no necesitan palabras porque el cuerpo lo dice todo.

El aire entre ellos vibraba con una tensión casi insoportable, como si el deseo los envolviera, apretándoles el pecho, volviéndoles pesada la respiración. Él la deseaba con una desesperación feroz, con cada músculo tensado por contener las ganas de tocarla, de

arrastrarla de nuevo a sus brazos y hacerla suya hasta borrar todo el dolor.

Y ella... ella lo sentía igual. El cuerpo le ardía por dentro, recordando el calor de su piel, la forma en que sus manos la habían recorrido como si la conocieran de toda la vida.

Pero no era el momento. No allí. No después de todo lo que se había dicho, de las verdades crueles y las heridas abiertas.

Así que se miraron como si eso pudiera bastar. Como si ese silencio compartido pudiera aliviar el hambre, la furia, el amor contenido que amenazaba con desbordarlos.

Y se quedaron quietos. Quemándose en silencio. Deseándose hasta morir. Reprimiéndose... porque aún no era el momento de rendirse del todo.

Y desde el piso superior, entre los visillos de encaje bordado, Clarisse los miraba.

Había abierto la ventana un poco para despejar la habitación del humo de las velas, pero al ver las dos figuras en el jardín, se quedó helada.

Ella. Esa criada. Esa huérfana.
Con él.
Con su duque.

Los vio cerca. Él le puso algo sobre los hombros. Ella no protestó. Estaban hablando como iguales, como si fueran dos personas solas en el mundo. Como si nadie más importara.

Y eso fue demasiado.

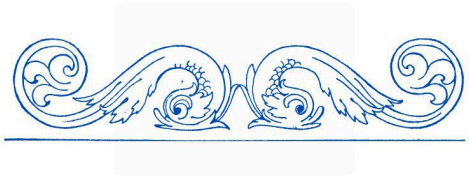
—¡Imogen! —llamó en voz baja, sin apartar los ojos de la escena—. Ven. Tienes que ver esto.

Imogen apareció al instante, envuelta en su bata. Se asomó y también los vio. No dijeron nada por un segundo. Solo observaron.

—¿Desde cuándo...? —murmuró Imogen.

—No lo sé —respondió Clarisse, y sus dedos apretaron con fuerza la cortina—. Pero esto... esto no es nuevo. Mírale la cara. Míralo a él. La conoce. Y no como se conoce a una criada. Mamá tiene que saberlo.

Capítulo 18



La puerta de la habitación de Clarisse se cerró con un golpe sordo.

Clarisse, con su pelo negro y su nariz aguileña, descendió por la escalera como un vendaval, furiosa, con el rostro tenso y las mejillas encendidas. Su paso no tenía la elegancia que tanto cultivaba: tenía rabia, urgencia y algo que no se le conocía hasta entonces... miedo.

—¡Madre! —soltó antes siquiera de llegar al escritorio donde Lady Maevena hojeaba unos papeles que ya no leía—. ¡¿Lo has visto?! ¡¿La has visto?! Estaba con él. En el jardín. A solas.

Lady Maevena no levantó la vista al principio. Su expresión, fría, se endureció aún más cuando Clarisse arrojó con violencia el abanico sobre la mesita cercana.

—¿A solas con quién? —preguntó, sin moverse.

—¡Con el duque! —escupió Clarisse, y su voz, más punzante que nunca, se alzó con indignación contenida—. Afuera, bajo la luz de las estrellas, hablando como si fueran iguales. ¡Él le puso una capa sobre los hombros, madre! ¡Como a una dama! —su rostro se torció de rabia—. Y ella... ella lo miraba como si lo conociera de toda la vida, como si tuviera algún derecho sobre él. ¿Desde cuándo Sinderella es visible en esta casa? ¿Desde cuándo un duque siquiera sabe que existe?

Maevena alzó por fin los ojos, y el brillo gélido en su mirada bastó para silenciarla unos segundos. No porque le temiera —no

más de lo habitual—, sino porque ese brillo ya no era solo irritación. Era cálculo. Instinto de supervivencia.

—¿Y qué esperas que haga? —dijo la mujer con una calma tan medida que resultaba más peligrosa que cualquier grito—. ¿Que la expulse por una mirada? ¿Por una capa sobre los hombros? Ese hombre no lo permitirá. Parece que la muchacha, contra todo pronóstico, se ha ganado algo parecido a su compasión... aunque, francamente, dudo que un hombre como él sea siquiera capaz de sentir algo tan humano.

—No por eso, madre. Por lo que está tramando —dijo Clarisse, con la voz crispada, dando un paso al frente como si sus propias palabras la empujaran, como si no pudiera controlar su ira contra Sinderella—. Esa... esa muchacha lleva años esperando su momento. Y ahora que por fin tiene al duque a solas, lo envolverá con su vocecita de pajarito herido, con esa carita de mártir que pone cada vez que alguien la mira. ¿Y si él decide... protegerla? ¿O peor? ¿Y si decide casarse con ella? ¿Qué pasará entonces? —Maevena no respondió al instante, pero Clarisse vio cómo su mandíbula se tensaba, y eso la animó a seguir—. Todo lo que nos pertenece... esta casa, nuestras dotes, nuestro lugar en la sociedad... ¡todo puede desaparecer si ella consigue engatusarlo! Madre, ¡no puedes quedarte sentada mirando!

Lady Maevena se levantó muy despacio. No dijo nada durante unos segundos. Fue hacia la ventana y observó el jardín, vacío ya, pero aún iluminado por una luna alta. Su rostro estaba tranquilo (como siempre), pero sus dedos se crisparon levemente sobre el alfeizar.

—No puede casarse con él —dijo al fin, con voz baja, controlada —. No tiene nombre. No tiene dote. No tiene nada. Todo eso que imaginas no son más que... ensoñaciones tuyas, Clarisse.

Pero no sonaba tan segura. El silencio que siguió fue roto por el crujido de un paso. Imogen apareció en la estancia, encorvada como siempre, con los labios apretados y el mentón hundido en un cuello demasiado largo para su cara redonda y apagada. Tenía la nariz afilada y una mirada huidiza, pero no era tonta. Ni sorda.

—Pero es muy hermosa —dijo, casi en un susurro—. Podría enamorar a un duque, incluso sin dote ni respaldo.

La bofetada de Clarisse fue tan rápida que pareció premeditada. El golpe resonó con fuerza en la mejilla de Imogen, que retrocedió, boquiabierta.

—¡Jamás vuelvas a decir eso! —espetó Clarisse, con la voz rota de furia—. ¡Ella no es hermosa! ¡Es solo la hija de una mujer de reputación dudosa! ¿Verdad, madre? ¡Por eso padre no le dejó nada!

Lady Maevena no respondió. Siguió mirando el jardín. Y por primera vez, el silencio le pesó más que cualquier palabra. Porque sí... había empezado a dudar.



Dos días después.

El salón estaba inusualmente silencioso aquella mañana. Ni el tictac del reloj de péndulo se atrevía a interrumpir. Clarisse e Imogen ocupaban los extremos del diván, rígidas como muñecas de porcelana mal moldeadas, con las manos huesudas cruzadas sobre el regazo. Clarisse, de mejillas afiladas y labios siempre tensos, llevaba el cabello negro recogido con tal fuerza que parecía tirar de su frente ancha y desprovista de dulzura. Tenía unos ojos pequeños y apagados, de un color indefinido, como agua sucia. Imogen, por su parte, lucía una nariz prominente y torcida, el mentón huidizo y unas orejas que sobresalían de entre los mechones lacios de un rubio ceniza apagado. Su piel era pálida, con un tono enfermizo, y su expresión, una mezcla entre desconcierto y resignación.

Lady Maevena permanecía de pie junto a la ventana, perfectamente erguida, como una estatua tallada en hielo. Su vestido impecable caía como una cascada de seda pesada, y su rostro, aunque aún conservaba restos de una antigua belleza, se había endurecido con los años: pómulos altos que cortaban el aire como cuchillas, ojos grises y rasgados que no parpadeaban, y unos

labios tan delgados que parecían siempre al borde de un juicio. Solo esos ojos se movían ahora, fríos y atentos, clavados en el hombre que ocupaba el sillón principal de la estancia, ese intruso que se había hecho con todo en tan poco tiempo.

—Han pasado unos cinco años —dijo por fin, con voz grave y clara, pasando sus ojos azules de un lado a otro del salón—. Cinco inviernos desde la muerte de Lord Glasswell. Cinco años en los que esta casa ha vivido en pausa, sin un rumbo definido y sin ocupar el lugar que le corresponde en sociedad —Ninguna de las mujeres respondió, pero Clarisse frunció levemente los labios, como si algo en aquellas palabras la incomodara. —Es hora de poner fin a ese letargo —prosiguió él, cruzando las piernas con deliberada calma desde el sillón que estaba sentado—. Como tutor designado de esta propiedad y garante temporal de sus intereses —añadió con intención, recorriendo con la mirada a ambas jóvenes—, he decidido que serán presentadas oficialmente en sociedad durante el próximo baile en Highmoore House.

Lady Maevena giró lentamente el rostro hacia él.

—¿En Highmoore...? ¿Con los Carver?

—Precisamente —respondió Ashforde sin inmutarse, con el tono sereno de quien ya lo ha decidido todo—. Será un evento de gran visibilidad. Acudirán figuras importantes del Parlamento, terratenientes del norte y del condado de Bramblehill. El escenario perfecto para corregir, por fin, el rumbo de esta familia —Clarisse no pudo evitar esbozar una sonrisa, una curva de satisfacción que apenas duró un segundo, porque él continuó sin cambiar el gesto: —He encargado trajes nuevos para ambas. Zapatos, guantes, joyas apropiadas. La presentación será digna del apellido que aún llevan. Quiero que estén listas, y que se presenten como corresponde: con la elegancia y la compostura propias de damas nobles. Será su oportunidad.

Lady Maevena tensó los hombros.

—¿Y qué ocurrirá después? —preguntó con voz suave.

Ashforde la miró con expresión severa, como si hubiera estado esperando precisamente esa pregunta.

—Después, lo natural. El caballero que decida tomar la mano de Clarisse en matrimonio deberá asumir también la tutela y cuidado de su suegra, como parte del arreglo. Puede parecer una carga, sí, pero la dote será proporcional. Y una vez cumplido ese acuerdo, esta casa quedará al fin libre. Desendeudada. Y lista para volver a prosperar a mi nombre y al nombre del ducado de Ashforde.

El silencio fue absoluto. Imogen bajó la mirada, desconcertada, sin saber si aquello era una bendición o una sentencia. Clarisse, en cambio, se irguió aún más, apretando la espalda contra el respaldo con gesto altivo. Pero sus ojos grises oscuros, encendidos, no ocultaban el destello de indignación. Se había engañado creyendo que el duque albergaba alguna intención hacia ella, que sus visitas, sus palabras medidas, incluso sus silencios, significaban algo más. Pero ahora lo veía con claridad: estaba dispuesto a exhibirlas como mercancía bien envuelta, a venderla al mejor postor, con madre incluida si era necesario. Y eso, para Clarisse, era una humillación difícil de digerir.

Además, estaba convencida de que todo era culpa de Sinderella.

—Es usted muy generoso, milord —Lady Maevena sonrió, pero no fue una sonrisa verdadera.

—No es generosidad. Es lógica. Y, me atrevería a decir, un poco de justicia —añadió, sin apartar los ojos de ella.

Entonces se oyó un golpe en la puerta. Un criado entró con discreción.

—Disculpe, milord. Han llegado los baúles que usted encargó.

—¿Los baúles?

—Los vestidos, señor. Y los zapatos. Lo que encargó en el pueblo. Están en el recibidor.

Lady Maevena se adelantó un paso, ya con el gesto victorioso dibujado en el rostro, como si todo lo que acababa de oír no fuera más que la confirmación de sus planes.

—Ah, entonces han llegado. Qué bien. Las muchachas estarán encantadas. Clarisse, querida, espero que haya elegido tonos adecuados para tu tez —dijo, con esa dulzura envenenada que reservaba para los momentos en que se sentía triunfadora.

—No son para ellas.

Maevena giró la cabeza con brusquedad.

—¿Cómo dice?

Ashforde se levantó con calma. Caminó hasta la mesa de centro y, sin prisa, tomó un cheque doblado que reposaba junto a una bandeja de plata. Lo sostuvo entre los dedos con esa elegancia innata que no necesitaba alzarse para imponerse, y se lo entregó al criado con un gesto escueto.

—Hay algunas cosas para las jóvenes —dijo sin mirar a nadie en particular, su voz firme, cortante—. Guantes, accesorios, lo justo para que no hagan el ridículo —Hizo una pausa, y entonces alzó la mirada hacia Lady Maevena, directo, sin rodeos—. Pero la mayor parte de esto es para la hija mayor de Lord Glasswell. Su primogénita. La señorita Sinderella Glasswell.

—No puede hablar en esos términos —Lady Maevena parpadeó, como si no hubiera oído bien, pero su rostro se tensó de inmediato. Dio un paso hacia él—. Usted bien sabe que no hay fondos destinados para ella. Lord Glasswell no le dejó nada. Nada.

Ashforde apenas arqueó una ceja, impasible.

—No hay dinero para nadie —replicó con calma, como si estuviera enumerando cifras en una cuenta—. Lo único que les queda son las dotes, cuidadosamente asignadas por conveniencia, no por mérito. Y por si no lo sabe, lady Maevena, cada accesorio, cada cinta y cada botón para Clarisse e Imogen han sido pagados de mi bolsillo —La mujer se quedó muda por un instante, sorprendida por la mordacidad que no se había molestado en disfrazar—. Y sí —continuó él, con un tono más bajo pero igual de cortante—, también he pagado por la señorita Sinderella. No veo por qué habría de ocultarlo.

Clarisse soltó un ruidito seco, casi un bufido, y se incorporó con brusquedad del asiento.

—¿Qué pretende, milord? ¿Igualarnos con la hija de una mujer de reputación dudosa? ¿Eso es lo que busca? ¿Que compartamos los mismos salones como si fuéramos... lo mismo?

Ashforde la miró un instante, sin conmoverse. Luego, muy despacio, como si le diera pereza tener que explicarlo, habló:

—Sea cual fuera la reputación de su madre, nadie la recordará después de tantos años. Y si lo hacen, no tendrá relevancia alguna —dijo Ashforde con frialdad contenida—. No voy a cargar indefinidamente con la hija mayor de Lord Glasswell. Necesito liberar esta casa —Se inclinó apenas hacia adelante, con la mirada fija y acerada en Lady Maevena—. Debe casarse, igual que sus hijas. Y lo hará. Aunque duela. Aunque incomode. Aunque el apellido les arda en la lengua cada vez que lo pronuncien. Su escondite ha terminado —añadió con un dejo de desprecio—. Es hora de presentarla también. ¿O acaso pretende que la mantenga oculta como un secreto vergonzoso, mientras usted pasea a las otras por los salones como pavos reales en busca de alianzas provechosas? No me estoy encargando de todo esto por deber... para ahora obrar con deshonor.

Por dentro, Ashforde sentía que cada palabra pronunciada era una puñalada contra sí mismo. Hablar de Sinderella como una responsabilidad que debía quitarse de encima, como un nombre que debía colocar en una lista de alianzas matrimoniales, era casi insoportable. Pero no podía permitirse lo contrario. No todavía.

Estaba enamorado de ella. Lo sabía. Lo había sabido desde aquella maldita noche en la posada, desde que la vio encogida bajo la lluvia fingiendo ser alguien que no era, y aun así más digna que todas las mujeres que conocía. Y aún así, no podía—no debía— proponérselo tan pronto. No después de haberla expuesto de esa forma. No cuando todos los ojos estaban sobre ella, esperando que cometiera el más mínimo desliz para convertirla en motivo de escándalo.

Si la pedía en matrimonio ahora, con todo lo que la envolvía, sería como reconocer que la había comprometido en secreto, como si su única virtud fuera la de haber compartido su lecho. Y eso él no lo permitiría. No la degradaría de esa manera. No le daría la razón a esas arpías que cuchicheaban en los pasillos, esperando verla caer.

Ella merecía más. Su lugar. Su apellido. Y sí, quizás más adelante le pediría matrimonio... pero no como compensación, no como un intento torpe de reparar un daño. Lo haría a su manera. Con tiempo. Con respeto. Con el reconocimiento que ella merecía no solo de él, sino del mundo que la había ignorado. Lo haría con el

beneplácito de su medio hermano, el príncipe William, y de la reina Margaret, porque eso era lo que implicaba darle su nombre: un lugar legítimo, indiscutible, irrefutable.

Porque él sabía perfectamente lo que era crecer en la sombra de un apellido ajeno. Sabía lo que significaba ser bastardo, caminar entre salones brillantes sabiendo que su existencia era una nota al pie. Él era Silas Brookstone en realidad, no Ashforde. Ese título, ese nombre, se lo había concedido la madre de su medio hermano, no por deber, sino por amor a su hijo. Por piedad. Por conveniencia también, quizá, pero sobre todo para que no creciera siendo *nadie*.

Ashforde era una fachada tallada con esfuerzo, con disciplina y orgullo prestado. Silas, en cambio, era la verdad que aún latía debajo de su apariencia, ahora noble, antes despreciable. La verdad de quien ha tenido que ganarse cada mirada, cada palabra, cada paso. Y eso era lo que no permitiría para Sinderella. No quería darle solo un sitio a su lado. Quería darle el derecho a estar allí. Que nadie pudiera llamarla menos. Que nadie pudiera dudar de lo que era: la hija legítima de Lord Glasswell y una mujer decente.

Y mientras tanto, le dolía. Le dolía tener que empujarla al mundo con un vestido nuevo y una sonrisa fingida, como si no la amara, como si no quisiera arrancarla de allí y esconderla en su propia casa, lejos de todo. Pero no era el momento de ser un hombre enamorado.

Era el momento de ser un duque.



Sinderella estaba sola en la habitación del desván, con la espalda encorvada y los dedos entumecidos mientras intentaba remendar el dobladillo de su único vestido presentable. La luz entraba en jirones desde la pequeña ventana, y el hilo se enredaba como si se burlara de su torpeza. Aun así, había una calidez inusual en su pecho.

Esa noche en el jardín aún palpitaba en su memoria: las estrellas, la voz de Ashforde tan cerca de su oído que le erizaba la piel. Había dicho su nombre. *Su* nombre. La había defendido, había hablado de ella con orgullo. Y aunque sabía que todo era demasiado incierto, aunque su posición no había cambiado en realidad, por primera vez no se sentía una intrusa en su propia casa.

Había plantado cara a Lady Maevena. Y no se había desmoronado.

¿Qué haría ahora Ashforde, sabiendo quién era ella en realidad? ¿La querría todavía? ¿O la empujaría hacia un destino conveniente para él, como cualquier otro noble haría? La idea la asustaba... pero también la ilusionaba. Porque por un instante, solo uno, creyó haber visto algo más en sus ojos.

El chirrido brusco de la puerta la sobresaltó, haciendo que soltara la aguja y que un par de ratones, escondidos entre las vigas del desván, huyeran asustados entre crujidos de madera. Se levantó de golpe, con el corazón en un puño, esperando una reprimenda. Pero no era su madrastra.

Era la señora Rigg. La vieja cocinera, con el moño suelto y el delantal aún manchado de harina, entró con la frente perlada de sudor y los ojos húmedos de emoción. En sus brazos traía varias cajas, envueltas con cuidado en una tela blanca.

—Tome, señorita —dijo sin rodeos, aunque su voz temblaba—. Es para usted.

—¿Qué... qué es eso? —preguntó Sinderella, sin moverse del sitio.

Frunció el ceño, atónita, como si las palabras hubieran salido de otra persona. No podía creer que algo nuevo fuera para ella. Nada en su vida lo había sido. No recordaba la última vez que había tenido un objeto que no fuera heredado, remendado o cedido por lástima. Aquello tenía que ser un error. Un malentendido. Algo destinado a otra.

—Vestidos, niña. Varios. Y nuevos todos —dijo la señora Rigg, dejando la caja sobre la mesa con un resoplido—. Zapatos también. Y guantes, creo. Todo enviado por el duque, para ti —La miró entonces con una mezcla de orgullo y ternura, como una madre que

por fin ve a su hija recibir lo que merece—. Has hecho bien, niña. Era hora de que alguien le plantara cara a esa víbora como es debido —se atrevió a añadir, casi riendo—. Creo que más tarde vendrá una costurera, para terminar de ajustar los trajes a tu medida.

Sinderella sintió que el cuerpo se le detenía de pronto, como si el tiempo se hubiera congelado a su alrededor. Se quedó sorda, muda, con la mirada fija en la caja envuelta en tela blanca, incapaz de procesar del todo lo que acababa de oír. Su corazón latía tan fuerte que le parecía oírlo en los oídos, tamborileando como si quisiera salirse del pecho. Por un instante, se permitió sentirlo: la dicha. La felicidad. La maravilla absoluta de ser tenida en cuenta, de recibir algo nuevo, hermoso, pensado *para ella*.

Pero la alegría apenas tuvo tiempo de florecer. Porque entonces lo comprendió.

Claro. Claro que no era por ella.

No realmente.

Era porque el duque quería presentarla en sociedad. Mostrarla. Ofrecerla. Casarla.

Una punzada helada le atravesó el estómago y la felicidad se deshizo como humo entre los dedos. ¿Acaso quería deshacerse de ella? ¿Sacarla de la casa con la misma eficiencia con la que había traído vestidos y costureras?

La pena le cayó encima como una losa. Rápida. Cruel.

Porque no dolía la idea de marcharse. Lo que le dolía era pensar que, tal vez, él nunca la había visto como ella lo había visto a él.

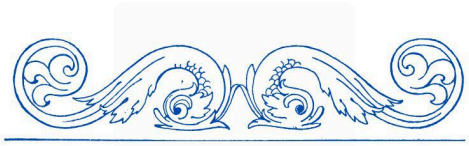
Pero no le reclamaría nada. Jamás lo había hecho.

No lo hizo aquella mañana en la posada, cuando se marchó sin mirar atrás, y tampoco lo haría ahora. No tenía derecho. Nunca lo tuvo. ¿Quién era ella, al fin y al cabo?

Eso lo supo desde el principio.

Y aun así, dolía.

Capítulo 19



La modista llegó puntual, con los labios fruncidos en una línea firme y el metro colgado al cuello como una medalla de guerra. Traía dos ayudantes —muchachas calladas de manos hábiles— y un aire de autoridad que llenó el desván en cuanto cruzó la puerta.

Sinderella se encogió. Llevaba los brazos cruzados sobre el pecho y una blusa raída que ya no intentaba disimular sus costuras. No entendía cómo ese cuerpo, pequeño y acostumbrado al rincón de la casa, iba a caber en aquellas telas que brillaban y pesaban tanto. Y sin embargo, obedeció. Como en trance. Se dejó guiar hasta el biombo que la modista había traído consigo, donde una de las ayudantes le pasó el vestido por encima con sumo cuidado. La tela era suave, ligera, de un azul pálido que hacía juego con sus ojos verdes, aunque ella no lo sabía aún.

Cuando salió, envuelta ya en el vestido que no parecía hecho para nadie más, se hizo el silencio.

La modista rodeó la figura con profesionalismo, clavando alfileres aquí y allá, ajustando, corrigiendo. Una de las ayudantes se atrevió a murmurar:

—Ahora sí parece una dama.

Sinderella alzó la vista con brusquedad.

La frase flotó en el aire como una campanada. No fue ofensiva. No fue una burla. Solo... sincera. Y, por eso mismo, le dolió. Porque si *ahora* parecía una dama, ¿qué había sido todo ese tiempo? ¿Una

sombra? ¿Un error? La modista la giró levemente hacia el espejo, sin pedir permiso. Y entonces se vio. Lo sabía: nada.

Por un momento, no supo quién era.

La imagen que la miraba desde el cristal no tenía polvo en la frente ni hilos en los dedos. No tenía las cejas fruncidas ni la boca apretada por el esfuerzo. Tenía los ojos muy abiertos, un escote sutil y unos hombros que nunca habían sido conscientes de su forma.
El vestido la abrazaba como si la conociera desde siempre.

No era ostentoso. Ni revelador. Pero tenía esa clase de elegancia que no necesitaba opulencia.
Y, por primera vez, Sinderella sintió que no estaba disfrazada.

Estaba... *descubierta*.

Como si durante años hubiese llevado el vestido equivocado. Como si, por fin, alguien la hubiera vestido con su nombre. Una lágrima le resbaló por su mejilla pálida.

Y ella se la secó antes de que nadie pudiera verla.

La modista no comentó nada. Terminó de ajustar un tirante y dijo que ya estaba todo hecho.

Cuando se marcharon, Sinderella se quedó sola frente al espejo. Un largo rato.

—¿Y si esta soy yo...? —susurró. Pero el reflejo no desapareció. Siguió allí. Mirándola. Esperándola.

No fue curiosidad lo que empujó a Clarisse por aquel pasillo estrecho, ni siquiera celos. Fue una necesidad casi física de saber, de comprobar con sus propios ojos lo que hasta entonces se había negado a creer.

Había oído a las criadas cuchichear en la galería. Habían dicho que el vestido era nuevo, que el azul le sentaba tan bien como si se lo hubieran hecho para ella. Y una de ellas —una insolente— había susurrado que "la señorita Glasswell parecía una princesa salida de los libros de cuentos".

Glasswell.

Aquello bastó para que Clarisse, con los dientes apretados y los pasos silenciosos, subiera hacia el desván como una ladrona.

Se detuvo al borde de la puerta entreabierta. Solo un hilo de luz se escapaba por la rendija. Pero fue suficiente.

Allí estaba Sinderella. De pie, en medio de la estancia, con el vestido puesto. Azul, sí. Suave, elegante. El corpiño delineaba una figura que Clarisse había despreciado durante años por considerarla insignificante, demasiado flaca, demasiado invisible. Y, sin embargo, frente al espejo, aquella silueta ya no parecía la de una criada disfrazada.

Parecía la de una dama.

Sinderella no sonreía. No alardeaba. No posaba como lo haría ella. Solo estaba allí, en silencio, mirándose a sí misma como si también estuviera conociéndose por primera vez. Como si, de pronto, comprendiera que podía ser vista.

Clarisse tragó saliva. Sintió un calor extraño en el pecho. No era furia. No era rabia.

Era miedo.

Porque lo que estaba viendo no era solo a una muchacha bonita. Era una amenaza. Un peligro.

Ashforde la protegería. Eso ya estaba claro. Le había comprado vestidos. La estaba sacando del rincón. ¿Y si también la sacaba de la casa... para convertirla en su esposa? ¿Y si ese maldito vestido era el preludio de algo peor?

Clarisse dio un paso atrás, como si aquella visión pudiera quemarla. Su corazón latía con fuerza. Sus manos temblaban. Por un segundo, se sintió una impostora en su propio hogar. No la señora de la casa. No la dama destinada a heredar la fortuna.

Una intrusa.

—No lo permitiré —susurró entre dientes, y su aliento empañó la rendija de la puerta.

Y bajó las escaleras en dirección al salón en el que estaba su madre.

—¿Estás segura? —preguntó Lady Maevena sin alzar la voz, como si lo que acabara de oír no tuviera mayor importancia.

Clarisse asintió con una rabia seca, muda, que hablaba más que las palabras.

Maevena desvió la mirada hacia el fuego, pero no lo miraba. Pensaba. Sopesaba. Calculaba.

Sinderella vestida como una dama, de pie ante un espejo, con la belleza de su difunta madre latiendo en cada línea de su rostro. El vestido azul. La luz. El silencio de los criados. El nombre de Glasswell en boca de todos.

Y Ashforde... tan joven, tan testarudo, tan proclive a la compasión. Tan peligroso. ¿Era solo honor o algo más lo que le movía a ayudarla?

No, no podía permitirlo.

—¿Qué vas a hacer, madre? —preguntó Clarisse al fin, con impaciencia—. No puedes dejarla ir. No puedes dejarla subir a ese carruaje con nosotras. ¡Van a mirarla más que a mí! ¡A ella! ¡A una hija de una indecente!

Lady Maevena giró la cabeza despacio, como si la interrupción le molestara más que el hecho mismo.

—Tranquila —dijo con una calma gélida—. No irá al baile. No vestirá de azul ni se pondrá los zapatos que tanto le emocionaron. No saldrá de esta casa esta noche.

—¿Y cómo vas a impedirlo? —insistió Clarisse—. Ashforde estará pendiente. Si se entera...

—No hace falta que él se entere. Solo que ella no aparezca —se levantó con elegancia, alisando su falda con los dedos largos—. Recuerda que no tiene nombre ni voz en esta casa. Solo ha vivido bajo nuestro permiso. Un permiso que, si me apatece, puedo retirar esa misma tarde.

Clarisse parpadeó. No comprendía del todo.

—¿La encerrarás?

—¿Encerrarla? Qué vulgar —se acercó al escritorio, abrió un pequeño cajón lateral y extrajo un frasco diminuto, de cristal azul oscuro. Dentro, un líquido lechoso se agitaba con lentitud, como si tuviera vida propia.

—¿Qué es eso?

—Solo un sedante. Uno antiguo. Inofensivo... en dosis moderadas —dijo Lady Maevena, con la voz suave de quien ofrece una taza de té—. Lo suficiente para provocar sueño. Un sueño profundo. Apenas unas horas. Justo las necesarias para que

despierte cuando ya sea demasiado tarde. Cuando el baile haya terminado. Cuando todo haya pasado.

Clarisse enmudeció por un instante. Nunca había visto ese frasco. Nunca había imaginado que su madre... Pero entonces sonrió. No con alegría, sino con una satisfacción oscura, una venganza que por fin tomaba forma.

—¿Y quién se lo dará?

—Una criada. Ya tengo a alguien en mente. Siempre hay una que sabe a quién debe obedecer —Maevena cerró el cajón con cuidado—. Sinderella no irá. No brillará. No ocupará tu sitio. Ni esta noche. Ni nunca.



El sol caía oblicuo sobre el alféizar del desván cuando alguien llamó con suavidad a la puerta del desván. Sinderella, aún en su camisón de lino y con los pies descalzos sobre el suelo frío, abrió con precaución.

Era una de las niñas del servicio, una mocosa de trenzas mal hechas y cara manchada de hollín.

—Me dijeron que se lo diera a usted. A solas —murmuró, y puso en su mano un sobre pequeño, sin sello, sin firma.

Sinderella cerró la puerta con el corazón ya al galope. Reconocía aquella letra. Aquel trazo firme y anguloso. Lo había visto en las anotaciones del despacho, en las cartas dirigidas al administrador. En los márgenes de libros de caza.

Era la letra de lord Ashforde, el duque.

Desplegó el papel con dedos temblorosos.

Mi querida Sinderella,

No quiero que esta noche la atravieses con dudas ni con miedo. Lo que estoy haciendo —lo que hemos empezado— no es caridad, ni un gesto de piedad. Es justicia.

Sé que tienes razones para sospechar. Para no confiar. Para pensar que te empujo a este baile para librarme de ti. Pero no es

así.

Te presento al mundo porque el mundo merece verte. Porque, aunque aún tu familia no lo sepa, tú eres parte de él. Y no una parte menor.

Ponte el vestido. Camina con la cabeza alta. No por mí.

Por ti.

Ash.

Sinderella leyó la carta una, dos veces, con los dedos temblorosos y el pecho al borde del colapso. Las palabras de Ash la envolvían como una caricia, como si su voz —grave, cálida, inconfundible— le rozara la nuca. El papel olía a tinta fresca y a él, o al menos así lo imaginaba. Su cuerpo, todavía tenso por la desilusión que la había consumido momentos antes, comenzó a relajarse poco a poco, y en su vientre se encendió un calor lento, dulce y feroz. Ashforde no quería librarse de ella. Quería mostrarla. Deseaba que el mundo la viera. Y en ese instante, con el corazón palpitándole entre las piernas y las mejillas encendidas, comprendió que aún lo deseaba con una intensidad que no podía disfrazar con orgullo. Que, cada vez, lo que sentía para él no era solo deseo... era mucho más.

Sinderella aún sostenía la carta contra su pecho cuando volvió a oír el golpeteo en la puerta.

—¿Otra vez tú? —dijo, con una sonrisa involuntaria mientras se acercaba.

Pero al abrir, no vio a la niña de antes.

Era otra criada. Una mujer joven, de rostro inexpresivo, que apenas la miró a los ojos. Llevaba una bandeja pequeña entre las manos, con una taza humeante y un platillo con dos galletas.

—El señor duque desea que esté descansada para esta noche —dijo, sin entusiasmo, como si repitiera una frase que no entendía o no compartía.

Sinderella parpadeó.

—¿Para mí?

La criada no respondió. Hizo una breve inclinación, dejó la bandeja sobre la mesita junto a la cama y salió sin esperar comentario alguno.

Sinderella se quedó mirando la taza como si fuera una rareza de museo. Hacía años —muchos— que nadie le traía nada que no fuera indispensable. Y mucho menos algo que no había pedido. ¿Té y galletas? Era un gesto nimio... pero en su mundo, era casi un lujo.

Y sin embargo, no lo encontró extraño.

Aún sentía las palabras la carta en el pecho. "No por mí. Por ti."

Ash. Claro. Había sido él. Otra forma de recordarle que no estaba sola. De cuidarla. Se acercó. Olió el vapor que se elevaba de la taza.

Era dulce, con un perfume floral que no reconocía, pero no desagradable. La tomó con ambas manos, sintiendo el calor entre los dedos. Y sin dudar, bebió.

No de un trago —porque era caliente aún— pero sí con confianza. Con la paz que da, por un segundo, sentirse querida.

No supo cuánto tiempo pasó después. Solo que, al poco, el aire se volvió espeso. Que el calor de la infusión le trepó por la nuca. Que algo en su estómago empezó a tensarse, como una cuerda mal afinada.

Pero pensó que era emoción. Expectativa. Ansiedad por el baile. Se dejó caer sobre el borde del colchón. Cerró los ojos un momento.

Solo un momento. Y el mundo giró.



El carruaje del duque esperaba en la entrada principal desde hacía casi una hora, flanqueado por antorchas y mozos impacientes que reacomodaban los caballos bajo la garúa insistente de una tarde inglesa.

Dentro del salón principal, tres caballeros —altos, vestidos con casacas formales y con ese aire de falsa camaradería que olía a diplomacia— se inclinaban frente a Ashforde con la deferencia que solo se otorga a un noble que, además de duque, es hermano del príncipe William.

—Nos honraría que aceptase la recepción oficial, su Excelencia —decía uno de ellos, Lord Mardrick, un hombre de bigote perfectamente encerado y sonrisa entrenada—. Los Carver están ansiosos por brindarle el lugar que merece. Se dice que este año Highmoore superará incluso las fiestas de Holloway.

Ashforde no contestó enseguida.

Estaba de pie junto a la chimenea, con el guante derecho ya puesto, y el izquierdo entre los dedos. Su expresión era la de un hombre que, aunque presente, tenía la mente en otra parte. En otro piso. En otra puerta. En Sinderella.

—¿Y no pueden comenzar sin mí? —preguntó con sequedad.

Los tres hombres rieron, como si fuera una broma. No lo era.

—Milord —intervino entonces Lady Maevena, que había descendido al salón al notar la visita—, es tradición que la figura de mayor rango llegue antes. Es un gesto de cortesía hacia los anfitriones... y una excelente oportunidad para destacar la relevancia de esta casa.

Ashforde se volvió hacia ella con la mirada tensa. No era una advertencia, pero rozaba el límite.

—Cortesía. Qué concepto tan maleable —murmuró, luego se dirigió directamente a ella—. Lady Maevena, recuerde que las muchachas deben estar listas antes del anochecer. Y no solo sus hijas. Las tres.

Maevena sonrió sin mostrar los dientes.

—Por supuesto, milord. Todas estarán a la hora señalada. Incluso la señorita Sinderella Glasswell.

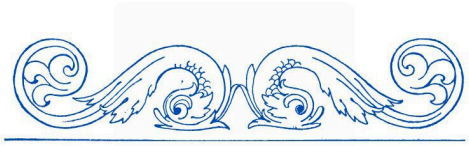
Ashforde sostuvo su mirada un instante más. Había algo en su tono que no le gustó. Una nota falsa, sutil pero presente, como una cuerda mal afinada. Pero no podía quedarse.

—Entonces, partamos —dijo finalmente, con el tono de quien ya se ha resignado—. Pero no me hagan esperar demasiado, lady Maevena. No será una fiesta si no están todos los invitados.

La puerta se cerró tras él con un golpe solemne. Lady Maevena permaneció en el umbral un instante, mirando cómo el carruaje desaparecía entre la niebla del sendero. Solo entonces se volvió hacia el interior de la casa. Y susurró:

—No. No estarán todos. Siento arruinarle la fiesta, milord.

Capítulo 20



La música ya sonaba en el gran salón de Highmoore House cuando Ashforde cruzó las puertas.

Los techos altos estaban adornados con guirnaldas de luces y hojas secas de arce dorado. El aire olía a incienso, a flores frescas y al perfume caro de damas que se esforzaban por no parecer desesperadas. Una orquesta tocaba valses con precisión pulcra.

Pero él no sonreía.

La recepción fue inmediata. Varios lores y caballeros se acercaron a rendirle honores, a estrecharle la mano, a comentar su llegada con frases pulidas y adulaciones apenas disimuladas. Después de todo, era el duque de Ashforde. Y más aún: era el hermano bastardo —pero oficializado— del príncipe William.

Ash correspondió con cortesía. Pero su mente estaba en otra parte.

Un hora después, quizás dos, miró alrededor, escudriñando los rostros entre las figuras femeninas. Jóvenes con abanicos de encaje, mujeres maduras con sonrisas agrias, damitas vestidas con los colores de la temporada.

Ninguna era ella.

Clarisse apareció al cabo de unos minutos, al lado de su madre, con Imogen un paso atrás, como siempre. Clarisse llevaba un vestido granate con bordados dorados que pretendía opulencia pero conseguía rigidez. Su sonrisa era impecable, pero vacía.

Ash se inclinó apenas al verlas.

—¿Dónde está la tercera? —preguntó sin rodeos.

—¿La tercera, milord? —Clarisse fingió sorpresa.

—Oh... —dijo lady Maevena, con una entonación medida, baja —. Me temo que la joven no ha querido acompañarnos. Estaba... nerviosa. Dijo que no se sentía preparada. Ni digna.

—¿Y usted lo permitió? —Ash la miró como si acabara de escupir veneno sobre la alfombra.

—No soy su dueña, milord —respondió Maevena con una cortesía envenenada, llena de hipocresía—. Ni su madre —añadió, dejando escapar la palabra con un leve desdén, como si le resultara casi indecente pronunciarla—. Solo pensé que lo más prudente era no imponerle nada. Quizá no desea ser vista. No está preparada para estas... exposiciones. Se lo advertí. Lo más adecuado sería dejarla donde siempre ha estado: entre las paredes de Glasswell Grange, entre fregonas, donde ha aprendido a pasar desapercibida. No es ni ha sido nunca una dama Glasswell. Y lo sabe.

—Miente —Ash entrecerró los ojos. Algo en su interior comenzó a tensarse.

—Milord, ¿cree usted que me atrevería a contradecir una decisión suya?

—Pensaba que no... que sería prudente. Pero a estas alturas, milady, la considero capaz de cualquier cosa —dijo Ashforde con toda la contención que pudo, aunque en su interior hervía una indignación apenas mal disimulada. A continuación, apartó la mirada, como si el solo contacto visual con Lady Maevena lo ofendiera. Dio un paso hacia el pasillo, luego otro, con la determinación de quien ha decidido que no tolerará ni un engaño más. Parecía dispuesto a marcharse de la recepción, a dejar atrás la farsa y la cortesía vacía y buscar a Sinderella.

Pero entonces, una mano leve, temblorosa, tocó su hombro. Una mano que conocía demasiado bien. Y se detuvo.

—¡Lord Ashforde! ¡Qué dicha volver a verlo! —exclamó Lord Harrington con el entusiasmo teatral de quien sabe moverse entre los salones del poder—. Justamente hablábamos de usted. Su nombre ha salido más de una vez en la corte últimamente, y no sin

admiración... ocupándose de unas mujeres desvalidas, ¡qué honorable! Muy merecedor de su título recién otorgado —añadió, lanzándole una mirada significativa mientras dos enviados de la reina, impecablemente vestidos, asentían con diplomática cortesía a cada lado.

Ashforde forzó una sonrisa. El saludo de Harrington no era casual, ni su entusiasmo ingenuo. Era un recordatorio: estaba en el centro de todas las miradas. No podía marcharse. No todavía.

No sin levantar sospechas. No sin darle a Maevena más armas de las que ya tenía.

Ash miró una vez más hacia la puerta. Pero no había ningún carruaje. Ningún vestido azul. Ninguna muchacha de ojos verdes.

Su mandíbula se tensó. Sus manos también.

Sinderella no estaba allí. Y eso no le gustaba nada.



La casa estaba en silencio. Un silencio de esas noches en que todos parten hacia la fiesta y nadie espera a los que quedan.

La señora Rigg se quedó sola en la cocina, mirando la tetera que ya no hervía, el pan cubierto con un paño y los ratones que correteaban por las esquinas. Nadie le había dicho nada, pero lo intuía: Sinderella ya se habría marchado. Vestida como una dama, envuelta en azul. Con los ojos brillantes, tal vez. Nerviosa, sí, pero decidida.

Le habría gustado verla.

Suspiró.

Quizás, pensó, podía al menos dejar el desván un poco más presentable. Guardar su ropa vieja, cambiar las sábanas, ventilar el aire viciado por los días y la resignación. Darle un toque más digno a ese rincón que —con o sin baile— ya no sentía del todo perteneciente a Sinderella. Pero al fin y al cabo, la disposición de las habitaciones seguía siendo decisión de Lady Maevena. El duque

podía enviar vestidos, joyas o hasta una orquesta si lo deseaba, pero no podía asignarle una habitación. No aún. No en esa casa.

Subió despacio por la escalera crujiente, llevando bajo el brazo una sábana doblada y una vela encendida. A cada paso le venían recuerdos: los inviernos con goteras, las veces que Sinderella le pidió un hilo extra, una manta más. Lo mucho que había soportado esa niña sin quejarse.

Empujó la puerta con suavidad.

Y se detuvo.

Sinderella estaba allí. Dormida sobre el colchón, el vestido aún sin poner, los labios entreabiertos, una palidez nueva en el rostro. No parecía haber llorado. Ni gritado. Solo dormía... profundamente.

Demasiado profundamente.

La señora Rigg frunció el ceño. Dejó la vela en la mesita. Miró a su alrededor. Todo estaba igual... salvo por la taza vacía que descansaba en el platillo, aún tibia. La observó de cerca. Olió su borde.

—¿Qué demonios...? —maldicionó, sintiendo que algo se le encogía en el pecho.

La infusión tenía un aroma extraño, apenas perceptible, pero floral. Dulzón. No era té del de siempre. No era nada que ella misma hubiera preparado. ¿Quién se lo había dado? ¿Por qué estaba sola?

Se inclinó sobre Sinderella. La tocó suavemente en el hombro.

—Niña... vamos, despierta. Ya es hora. Se te va a hacer tarde... Tienes que ir al baile.

Nada. El cuerpo de la joven no se movió.

La señora Rigg palideció. Le tocó la frente. Estaba tibia. No tenía fiebre. No sudaba. Pero no era normal.

—Sinderella... por el amor de Dios...

Algo no iba bien.

Entonces, sin pensarlo dos veces, se volvió, bajó las escaleras casi corriendo —tan rápido como sus tobillos artríticos le permitieron — y se cubrió con su chal. Tomó una luz de exterior y abrió la puerta trasera. El aire frío de la noche le golpeó el rostro. Pero no se detuvo.

Tenía que buscar ayuda. Algo le pasaba a Sinderella, algo grave.

El camino hasta el pueblo de Bramblehill se le hizo eterno.

La señora Rigg avanzó como pudo por el sendero de tierra, con el chal apretado al cuello y los pies hundiéndose en el barro fresco. Las velas oscilaban con cada paso.

Solo pensaba en una cosa: *la niña no se despertaba*. Y algo, muy adentro, le decía que no era simple agotamiento.

Cuando divisó las primeras casas, le faltó el aliento. Cruzó la pequeña plaza de piedra, ignorando los saludos curiosos de los mozos que cerraban los portones de las caballerizas. Alzó la luz y golpeó con fuerza el aldabón de la casa del doctor Howard.

—¡Doctor! ¡Doctor Howard, por favor!

Nada.

Golpeó otra vez.

—¡Por el amor de Dios, ábrame! ¡Es urgente!

—El doctor se encuentra atendiendo un parto —oyó a su derecha una voz grave, rasposa, como el crujido de una puerta antigua. Al girarse, vio a un hombre mayor, de espaldas rectas a pesar del bastón que sostenía con firmeza. Llevaba un abrigo raído, un sombrero anticuado y una mirada despierta, como si nada en ese pueblo pudiera escapársele—. ¿Puedo ayudarla en algo, señorita? Soy Míster Verdun. Vivo aquí desde hace más años de los que me gusta contar, y suelo recorrer las calles al anochecer. Para vigilar que todo siga... en su sitio. Me llaman el guardián —rio un poco.

—Es... es una emergencia. Una joven... una joven no despierta —dijo la señora Rigg, desesperada.

—El doctor volverá mañana por la mañana, quizás tarde.

La señora Rigg palideció.

—¡No, no puede ser!¡Pobre niña mía!

—¿Quién es la joven? —preguntó él, sin perder la calma.

—Se llama Sinderella. Sinderella Glasswell. Vive en Glasswell Grange. ¡Está dormida, pero no es un sueño normal! Bebió algo... algo que no debía. Creo... creo que alguien se lo dio para hacerle daño.

—¿Sinderella Glasswell...? —La mención del nombre pareció sacudir al pueblerino—. ¿Usted trabaja en Glasswell Grange?

—Sí, señor, soy la cocinera. Y he descubierto que la señorita Glasswell está tendida en su cama y no responde.

—Mi carro está en la parte trasera del edificio. No es elegante, es un viejo coche de granjero que apenas parece digno de la plaza del pueblo, pero los caballos son nobles, y saben correr cuando hay una urgencia —Le hizo un gesto rápido para que lo siguiera, sin dejar de hablar—. La madre de esa joven... Eleanor Glasswell... me salvó la vida —La señora Rigg lo miró, sorprendida. siguiéndole los pasos—. Hace dieciocho años, mi esposa estaba de parto. El médico no llegaba. Nadie quiso ayudarla: decían que el parto era difícil, que era mejor resignarse. Pero lady Eleanor no se resignó, una mujer honorable. Le salvó la vida a mi mujer. Y a mi hija. Y luego, como siempre, desapareció sin dejar rastro. Ni pidió nada a cambio. Ahora, es a mí a quien le toca pagar esa deuda.

La señora Rigg y el señor Verdun atravesaron el callejón trasero con paso rápido. Allí, junto a un abrevadero de piedra, aguardaba el carruaje más vetusto que la cocinera hubiera visto jamás: el barniz desgastado, una rueda algo ladeada y las riendas atadas a un par de caballos grises, delgados pero de ojos vivos. Verdun se subió con agilidad sorprendente para su edad y le tendió la mano a la cocinera.

—Súbase, señora. No es momento de preocuparnos por la tapicería.

El trayecto hasta Glasswell Grange fue un traqueteo de urgencia, bajo un cielo que comenzaba a nublarse. El viento silbaba entre los árboles del sendero, y los caballos, nobles y fieles como había prometido, galopaban con la fuerza de los que entienden la prisa humana.

Cuando llegaron, la señora Rigg saltó antes de que el carruaje se detuviera del todo. Subieron las escaleras del servicio, cruzaron el ala trasera y subieron los últimos peldaños hasta el desván, donde reinaba un silencio sepulcral. El cuerpo de Sinderella seguía tendido en la cama, pálido, inmóvil. La taza aún descansaba en la mesilla, con un resto de líquido ambarino.

Verdun no perdió tiempo. Se acercó y olió la infusión, cerrando los ojos al instante.

—Estramonio —murmuró—. Y dedalera. Tal vez algo de belladona. No en dosis letales, pero sí lo bastante para sumirla en un sueño profundo... o para matarla si no se revierte.

—¿Puede hacer algo? —preguntó la señora Rigg, con un nudo en la garganta.

—Creo que sí —respondió el anciano—. Hace años, cuando trabajaba con el herborista de Bramblehill, aprendí a preparar un antídoto para venenos suaves y narcóticos. Tiene que ver con la raíz de genciana, anís estrellado, y unas gotas de tintura de valeriana para estabilizar el pulso. ¿Puede prepararlo?

La señora Rigg no esperó más. Salió del desván a toda prisa, sus viejas rodillas crujiendo con cada escalón que bajaba, el delantal ondeando tras ella. Se dirigió a las cocinas, revolviendo alacenas, tarros polvorientos y viejas cajas de madera donde aún conservaba hierbas secadas de otras temporadas. La genciana estaba en un frasco olvidado junto a la despensa de los embutidos; el anís estrellado en un cajón alto que tuvo que alcanzar con una cuchara de hierro; y la valeriana... por poco se la lleva un gato que dormía encima del botiquín.

Cuando regresó, jadeando, traía todo infusionado en una taza.

—Me ha costado la vida encontrarlo —refunfuñó—. Pero está todo. Hasta la maldita genciana, y eso que la creía perdida desde el invierno.

Mister Verdun asintió, dejó reposar la mezcla unos segundos antes de sostenerla ante los labios entreabiertos de Sinderella. La joven apenas bebió unas gotas, ayudada con cuidado por las manos del anciano y las manos gruesas de la señora Rigg.

Pasaron unos minutos eternos.

Entonces, Sinderella parpadeó. Su pecho subió y bajó con más fuerza. Soltó un gemido débil y se llevó una mano temblorosa al rostro.

—¿Qué... qué ha pasado? —murmuró con la voz entrecortada.

La señora Rigg le sujetó la mano con fuerza, emocionándose.

—Te han intentado apartar, niña. Pero no lo han conseguido. Y no lo van a conseguir —le dijo con urgencia, sin rodeos—. Tienes que ir al baile, ¡ya! No podemos dejarles que ganen. No esta vez.



ChatGPT Plus

El viejo carruaje de Mister Verdun crujía sobre el sendero de grava mientras la medianoche caía como un manto sobre el campo. Las ruedas, gastadas por los años, levantaban pequeñas nubes de polvo en su paso, y el chirrido de la madera envejecida se mezclaba con el ulular lejano de una lechuza.

Sinderella llevaba su vestido azul, que le ceñía la cintura con delicadeza, dejando caer la falda en ondas suaves hasta los tobillos. El corpiño estaba bordado con hilos de plata, y sus hombros, apenas cubiertos por una capa de gasa azulada, temblaban con cada respiro. Su cabello, recogido con esmero por la señora Rigg en un moño bajo y suelto, estaba adornado con una simple peineta de cristal. Ninguna joya costosa más allá de los pendientes y un collar que el duque le había regalado junto con los vestidos nuevos. Ningún adorno ostentoso. Y, sin embargo, estaba más hermosa que nunca.

El carruaje chirrió al detenerse frente a la entrada lateral de Highmoore Palace. Dos mozos que custodiaban la escalinata compartieron una mirada escéptica al ver aquel coche de granjero cubierto de polvo, del que descendió una criatura que no encajaba en absoluto con la apariencia del vehículo.

Sinderella bajó con paso firme, levantando apenas la falda para no tropezar. El aire era frío y olía a lilas en flor y carbón encendido. Los mozos la miraron, uno con las cejas alzadas, el otro dando un paso hacia adelante.

—¿Su... su nombre, señorita? —preguntó, sin disimular del todo su desconcierto.

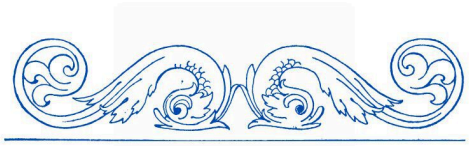
—Glasswell. Señorita Sinderella Glasswell —Sinderella sostuvo la mirada con dignidad.

El mozo dudó apenas un segundo. Luego consultó una lista con los nombres inscritos. Buscó. Volvió a buscar. Y entonces, al fin, tragó saliva.

—Está en la lista, señorita. Pase por aquí, por favor.

El otro mozo ya abría la puerta con premura, y el corazón de Sinderella latía con tanta fuerza que por un instante temió que todos pudieran oírlo. Dio un paso, temblorosa, y cruzó el umbral. Entonces, como si el mundo entero contuviera la respiración, los candelabros encendidos derramaron su luz sobre ella y la música de salón la envolvió. A su alrededor, las conversaciones se apagaron, los abanicos se detuvieron en el aire, y el murmullo se transformó en un silencio lleno de asombro. Allí estaba ella. La hija olvidada. La muchacha del desván. Vestida como una princesa, erguida como una reina. No sabía si alguien la aceptaría, si lograría encajar en aquel mundo de terciopelo y apariencias, pero eso ya no importaba. Estaba allí. De pie. Viva. Vista. Y no pensaba retroceder.

Capítulo 21



Ashforde al fin se deshizo de Lord Harrington.

Había soportado sus frases rimbombantes, sus adulaciones disfrazadas de preocupación, y el circo de cortesía exigido por la corona. Durante casi una hora, había sido prisionero de una conversación que no le interesaba y de una sala que se le volvía cada vez más ajena. Su copa de vino se había vaciado dos veces. Su paciencia, más.

Estaba a punto de marcharse. A punto de romper las reglas. De salir por la puerta, montar su caballo y volver a Glasswell sin mirar atrás.

Pero entonces ocurrió.

La música seguía sonando, sí, pero algo se quebró. Un silencio ensordecedor. Un murmullo colectivo que onduló por la sala como un viento.

Ashforde giró la cabeza por instinto.

Y la vio.

Entró por la puerta lateral —la menos noble, la que nadie usaba si no era por necesidad—, y aun así pareció que el mundo se abría para recibirla. El vestido azul le ceñía la cintura y el pecho con una precisión casi obscena, como si la tela conociera cada curva antes que sus propias manos. La luz de los candelabros se derramaba sobre su cabello rojo recogido, arrancándole destellos de cobre encendido, y una capa de gasa transparente apenas cubría sus hombros casi desnudos, tan suaves, tan exquisitos, que parecían

hechos para el tacto... para el pecado. La sala, las voces, la música, todo desapareció. Solo quedó ella. Y él. Y ese instante. La vio y se le fue el aire. No fue belleza lo que lo paralizó, sino algo más profundo, más oscuro, más primitivo. Deseo. Crudo. Innegociable. Ardiente como una blasfemia susurrada en plena misa.

Sinderella caminaba como si no supiera que todos la miraban. Como si el baile no pudiera tocarla. Sus ojos no buscaban atención. Pero la atrapaban. Su paso era firme, aunque los mozos no supieron si abrirle el camino o arrodillarse.

Y él... Lord Ashforde sintió que algo en su interior se quebraba. Como un cristal fino que se parte en silencio. La quería. Dios, cómo la quería.

No como se desea a una mujer bonita en una fiesta. La quería fuera de ese salón, fuera de ese vestido, debajo de él, contra él. La quería en su casa. En su cama. En su vida. Ya no como deber. No como culpa. No como rescate.

Como mujer. Era la indicada.

Y al mismo tiempo, sintió algo más fuerte aún.

Orgullo. Ella había venido. A pesar de todo. Y al verla así, comprendió: no la estaba salvando. Ella venía a salvarlo a él.

Ashforde dio un paso sin darse cuenta, como arrastrado por un instinto más profundo que el orgullo o la razón. La música, hasta entonces elegante y omnipresente, se disolvió, como si incluso la orquesta aguardara, conteniendo el aliento.

Sinderella se detuvo justo al borde del salón. El vestido abrazaba sus curvas con un descaro sutil, la tela brillaba como si tuviera luz propia. Y entonces, sus ojos verdes lo buscaron entre la multitud y lo encontraron. Fijos. Encendidos. Dueños de él.

No sonrió. No bajó la mirada. No pidió permiso. Solo lo miró como si supiera exactamente lo que provocaba en él, como si ese fuego que ardía en su pecho también ardiera en el de ella. Era la misma muchacha de la posada, sí... Era el deseo hecho carne. Era poder. Era una mujer.

Y Ashforde, que había enfrentado ejércitos, duelistas y cortes podridas de mentiras, sintió el vértigo más brutal de su vida cuando ella dio un paso hacia él.

Porque con cada centímetro que lo acortaba, su cuerpo le recordaba —con violencia y necesidad— todo lo que había perdido en esas noches sin ella. Y todo lo que aún podía perder si no la reclamaba.

La risa de Clarisse se quebró en seco. Sus ojos, aún cargados de burla, se clavaron en la figura que acababa de cruzar el umbral... y entonces se quedó sin aire.

—No —susurró, atónita. El abanico resbaló de sus dedos y cayó al suelo con un chasquido hueco.

La sala empezaba a girarse. Uno a uno. Rostros, miradas, abanicos detenidos en el aire. Pero no era hacia ella, hacia Clarisse. Era hacia *ella*. Hacia Sinderella.

Vestida de azul profundo, con el cabello recogido en ondas suaves y una capa ligera que flotaba tras de sí parecía una auténtica princesa. No era solo la belleza —aunque eso ya era un golpe—. Era el modo en que la sala la recibió. Con un silencio casi reverente. Como si hubieran estado esperando su llegada sin saberlo. Como si una heredera hubiera regresado del exilio.

Clarisse tragó saliva, seca, inmóvil.

A su lado, Lady Maevena no dijo una sola palabra. Pero su espalda se tensó, sus labios se fruncieron apenas, y sus uñas se clavaron en la copa que tenía entre las manos.

—¿Es... ella? —susurró Imogen, con voz ronca, casi infantil, como si no pudiera creer lo que veía. Su cara, siempre al borde de la desproporción, se contrajo aún más—. Pero... parece una princesa.

—¡Cállate! —bufó Clarisse, dándole un leve manotazo en el brazo sin mirarla siquiera.

Y entonces, mientras buscaba la mirada de su madre en silencio, tragando su rabia, Clarisse comprendió, por primera vez de verdad, lo que era el miedo. No por lo que Sinderella era. Sino por cómo *la veían los demás*. Porque por primera vez en su vida... el mundo ya no la estaba mirando solo a ella.

Sinderella avanzó, bastante decidida, más de lo que había creído. Cuando llegó frente a él, se detuvo. No dijo nada. Solo lo miró.

Ashforde no supo si besarle la mano o arrodillarse. En lugar de eso, le ofreció el brazo. Y ella lo aceptó.

La música reanudó su curso como si por fin le hubieran permitido respirar. Un murmullo creció en la sala: cuchicheos, miradas torcidas, abanicos que se abrían con ansiedad nerviosa. Ashforde no se giró hacia ellos. Solo hacia ella.

—¿Estás bien? —preguntó en voz baja.

—Lo estaré, si me mantengo a tu lado —respondió ella, sin titubear.

Él la miró un segundo más, y entonces —como si todo aquel salón fuera un tribunal esperando su palabra— se giró hacia los anfitriones.

Lord y Lady Craver, nobles de buena cuna y mejor reputación, ya los observaban con atención.

—Lady Craver, Lord Craver —dijo Ashforde con voz firme—, permítanme presentarles a la señorita Sinderella Glasswell.

—¿Glasswell...? —murmuró Lady Craver, con los ojos entrecerrados, llevándose la mano al pecho—. ¿La hija de Lady Eleanor?

—Así es —afirmó Ash con una firmeza cortés, pero sin permitir espacio para el cuestionamiento.

Los Craver se miraron, sorprendidos. Lady Craver incluso retrocedió medio paso.

—¡Pero...! Siento decirlo así, per pensábamos que había huido —dijo, como disculpándose—. Su madre fue una mujer excepcional. Muy amable. Siempre tan... correcta. ¿Usted sabía, milord, que Lady Maevena nos dijo que la pequeña había sido... bueno... descarriada? Que se marchó con un trabajador. ¡Algo terrible! Por eso no la tomábamos en cuenta.

Ash entrecerró los ojos. Pero Sinderella fue quien respondió, con voz suave:

—Yo nunca me marché.

La frase, dicha con tanta calma, hizo que Lady Craver palideciera un poco. Lord Craver carraspeó, incómodo.

—Entonces, es un honor tenerte aquí, señorita Glasswell, y acepta mis disculpas —dijo lady Craver finalmente, lanzando una

mirada de reojo a lady Maevena, cargada de escepticismo—. Si tu madre viviera, estaría orgullosa. Siempre hablaba de ti con ternura... y jamás habría tolerado que desaparecieras así. Nos alegra saber que estás bien... y tan hermosa.

ChatGPT Plus

—Mucho más que bien —dijo Ashforde, sin apartar la mirada, con una intensidad que hizo que el silencio se alargara unos segundos más—. Está como debe estar. Como debió estar siempre. Y cualquiera que no lo vea... es porque no soporta la verdad. Ahora que yo soy el tutor de Glasswell Grange no toleraré más injusticias.

Lady Maevena, a la distancia, lo vio y lo escuchó todo. La postura del duque, su voz segura, la forma en que la sala entera parecía inclinarse hacia Sinderella como si todos, de pronto, supieran quién era Sinderella Glasswell. Sintió un nudo en el estómago, uno que no venía del orgullo ni del miedo, sino de algo mucho más corrosivo: la impotencia.

Durante años había manejado cada hilo de esa casa como una marionetista experta. Había decidido quién hablaba, quién callaba, quién merecía ser visto y quién debía esconderse en los rincones. Ella había impuesto el relato: Sinderella como una sombra, como una sirvienta, como un error, como una indecente.

Pero ahora todo se estaba cayendo. El duque, ese hombre que debía ser su aliado —o al menos, su herramienta—, le daba la espalda con cada palabra. La muchacha, esa criatura que había callado durante años, brillaba como una joya bajo los candelabros, segura, hermosa, deseada.

Siempre fue la más hermosa de todas.

Lady Maevena apretó los labios y dejó la copa en una bandeja por miedo a partirla entre sus dedos. La rabia iba mezclada con una punzada extraña, casi desconocida. ¿Culpa? ¿Arrepentimiento? No. Solo la certeza de que había perdido el control. De que había subestimado a todos, y que su imperio, construido sobre silencios y medias verdades, se resquebrajaba sin que pudiera hacer nada.

Lord Ashforde mantenía aún el brazo de Sinderella entre los suyos, pero algo en él se había tensado. Sus ojos la devoraban en silencio. No por lujuria —al menos no solo por eso—, sino con esa

ansiedad animal que se esconde tras la certeza de que algo precioso puede escurrirse entre los dedos.

Fue entonces cuando ocurrió.

Un joven de buena estampa, pelo castaño claro, ojos vivos y porte confiado, se acercó con una reverencia estudiada. Su frac estaba adornado con una rosa blanca en la solapa y el reloj de bolsillo brillaba como si lo hubiera pulido con talco.

—Milord Ashforde... —inclinó la cabeza con respeto, aunque no disimuló el interés en los ojos cuando miró a Sinderella—. ¿Tendría usted a bien concederme el honor de este baile con la señorita... Glasswell?

Sinderella parpadeó. El joven no parecía vulgar ni presuntuoso. Había algo limpio en su sonrisa, algo transparente. Y aun así, Ashforde sintió como si un puño invisible le apretara el estómago.

La idea de verla girar en brazos ajenos —ese cuerpo que conocía, esos labios que recordaba— le revolvía el juicio. Pero no podía negarse. No sin parecer mezquino. No si de verdad quería que la sociedad la aceptase.

—Por supuesto —dijo con voz medida, aunque por dentro ardía.

Y soltó su brazo.

Sinderella fue llevada a la pista. La música cambió de compás. Y entonces, el salón se rindió ante ella. Bailaba con una gracia inesperada, como si su cuerpo hubiera nacido para deslizarse por esos salones de mármol. Ligera, fluida, completamente en control.

Ashforde la observó sin pestañear, bebiéndose cada giro, cada paso. El joven la hacía reír suavemente. Y ella... ella parecía olvidarse del mundo.

Y eso lo mataba. Debería alegrarse por ella. Pero no podía hacerlo, no del todo.

—Una visión, ¿no es cierto? —dijo Lord Craver a su lado, con la copa alzada y tono casi festivo—. Su madre era igual... Lady Eleanor. Qué mujer. Siempre tan serena, tan elegante. Pero la hija... la hija ha heredado algo más. Hay... fuego ahí. Nada que ver con las otras señoritas Glasswell—añadió en un murmullo educado, sin malicia, pero tampoco con tacto.

Ashforde giró apenas la cabeza. El comentario era vulgar, típico de la nobleza rural. Pero útil.

—Justamente de eso quería hablarle, lord Craver —dijo el duque, con una sonrisa política—. Me mencionó hace tiempo que buscaba una alianza comercial. Algo estable, sin demasiado riesgo, con buena posición de tierras.

—¡Por supuesto! ¡Las propiedades de Glasswell son tierra fértil! —se entusiasmó el lord—. Solo necesitan un poco de inversión.

—Podría estar dispuesto a considerar una asociación... siempre que se resuelva un pequeño asunto doméstico.

Craver se inclinó, curioso.

—Las jóvenes deben casarse —continuó Ashforde, bajando la voz con elegancia—. Las tres, idealmente. Pero al menos dos. Clarisse e Imogen tienen dotes significativas, si bien algo dispersas por el mal manejo de los años recientes. Una alianza con su familia podría ser... ventajosa.

Craver comprendió enseguida.

—Mi sobrino Edward es soltero. Hijo único. Su padre le dejará una renta modesta, pero segura. No tiene título, pero estudió en Eton y posee una mansión en las afueras de Bramblehill. Muy discreto. Muy serio. Ha tenido... propuestas. Pero nada que entusiasme.

—Imogen podría adaptarse bien a un lugar así —dijo Ash—. Y Clarisse... bueno, requiere un poco más de atención. Pero a cambio de esa dote considerable, debería incluirse una solución definitiva para Lady Maevena.

—¿Una solución...? —dudó Craver.

—Una casa pequeña en el pueblo, o una habitación con vistas al jardín de esa mansión a las afueras. Lo que sea, siempre que esté fuera del núcleo de la familia. Sin interferencias.

Craver asintió con lentitud.

—Lo veo viable. Y si alguna de sus muchachas logra encajar con Edward, podríamos formalizar antes de fin de año —dijo Lord Craver, acariciando el borde de su copa con gesto pensativo. Luego, añadió con un deje casi pícaro, bajando un poco más la voz y aprovechando que su esposa se había alejado para seguir hablando de Sinderella

con otros invitados—. Si fuera la señorita Glasswell la disponible... mi sobrino no lo pensaría ni dos veces, de eso estoy segura.

Ashforde no parpadeó. Pero la tensión en su mandíbula lo traicionó. Apretó los dientes y rozó la tela de su pantalón con violencia.

—Me temo que la señorita Glasswell no está en ese mercado, no posee una dote digna de su sobrino, estudiante de Eton y heredero de una pequeña fortuna, no quiero ser injusto —respondió con una sonrisa cortés, perfectamente medida. Luego se inclinó levemente hacia él—. Pero Clarisse y Imogen sí lo están. Y, como verá, con sus respectivas dotes vienen también ciertas... responsabilidades. Como Lady Maevena. Será parte del trato. Por eso le reitero que es importante tener en cuenta su dote.

—Una suegra incluida en el contrato —murmuró Craver, divertido—. Qué arreglo tan del siglo.

Ashforde no sonrió. Solo levantó la copa.

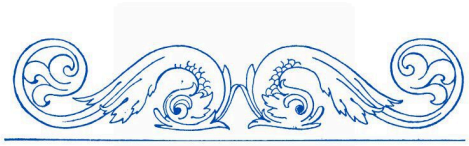
—El siglo es lo de menos. Lo importante es saber cerrar el trato correcto.

Ashforde sonrió, o al menos eso intentó. Un gesto leve, forzado, que se le congeló en los labios cuando su mirada, como por instinto, buscó la pista de baile. Y ahí estaba ella. Sinderella. Girando con ligereza, el vestido azul ondeando con cada paso, como si la libertad le naciera desde los tobillos. El joven a su lado —ese muchacho ridículamente afortunado por tenerla entre los brazos— le susurró algo al oído. Y ella sonrió.

No era una sonrisa coqueta. Lo sabía. Sinderella no era así. No jugaba a ser deseada, no manipulaba miradas. Esa sonrisa era real. Era franca. Era una mujer que, por primera vez, se sentía libre. Que respiraba sin permiso. Y aun así...

Ash sintió cómo el nudo en su pecho se apretaba como una corbata mal anudada. Los celos no eran razonables. Lo sabía. No tenía ningún derecho. Pero eso no impedía que su cuerpo se mantuviera tenso, rígido, casi dolorido. Como si todo en él quisiera salir a buscarla, a recuperarla, y al mismo tiempo entendiera que no tenía ningún derecho para hacerlo. Solo podía mirar. Y arder por dentro en silencio.

Capítulo 22



El primer vals terminó con una reverencia impecable.

El joven que había tenido la suerte de abrir la pista con Sinderella Glasswell se inclinó profundamente, sin soltar aún su mano, como si no quisiera desprenderse de la experiencia. Su sonrisa era genuina y sus ojos azules brillaban tanto como su pelo rubio bien cortado.

—Ha sido un honor, señorita Glasswell —dijo con voz clara, lo suficiente para que los que estaban cerca lo oyeran—. Creo que no volveré a bailar esta noche. ¿Cómo superar algo así?

Sinderella inclinó apenas la cabeza, en un gesto contenido, casi tímido. No sonrió del todo. La avalancha de miradas la abrumaba más de lo que habría querido admitir. No estaba acostumbrada a tanta atención, ni a los susurros ni a los ojos que la seguían con asombro y curiosidad. Pero había algo en esa música, en el roce elegante de los pasos, que le gustaba. Había aprendido a bailar a escondidas, escuchando las clases de Clarisse e Imogen desde detrás de las cortinas, imitando sus movimientos en silencio, sola. Ahora, en medio de todo aquello, por fin bailaba de verdad. Y aunque una parte de ella se sentía desnuda, expuesta, otra... otra comenzaba a disfrutarlo demasiado.

No pasaron ni dos segundos antes de que otro caballero se acercara, haciendo una reverencia cortés y ofreciéndole el siguiente baile. Sinderella apenas había regresado junto a Ashforde; aún sentía su presencia a su lado, el peso de su mirada ardiendo sobre

su piel con una mezcla de orgullo y algo más oscuro, casi feroz. No hubo tiempo para palabras ni respiros: el salón no le concedía tregua.

El nuevo pretendiente, más joven, con galones brillando sobre el uniforme de una academia militar, se inclinó con apremio, la mano extendida con la impaciencia de quien no está acostumbrado a esperar. Ni siquiera se dignó a mirar a Ashforde. Solo la miró a ella. Como si ya supiera que la deseaban todos. Como si fuera evidente que, por fin, el mundo la veía.

—¿Me concede este baile?

Ella miró a Ash buscando su permiso.

Ashforde sostuvo su mirada. Su expresión era impenetrable, pero su mandíbula se tensó levemente, y los labios, apretados, dibujaban una línea dura. Asintió una sola vez, con rigidez. Un gesto seco. Cortante. Como si al hacerlo se arrancara algo de dentro.

Y entonces la soltó.

Otra vez. Como en el jardín. Como en la posada.

Solo que ahora dolía más, porque ella se marchaba sin mirar atrás. Y él tenía que quedarse ahí, viéndola brillar en los brazos de otro

Luego volvió a ocurrir.

No había terminado el siguiente compás cuando otro caballero se acercó. Esta vez, un vizconde menor —con la chaqueta demasiado ajustada y el ego desbordado—, que ya había orbitado la pista un par de veces como un halcón paciente, midiendo su momento para lanzarse.

Su reverencia fue teatral, su sonrisa calculada. Y aún antes de extender la mano, ya parecía convencido de que ella aceptaría.

Ashforde lo vio todo. El modo en que el vizconde ladeaba la cabeza, la forma en que hablaba demasiado cerca del rostro de Sinderella. La forma en que ella, por educación más que deseo, asentía con timidez. Y ese maldito nudo volvió a apretarse en su garganta. Porque cada hombre que se acercaba a ella parecía olvidar que, hasta hacía apenas una semana, ni siquiera sabían que existía.

Pero él sí. Él la había visto mucho antes de que todos comprendieran que era una mujer excepcional. Antes del vestido, antes del peinado, antes del escote perfecto y de los pendientes de perlas. La había visto temblando de frío en una posada perdida, con las manos manchadas de barro y el alma hecha pedazos. Y aún así, incluso entonces, ella ya era imposible de ignorar. Porque su luz no venía del oro ni de las costuras: venía de dentro. No dolo de su belleza exterior, sino también interior. Era imposible que no atrajera las miradas de los caballeros. Y ahora, verla en el centro de aquel salón, rodeada de halagos que llegaban tarde, lo enfurecía. Porque todos querían una parte de ella, pero ninguno sabía quién era en realidad. Solo él. Solo él la había amado desde la sombra.

—Señorita Glasswell, sería un crimen no permitir que todos podamos gozar de su arte —dijo el vizconde con una reverencia teatral.

Ash mordió el borde de su copa. Apenas un sorbo. Apenas un gesto. Pero sentía que la sangre se le espesaba. Y no fue el único en notarlo.

Las miradas empezaron a caer sobre él, sobre el hombre que había llegado con ella, que la había presentado, y que ahora la dejaba deslizarse de brazo en brazo sin protestar. Las damas lo observaban con curiosidad; los hombres, con cierta compasión.

Sinderella flotaba, no caminaba. Su risa no era escandalosa, pero tampoco temerosa. No coqueteaba. No insinuaba. Pero cada hombre que la tocaba parecía olvidarse de sí mismo.

La tela azul se abría como un suspiro con cada giro. Y su cabello rojo, prendido aún con firmeza, dejaba escapar un solo mechón encendido que rozaba su cuello. Ash lo conocía. Lo había besado. Lo había acariciado entre gemidos que eran solo para él.

Y ahora, estaba allí, al alcance de otros.

—Nunca lo vi —comentó Lord Craver, que había regresado a su lado con otra copa de jerez en la mano—. A ninguna. Ni siquiera a Lady Eleanor, su madre. Ninguna Glasswell había provocado nunca semejante interés. Es como si... el apellido hubiera despertado de pronto —Hizo una pausa y luego añadió, con esa risa de viejo zorro que usaba cuando creía estar diciendo algo sagaz—. Si no fuera por

su falta de dote, la casaría usted en un día con un buen partido. Mi sobrino la aceptaría, milord. Incluso lady Craver está de acuerdo. No necesitaría dote. Esa muchacha es un premio, milord. Tener a la mujer más guapa de Bramblehill como esposa y pariente sería motivo de orgullo en cualquier familia sensata.

Ashforde no respondió de inmediato. Dio un sorbo corto a su copa, sin mirar al viejo aristócrata. Pero cuando habló, su tono fue más seco que antes, más firme.

—No está en oferta, Craver.

Lord Craver parpadeó, sorprendido. Ashforde giró apenas la cabeza, regresando su mirada azul y profunda en Sinderella.

No era solo celos. Era vértigo.

Había deseado verla así. Había querido que fuera feliz, que su nombre recuperara el lugar que le correspondía. Que los invitados la miraran con respeto, con deseo, con admiración.

Y ahora que sucedía, ¿por qué dolía tanto?

La observó sin parpadear mientras el cuarto pretendiente le ofrecía la mano. Ella la aceptó con un gesto elegante, sin duda. No le dedicó ni una sola mirada a Ashforde. Estaba disfrutando de su momento.

Y eso, eso fue lo que más le dolió.

Porque por primera vez... parecía no necesitarlo.

"Es lo mejor", se dijo. Una y otra vez. *Déjala ser feliz. Déjala elegir. No la encierres en ti. No repitas el error de todos los hombres.*

—Esto es una farsa —bufó Clarisse, agitando el abanico con una violencia que ya no pretendía disimular. Su rostro, alguna vez cuidadosamente moldeado para la coquetería, estaba ahora deformado por una rabia cruda, sin filtros, casi patética. Ya no quedaba nada de la gracia que la había distinguido en las primeras temporadas. Solo quedaban los restos, los gestos tensos, los ojos desorbitados que no lograban apartarse de esa figura azul que seguía girando bajo los candelabros como si el mundo hubiera sido hecho solo para mirarla.

Lady Maevena no respondió de inmediato. Tenía la cuarta copa vacía entre las manos, el cristal apretado entre los dedos huesudos.

Y aún así, temblaba. No por la bebida. No por el frío. Sino por la certeza: lo que estaba ocurriendo no era pasajero. Esa sala no iba a olvidar fácilmente lo que estaba viendo. Sinderella era tan hermosa como lo fue su madre.

—Aprendió a moverse así sirviendo copas en alguna posada inmunda —murmuró Clarisse, sin poder controlar el temblor de su voz, escupiendo cada palabra como si escarbara su propio despecho —. Seguro algún mozo de cuadra le enseñó a girar así. A sonreír así.

—Déjala disfrutar —dijo lady Maevena con voz ronca—. Esto es solo espuma. La sociedad olvida. Siempre lo hace. Las modas cambian. Las caras bonitas desaparecen. No tiene dote. No tiene nada que ofrecer. Cuando el duque se canse de jugar al redentor, volverá al polvo.

Pero ni siquiera ella se creyó esa mentira. Y ambas lo supieron. Porque lo dijo sin convicción, sin esa autoridad cruel que solía tener. Porque mientras Sinderella bailaba con los mejores caballeros del baile, el salón parecía girar con ella. Nadie reparaba en Clarisse. Nadie reparaba en Imogen. Nadie preguntaba ya por las hijas conocidas de Glasswell Grange. Incluso había personas que comentaban: ¿dónde estaba escondida la hermana más hermosa de Glasswell Grange?

El odio de Clarisse se transformó en algo peor: desesperación. Se le notaba en el modo en que sus uñas arañaban el mango del abanico, en la manera frenética con la que giraba el rostro hacia cada grupo que murmuraba, convencida de que hablaban de ella.

Lady Maevena, por su parte, experimentaba una humillación más lenta, más profunda. Era el desmoronamiento del control. Había construido esa casa piedra por piedra, mentira por mentira, y ahora veía cómo todo se le escapaba. Sinderella había sido su peón, su carga, su error heredado... y la había subestimado. Pensó que podía ocultarla.

Que nunca opacaría a sus dos hijas.

Y sin embargo, allí estaba, y sus hijas apenas tenían relevancia.

Pero lo más inquietante —lo que les heló la sangre a ambas— fue la tercera figura sentada en silencio.

Imogen.

No hablaba. No opinaba. Solo miraba.

Sus ojos, grandes, redondos, no seguían el vestido ni el peinado, ni siquiera la imponente figura del duque. Seguían a Sinderella. Pero no como se observa a una rival, ni siquiera como se envidia a una mujer. La miraba como se mira algo que duele y al mismo tiempo deslumbra. Con esa mezcla de asombro y culpa que solo nace cuando uno comprende —demasiado tarde— que ha sido testigo de una injusticia.

Porque aunque nunca lo dijera en voz alta, o no se lo hubieran permitido decir, aunque lo negara con cada palabra que le habían enseñado a decir, Imogen lo supo en lo más íntimo de sí misma: Sinderella era la verdadera heredera de Glasswell Grange. No por su dote. Sino por su esencia. No era la hija manchada por el escándalo, como Lady Maevena se había empeñado en repetir hasta que la mentira se volviera costumbre. No era una sirvienta nacida del polvo.

Era lo que todas ellas habían fingido ser durante años.

Una dama.

Una Glasswell.



El reloj marcaba el fin de la fiesta en Highmoore Palace y los Craver ya se colocaban en la entrada para despedir a los invitados. La sala, aún cargada de murmullos y perfume, comenzaba a disolverse. Sinderella hizo una última reverencia a algún caballero. No exagerada. No teatral. Solo digna. Aun así, cada gesto suyo se grababa en los ojos de los presentes, como si todos estuvieran enamorados de ella.

Ashforde se acercó sin prisas. Los asistentes se apartaron con naturalidad, él era su tutor. El hombre que debía encargarse de su seguridad.

—Debemos marcharnos —le dijo él, en voz baja, apenas audible por encima del zumbido del salón.

Sinderella asintió. No hacía falta que dijera nada. Ya era casi de madrugada y el carruaje aguardaba en la puerta.

Ashforde le ofreció el brazo, y ella lo aceptó. Nadie los detuvo. Nadie se atrevió. En ese instante, él era su escolta... aunque el deseo que lo embargaba era el de un hombre que la habría reclamado ahí mismo, ante todos. Pero no era su dueño, no todavía.

Caminaron en silencio por el pasillo alfombrado. El roce de sus cuerpos era mínimo, contenido por la decencia, por las normas... pero bajo la tela, bajo la piel, la tensión era pura dinamita.

Las luces de los candelabros temblaban como si sintieran la carga de lo que estaba por desatarse entre ellos. Y cuando llegaron a los escalones del pórtico, el aire frío no enfrió nada. Solo intensificó el calor que lo consumía a él por dentro.

Ashforde se detuvo.

No dijo nada. Solo dejó que sus dedos rozaran los de ella. Un contacto leve, casi imperceptible. Pero para él fue como tocar un incendio. La yema de sus dedos ardió. La necesidad de estrecharla, de inclinarse y besarle la boca con el hambre que llevaba semanas guardando, lo dejó sin aire.

Y sin embargo, no se movió más.

No debía. No allí. No así.

Pero el deseo quedó marcado en su mirada azul, inconfundible. Brutal. Desesperado.

Y ella lo supo. Porque también lo sentía.

—¿Estás segura de que quieres volver con ellas? —se aclaró la garganta, señalando en el carruaje en el que ya estaban subidas las demás damas Glasswell.

Ella lo miró. No con debilidad, sino con determinación. Sus ojos, tan verdes como la primera vez que él los vio en ese camino lleno de barro, brillaban ahora con una luz distinta. Una que no pedía permiso. Una que elegía. Y le gustó, se alegró por ella.

—Sí —respondió—. Esta noche... puedo con ellas.

Ash apretó la mandíbula, luchando con lo que no podía decirle. Con lo que habría querido gritarle. Pero no era suya. Aún no.

—Entonces iré detrás —dijo con firmeza, y no como una pregunta—. A caballo. No quiero dejarte sola. Nos veremos en Glasswell Grange.

Ella bajó la vista un segundo, y en esa breve rendija de silencio, hubo algo parecido a ternura.

—Gracias —murmuró ella, con la voz apenas temblando—. No sabes cuánto significa esto para mí, Ashforde.

Y subió al carruaje.

El interior olía a perfume caro, humedad y rabia contenida. Las sombras se aferraban a los rincones como si también quisieran esconderse. Clarisse e Imogen ya estaban allí, sentadas con la espalda tiesa. Lady Maevena, envuelta en su capa oscura, sujetaba su rosario con fuerza, como si de verdad creyera que pudiera conjurar algo con él.

Durante un largo tramo, nadie abrió la boca. El único sonido era el crujido de las ruedas abriéndose paso en el barro y el golpeteo rítmico de los cascos contra el suelo húmedo. El calor del baile, la música, las luces... todo parecía ya muy lejos. En su lugar, una frialdad se apoderaba del interior del carruaje.

Sinderella sentía cada segundo como una tortura. Sabía que el silencio no duraría.

Y no se equivocó.

—¿Fue divertido? —espetó Clarisse con voz aguda, llena de rabia—. ¿Te has sentido la reina del espectáculo? Todos los hombres babeando por ti como si fueras un dulce exótico. Qué forma tan vulgar de llamar la atención —Hizo una pausa, y su siguiente frase fue más baja, más cruel—. Has sido digna hija de tu madre esta noche... pasando de brazo en brazo como una cualquiera.

Sinderella no parpadeó. La frase le había golpeado, sí, pero no retrocedió.

—¿Sabes lo que más me sorprende, Clarisse? —dijo Sinderella con voz serena, pero firme, sin apartar la mirada—. Que sigas repitiendo lo de "una cualquiera", cuando mi madre fue más mujer, más dama y más Glasswell de lo que tú o tu madre podríais soñar ser —Se incorporó un poco, con la espalda recta y alzó la barbilla.

—¿Cómo te atreves, niña desagradecida? —se enfureció lady Maevena, dejando el rosario con violencia sobre su falda.

—Lady Craver habló de ella esta noche —dijo Sinderella, y su voz, por primera vez en tantos años, sonó clara, alta, firme, tan distinta a la muchacha dócil del desván que hasta Imogen levantó la cabeza—. Con respeto. Con admiración. Y no fue la única —añadió, sin parpadear—. Si mi madre hubiera sido la vergüenza que vosotras os empeñáis en inventar, ¿creéis que los Craver me habrían aceptado? ¿Que los invitados habrían aplaudido mi entrada? ¿Que los pueblerinos de Bramblehill —los mismos a los que apenas miráis cuando os sirven— habrían corrido a salvarme? —Lady Maevena giró bruscamente el rostro hacia ella, como si esas palabras la hubiesen abofeteado, pero Sinderella ya no se detenía—. Porque sí, señora —continuó, con una calma que dolía más que cualquier grito—, sé lo que hicisteis. Me envenenasteis. Esta noche. Justo antes del baile. Pero fue uno de esos hombres humildes, un granjero al que mi madre ayudó cuando nadie más lo hizo, quien me trajo de vuelta. Su lealtad, su gratitud, su memoria... fueron más fuertes que vuestro veneno.

—¿La envenenasteis? —preguntó Imogen, incrédula, mirando directamente a Lady Maevena—. ¿De verdad...? ¿Hasta ese punto? —Su voz se quebró, pero no bajó el tono—. Esto ya no es solo por defender nuestros intereses, madre. Esto es... cruel. Es sucio —Lady Maevena no respondió. Solo entrecerró los ojos, como si le doliera haber sido desafiada por su propia hija— No me miréis así —continuó Imogen con la voz temblorosa—. Siempre me lo negué. Siempre quise creer que había una razón para vuestro desprecio hacia ella. Pero esto... —volvió a mirar a Sinderella, que aún mantenía la barbilla alta, los ojos en su sitio—. Esto no lo puedo justificar.

Hubo un silencio brutal.

—Así que no, Clarisse. No bailé por ellos. Ni para provocar. Bailé porque esta vez, y por fin, nadie pudo impedírmelo.

Lady Maevena resopló con desprecio, sin dignarse mirarla.

—Puedes deslumbrarlos, sí. Con tu rostro. Con tu belleza. Con la historia melodramática que todos parecen amar de repente. Pero no

puedes engañarlos, Sinderella. Tarde o temprano verán lo que hay detrás del brillo: nada. No tienes dote. No tienes fortuna. Y sin dinero, no hay alianza posible. No entre nobles. No en este mundo.

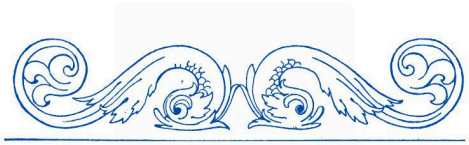
—Sea como sea —dijo, y en su voz vibraba una ironía delicada —, ahora entiendo por qué me temía tanto, querida madre... madrastra. Ahora sé por qué me ocultaba entre platos y fregonas desde que era una niña, por qué me condenó al polvo y al silencio. Porque el recuerdo de mi madre le dolía. Porque jamás podrá igualarla... y, lo peor, es que lo sabe. Y sabe también que sus hijas tampoco podrán igualarme a mí.

Lady Maevena alzó la mano y la bofetada resonó en el interior del carruaje como un disparo seco. El impacto giró levemente el rostro de Sinderella, pero no la derrumbó. No esta vez.

Ella volvió la cabeza con lentitud, y sonrió. No con burla, sino con algo aún más temible: con poder.

—Tengo testigos, milady —susurró Sinderella, permitiéndose ser valiente—. Testigos de que esta noche intentó envenenarme. ¿Está segura de que quiere que se lo diga al nuevo tutor de esta casa? Quizá las condiciones para usted y sus hijas empeoren considerablemente —La miró con serenidad, sin miedo—. Ya no le temo, Lady Maevena. Y jamás volveré a hacerlo. Siempre fui fuerte... ¿cómo si no habría soportado tantos años de silencio, de humillación, de desprecio? Pero ahora, usted también lo ve. Lo enfrenta. Y sabe que ha perdido.

Capítulo 23



La mansión de Glasswell Grange dormía.

En las habitaciones principales, las luces ya estaban apagadas. Sinderella avanzaba despacio por el pasillo, todavía envuelta en los restos del perfume del baile y del sudor del coraje. Detrás de cada puerta cerrada dormía —o fingía dormir— una derrota. Lady Maevena se había retirado sin una palabra más, con el rostro endurecido por la rabia contenida. Clarisse había subido las escaleras con los labios apretados, sin volver la cabeza. Imogen fue la última en desaparecer, con la mirada baja, sin atreverse a cruzarse con ella.

Ninguna había intentado discutir. Ninguna se había atrevido a replicar. Y ese silencio, ese repliegue casi temeroso, fue para Sinderella una pequeña, inesperada victoria. Sinderella caminó descalza por el pasillo. Su vestido, que ya no brillaba como en el baile, ya le pesaba.

Subió los escalones del ala este, los que crujían si uno pisaba en el centro, pero callaban si se caminaba con cuidado por el borde. Lo sabía. Siempre lo había sabido. Ella creció en esas maderas, en esos pasillos que habían sido su jaula y refugio.

El desván estaba oscuro, pero no cerrado.

Empujó la puerta con delicadeza.

La habitación olía a tiempo. A polvo, a papel viejo, a madera envejecida por el sol. A madre. El baúl donde Lady Eleanor guardaba sus pañuelos bordados seguía ahí, junto a su pequeña cama. Las cortinas antiguas, pálidas y desteñidas, aún colgaban torcidas en las

ventanas altas. Un libro de cocina, con la letra de su madre en los márgenes, yacía semiabierto como si la esperara desde hace años. Todas sus pertenencias habían sido guardadas ahí, incluida su propia hija cuando estorbaba en las alcobas principales.

Sinderella se sentó en el suelo, junto al baúl.

Acarició una tela que alguna vez envolvió el cuerpo de su madre, lady Eleanor. Hurgó entre los pliegues hasta encontrar una cinta de cabello... dorada, marchita por el tiempo, pero aún tibia en su memoria. No lloró.

Pero algo dentro de ella vibraba. No era tristeza. Era determinación.

Había recuperado su voz. Su nombre. La dignidad de su madre. Pero no era suficiente. No aún. Porque la historia estaba incompleta. Porque durante años había vivido convencida de que su padre la había olvidado, repudiado quizás, al no dejarle nada. Y, sin embargo, en su corazón no lo recordaba así.

Recordaba sus manos cálidas tomándola en brazos. Las risas que compartieron en el invernadero. Aquella canción absurda que le tarareaba al dormir. Había amor en esos recuerdos, lo sabía. Amor verdadero. ¿Por qué, entonces, no le dejó nada? ¿Por qué la condenó al desván, al silencio, a la invisibilidad?

Quizá no fue odio. Quizá fue cobardía. O debilidad. Quizá Lady Maevena, con su lengua afilada y sus promesas envenenadas, le arrancó también a él la voluntad. Porque desde el nacimiento de Clarisse e Imogen, él cambió. Se volvió más ausente, más sombrío. Pero nunca cruel. No con ella. No con su madre.



Ashforde llegó al portón sin hacer ruido.

El caballo —un corcel negro de paso firme— obedecía sin protestar, como si también supiera que esa noche era distinta. Lo ató junto a la fuente con manos automáticas, sin prestar demasiada

atención. Algún mozo se encargaría de llevarlo a los establos. Él solo quería entrar. Caminar. Respirar algo que no fuera rabia contenida.

Avanzó por el sendero de grava con el abrigo aún colgando de los hombros. El aire era húmedo, con ese olor terroso que dejaban las madrugadas y las tormentas invisibles. Pero lo que le calaba no era el frío. Era ella.

Todavía podía verla girar. Escuchar la risa de ese joven que no era él. Ver sus ojos buscarlo... y luego mirar a otro. Y aunque sabía —sabía con certeza cruel— que Sinderella no había hecho nada malo, que no había provocado nada, ni seducido, ni jugado, la punzada de celos le seguía royendo el estómago como un animal hambriento.

La deseaba. La echaba de menos. No solo en la pista de baile. La extrañaba en el silencio de su cuarto. En la soledad de su nombre. En el eco de sus pensamientos, que desde hacía semanas se llenaban de ella sin que pudiera impedirlo. Quería tenerla cerca. Decirle algo que no fuera político, ni prudente, ni noble.

Pero no sabía cómo hacerlo sin estropearlo todo. Porque con ella... no quería equivocarse. No podía.

Estaba alterado.

Un viejo criado que aún recogía velas en la entrada lo vio llegar. No dijo palabra. Solo asintió. Sabía quién era. Sabía que podía pasar.

Ash entró en la casa con el sigilo de un ladrón, pero con el derecho de un señor.

Todo estaba oscuro. Solo una lámpara quedaba encendida en el vestíbulo, junto a un reloj que marcaba las tres de la madrugada.

La buscó en la planta baja. En la biblioteca. En la antigua sala de costura.

Algo se encendió en su interior. Un presentimiento. Un cosquilleo incómodo en la nuca, como si el aire hubiera cambiado de textura.

Ashforde se detuvo a mitad del pasillo, con el ceño fruncido.

No sabía exactamente por qué, pero algo no encajaba. Era absurdo, quizás, pero no podía ignorar aquella punzada que le apretaba el pecho. Tal vez era porque no la había visto bajar del carruaje. O porque no había luz en el ala este, donde ella solía

aparecer como una sombra discreta. O, quizás, porque aún no sabía —no había preguntado nunca— en qué rincón exacto de esa enorme casa dormía.

Eso seguía siendo competencia de Lady Maevena. Todo lo relacionado con la disposición del personal y la vida doméstica le correspondía a ella. Incluso ahora, con la nueva tutela, él había preferido no intervenir en cada detalle.

Y el simple hecho de no saber si Sinderella dormía en el desván, en un cuarto de servicio, o entre escobas y recuerdos lo inquietó como una bofetada.

Ese presentimiento, pequeño al principio, se volvió urgencia. Subió con sigilo las escaleras traseras, las que los sirvientes usaban.

El silencio era tan denso que podía oír su respiración. Un crujido en el piso alto. Un roce. Apenas audible. Pero suficiente.

El desván.

Ash empujó la puerta despacio.

Y allí estaba ella.

Sentada sobre una alfombra raída, con las piernas dobladas bajo el cuerpo y la espalda recta, como si la dignidad la mantuviera erguida incluso en el rincón más olvidado de la casa. No llevaba ya el vestido del baile, pero aún quedaban restos de él en su piel: un brillo en las clavículas, el cabello suelto cayéndole por la espalda en ondas suaves, algo revuelto, como si el deseo se le hubiera quedado atrapado entre los mechones. La luz de la luna descendía en ángulo oblicuo por la ventana, bañándola en plata: iluminaba la curva de su cuello, la línea delicada de su mandíbula, el temblor leve de sus dedos sobre las rodillas.

El corpiño desatado dejaba entrever el nacimiento de sus pechos, como si el cuerpo reclamara espacio después de haber sido constreñido toda la noche. Sus mejillas, aún rosadas por el vértigo del salón, contrastaban con la palidez suave del escote. Parecía un ser legendario encerrado en una buhardilla. Un secreto que el mundo acababa de descubrir.

No lo había oído llegar. Estaba absorta, con la mirada baja, enredada en algo que él no pudo ver —quizás un pensamiento, quizás un recuerdo— y, por un instante, Ashforde no supo si avanzar

o quedarse allí parado, observándola como quien contempla un milagro que no se atreve a tocar.

Pero lo supo con certeza. No podía callar más.

Porque verla así... real, intacta, hermosa hasta doler... era insoportable.

Ashforde no quiso irrumpir. Su voz salió quebrada, apenas un susurro que rozó el aire como una plegaria:

—Sinderella...

Ella alzó el rostro con una lentitud suave, tranquila, sin sobresaltos. Sus ojos lo buscaron como si lo hubiera estado esperando. Como si supiera, en lo más hondo, que vendría. No dijo nada. No lo necesitaba. La forma en que lo miró bastaba para llenar la estancia.

Él cerró la puerta tras de sí, despacio, con un gesto casi ceremonial. El clic del pestillo fue lo único que rompió el silencio. Avanzó hacia ella, sin prisa. Ya no eran duque y protegida. No eran figuras dentro de un juego social. Eran solo dos personas, cruzadas por el deseo, la historia... y algo mucho más viejo que ambos.

Se detuvo a un solo paso. Ella no retrocedió.

—No quiero dormir —murmuró él con su voz ronca por la contención—. No después de verte así. De verte con ellos.

Ella bajó la mirada, pero no por vergüenza. Lo hizo como si sus palabras le pesaran físicamente en el pecho. Como si temiera que, si lo miraba de frente, terminaría por decirle todo lo que aún no se atrevía.

—No coqueteé con ninguno —dijo con calma, sin necesidad de justificarse—. Solo... bailé. Por primera vez, sin miedo.

Ash asintió, y sin pensarlo, se acuclilló frente a ella. Sus rodillas tocaron la alfombra vieja, pero él no se acercó más. No aún. Solo se quedó ahí, contemplándola con un hambre disfrazada de respeto.

—Lo sé. Lo vi —dijo Ashforde, y su voz se quebró como una cuerda al límite—. Quería que fueras las protagonista, que fueras feliz. Dios, cómo lo quise. Pero también... también quise romper cada cuello que se giró a mirarte como si fueras suya —Hizo una pausa, respirando hondo, la mandíbula tensa—. No soy un caballero, Sinderella. Soy Silas Brookstone, el bastardo que aprendió a matar

antes que a leer, el que fue reconocido por compasión política y no por mérito de sangre. No sé amar como un poeta. Solo sé proteger lo que deseo. Y lo que deseo... eres tú— Ella parpadeó, tragó saliva. El corazón le martillaba, pero no por temor. Era otra cosa. Un temblor nuevo. Un vértigo dulce—. No soy un hombre celoso —continuó él, con una sonrisa amarga—. O no lo era. Pero cuando vi sus manos en tu cintura... sus palabras a tu oído... me ardía la garganta. Sentí que me estaba pudriendo por dentro. Como si hubiese llegado tarde. Como si te hubiese perdido sin siquiera haberte tenido.

Sinderella lo miró entonces. Lo miró de verdad. Y lo que leyó en sus ojos no fue posesión. Fue dolor. Deseo. Vulnerabilidad.

—No has perdido nada, Silas —dijo ella, y usó su verdadero nombre como si fuera una caricia—. Silas, Ash, lord Ashforde... no me importa cómo te llames, ni los secretos que hayas tenido que guardar para sobrevivir. Así como a ti nunca te importó el mío cuando solo era la hija escondida de una mujer olvidada. Lo único que me importa eres tú. Tú, tal como eres. Sin títulos, sin máscaras. Con tu historia. Con tu oscuridad. Contigo, siempre contigo.

Ash cerró los ojos. Como si esa frase lo atravesara. Como si le faltara el aire. Cuando los abrió de nuevo, no era el duque quien estaba allí. Era el hombre. Crudo. Desnudo de orgullo.

—Sinderella —dijo, y su voz tembló—. Si no te toco ahora... voy a perder la cabeza.

Ella no dijo nada. No lo necesitaba. Solo alzó su mano y la puso sobre la de él. Y fue como si el tiempo se detuviera.

El contacto fue leve. Pero catastrófico para ambos.

Él se inclinó, despacio, como si temiera que un solo movimiento brusco lo arruinara todo. Suslabios rozaron los de ella con una ternura que ardía, con una necesidad contenida que no exigía, pero que temblaba por ser correspondida.

Ella le rodeó el cuello con los brazos, sintiendo bajo sus manos la tensión de unos hombros demasiado tiempo endurecidos por el deber, correspondiéndolo. Ash, entonces, se dejó ir. La sostuvo por la cintura, atrayéndola hacia su pecho, como si en ese abrazo pudiera por fin respirar y las bocas se buscaron con más hambre. Ya

no era solo dulzura, era el temblor de lo contenido, el roce lento de labios que se entreabrían, la respiración entrecortada entre beso y beso. Las manos, antes quietas, ahora exploraban con lentitud reverente: la línea de su espalda, la curva de su nuca, el calor de su piel bajo la tela.

Ash la tenía entre sus brazos, pero no era suficiente.

Sus bocas se encontraban una y otra vez, como si se buscaran desde antes de conocerse. Como si su deseo no naciera del cuerpo, sino de los años robados, de las palabras nunca dichas, de la rabia de haberse deseado en silencio tanto tiempo.

Sinderella sintió cómo su espalda tocaba el suelo alfombrado del desván. Él había descendido con ella, guiándola con una lentitud, sin dejar de besarla. Las vigas del techo crujían suavemente sobre sus cabezas. La casa dormía. El mundo, también. Pero ellos ardían.

Ash se detuvo apenas. La miró.

—Dime que me detenga —susurró, el aliento golpeando su mejilla, los ojos encendidos—. Si lo dices, lo haré. Lo juro. No quiero comprometerte ahora que eres libre.

—No tengo miedo —dijo, firme, con los labios apenas entreabiertos—. Estoy contigo. Aquí. Ahora. Haz lo que quieras conmigo, Silas. Porque también es lo que yo quiero.

Fue entonces cuando él se soltó.

La besó con una violencia contenida que ya no podía reprimirse. Las manos recorrieron su cuerpo como si necesitara memorizarlo todo antes de que se esfumara. Desató los lazos del corpiño con torpeza, con urgencia. No como un amante refinado. Como un hombre hambriento.

Ella lo ayudó. Se desnudó sin pudor, sin culpa. Sus pechos quedaron expuestos bajo la luz grisácea de la madrugada. El vello de su pubis, apenas visible, le tembló cuando él bajó la cabeza, besándole la clavícula, los hombros, el centro del pecho con una devoción que le robó el aliento.

Él se deshizo de la chaqueta, del fajín, de los botones con desesperación contenida, hasta quedar en camisa y pantalones, que ella misma le bajó con las manos temblorosas.

El cuerpo de Ash era tenso, firme, marcado por años de sacrificios, por castigos y duelos. Ella lo recorrió con los dedos como si estuviera leyendo un mapa prohibido. Y cuando sus cuerpos quedaron por fin piel con piel, no hubo espacio para palabras.

Solo respiraciones rápidas.

Solo temblores compartidos.

Solo ese instante inevitable en que él entró en ella con un gemido bajo, y ella lo recibió con la cabeza echada hacia atrás, los ojos cerrados, las piernas abiertas.

El mundo se detuvo. El viejo desván también.

Él se movía dentro de ella con ritmo firme, profundo. No rápido. No torpe. Cada embestida decía: "te reconozco". Como si estuviera escribiendo con su cuerpo todo lo que no sabía cómo decir con la boca.

Ella lo tomó del rostro, del cabello, de la espalda. No con dulzura, sino con fuerza. Porque lo deseaba así: entero, sin límites, sin máscara.

Glasswell Grange temblaba.

La madera crujía.

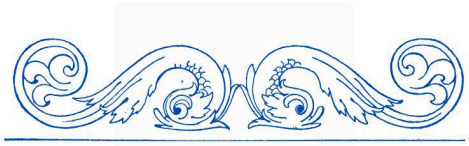
Los jadeos se mezclaban con sus nombres, susurros entrecortados, respiraciones que se deshacían en sudor y gemidos. Y cuando ella se corrió, fue con un grito ahogado que él le robó de los labios, besándola mientras temblaba contra él. Y cuando él llegó, fue con una violencia contenida, con la frente contra su cuello, con el cuerpo convulsionando por el deseo contenido demasiado tiempo.

No hablaron.

Solo se abrazaron.

Solo se quedaron ahí, fundidos, sudorosos, temblando, sus cuerpos aún unidos, enredados en la oscuridad de un lugar que antes fue su cárcel, y que ahora —por fin— era suyo.

Capítulo 24



El desayuno se sirvió con una puntualidad poco habitual.

Lady Maevena estaba ya sentada a la cabecera, con la espalda tan recta que parecía esculpida en mármol. Vestía de azul cobalto, una elección estratégica: el color de las mujeres implacables. Su peinado era impecable, alto y rígido, con mechones grises ocultos entre el castaño empolvado. Las ojeras bajo sus ojos color gris estaban mejor disimuladas que su ansiedad. Jugaba con el borde de su taza como si estuviera trazando un plan de guerra.

—Hoy conoceréis a vuestro posible esposo —anunció sin preámbulo, dejando la cuchara sobre el platillo con un leve *clic*. Sus labios, delgados y resecos, apenas se movían—. Edward Percival Craver. Sobrino del vizconde. Veintiocho años. Fortuna modesta pero estable. Propiedades. Sin título, pero con estudios. Eton, según me dijo su tío. Y, lo más importante... está dispuesto.

—¿Estás diciendo que debo casarme con un comerciante? —preguntó con desdén—. Madre, por favor. Soy Clarisse Glasswell. No una viuda aburrida en busca de seguridad.

—Eres una mujer con veintidós años, con una dote modesta pero no atractiva y que hasta ahora no ha tenido demasiados pretendientes, por no decir ninguno —replicó Maevena, clavando la mirada como un cuchillo—. Y eso es lo que vales en este mercado.

—¿Cómo se llama ? —preguntó Imogen sin apartar los ojos del índice del libro que esta ojeando, sentada en una de las sillas de la larga mesa, casi sin prestar atención al desayuno.

—Edward Craver —repitió Maevena, con voz más tensa—. Tiene afición por los objetos curiosos. Colecciones, vitrinas, cosas... científicas. Raras.

Imogen se detuvo un segundo.

—¿Taxidermia?

Lady Maevena alzó una ceja.

—No tengo idea. ¿Y qué más da?

—Mucho —murmuró Imogen, sonriendo por primera vez en semanas.

Edward Percival Craver llegó a las once en punto, con la misma exactitud con la que se ordenan los libros en una biblioteca personal.

Bajó de un carruaje modesto, pero nuevo, con cuidado, ajustándose el abrigo gris ceniza con dedos largos y delgados. No era guapo, al menos no en el sentido que la sociedad solía preferir. Su rostro era anguloso, la nariz algo prominente, las orejas demasiado grandes para la elegancia. Pero sus ojos, de un azul tenue casi transparente, observaban con atención y respeto. Llevaba gafas redondas, sujetas con una cinta de cuero que pasaba por detrás de las orejas. Tenía una voz baja y educada, de las que exigen que se les escuche con atención. Su cabello castaño oscuro, peinado con esmero, brillaba con aceite de lavanda.

Cuando saludó, no lo hizo como un heredero, sino como un estudioso. Su reverencia fue correcta, no deslumbrante. Y aun así, había algo en él... algo limpio. Genuino.

—Señoras Glasswell —dijo, con una inclinación exacta de cuarenta y cinco grados—. El honor es mío. Mi tío me ha hablado extensamente de ustedes.

Lady Maevena se acercó con una sonrisa protocolaria.

—Encantado. Mi hija mayor, Clarisse.

Clarisse avanzó con pasos medidos. La tela de su vestido de tafetán rosa vibraba con cada movimiento. Su sonrisa no llegaba a los ojos. Se inclinó lo justo, como una reina que saludaba a un súbdito, como si lo despreciara.

—Lord Edward —dijo, con énfasis innecesario—. Qué grata sorpresa.

—No soy lord —aclaró él con amabilidad—. Solo Edward.

Clarisse frunció el ceño sin querer. Y ese "solo" retumbó como una ofensa.

—Y mi hija menor, Imogen.

Imogen hizo una reverencia discreta, y cuando lo miró, fue con una atención real. No evaluó su traje. Ni su peinado. Se detuvo en sus ojos.

—¿Taxidermia...? —preguntó Edward, mirando el lomo del volumen que ella llevaba bajo el brazo.

—¿Sabe lo que es?

—Lo practico —respondió él—. Desde los quince años. Mis vitrinas están llenas de pájaros, ratones, un par de murciélagos. Estoy ahora con un tejón... aunque, debo admitir, me está ganando.

Imogen lo miró como quien acaba de encontrar una especie en peligro de extinción.

—¿El truco está en el tendón bajo el codo —dijo ella, con tono técnico—. Hay que tensarlo en forma de L antes de fijarlo con cloruro de sodio. Si no, nunca mantiene la postura.

—¿Cloruro de sodio? —repitió él, con la sonrisa más pura que se había visto en Glasswell Grange desde hacía años—. ¡Por fin alguien que no lo llama "polvo blanco raro"!

Ambos rieron. De verdad.

Clarisse no lo soportó.

—Qué conversación más... especial —murmuró ella, con las manos crispadas sobre el respaldo del sofá—. A mí, personalmente, me aburren los temas de... cosas muertas.

—Hay quien prefiere lo efímero, porque lo permanente los compromete demasiado —dijo Edward, sin levantar los ojos de Imogen.

La galería de retratos era uno de los pasillos menos transitados de Glasswell Grange. Olía a cera de abejas, a madera antigua y a secretos familiares. Por eso Imogen Glasswell lo había elegido como refugio. Caminaba con las manos cruzadas a la espalda, en su vestido burdeos sin adornos, que caía recto como una cortina sobre su figura huesuda. El moño mal hecho se le tambaleaba con cada paso, y su andar era más propio de un gato que de una dama: silencioso, cauto, observador.

Edward Craver la seguía unos pasos detrás, fascinado. Alto, de complexión desgarbada, con una barbilla algo puntiaguda y orejas demasiado visibles, Edward no era lo que la sociedad llamaba un buen partido en lo estético. Pero tenía una expresión noble en los ojos.

—¿Sabe? —dijo Imogen, parándose de golpe frente a un retrato de rostro aguileño—. Este murió por la mordedura de un topo envenenado. Lo dejaron escrito en su diario. Lo consideraban un héroe porque no gritó.

Edward soltó una carcajada breve, como si lo hubiera sorprendido con una bofetada de ingenio.

—¿Qué clase de persona sabe eso?

—Alguien con tiempo y sin distracciones humanas —respondió ella sin ironía, girándose apenas—. Los libros, las vitrinas, los cadáveres de aves... eso es lo que tengo.

—Entonces somos dos —murmuró él, tocando distraídamente una esfera armilar empolvada en una vitrina cercana—. Yo también crecí entre huesos, pero de lagartos prehistóricos y tazas mal lavadas. Mi madre me mandaba a leer al cobertizo cuando recibía visitas.

Ella sonrió, apenas. El rostro alargado de Imogen tenía una belleza ausente, apagada, como una pintura mal restaurada. La nariz muy recta, la mandíbula cuadrada y los dientes algo saltones. Pero cuando sonreía, los ojos se le encendían de una forma muy particular: una inteligencia brillante que desarmaba sin necesidad de atractivo.

—¿Te interesan las vitrinas? —preguntó ella, notando cómo él tocaba una cerradura oxidada con la delicadeza de un restaurador.

—Me interesan las piezas que guardan. Pero también la forma en que se guardan. La luz, la temperatura, los ángulos... todo eso importa más de lo que la gente piensa. Esto, y la taxidermia. Por afición, no por necesidad. Perdí a mi primer búho a los doce por usar vinagre en vez de formol —dijo con tono solemne—. Fue un funeral digno.

Ella soltó una risa inesperada, casi infantil. Le brillaron las pupilas. Aquel extraño hombre, torpe pero firme, sabía lo que era

amar algo raro. Y eso bastaba.

La voz de Clarisse irrumpió como un cuchillo en una taza de porcelana:

—¿Aquí os escondíais?

Su silueta apareció al fondo de la galería, toda brillo y perfumes. El vestido rosa que llevaba estaba hecho para deslumbrar: entallado, escotado, con perlas falsas cosidas en las mangas. Caminaba como si flotara, como si la madera vieja debiera cederle paso.

—Señorito Edward —dijo su nombre como si lo reclamara, esta vez sin títulos—. Pensé que estábamos paseando los tres juntos.

—Nos detuvimos a ver las vitrinas —respondió él, sin inmutarse, mirando de nuevo a Imogen—. Su hermana, la señorita Imogen, me estaba enseñando cómo se preserva el cartílago nasal en aves pequeñas. Fascinante, realmente.

Clarisse pestañeó.

—Oh. Qué... útil.

—Lo es —dijo él con una sonrisa cortés, sin mirarla—. Podría aprender usted mucho de su hermana menor, es una persona muy culta.

Clarisse entrecerró los ojos. Se acercó con un movimiento grácil, colocándose entre ellos como un biombo de seda. Pero Edward no se movió.

—¿No le gustaría ir al jardín? —insistió ella, ladeando la cabeza con su mejor sonrisa—. El aire aquí dentro está enrarecido.

—Estoy bien aquí. Gracias —respondió Edward.

Imogen miró a su hermana por el rabillo del ojo. Clarisse tenía la mandíbula apretada, los labios crispados, el abanico inmóvil sobre el regazo. Y por primera vez, no era a ella a quien miraban. No era Clarisse la que había sido elegida.

Era ella.

Y eso lo cambiaba todo.

Durante años había vivido bajo su sombra, tragándose los reproches y los gestos de superioridad, soportando las comparaciones veladas, los susurros hirientes. Pero ahora, frente a ese pretendiente que le había ofrecido el brazo sin dudar, Imogen sentía algo que jamás había experimentado con tanta claridad: valía.

No una belleza prestada, no un halago fingido. No. Era deseo real, atención verdadera. Y no dirigida a Clarisse. A ella. A sus conocimientos, a sus horas de lectura, a su soledad.

Una chispa de orgullo le calentó el pecho. No lo demostró. No sonrió siquiera. Pero por dentro... por dentro floreció algo nuevo: confianza en sí misma.

Y aunque no lo dijera en voz alta, supo que nada volvería a ser igual entre ellas.

Desde la sala contigua, Lord Craver, el tío de Edward, copa en mano y la barriga decorosa sobresaliendo de su chaleco bordado en tonos mostaza, observaba la escena como quien evalúa un cuadro que ha empezado a gustarle más de lo que esperaba. A su lado, Ashforde mantenía los brazos cruzados, la mandíbula tensa, la mirada fija en el exterior como si lo que ocurría fuera no le importara... aunque lo hacía, quería deshacerse de lady Maevena y sus dos hijas cuanto antes.

—Me parece, milord, que mi Edward ya ha elegido —comentó Lord Craver, con ese tono que los hombres mayores empleaban cuando querían parecer casuales hablando de temas fundamentales —. No será la hija mayor, pero... se nota cuando dos personas se entienden. Hasta me parece tierno, fíjese.

—Será un buen arreglo para ambos —Ashforde asintió con la cabeza, una vez—. Edward es sensato. Imogen lo necesita.

—Y él a ella, aunque aún no lo sepa. No le vendrá mal una esposa que lo entienda con todas sus... aficiones —Ash no lo corrigió. Craver lo sabía todo. O casi todo—. Y por supuesto —prosiguió el anciano, llevándose la copa a los labios con lentitud—, Lady Maevena podrá quedarse con ellos tal y como acordamos. Edward es atento. Le preparará una habitación con vistas al huerto. Un lugar digno para una señora de su talla. Podrá cuidar de los nietos cuando lleguen. O de las macetas, si prefiere.

—¿Cree que aceptará? —preguntó Ash, de pronto, como si de repente confiara en lord Craver.

—¿La madre? Oh, claro que sí. Lo hará con una expresión de dignidad herida, como si se sacrificara por los demás —respondió Lord Craver con sorna elegante—. Pero en el fondo, sabe que es

mejor vivir bajo techo y con té caliente que seguir fingiendo influencia en un salón que ya no le pertenece. Y a usted, ¿milord?, ¿le parece bien todo esto? —preguntó Craver, con ojos agudos.

Ash no respondió. O mejor dicho, lo hizo con un silencio demasiado lleno.

Y Lord Craver, que no era ningún tonto, simplemente bebió otro sorbo y murmuró:

—A veces, el mejor arreglo es el que no se firma con palabras.

Lady Maevena, que venía escuchando a distancia con los labios apretados y el paso contenido, se acercó de pronto como una tormenta disfrazada de cortesía. Su capa se agitaba con cada zancada, su rostro había perdido todo rastro de color.

—¿Imogen? —espetó con un filo de incredulidad en la voz, como si esa palabra se le hubiese atragantado—. ¿Están hablando de mi hija Imogen?

El vizconde se giró, algo incómodo, pero no menos sincero.

—Así parece, milady. El joven Edward la mira con... aprecio genuino. No lo había visto tan atento con ninguna otra señorita. Es raro en él. Y significativo.

Maevena pestañeó como si acabara de recibir una bofetada invisible.

—¿Y Clarisse? —alzó la voz, sin preocuparse por disimular—. ¡Clarisse es la mayor! ¡La más instruida! ¡La que lleva años preparándose para este tipo de alianzas! ¿Qué se supone que voy a hacer con ella ahora? ¿Esperar que se conforme con las migajas?

Ashforde la miró con una calma demoledora. No alzó la voz. No necesitó hacerlo.

—Quizá —dijo con lentitud— sería sensato dejar que Clarisse encuentre su propio camino. No todas las hijas están destinadas a cumplir los planes de su madre.

Maevena retrocedió medio paso, como si el suelo se inclinara bajo sus pies. Por un instante, no supo qué decir. Las palabras no acudieron con la rapidez habitual. Y por primera vez en muchos años... sintió vértigo.

Porque allí, en ese salón donde solía imponer sus normas, ya no quedaba nadie que le temiera lo suficiente como para fingir que aún

tenía poder.

Lady Maevena permaneció en silencio, con los dedos crispados en los pliegues de su falda, la mirada perdida en un rincón de la estancia donde ya no tenía dominio. Se le agolparon los pensamientos como un enjambre. Le habría gustado ser más cruel, más implacable, arrasar con esa escena como una tempestad; pero debía admitirlo, aunque no en voz alta: había perdido.

No podía hacer nada contra Lord Ashforde. Él tenía el título, el poder y —peor aún— la narrativa. Y tampoco podía desearle un destino ruin a su hija menor. Aunque siempre había considerado a Imogen una criatura excéntrica, blanda, decepcionante en muchos sentidos, seguía siendo su hija. Y verla sonreír, torpemente, bajo la mirada de aquel joven que parecía admirarla de verdad... era algo que, contra todo pronóstico, no podía odiar del todo.

Imogen, al menos, podría adaptarse. Con esfuerzo, sí, pero tenía cierta docilidad, una sensibilidad educada que quizás le permitiera convertirse en una esposa aceptable, o incluso —si todo fracasaba— en una institutriz más o menos respetable. Tenía reservas, había aprendido a quedarse al margen.

Pero ¿y Clarisse?

Ah, Clarisse.

Clarisse no servía para eso. No sabía ser útil. Nunca había tenido la humildad ni la constancia. Se había criado creyéndose superior, creyéndose elegida. El contrato estipulaba claramente que quien se casara con Edward solo podría llevar a la madre consigo. Y Clarisse... no tenía sitio.

Maevena sintió el nudo de la humillación cerrarse en su garganta. Todo su empeño, toda su estrategia, sus años de controlar cada palabra, cada gesto, cada aparición social, todo para eso. Para ver cómo su hija más invisible se convertía, de la noche a la mañana, en la única deseada.

No había marcha atrás. Y por primera vez, Lady Maevena no sabía qué hacer. Ni qué decir. Ni a quién manipular.

Y eso... eso era peor que la derrota.



La tarde caía sobre Glasswell Grange bajo un cielo teñido de gris. En el vestíbulo principal, Edward e Imogen ya conversaban discretamente sobre los arreglos futuros, cuando las puertas se abrieron de nuevo.

Apareció Lord Harrington, el emisario real, con su porte imponente aunque relajado: traje gris oscuro sobrio, mirada escéptica y pasos medidos. En sus manos llevaba un sobre lacrado con el emblema del Palacio.

Lady Maevena se tensó; Clarisse contuvo el aliento. Sinderella, en silencio, guardó la compostura. No estaba vestida con ostentación —llevaba un vestido de muselina verde, de escote cuadrado y mangas recogidas, otro regalo de Ash—, pero la tela flotaba con su andar femenino. Era la más guapa de todo el salón. Su cabello rojizo estaba recogido en un moño bajo, del que se habían soltado algunos mechones rebeldes. Su postura era erguida. Imponente, pero sin arrogancia.

Ashforde la había mandado a llamar personalmente, rompiendo el protocolo de mil maneras, para que pudiera "compartir el té" con los Craver y su sobrino. Pero lo que realmente había hecho era anunciarla como la mujer a quien ya no pensaba esconder.

El vizconde Lord Craver —hombre de bigote espeso, ojos astutos y una panza que delataba años de buen brandy— la observó con creciente interés.

—Ah... la nueva sensación de Bramblehill —murmuró por lo bajo, girándose hacia Ashforde, que estaba de pie junto a la chimenea, con una copa en la mano y una mirada que no disimulaba absolutamente nada.

La estaba mirando como un hombre mira aquello que le pertenece y admira a la vez.

Lord Craver lo notó. Se inclinó hacia Lady Maevena, que intentaba disimular su disgusto con una sonrisa que no le llegaba a

los ojos.

—Creo que su señoría —susurró con un deje burlón— ya ha elegido. Y no me refiero a las herencias. Qué mirada... parece que no le importara quién lo nota.

Lady Maevena lo miró como si no entendiera. Luego, como si no quisiera entender.

Clarisse, que escuchó cada palabra, volvió el rostro hacia el jardín con un golpe seco del abanico, pero su expresión no era de despecho... era de odio. Un fuego contenido, denso, que no ardía en lágrimas sino en rabia pura y feroz.

Ya no quedaba espacio para el disimulo.

La mujer hermosa, la preferida de su madre, la que había crecido creyéndose destinada al duque y a la riqueza, se sentía destronada. Relegada. Humillada.

Y por quién.

Por todos, pero sobre todo, por esa huérfana —así la nombraba en su mente, sin miedo, sin culpa—. Esa criatura criada entre polvo y platos sucios, que ahora bajaba al salón vestida con elegancia, caminando como si le perteneciera el mundo. Como si ella fuera la heredera, la noble, la protagonista.

Clarisse bajó la vista. El odio le latía en las sienes, le zumbaba en los dedos.

Estaba a punto de hacer algo. Lo supo. Lo sintió. No podía soportarlo más.

Harrington habló en voz clara, rompiendo con los pensamientos y conversaciones de todos:

—Tras la revisión de múltiples registros legales, como me pidió lord Ashforde que hiciera, existe evidencia de maniobras irregulares en la versión del testamento que se leyó tras la muerte del señor Glasswell. El testamento original, anterior al que usted, Lady Maevena, presentó... incluía explícitamente a la señorita Sinderella como heredera de una dote legítima y parte de la propiedad de Glasswell Grange —Lady Maevena se llevó la mano al rosario, rígida, blanca, pero sin palabras.Harrington continuó—: Las dotes atribuidas a sus hijas, la señorita Imogen y la señorita Clarisse, fueron infladas

sin base legal. Gran parte de esos fondos y terrenos habrían correspondido originalmente a la señorita Sinderella Glasswell.

El silencio fue cruel.

Clarisse se levantó de golpe, la silla chirriando con estruendo sobre el suelo encerado. Su rostro, tan pulido siempre por el maquillaje y el orgullo, estaba descompuesto, casi irreconocible.

—¡Ya basta! —exclamó, apenas en un susurro, con la voz rota.

Eso era lo último que podía escuchar. Lo último que estaba dispuesta a soportar. Salió del salón con pasos duros, temblando de ira y vergüenza, sin mirar a nadie. Ni a su madre. Ni a Imogen. Mucho menos a Sinderella.

Sinderella se quedó en su sitio. No se movió. Solo bajó la cabeza y se llevó una mano al pecho, como si de pronto le faltara el aire. Una punzada, antigua y feroz, le cruzó el cuerpo. Recordó la voz de su padre. Su manera de abrazarla cuando era pequeña. Las tardes en el jardín, antes de que todo se torciera. No. No podía ser que él la hubiese dejado sin nada. No como decían. No como la habían hecho creer durante toda su vida.

Y ahora lo sabía.

Las lágrimas le cayeron en silencio, sin sollozos, sin estridencias. Lágrimas limpias. De duelo... y de alivio.

Lord Craver, que se encontraba de pie junto a su sobrino, giró lentamente la cabeza hacia Lady Maevena. Su expresión era de desprecio contenido, apenas maquillado por los modales sociales.

—Una vergüenza —murmuró—. Una verdadera vergüenza.

Maevena, aún aferrada a su rosario, no levantó la mirada. Porque por primera vez en su vida, no tenía nada que decir. Y todo que perder.

Ashforde, aún de pie junto a Sinderella, alzó la voz con una firmeza que cortó el aire del salón como una hoja afilada:

—Entonces fue usted quien manipuló la voluntad del señor Glasswell, milady. Quien la falsificó con premeditación, robándole a su hijastra no solo su herencia legítima, sino también su dignidad. Le hizo creer que no valía nada. Que era pobre. Que su madre había sido una deshonra... cuando todo era mentira. ¿Cómo pudo?

El rostro de Lady Maevena seguía inmóvil, pero el temblor en su barbilla la delataba.

Lord Craver intervino entonces, su voz más baja, pero cargada de un desprecio contenido:

—Lady Eleanor fue una mujer admirable. Respetada. Querida en toda Bramblehill. ¿Cómo pudo usted ensuciar su nombre de ese modo... delante de su hija? ¿Cómo pudo mirar a esta muchacha a los ojos, y hacerle creer que había nacido de una vergüenza?

Sinderella cerró los ojos un instante. Pero no para huir. Sino para sostenerse. Por primera vez, el mundo decía en voz alta lo que ella había sabido en lo más profundo: que todo su dolor había sido injusto. Que su madre no era una mancha, sino una luz que le habían robado.

Ashforde apretó los dientes. No miró a nadie más. Solo a ella.

Y pensó, con una rabia silenciosa, que si no fuera porque Sinderella había resistido con tanto valor... habría sido destruida por una mentira.

La sala se sumió en un silencio mortal.

Lady Maevena mantuvo la mirada, estoica, pero su rostro palideció bajo la luz del crepúsculo.

—Jamás hice tal tergiversación —mintió con voz firme, vacía de emoción, como si recitara una defensa aprendida de memoria—. Yo solo... hice lo que creí necesario para proteger la casa.

Imogen dio un paso adelante para intervenir, pero Edward la tomó del brazo con suavidad:

—Señorita Imogen, creo que la justicia ya ha hablado. Mi compromiso con usted es de corazón. Porque su inteligencia, su pasión, su afecto... incluso con una dote menor, valen más que cualquier herencia mal obtenida.

Imogen bajó la mirada brevemente, luego lo miró con auténtico aprecio... y principios de un amor.

Harrington colocó el documento en manos de Sinderella:

—Aquí, señorita, está la copia oficial del testamento original. Su firma reestablece sus derechos. A partir de hoy, usted tiene derecho a su parte de la propiedad y a todas las conjuntas decisiones de la casa.

Sinderella lo aceptó con temblor, pero sin vacilar.

Ashforde le entregó la mano; ella la apretó en silencio, sin importarle que no fuera adecuado, para decirle "gracias", sin pronunciarlo.

Capítulo final

La noche había caído arrastrando un viento extraño. Todo parecía en calma... salvo una mente. Una mente que no podía olvidar, ni perdonar.

clarisse, sola en su alcoba, se sentó al borde de la cama con las manos heladas. Entre los pliegues de su falda, temblorosas, descansaban las llaves de un último acto de rebeldía. Abrió el pequeño estuche de terciopelo negro que había escondido días atrás, sustraído del tocador de su madre mientras nadie miraba. Fue justo después de que Sinderella fuera trasladada a una de las dependencias principales, Imogen recibiera la propuesta formal de matrimonio de Edward Craver... y Lady Maevena, finalmente, aceptara su derrota.

Dentro del estuche, el frasquito.

El mismo que lady Maevena había usado para envenenar suavemente a Sinderella la noche del baile. Un narcótico discreto. De efecto rápido. Inofensivo... si se dosificaba con cautela.

Pero Clarisse no quería cautela.

Quería el silencio absoluto. El olvido. La fuga.

Y mientras sostenía el frasco entre los dedos, con la mirada perdida en el papel pintado de la pared, pensó en todas las veces que la habían ignorado. En todo lo que merecía y no llegó. En lo que le habían robado.

Y sintió —con una quietud que daba miedo— que quizás había llegado la hora de desaparecer... o de hacer desaparecer algo más.

Sostuvo el frasco entre los dedos con una tensión que rozaba la locura. Sabía que solo hacían falta unas gotas para aplacar la voluntad. Ella, en cambio, quería vaciarlo entero.

Y mientras el viento golpeaba los cristales con dedos fríos, Clarisse pensó —con una calma terrible— que ya no le quedaba otra forma de recuperar el control.

—No más —murmuró al espejo, con los ojos desbordados de odio—. No más sonrisas. No más humillaciones. No más ella. Ella no es más guapa que yo, no es más Glasswell que yo.

Avanzó por los pasillos como un fantasma. Pero cuando abrió la puerta del vestidor de Sinderella... Lady Maevena la sorprendió por detrás.

—Clarisse —dijo con voz baja, rota, pero firme—. Deja eso. Deja esa botella.

—¡No lo entiendes, madre! —gritó Clarisse, con los ojos enrojecidos, la voz rota por algo más que rabia—. ¡Me lo han quitado todo! ¡Y tú me enseñaste a no permitirlo! ¡Tú me enseñaste a tomar lo que me pertenece! —Lady Maevena frunció el ceño, al borde de un cansancio que no podía disimular, pero Clarisse no la dejó hablar—. Fuiste tú quien me dijo que Sinderella no era nadie. ¡Una huérfana hija de una mujer indecente! ¡Una sirvienta! Que su sitio era entre platos sucios y paños viejos, que no merecía ni un asiento en nuestra mesa. Me lo repetiste cada noche, desde que era una niña. Me enseñaste a ver en ella una amenaza. A competir. A despreciarla. A creer que el mundo era nuestro... porque tú lo habías luchado así —Sus puños se cerraron sobre la falda. Su voz bajó, se volvió un susurro afilado—. ¿Y ahora qué? ¿Ahora ella duerme en una de las habitaciones principales? ¿Ahora tiene parte de la dote que yo debía recibir? ¿Ahora el duque Ashforde —Silas, ese bastardo bendecido por un título— parece mirar solo a ella, como si yo no existiera? ¿Acaso ella es más guapa que yo? ¿Acaso su apellido pesa más que el mío? —Sus ojos se llenaron de lágrimas, pero no de tristeza. De indignación pura—. ¿Y mi lugar? ¿Mi futuro? ¡Hasta Imogen va a casarse con un Craver! ¿Y yo? ¡Yo no tengo nada! Me lo enseñaste, madre. Me enseñaste que el mundo no da nada, que se toma. ¿Entonces por qué no puedo tomarlo yo? ¿Por qué ahora

todos ven a Sinderella como la protagonista... y a mí, como una molestia?

Maevena desvió la mirada. Tal vez no había respuesta. O tal vez sí... y dolía demasiado admitirla. Clarisse, con el frasco temblando entre los dedos, no era más que el reflejo más cruel y fiel de su propia obra. El resultado final de años de ambición torcida, de silencios educados que escondían veneno, de un amor ofrecido solo bajo condiciones estrictas: obedecer, destacar, vencer.

No eran solo celos lo que devoraba a su hija. Era la certeza silenciosa y corrosiva de que Sinderella —la huérfana relegada a los fogones, la hija de la mujer a la que Maevena se había empeñado en convertir en una mancha— siempre había brillado más que ellas. Más fuerte. Más libre. Más admirada... sin pedirlo. Sin forzarlo. Sin rogarlo.

Todo lo que Maevena había hecho —falsear testamentos, inventar escándalos sobre Lady Eleanor, relegar a Sinderella al polvo, negarle incluso su nombre— lo había hecho por sus hijas. Por Clarisse, especialmente. Su primera hija. La más hermosa. La que, según creía, tenía derecho a todo: a las joyas, al apellido, a la admiración.

Pero no había servido de nada.

Sinderella, con su madre muerta y una vida miserable, había sobrevivido a todo. Y lo peor de todo... es que ahora todos la miraban como si siempre hubiera pertenecido a ese mundo. Porque tal vez, siempre lo hizo.

Maevena tragó saliva. De pronto, el orgullo que la había sostenido durante tantos años le pesaba demasiado y empezó a encontrarse mal, un dolor de cabeza horrible que la empezó a torturar.

—Y me equivoqué, hija mía. Me equivoqué contigo más que con nadie —dijo, mirando directamente al frasco—. Creí que te preparaba para el mundo. Pero solo te armé de veneno.

—¡Tú dijiste que sería duquesa! —sollozó Clarisse, temblando—. ¡Dijiste que yo era la estrella!

—Y por mirarte como a una estrella —dijo Maevena con voz baja, quebrada—, olvidé enseñarte a ser una mujer. Útil. Humana.

Te hice creer que bastaba con brillar. Que con la belleza y un nombre sería suficiente para que el mundo se rindiera ante ti. Pero no, Clarisse. No basta. No bastará jamás —Hizo una pausa. La vela más cercana proyectaba su sombra torcida en la pared, como si también cargara con culpas antiguas—. Imogen... —continuó— fue más lista. Se perdió entre lo que llamábamos tonterías y excentricidades: los libros, los animales muertos, la ciencia... Pero eso, que tanto desvaloramos, es lo que ahora la ha salvado. Ha conquistado algo real. Un hombre que ha visto en ella más que un peinado correcto o un escote bien cosido—Maevena miró fijamente a su hija mayor. El frasco seguía en sus manos, cerrado—. Pero tú, Clarisse... tú ya no tienes ni la belleza que deslumbra ni el intelecto que permanece. Y el duque jamás te mirará. No ahora. No después de haber visto a Sinderella —Las palabras eran cuchillas. Pero no nacían del desprecio. Nacían de un amor torcido. De una mujer que había apostado todo a una carta... y acababa de perder—. Debemos aceptar la derrota. Porque podemos ser jugadoras, hija mía. Podemos tramar, influir, fingir... Pero no somos asesinas. No voy a dejar que te ensucies las manos. No después de haberlas adorado como si fueran el futuro de esta casa. No después de haber puesto todos mis sueños en ti —Se acercó un paso. Con lentitud. Como si temiera que un gesto brusco rompiera para siempre ese hilo que aún las unía—. No te he criado con tanta devoción para que termines siendo una asesina. Y menos aún... una criminal encerrada en una cárcel.

Clarisse no lloró. Pero su rostro tembló. Como si, por primera vez, entendiera que no quedaba nada más por lo que luchar. O al menos... no del modo en que siempre lo había hecho.

—Mamá —Clarisse bajó el frasco, sollozando. Maevena se acercó aún más y la abrazó, por primera vez en años.

—Toma tu dote —dijo Maevena, con la voz más cansada que jamás se le había oído, tomando el frasco de veneno de las manos de Clarisse—. Moveré algunos hilos. Todavía me quedan lealtades que responderán a mi nombre. Sal de Bramblehill, Clarisse. Antes de que este lugar te devore del todo. Aprende algo. A vivir. A trabajar. A sentir... sin destruir. Haz algo útil con esa rabia que llevas dentro,

hija —Hizo una pausa, la miró a los ojos como si la viera por primera vez—. No te crie para esto. Para el fracaso. Para la amargura. Quiero que busques tu felicidad, aunque no se parezca en nada a lo que soñamos. Aunque eso signifique hacerlo lejos de mí.

Clarisse rompió a llorar. No con elegancia, no con orgullo herido, sino con un llanto crudo, desordenado, como el de una niña despojada de todo. Se abrazó a su madre sin pedir permiso, sin fingir, sin esperar recompensas. Fue la primera vez que lo hizo sin intentar ganar nada. Solo lloró.

Y también fue la última vez que se la vio en Glasswell Grange.



La luz entraba en la habitación de Lady Maevena a través de las cortinas entreabiertas, teñida por el gris suave del atardecer. El aire olía a lavanda seca, a medicina, a desvelo.

Maevena yacía en su cama, vestida aún con un camisón de lino blanco que se le pegaba al cuerpo como un último vestigio de dignidad. Dos almohadas sostenían su espalda, y una mantita de hilo cubría sus piernas, que parecían más delgadas, más frágiles que nunca. El rostro, pálido como la porcelana vieja, mostraba grietas en los labios resecos. La fiebre ya no ardía, pero la había dejado vacía, casi transparente.

Desde la huida de Clarisse —sin cartas, sin despedidas, sin un destino claro—, su salud se había ido con ella. Como si cada paso que su hija daba lejos de Glasswell Grange deshiciera, uno a uno, los cimientos que la habían sostenido todos esos años.

Ya no era solo la fiebre. Era el peso de la vergüenza. De las habladurías que recorrían Bramblehill como fuego entre la hierba seca. Ya no solo la perseguían sus viejas mentiras sobre Lady Eleanor, sino el escándalo reciente, el rastro de su hija mayor, que la sociedad ya tachaba de orgullosa, frívola y derrotada.

Y sin embargo, por primera vez, Maevena no renegaba de esa vergüenza. Porque en su interior —ese rincón que ni el orgullo había

logrado endurecer del todo— sabía que había elegido lo correcto. Había preferido la libertad de su hija a la apariencia. Había soltado la farsa, aunque con ella se le fuera el nombre.

Imogen se sentó a su lado. No había flores en la habitación. Ni criadas. Solo ella.

—Edward dice que podemos llevarte con nosotros —dijo Imogen con voz neutral, aunque templada, mientras sus ojos seguían la maraña de venas azules que recorrían las manos de su madre—. La casa tiene un ala entera que podría adaptarse para ti. Silenciosa, con vistas al campo. Incluso podrías tener tus propios criados. No te faltará nada.

Había pasado apenas una semana desde su boda. Imogen ya no era la muchacha silenciosa que se refugiaba tras los libros. Ahora hablaba con calma, con una firmeza que antes no tenía. Su vestido era sencillo pero bien cortado, y su postura... más erguida. Más segura.

La joven que antes dudaba de cada palabra ahora parecía haber encontrado un centro. Un propósito. Y, aunque todavía hablaba con respeto, ya no lo hacía desde el miedo ni la necesidad de aprobación. Hablaba como una mujer. Como alguien que había sobrevivido a la tormenta y estaba dispuesta a ofrecer refugio... incluso a quien la había soltado bajo la lluvia.

Maevena no sonrió.

—No te estoy pidiendo que me lleves, Imogen —respondió Maevena, sin dureza, sin dramatismo—. No tengo fuerzas para pedir nada. Ni para seguir fingiendo que lo merezco. Lo he perdido todo. Y tal vez eso... sea lo justo —Bajó la vista, mirando los emblemas de Glasswell Grange, que ya pertenecía a lord Ashforde. Sus dedos temblaban ligeramente sobre la manta. Tardó unos segundos en continuar—. No te traté bien. A ninguna de vosotras, en realidad. Ni siquiera a Clarisse, aunque creyera estar haciéndolo. Pero a ti... a ti te fallé en silencio. Te hice creer que no eras válida. Y mírate ahora, casada con un buen hombre, que aunque no es un duque ni un conde, ni posee una gran fortuna, te dará una buena vida llena de comodidades —Maevena alzó la vista y la encontró. Imogen no lloraba, pero tampoco la juzgaba. Solo escuchaba. Y eso, en ese

momento, fue más de lo que jamás habría esperado recibir—. Así que no, no te estoy pidiendo que me lleves. Pero gracias... por no odiarme del todo.

—No lo sé —dijo Imogen con calma, sus ojos negros fijos en los de su madre—. No te odio. Pero tampoco te amo. Solo intento entender qué es lo justo... y qué es lo posible —Maevena la observó, como si apenas reconociera a la mujer en la que su hija se había convertido. Ya no era la niña silenciosa que seguía a Clarisse en todo. Se había casado y parecía haber dejado atrás no solo su apellido, sino también esa sombra que durante años la cubrió—. Sabes que Lord Ashforde ya no puso como condición llevarte conmigo —continuó Imogen, sin rencor, pero sin piedad—. Y también sabes que no te permitirá quedarte aquí. No después de todo. Él... no podrá perdonarte jamás lo que hiciste a Sinderella. Está enamorado de ella. Lo estuvo desde el primer momento, ya no es un secreto para nadie.

Maevena apretó los labios. El nombre de Sinderella parecía siempre la última herida. La que nunca cerraba. Imogen suspiró, levantándose despacio de la silla. Caminó hacia la ventana y apartó levemente la cortina.

—No tomes esto como un castigo, madre. Pero si alguna vez vuelves a vivir bajo el techo de alguien... será porque esa persona lo desea. No por imposición. No por lástima. Solo entonces será dignidad. Y esta vez, la dignidad tiene que ser compartida. No robada.

—Creí que si os protegía... si os colocaba donde yo nunca pude estar... podríais sobrevivir a este mundo cruel. Que seríais respetadas, escuchadas, valoradas. Quería evitaros la humillación que yo conocí. El ser invisibles, insignificantes. Pero ahora lo veo con claridad... Me equivoqué. En todo. Y al intentar alzaros, os arrastré por caminos que no eran vuestros.

—No en todo —dijo Imogen, despacio—. Nos diste apellido. Y disciplina. Lo reconozco. Pero no amor. No necesito tu perdón, madre. Ni tu arrepentimiento. Pero si vienes con nosotros, hay algo que debes hacer antes —Maevena la miró, débil, pero atenta — Debes pedirle perdón a Sinderella. No por lo legal. No por lo social.

Por lo humano. Por haberla hecho miserable durante su infancia y juventud —Lady Maevena apretó las manos contra la manto y frunció el ceño—. No puedo obligarte a sentirlo. Pero sí a decirlo. Porque ahora tengo algo que antes no tenía. Elección. Y elijo no arrastrar contigo los errores que tú no has querido corregir.

—¿Ella aceptará...?

—Eso no importa. Tú lo dirás igual.

La anciana cerró los ojos de nuevo. Una lágrima se escapó, seca. Y eso, para Imogen, fue suficiente.



El jardín de invierno estaba vacío.

Solo se escuchaba el crujido de las ramas contra los cristales y, muy lejos, el retumbar del reloj del vestíbulo marcando la hora en campanadas lentas. Ashforde había hecho cerrar el ala norte por esa tarde, sin dar explicaciones. Solo dijo que necesitaba tiempo. Tiempo con ella.

Sinderella lo esperaba junto a la fuente seca, con un chal de lana sobre los hombros. El vestido que llevaba era sencillo, de lino crema, pero sobre su figura tenía la misma delicadeza que siempre. El cabello rojizo caía en trenzas sueltas, y el perfil de su rostro —antes contenido por la modestia— ahora tenía el brillo claro de una mujer que ya no se ocultaba.

Ya no era una sirvienta en aquella casa. Glasswell Grange, antaño símbolo de su encierro, era ahora también su hogar. Ashforde, su dueño legal desde hacía semanas, había restaurado más que los muros. Había devuelto a Sinderella su lugar. Con todos los derechos. Con todo el respeto. Ya no era una intrusa. Era una señorita más. Y, quizás, algo más que eso.

Ashforde llegó sin anunciarse. Cerró la puerta tras de sí con un cuidado que traicionaba el tumulto que hervía en su interior. No vestía gala alguna: solo una camisa blanca remangada, un chaleco de tweed oscuro y el cabello negro revuelto por el viento, como si

hubiese cabalgado sin detenerse. Pero lo que verdaderamente lo delataba eran sus ojos. Azules, profundos, inquietos. Casi salvajes. La buscaron con hambre y necesidad.

Ya no era el tutor legal de nadie, salvo de ella. La última "responsabilidad" en el testamento de Lord Glasswell. Pero no había papeles, deberes ni contratos que justificaran su presencia en esa sala cerrada. Solo un deseo pospuesto. Un amor sin firmar.

Durante semanas, había rechazado sin miramientos a cada pretendiente que osaba preguntar por la mano de Sinderella. Algunos eran jóvenes de buena familia, otros viejos conocidos con títulos vacíos y fortunas prometidas. Todos recibieron el mismo gesto frío, la misma negativa impasible. Y Bramblehill, con su lengua afilada y sus oídos atentos, ya lo había entendido: esa mujer era suya. Y él no pensaba compartirla.

Sinderella no se movió. No hizo una reverencia, ni bajó la mirada como una doncella tímida. Solo se quedó allí, junto a la fuente seca, con la luna acariciándole las mejillas y el viento alzando levemente los bordes de su vestido claro. Fuerte. Más hermosa que nunca. Dispuesta.

Ashforde dio un paso hacia ella. Esta vez, sin reservas. Sin pensar en el deber.

—Pensé que no volvería a sentir nada así... después de todo lo que pasé, de todo lo que me callé, creí que mi cuerpo solo servía para aguantar, no para acoger vida —Ash se quedó inmóvil, como si algo dentro de él se hubiera detenido también; la escuchaba con los labios entreabiertos, sin atreverse siquiera a respirar. Entonces ella se giró. El frío le había sonrojado las mejillas y el cabello le caía con gracia rojiza, pero lo que más impresionaba era la claridad de sus ojos, ese verde demoledor—. Y, sin embargo —añadió—, algo ha crecido en mí. Algo tuyo —Ash dio un paso, luego otro, hasta que ya no pudo seguir de pie: cayó de rodillas frente a ella, no por debilidad, sino porque todo lo que sentía lo empujaba hacia el suelo —. Estoy embarazada, Silas —Él cerró los ojos un segundo, y cuando los abrió, ya no era el duque, ni el bastardo redimido, ni el hombre endurecido por los años. Era solo un hombre, temblando de amor.

Él la tomó por la nuca y la besó con urgencia, abriéndose paso entre sus faldas, encajando su cuerpo grande contra el de ella mientras la saboreaba con hambre contenida.

—Eres la mujer más valiente que he conocido. La más fuerte. No quiero que te cases conmigo porque esperas un hijo —dijo, con voz temblorosa—. Quiero que lo hagas porque me amas.

—¡Qué tonterías! Por supuesto que te amo. ¿De qué otra manera me hubiera entregado a ti cada noche desde que te conocí? —dijo ella, sin vacilar.

—¿Cada noche? —rio él—. ¡Me debes noches!

—Te amo, Silas Brookstone. Sin condiciones, con noches o sin ellas, con todo lo que significas para mí.

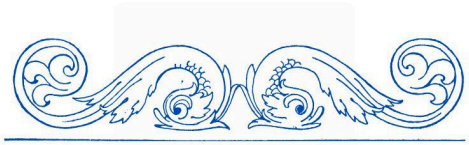
—Entonces cásate conmigo —dijo, tomando sus manos con firmeza, mirándola como si nada más existiera—. No como duquesa. No por el niño. Ni por tu apellido ni el mío. Cásate conmigo como lo que eres: Sinderella. Porque desde aquel día en el camino lleno de barro, cuando me miraste como si no temieras a nada, supe que jamás podría ser libre de ti. No hay título, ni herencia, ni salón de baile que me importe tanto como lo hace tu sonrisa, tu voz cuando cantas sin darte cuenta, tu rabia cuando luchas por lo justo... tu ternura cuando crees que nadie te ve. Todo eso eres tú. Y yo... quiero pertenecer a eso. A ti.

—Entonces sí —Ella sonrió. Por fin—Pero con una condición —Él alzó una ceja—. Que este niño... o niña, nunca tenga que esconderse para tener un lugar en el mundo. Que no repitamos la historia.

Ash la besó con una dulzura insoportable. Con respeto. Con deseo. Con entrega.

—Nunca más, Sinderella. Ni tú. Ni él. Ni yo. Ni nadie que amemos volverá a vivir en las sombras.

Epílogo



La tarde caía sobre los campos de Bramblehill con una dulzura especial, como si el tiempo se hubiera detenido para contemplar la belleza del lugar.

Un carruaje oscuro, sobrio pero distinguido por el emblema real grabado discretamente en la puerta, avanzaba con paso firme por el camino serpenteante que llevaba a Glasswell Grange. Sobre el pescante, el cochero tarareaba para sí, con la soltura de quien conoce cada curva del trayecto. A su lado, con la espalda erguida y la gorra sujeta contra el pecho, se encontraba míster Verdun. Retirado oficialmente hacía años, pero testarudo como siempre, se había empeñado en seguir al servicio de Sinderella y su familia. Sus ojos, aún agudos pese al tiempo, vigilaban el horizonte con la solemnidad de un centinela, como si nada pudiera permitirse fallar en aquel regreso.

Dentro del carruaje, viajaban Sinderella, el duque Ashforde —aunque ahora ya todos lo llamaban solo *Silas*— y su pequeño hijo, dormido entre los brazos de su madre.

Venían de la residencia de verano del palacio real, donde habían sido invitados especiales por el mismísimo príncipe William. El hijo de Sinderella, aún sin título, había sido saludado con todos los honores. Y ella... ella había sido tratada como una igual. No una duquesa por deber, sino por derecho. Por alma.

El niño bostezó en sueños. Silas se inclinó a besarle la frente con ternura. Se parecía a su madre, el mismo pelo rojo, los mismos

ojos verdes.

—¿Crees que algún día recordará que fue el primer heredero de Glasswell en nacer bajo protección real... con pañales bordados en hilo de oro? —murmuró él, medio en broma, medio aún incrédulo ante su propia paternidad. A pesar de que Edmund ya tenía tres años, todavía había noches en las que se despertaba pensando que todo era un sueño demasiado perfecto para ser cierto.

—Solo si se lo recuerda la señora Rigg —respondió Sinderella con una sonrisa traviesa—. Ya sabes cómo es, lleva el control de la vida de Edmund como si fuera el inventario de la despensa.

El carruaje se detuvo.

Glasswell Grange los recibió con todas sus puertas abiertas y el murmullo alegre de los criados alineados a ambos lados del vestíbulo. Ya no era una casa de secretos ni de pasos apagados: ahora olía a pan recién horneado, a cera de muebles, a lavanda fresca en los jarrones. Las risas discretas se escapaban desde la cocina y un perro joven correteaba entre las faldas de las doncellas. Y en lo alto de la escalinata, bajo la luz suave del mediodía, esperaban Edward Craver, Imogen y una niña pequeña de cabello oscuro y ojos verdes, que se aferraba a la mano de su madre.

—Tía Sinderella —gritó la niña de tres años, corriendo hacia ella con una falda que le bailaba como las alas de un petirrojo—. ¡Has vuelto!

Sinderella se agachó para abrazarla, y al hacerlo, su hijo despertó y extendió los brazos hacia la niña, como si ya supiera que ella era su prima.

—Hola, amor mío —dijo Sinderella, acariciando el cabello rubio de la niña—. Tienes los ojos de tu madre. Pero esa sonrisa... casi diría que es mía.

Imogen llegó a su lado con paso tranquilo, vestida con sobriedad, el cabello recogido en una trenza doble. Desde su boda, había florecido sin volverse ostentosa. Su marido la miraba con la atención de quien admira el carácter más que el peinado.

—Eleanor, no agobies a tu tía —dijo Imogen con una sonrisa, inclinándose para apartar suavemente a la niña de las faldas de Sinderella.

Había elegido ese nombre con plena intención, a pesar del suspiro reprobatorio que su madre, Lady Maevena —ya enferma y recluida en su ala silenciosa— había soltado al oírlo por primera vez. Imogen no discutió. No se justificó. Simplemente lo hizo. Porque sabía lo que significaba. Porque darle el nombre de Eleanor a su hija era una forma de redimir las mentiras tejidas durante años. De honrar la memoria de una mujer que nunca mereció ser silenciada. Y, tal vez, también, de cerrar las heridas que su propia madre no quiso curar.

Silas saludó a Edward con respeto y una palmada fraternal. La señora Rigg apareció en la entrada con una bandeja de limonada y té. Y en el umbral de la galería de cristales, se asomó una figura apoyada en un bastón.

Lady Maevena.

La mujer que había enseñado a temer. A competir. A callar.

Ahora caminaba despacio, con pasos frágiles. Los años se le notaban más en el rostro que en el cuerpo. La fiebre no había vuelto, pero su fuerza ya no la sostenía como antes. Cuando se acercó, los criados hicieron silencio. El aire se tensó.

Maevena miró a Sinderella. Y se inclinó.

—Gracias... por permitirme estar aquí, duquesa —susurró. Y aunque su voz era apenas un hilo, llegó clara—. Gracias por invitarme unos días, junto a Imogen y mi yerno, Edward.

Sinderella no respondió con palabras. Solo asintió. Y eso bastó.

Ashforde, en cambio, mantuvo la distancia. No con odio. Sino con desaprobación. Él la había perdonado como figura pública, como una noble caída en desgracia. Pero no como hombre. No como marido de aquella niña a la que habían hecho dormir en el rincón de la cocina, hambrienta de afecto.

Sinderella se detuvo en la terraza, con su hijo en brazos, contemplando el jardín que años atrás había regado a escondidas, donde soñaba con otro destino. Ahora era suyo. Todo era suyo, todo Glasswell Grange.

—Te hice daño, Sinderella. No sabría por dónde empezar a pedir perdón. Y quizás ya no tenga derecho a hacerlo... pero lo siento. Por lo que oculté. Por lo que dije. Por lo que negué durante tantos años.

Sinderella la observó. No con rencor. No con ternura. Con verdad.

—Durante años intenté entender por qué no me quiso —dijo Sinderella, con una serenidad que no temblaba—. Por qué me escondió. Por qué me hizo dudar de quién era, de dónde venía, de si merecía amor o no. Pero hoy... ya no necesito una respuesta. Porque he elegido no parecerme a usted. Porque mi hijo sí sabrá cuál es su lugar. Porque a él no le enseñaré a odiar, sino a resistir. Como su madre lo hizo —Guardó silencio un instante. Luego añadió, con voz más baja, pero no menos firme—. Y no hace falta que me pida perdón cada vez que me vea. Ya lo hizo antes de marcharse con Imogen, y entonces lo acepté. No quiero cargar con esto toda la vida. Y tampoco quiero que usted lo haga.

Lady Maevena asintió, en silencio. Tal vez porque no había nada más que añadir. Se retiró sin mirar atrás, desvaneciéndose entre los muros de piedra.

En ese momento, Silas se acercó a Sinderella. Ya no era el hombre callado y astuto que un día tuvo que matar por obligación. Era un hombre respetado por todos, no por sus títulos, sino por lo que había logrado construir: un hogar, una familia... un amor que había resistido a todo con honor y justicia. Había dado un buen futuro a sus protegidas. Sin contar a Clarisse, quien había desaparecido por decisión propia.

Se detuvo frente a ella, sin palabras. La miró con amor. Ella, con el niño dormido en brazos, tenía el cabello suelto sobre los hombros. Sus ojos —esos ojos que él nunca podía dejar de mirar— reflejaban el atardecer como si guardaran dentro la última luz del mundo.

—¿Estás bien? —susurró él, acariciando la mejilla de ella con el dorso de la mano.

—Estoy en casa —respondió ella, asintiendo—. Sé que los lujos de los palacios de Londres son mejores, pero esto... esto es vida.

Silas la miró con la intensidad de quien ha recorrido la guerra y el exilio solo para encontrar un rincón de paz. Rodeó su cintura con un brazo, con el otro le acarició el pelo, y acercó los labios a su oído.

—Londres no tiene tu risa, ni el olor de este jardín, ni las pequeñas manos de nuestro hijo buscándote entre sueños. Esto... —murmuró—. Este es el único lugar donde quiero vivir, donde tu eres feliz.

Ella inclinó el rostro hacia él, buscando su boca, y esta vez no hubo prisa, ni dolor, ni miedo. Solo un beso suave, largo, lleno de todo lo que habían callado, de todo lo que habían ganado. Y entre los muros de Glasswell Grange, por primera vez en muchos años, no quedaba ni una sola herida sin cerrar.

Porque al final, la verdadera herencia no era el apellido ni las tierras. Era la familia que habían elegido construir.
Era el amor.
Era ella.

Nota De La Autora

Cuando empecé a escribir esta historia, no sabía del todo a dónde me llevaría. Solo tenía una certeza: que la voz de Sinderella merecía una nueva forma de ser escuchada. No una voz endulzada por los cuentos clásicos, ni atrapada en castillos de cristal, sino una voz valiente, herida, capaz de amar sin perder su esencia.

Esta no es solo una reimaginación de un cuento. Es, quizás, una carta a todas las mujeres que alguna vez se sintieron menos, invisibles, relegadas a las esquinas de la historia. Es una historia para quienes fueron llamadas "poco suficientes", "demasiado raras", "demasiado emocionales" o "demasiado libres".

Quise que cada hermana representara una cara distinta del dolor femenino: la que lucha por ser la favorita, la que compite por amor, la que calla para sobrevivir, la que se rebela demasiado tarde. Y también la madre, que sin saber amar, creyó que criar era moldear a golpes. Ninguna de ellas es buena ni mala del todo. Son humanas. Y eso las hace reales.

A quienes han leído hasta el final, gracias. Gracias por entregarles su tiempo, su sensibilidad y sus lágrimas a estos personajes. Y si alguna vez os dijeron que no merecíais el baile, el vestido o el lugar en la mesa... que esta historia os recuerde que el final también puede escribirse desde las cenizas. Con barro, con coraje, con amor verdadero. El propio, primero.

Con todo mi corazón,
Maribel.

¿Quieres saber cómo terminó Clarisse? ¿Qué ha sido de ella? Pulsa en este enlace.

¿Te HA GUSTADO ESTA HISTORIA?

Si has disfrutado esta historia de amor, redención y segundas oportunidades, me encantará que sigas acompañándome en este viaje. Puedes seguirme en Amazon para no perderte ninguna de mis próximas novelas, y en Instagram para descubrir contenido exclusivo, sorteos, adelantos de capítulos y mucho más del universo de Pasiones Legendarias.

📚 Sígueme en Amazon
📸 Instagram

Tu opinión y tu apoyo significan el mundo. Gracias por leerme.

¡Hasta la próxima!